



BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS

CC

PQ2286

.M5

S6

1901

V.2

1095 m



1020016683



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor H895m
Núm. Adg. 30370
Procedencia 1
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó SP

LOS

MISERABLES

TOMO SEGUNDO





VICTOR HUGO

LOS

MISERABLES

TRADUCCIÓN DE

D. JOSÉ SEGUNDO FLOREZ

SEPTIMA EDICIÓN

SEGUNDA PARTE

COSETA



ACERVO DE LITERATURA

115650

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1904

30370

843

H.



BIBLIOTECA

RQ 2286

M5

56

1901

v.2

SEGUNDA PARTE

UANL

COSETA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A5096



LIBRO PRIMERO

WATERLOO

I

LO QUE SE ENCUENTRA VINIENDO DE NIVELLES

En una hermosa mañana de Mayo del año 1861, un pasajero, el mismo que refiere esta historia, llegaba de Nivelles dirigiéndose hacia la Hulpe. Caminaba á pie. Entrados dos hileras de árboles seguía una calzada ancha, empedrada y undosa sobre várias colinas continuadas en forma de sierras y que levantan el camino y le dejan caer despues, formando como enormes oleadas. Habia pasado por Lillois y Bois-Seigneur-Isaac, y divisaba, al Oeste, el campanario de pizarra de Braine-l'Alleud que afecta la figura de un vaso volcado. Acababa de dejar tras sí un bosque en una altura, y en el ángulo formado por un camino trans-

versal, al lado de una especie de horca derruida en la cual se leía aún esta inscripción: *Antigua barrera n.º 4*, una taberna que ostentaba en su fachada este rótulo: *À les quatre vents. Echabeau, café de particulier.*

Como medio cuarto de legua más allá de aquella taberna, llegó al fondo de un vallecito donde hay agua que pasa bajo un arco practicado en el terraplen del camino. La arboleda, clara, pero muy verde, que puebla el valle por un lado de la calzada, se esparce por el otro en las praderas y se va con gracia y como en desorden hacia Braine-l'Alleud.

À orillas del camino, á la derecha, había allí una posada, un carró de cuatro ruedas á la puerta, un grande haz de tallos de lúpulo, un arado, un monton de malezas secas junto á un seto vivo, un poco de cal humeando en un hoyo cuadrado, y una escalera á lo largo de un cobertizo viejo con las paredes de paja. Una jóven estaba escardando en un campo donde volaba al viento un gran cartel amarillo, probablemente del espectáculo foráneo de alguna Kermesse. En la esquina de la posada, al lado de una charca donde navegaba una flotilla de patos, una senda mal empedrada conducía á las malezas. El pasajero entró por allí.

À la distancia de unos cien pasos, despues de haber seguido á lo largo de una pared del siglo quince terminada en punta aguda, con ladrillos contrariados, hallóse en presencia de una gran puerta de piedra cimbrada, con imposta ó cornisa rectilínea, del grave estilo de Luis XIV, y dos medallones planos á los lados. Una fachada severa dominaba esta puerta; y una pared perpendicular á la fachada venía casi á tocar á la puerta, flanqueándola bruscamente con un ángulo recto. En el prado que estaba delante de la puerta había tres rastrillos ó estacadas en las cuales crecían comusamente todas las flores de Mayo. La puerta estaba cerrada. Formábanla dos batientes decrepitos adornados con un aldabon viejo y lleno de herrumbre.

El sol estaba delicioso; las ramas de los árboles tenían ese suave estremecimiento de Mayo que parece venir de los nidos más bien que del viento. Un lindo pajarrillo, probablemente enamorado, vocalizaba perdido y sin tino en un grande árbol.

El transeunte se inclinó y se puso á considerar en la piedra de la izquierda, por bajo del pié derecho de la puerta, una excavacion circular bastante ancha, que se asemejaba al alvéolo de una esfera. En este momento se apartaron los batientes y salió una labradora.

Vió esta en seguida al pasajero y notó lo que estaba mirando.

— Una bala de cañón francesa fué la que hizo eso, dijo la mujer.

Y en seguida añadió:

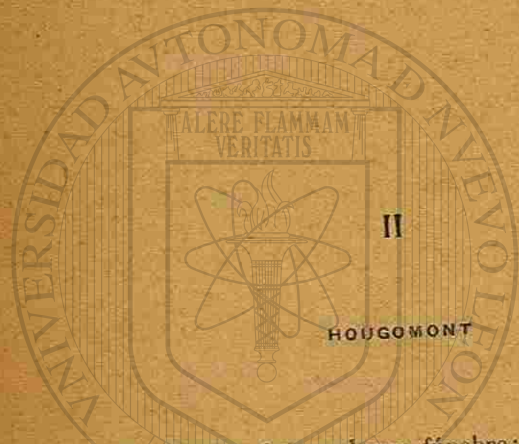
— Aquello que usted ve allí, más arriba, en la puerta, junto á un clavo, es el agujero que hizo una bala vizcaína, gruesa. Pero la vizcaína no atravesó la madera.

— ¿Cómo se llama este sitio? preguntó el transeunte.

— Hongomont, dijo la labradora.

El pasajero se incorporó, dió algunos pasos, y se fué á mirar por encima de los setos. Distinguió en el horizonte, al través de los árboles, una especie de otero ó montecillo, y sobre esta altura, cierta cosa que, de lejos, parecía ser un león.

Se hallaba en el campo de batalla de Waterloo. ®



Hougomont fué un lugar fúnebre; el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterloo aquel gran leñador de la Europa que se llamaba Napoleón; el primer nudo que halló bajo sus hachazos.

Era un castillo, y ya no es sino una granja. Para el anticuario, Hougomont es *Hugomons*. Esta residencia feudal fué edificada por Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellania de la abadía de Villers.

El pasajero empujó la puerta, codeó bajo un soportal una carretela vieja y entró en el patio.

Lo primero que le chocó, en aquel patio, fué una puerta del siglo diez y seis que simula una arcada, habiendo caído todo en derredor de ella. Frecuentemente nace de la misma ruina el aspecto monumental. En una pared, cerca de la arcada, se abre otra puerta con clavos del tiempo de Enrique IV, que da vista á los árboles de un huerto. Al lado

de esta puerta habia un hoyo de estiércol, palas y azadones, algunas carretas, un pozo antiguo, con su pila y su molinete de hierro, un potro saltando, un pavo haciendo la rueda, una capilla coronada por un pequeño campanario, un peral en flor y en espaldera contra la pared de la capilla: tal era el patio cuya conquista fué un sueño de Napoleón. Si hubiera él podido tomar aquel rincón de tierra, tal vez le hubiera dado el cetro del mundo. Las gallinas esparcen el polvo con el pico. Oyése un gruñido; es un gran perro que enseña los dientes y que reemplaza á los ingleses.

Los ingleses allí estuvieron admirables. Las cuatro compañías de los guardias de Cooke hicieron en aquella estancia rostro firme, durante siete horas, al encarnamiento de un ejército.

Visto en el mapa, en plano geométrico, Hougomont, incluso los edificios y los cercados, presenta una especie de rectángulo irregular, uno de cuyos ángulos ha sido escopleado. En este ángulo rebajado es donde está la puerta meridional, guardada por aquel muro que la tusa á quema ropa. Hougomont tiene dos puertas: la puerta meridional, que es la del castillo, y la septentrional, que es la de la granja. Napoleón envió contra Hougomont á su hermano Jerónimo; las divisiones Guilleminot, Foy y Bachelu se estrellaron allí; casi todo el cuerpo de Reille maniobró y fracasó; y las bombas de Kellermann se agotaron contra aquel heroico lienzo de muralla. La brigada Bauduin no fué demasiado para forzar por el lado Norte á Hougomont, y la brigada Soye no pudo sino descantillar el lado Sud, sin tomarle.

El patio está cerrado al Sud por los edificios de la granja. Un pedazo de la puerta Norte, rota por los franceses, está colgado en la pared. Son cuatro tablas clavadas sobre dos travesaños, y donde se distinguen las cuchilladas del ataque.

La puerta septentrional, forzada por los franceses, y á la cual han puesto despues una pieza para reemplazar el pedazo colgado en la muralla, se entreabre al fondo del patio; está cortada en cuadro en una pared de piedra por abajo y de ladrillo arriba, la cual cierra el patio por el lado Norte. Es una simple puerta de carros como las hay en todas las alquerías, con dos grandes batientes formados de tablas rústicas; y más allá se ve un prado. La disputa de aquella entrada fué terrible. Durante mucho tiempo veíanse aún en el dintel de la puerta toda especie de señales de manos ensangrentadas. Allí fué donde mataron á Bauduin.

Aún se nota en aquel patio la tempestad del combate, el horror es visible todavía; el desórden de la refriega está allí como petrificado; la vida y la muerte se ven en aquel sitio; la escena fué ayer. Las paredes agonizan, las piedras se derrumban; las brechas gritan; los agujeros son heridas; los árboles, inclinados y temblando, parecen hacer esfuerzos para huir.

En 1815, aquel patio tenía más construcciones que en la actualidad. Ciertos edificios, que han sido demolidos despues, formaban entónces como especies de reductos ó estrellas, con sus ángulos y recodos en escuadra.

Allí se atrincheraron los ingleses; los franceses penetraron en aquel recinto, pero no pudieron mantenerse en él. Al lado de la capilla, un ala del castillo, único vestigio que aún queda de la morada feudal de Hougomont, se levanta derruida, y pudiera decirse destruida. El castillo sirvió de torre, y la capilla de blokaus. Fué aquel un lugar de exterminio. Los franceses, ametrallados y arcabuceados por todas partes, por detras de las murallas, desde lo alto de los graneros, del fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todos los respiraderos, por todas las hendiduras de las piedras, trajeron fagina, y pusieron fuego á las paredes y á los hombres: la metralla tuvo por réplica el incendio.

En el ala arruinada, al traves de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, distingüense aún las piezas desamuebladas de un cuerpo de edificio de ladrillo; en estas habitaciones se hallaban emboscados los guardias ingleses; la espiral de la escalera, llena de grietas y hendiduras desde el suelo hasta el techo, se asemeja al interior de un caracol hecho pedazos. La escalera tiene dos pisos: los ingleses, asediados en ella, y agrupados en los escalones superiores, habían cortado los inferiores. Son estos unas grandes baldosas de piedra azulada amontonadas hoy entre las ortigas. Unos diez escalones se sostienen aún contra la pared; sobre el primero de ellos se ve grabada la figura de un tridente. Estos escalones inaccesibles son sólidos en sus alvéolos. Todo lo demas se asemeja á una mandíbula desdentada. Dos árboles hay allí: el uno está muerto; el otro, herido en el pié, reverdece en Abril. Desde 1815, ha ido brotando al traves de la escalera.

En la capilla hubo horrenda matanza. El interior, una vez que se halla tranquilo, parece extraño. Desde la carnicería que allí tuvo lugar no se ha vuelto á decir misa en ella. El altar sin embargo subsiste aún, un tosco altar de madera respaldado en un fondo de piedra bruta. Cuatro paredes blanqueadas con cal, una puerta frente al altar, dos ventanitas cimbradas, un gran crucifijo de madera sobre la puerta, encima del crucifijo una claraboya cuadrada que tapaba un haz de heno, y en un rincon, en el suelo, unas vidrieras rotas; tal es la capilla. Junto al altar, está clavada una estatua de madera, de santa Ana, del siglo quince; la cabeza del niño Jesus fué arrancada por una bala vizecaína. Los franceses, posesionados un momento de la capilla, que despues se vieron precisados á evacuar, la incendiaron. Las llamas llenaron completamente aquel arruinado edificio, que se convirtió en una hornaza, ardiendo la puerta y el suelo. El Cristo de ma-

dera no ardió. El fuego le royó solamente los piés, de los cuales no quedan ya sino los muñones ennegrecidos, y allí se detuvo Milagro, dicen las gentes del país. El niño Jesus, decapitado, no fué tan dichoso como el Cristo.

Las paredes se halian cubiertas de inscripciones. Junto á los piés del Cristo se lee este nombre : *Henquinez*. Despues se encuentran estos otros : *Conde de Rio-Mayor; marqués y marquesa de Almagro (Habana)*. Hay allí nombres franceses, con puntos de admiracion, signos de ira. En 1849, blanquearon de nuevo la pared. En ella se insultaban las naciones.

Á la puerta de esta capilla fué donde recogieron un cadáver que tenía un hacha en la mano. Este cadáver era el subteniente Legros.

Al salir de la capilla, á la izquierda, se ve un pozo, de los dos que hay en aquel patio. Se preguntan : ¿ Por qué en este no hay cubos ni polea ? Porque ya de él no se saca agua. ¿ Y por qué no se saca agua ? Porque está lleno de esqueletos.

El último que sacó agua de este pozo se llamaba Guillermo Van Kylsom; un labriego que habitaba en Hougomont, donde era jardinero. El 18 de Junio de 1815, su familia emprendió la fuga y se fué á ocultar en los bosques.

La selva que circunda la abadía de Villers abrigó durante muchos dias y muchas noches á todas aquellas infelices gentes dispersas. Hoy todavía, ciertos vestigios bien fáciles de reconocer, tales como viejos troncos de árbol quemados, marcan el sitio de aquellos pobres y medrosos vivacs en el fondo de los matorrales.

Guillermo Van Kylsom permaneció en Hougomont, « para guardar el castillo, » y se escondió en un sótano. Los ingleses le descubrieron allí. Le arrancaron de su escondrijo, y á sablazos de plano, se hicieron servir los com-

batientes por aquel hombre asustado. Tenian sed; y Guillermo era quien les daba de beber, sacando el agua de aquel pozo. Muchos bebieron allí su último trago. Aquel pozo, donde bebieron tantos muertos, debia él morir tambien.

Después de la accion hubo gran prisa para enterrar los cadáveres. La muerte tiene una manera particular de provocar la victoria, y hace seguir á la gloria la peste. El tifus es un apéndice del triunfo. Aquel pozo era profundo, por consiguiente hicieron de él un sepulcro, en el cual arrojaron nada ménos que trescientos muertos; tal vez con demasiada premura. ¿ Estaban todos ellos muertos ? La leyenda dice que no. Parece que, en la noche que siguió á aquel horrible enterramiento, se oian salir del pozo algunas voces débiles que llamaban.

Este pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes divididas entre piedra y ladrillo, replegadas como los lienzos de un biombo y simulando una torrecilla cuadrada, le rodean por tres lados; hallándose el lado cuarto abierto. Por aquí es por donde sacaban el agua. La pared del fondo tiene una especie de ojo de buey informe, que tal vez es el agujero hecho por alguna granada. Aquella torrecilla tenía un techo del cual sólo quedan las vigas. El herraje que sirve de sosten á la pared de la derecha figura una cruz. Al inclinarse uno, pierde enteramente la vista en un profundo cilindro de ladrillo que está lleno de tinieblas. La parte inferior de las paredes y todo al rededor del pozo desaparece entre las ortigas.

Aquel pozo no tiene por delantera la ancha losa azul que sirve de delantal á todos los pozos de la Bélgica. La losa azul está allí reemplazada por un travesaño en el cual se apoyan cinco ó seis troncos de madera, disformes, nudosos y anquilosos, que se asemejan á grandes osamentas. Ya no tiene cubos, ni cadena, ni garrucha; pero aún conserva allí la pila de piedra que servia de desagüe. El agua de las lluvias

se deposita en ella, y de vez en cuando, algun ave de las selvas inmediatas viene allí á beber, y vuela en seguida.

En aquellas ruinas hay todavía una casa habitada, la casa de la granja, cuya puerta da al patio. Al lado de una bonita placa de cerradura gótica, hay en aquella puerta una aldaba de hierro trebolado, y colocada al sesgo. En el momento en que el teniente hannoveriano Wilda se asía á aquel aldabon para refugiarse en la granja, un zapador frances le cortó la mano de un hachazo.

La familia que hoy habita la casa tiene por abuelo el antiguo jardinero Van Kysom, muerto hace ya mucho tiempo. Una mujer que tiene el pelo gris nos dijo: — Yo estaba aquí. Tenia entónces tres años. Mi hermana, mayor que yo, tenia miedo y lloraba. Nos llevaron al bosque. Yo iba en brazos de mi madre. Ponian los oídos contra el suelo para escuchar. Yo imitaba el cañon, y hacía *¡bum, bum!*

Segun hemos dicho ya, una puerta del patio, á la izquierda, da al huerto.

El huerto es terrible.

Dividese en tres partes, y casi pudiera decirse en tres actos. La primera parte es un jardin, la segunda un huerto, la tercera un bosque. Estas tres partes tienen un recinto común, por ellado de la entrada los edificios del castillo y de la granja, á la izquierda un seto, á la derecha una pared, otra en el fondo. La pared de la derecha es de ladrillo, la del fondo es de piedra. Primero se entra en el jardin. Su direccion, al entrar, es de alto á bajo; está plantado de groselleros, obstruido de vegetaciones silvestres, cerrado con un terraplen monumental de piedra de sillería con dobles balaustradas. Era un jardin señorial construído con arreglo á aquel primer estilo frances que precedió á Le Nôtre, y convertido hoy en ruinas y espinares. Las pilastras están coronadas de globos que parecen bombas de piedra. Cuéntanse aún cuarenta y tres balaustres sobre sus bases; los de-

mas yacen tendidos entre la yerba. Casi todos ellos tienen sus rasguños de mosquetería. Un balaustre roto se halla sobre la roda como una pierna fracturada.

En aquel jardin, más bajo que el huerto, fué donde seis tiradores del 1.º de ligeros, habiendo penetrado en aquel sitio y hallándose en la imposibilidad de salir, cercados y acosados como osos en su fosa, aceptaron el combate contra dos compañías hannoverianas, una de las cuales estaba armada de carabinas. Los hannoverianos guarnecian la balaustrada y disparaban desde arriba. Aquellos tiradores, replicando al fuego con fuego desde abajo, seis contra doscientos, intrépidos, sin más parapeto que los groselleros, tardaron un cuarto de hora en morir.

Desde el jardin, bajando algunos escalones, se pasa al huerto propiamente dicho. En este otro sitio, de algunas toesas cuadradas, mil quinientos hombres sucumbieron en ménos de una hora. Diríase que aquella pared está pronta á recomenzar el combate. Aún se ven allí las treinta y ocho troneras abiertas por los ingleses á irregulares alturas. Delante de la décimasexta hay dos tumbas inglesas de granito. No hay troneras sino en la pared del Sud, que era de donde venía el principal ataque. Aquella pared está oculta á la parte de fuera por un gran seto vivo. Los franceses llegaron, creyendo no encontrar allí otra cosa que el seto, el cual saltaron hallándose en seguida con la pared, que á la vez era obstáculo y emboscada; encontrándose detras de ella la guardia inglesa, las treinta y ocho troneras haciendo fuego á la vez, una tempestad de balas, bombas y metralla. Allí se estrelló entónces la brigada Soyé. Así fué como principió Waterloo.

El huerto sin embargo fué tomado. No habia escalas, pero los franceses treparon con las uñas. Batiéronse cuerpo á cuerpo entre los árboles. Toda aquella yerba fué regada con sangre. Allí pereció aterrado un bata-

llon de Nassau, fuerte de setecientos hombres. Por la parte de fuera, la pared, contra la cual fueron asestadas las dos baterías de Kellermann, está corroída por la metralla.

Aquel huerto es sensible, lo mismo que otro cualquiera, al mes de Mayo. Os tenta sus dorados pimpollos y sus margaritas, la yerba es alta, caballos de labranza forrajean en él, unas sogas de cerda donde cuelgan la ropa para secarla, atraviesan los intervalos de los árboles, obligando á bajar la cabeza á las personas que visitan aquellos lugares, y al andar por aquel páramo, se introduce el pié en los hoyos contruidos por el topo. En medio de la yerba distingue un tronco arranca do, tendido en el suelo, y reverdeciendo. En aquel tronco se apoyó el mayor Blackman para espirar. Junto á un grande árbol inmediato sucumbió el general alemán Duplat, oriundo de una familia francesa refugiada en la época de la revocacion del edicto de Nántes. Al lado se encorva un manzano viejo y enfermo que curan con greda y un vendaje de paja. Casi todos los manzanos se caen ya de viejos; pero ni uno solo hay que no tenga su bala ó su vizcaina en el tronco. En aquel verjel abundan los esqueletos de árboles muertos. Los cuervos vuelan entre las ramas, en el fondo hay un bosquecillo lleno de violetas.

Bauduin muerto, Foy herido, el incendio, la lid violenta, la carnicería, un arroyo de sangre inglesa, de sangre alemana y de sangre francesa, furiosamente mezcladas, un pozo colmado de cadáveres, el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick destruidos, Duplat muerto, Blackman muerto, la guardia inglesa mutilada, veinte batallones franceses de los cuarenta del cuerpo de Reille, diez mados, tres mil hombres, sólo en aquella casucha de Hougomont, acuchillados, degollados, destrozados, fusilados, quemados; y todo esto para que hoy diga un campesino al viajero: *Señor, deme usted tres francos, y si usted quiere, yo le explicaré la cosa de Waterloo*

III

EL 18 DE JUNIO DE 1815

Volvamos atras, pues que este es uno de los derechos del narrador, coloquémonos de nuevo en el año de 1815, y aún algo ántes de la época en que empieza el suceso referido en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de Junio de 1815, habria cambiado enteramente el porvenir de la Europa. Algunas gotas de agua más ó ménos hicieron declinar á Napoleon. Para que Waterloo fuese el fin de Austerlitz, no necesitó la Providencia sino un poco de lluvia, y una nube atravesando el cielo en sentido contrario á la estacion, bastó para que se desplomase un mundo.

Hasta las once y media no pudo principiar la batalla de Waterloo, habiendo así dado tiempo para que llegase Blücher. ¿Y por qué no pudo comenzar hasta esa hora? Porque la tierra estaba mojada; y fué preciso esperar á que se

secara un poco para que pudiese maniobrar la artillería.

Napoleon era oficial de esta arma y se resentía de ello. Todos sus planes de batalla tenían por base de operaciones el proyectil. Hacer que la artillería fuese convergente en un punto dado: tal era siempre la clave de su victoria. Trataba á la estrategia del general enemigo como una ciudadela, y la batía en brecha. Abrumaba de metralla un punto débil; enlazaba y desenlazaba las batallas con el cañon. En aquel genio vislumbrábase siempre el tiro. Romper los cuadros, pulverizar los regimientos; forzar las líneas, triturar y dispersar las masas; para él, todo estribaba en esto; herir, herir, herir sin cesar, y confiaba esta tarea á los cañones. Sistema formidable, y que, u nidoal genio, hizo invencible durante quince años á aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de Junio de 1815 contaba él tanto más con la artillería, cuanto que tenía en su favor el número. Wellington no llevaba en todo sino ciento cincuenta bocas de fuego; mientras que Napoleon conducía doscientas cuarenta.

En la hipótesis de que la tierra hubiera estado seca, y que la artillería hubiera podido rodar y maniobrar, la acción habría empezado á las seis de la mañana; y la batalla estaría concluida y ganada á las dos, es decir, tres horas ántes de la peripecia prusiana.

¿Que dosis de falta puede imputarse á Napoleon en la pérdida de aquella batalla? ¿por ventura el naufragio es imputable al piloto?

¿La evidente decadencia física de Napoleon se complicaba tal vez en aquella época con cierto decrecimiento interior? ¿habían gastado los veinte años de guerra la hoja como la vaina, el alma como el cuerpo? ¿haciase sentir desventajosamente el veterano en el capitán? en una palabra, ¿eclipsábase aquel genio, como lo han creído muchos historiadores de gran nota? ¿se entregaba al frenesí, para dis-

frazarse á sí mismo su propia debilidad? ¿empezaba á oscilar bajo el extravío de un soplo de aventura? ¿habíase el hecho, cosa grave en un general, desconocedor del peligro? ¿hay acaso, en esa clase de hombres materiales á quienes podemos llamar los gigantes de la acción, una edad para la miopía del genio? la vejez no ejerce sus funciones mortíferas sobre los genios del ideal; para los Dantes y los Miguel Angelos, envejecer es crecer; ¿será decrecer para los Annibales y los Bonapartes? ¿habría perdido Napoleon el sentido directo de la victoria? ¿hallábase ya en estado de no reconocer el escollo, de no adivinar el lazo, de no discernir el borde espantoso de los abismos? ¿carecía del olfato de las catástrofes? él, que en otro tiempo conocía todos los caminos del triunfo, y que desde lo alto de su carro de relámpagos, los señalaba con un dedo soberano, ¿hallábase ya entónces embargado por un pasmo siniestro que conducía al precipicio su tumultuoso cortejo de legiones? ¿estaba acometido, á los cuarenta y seis años, de un acceso de suprema locura? aquel cochero titánico del destino, ¿no era ya sino un inmenso rompe-crismas?

No lo creemos.

Por confesion de todo el mundo, su plan de batalla era una obra maestra. Marchar directamente al centro de la línea de los aliados; abrirse paso rompiendo esta línea, dividiendo en dos al enemigo; lanzar la mitad británica sobre Hal y la mitad prusiana sobre Tongres; hacer de Wellington y de Blücher dos fragmentos; apoderarse de Mont-Saint-Jean; ocupar á Bruselas; arrojar al alemán en el Rhin y al inglés en el mar. Todo esto se encerraba, á juicio de Napoleon, en aquella batalla. Despues se vería qué partido tomar.

Excusado es decir que nosotros no pretendemos hacer aquí la historia de Waterloo: unas de las escenas capitales del drama que referimos se enlaza con esa batalla; pero su

Historia no es de nuestro asunto; además, esa historia está ya escrita, y escrita magistralmente, bajo un punto de vista por el mismo Napoleón, y bajo otro punto de vista por Charras. En cuanto á nosotros, dejamos á los dos historiadores luchando por la razón y la verdad; nosotros no somos más que un testigo á distancia, un pasajero que atraviesa la llanura, un investigador inclinado sobre aquella tierra amasada con carne humana, tomando tal vez apariencias por realidades; no tenemos deseo de hacer frente, en nombre de la ciencia, á un conjunto de hechos donde hay sin duda ilusión; pues carecemos de la práctica militar y de la competencia estratégica que autorizan un sistema; en nuestro sentir, un encadenamiento de casualidades domina en Waterloo á los dos capitanes; y cuando se trata de ese acusado misterioso á quien llaman el destino, juzgamos como ese juez cándido y sencillo á quien llaman el pueblo.

IV

i

Los que quieran figurarse con claridad la batalla de Waterloo no tienen más que representarse con el pensamiento una A mayúscula en el terreno. La pierna izquierda de la A es la ruta de Nivelles, la pierna derecha es la ruta de Genappe, el palo que atraviesa la A es el camino hondo de Ohain á Braine-l'Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint Jean, allí está Wellington; la punta izquierda inferior es Hougomont, allí está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Belle-Alliance, allí está Napoleón. Un poco más abajo del punto en que la cuerda ó palo de la A encuentra y corta la pierna derecha es la Haie-Sainte. En medio de esta cuerda está el punto preciso en el cual se pronunció la palabra final de la batalla. Allí es donde han colocado al león, símbolo involuntario del supremo heroísmo de la guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A entre las

dos piernas y el palo, es la meseta de Mont-Saint-Jean. La disputa de esta meseta fué toda la batalla.

Á derecha é izquierda de las dos rutas de Genappe y de Nivelles se extienden las alas de los dos ejércitos; d'Erlon haciendo frente á Picton, y Reille haciendo frente á Hill.

Detrás la punta de la A, detrás de la meseta de Mont-Saint-Jean, se halla el bosque de Soignes.

Por lo que hace á la llanura en sí misma represéntese un vasto terreno ondoso; cada pliegue domina el pliegue siguiente, y todas las ondulaciones suben hácia Mont-Saint-Jean, yendo á terminar en el bosque.

Dos ejércitos enemigos en un campo de batalla son dos luchadores á brazo partido. Cada cual procura hacer que resbale y caiga su adversario. Á todo echan mano para asirse y guarecerse; una mata es un punto de apoyo; la esquina de una pared un parapeto; por falta de una bicocha en que respaldarse, á veces un regimiento se ve obligado á emprender la fuga; una ligera hondonada en la llanura, un movimiento, un accidente cualquiera en el terreno, una senda transversal á propósito, un bosque, un barranco, pueden defener la marcha de ese coloso que lleva el nombre de ejército é impedirle la retirada. El que sale del campo está derrotado. De aquí la necesidad, para el jefe responsable, de examinar la menor espesura de árboles y profundizar el menor relieve.

Los dos generales habian estudiado atentamente el terreno, es decir, la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterloo. Desde el año anterior, Wellington, con una sagacidad previsorá, la habia examinado como para el caso muy posible de que allí se librara una gran batalla. En aquel terreno, y para aquel duelo, Wellington tenia, el 18 de Junio, el buen partido, y Napoleon el malo. El ejército inglés estaba en las alturas, y el francés en la parte baja.

Bosquejar aquí el aspecto de Napoleon, á caballo, con su antejo en la mano, sobre el cerro de Rossomme, al amanecer del 18 de Junio de 1815, es cosa que casi está lemas. Antes de mostrarle, ya le ha visto todo el mundo. Aquel rostro sereno bajo el bien conocido sombrero de la escuela de Brienne, aquel uniforme verde, las solapas blancas ocultando la placa, la levita tapando las charreteras, el ángulo del cordon encarnado bajo el chaleco, el calzon de ante, el caballo blanco con su gualdrapa de terciopelo color de púrpura guarnecida en las puntas de N coronadas y de águilas, las botas á la jineta sobre medias de seda, las espuelas de plata, la espada de Marengo, toda aquella figura del último César está viva y de pié en las imaginaciones, aclamada por los unos, severamente mirada por los otros.

Esa figura ha estado toda ella, por mucho tiempo, en la luz; esto proviene de cierto oscurecimiento introducido por las leyendas, oscurecimiento que la mayor parte de los héroes desvanecen, pero que vela siempre la verdad, por más ó ménos tiempo. Hoy ya sin embargo, la historia y la luz permiten ver más claro.

La historia, esta gran claridad, es inclemente; teniendo esto de extraño y de divino, que, con ser ella una gran luz, y precisamente porque es luz, coloca á menudo sombras allí donde se veían rayos; de un mismo hombre, forma dos fantasmas diferentes, uno de los cuales ataca al otro y le hace justicia; y las tinieblas del déspota luchan con el desumbramiento del capitán. De aquí una medida más exacta en la apreciación definitiva de los pueblos. Babilonia violada disminuye á Alejandro; Roma encadenada disminuye á César; Jerusalem sacrificada disminuye á Tito. La tiranía sigue al tirano. Es una desgracia para un hombre el dejar tras sí la oscuridad, la noche, bajo su propia figura.

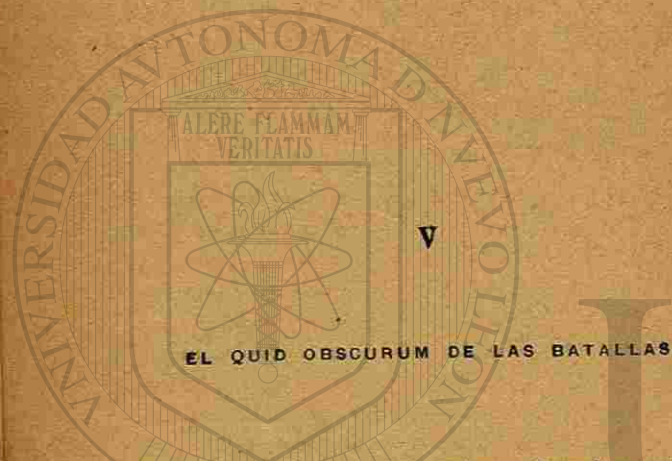
La accion empezó tarde; segun hemos dicho ya, Napoleón acostumbraba á tener toda su artillería en la mano, como una pistola, asestándola, ora á tal punto, ora á tal otro de la batalla; y quiso esperar á que las baterías rodadas pudiesen marchar y galopar libremente, para lo cual era preciso que apareciese el sol y secara el suelo. Pero el sol no apareció. No era esta ya la cita de Austerlitz. Cuando se disparó el primer cañonazo, el general inglés Colville miró su reloj, y consignó que eran las once y treinta y cinco minutos.

Empeñóse la accion con furia, con más furia tal vez de lo que hubiera querido el emperador, por el ala izquierda francesa sobre Hougomont. Al mismo tiempo atacó Napoleón el centro precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, mientras que Ney lanzó el ala derecha francesa contra el ala izquierda inglesa que se apoyaba en Papelotte.

El ataque sobre Hougomont era un tanto simulado, con el fin de atraer hácia allí á Wellington, haciéndole inclinar á la izquierda: tal era el plan, el cual habria tenido feliz éxito, si las cuatro compañías de la guardia inglesa y los denodados belgas de la division Perponcher no hubieran guardado sólidamente la posicion; lo que hizo que Wellington, en vez de caer sobre aquel punto con el grueso de sus fuerzas, pudo limitarse á enviar allí por todo refuerzo otras cuatro compañías de la guardia y un batallon de Brunswick.

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era á fondo; volcar la izquierda inglesa, cortar la ruta de Brusélas, impedir el paso al mayor número de prusianos que fuera posible, forzar á Mont-Saint-Jean, rechazar á Wellington sobre Hougomont, desde aquí sobre Braine-l'Alleud, y desde aquí sobre Hal; nada más claro. Salvo algunos incidentes, este ataque salió bien. Papelotte fué tomado, y tambien lo fué la Haie-Sainte.

Hé aquí ahora un detalle digno de notarse. En la infantería inglesa, y especialmente en la brigada de Kempt,



Todo el mundo conoce la primera fase de aquella batalla; el principio de ella fué lleno de turbacion, de vacilacion, de incertidumbre, amenazador para ambos ejércitos, pero mucho más para los ingleses que para los franceses.

No habia cesado de llover durante toda la noche anterior; las aguas habian puesto el terreno intránsito, formando grandes charcos en todas las cavidades de la llanura, que parecian otros tantos pantanos; en ciertos parajes, los carrros de los trenes se hundian hasta el eje, las barrigueras de las malas chorreaban lodo líquido; si los trigos y los centenos echados en tierra por aquella barranda de convoyes en marcha no hubiesen colmado los grandes baches y atolladeros, formando un lecho de paja bajo las ruedas, todo movimiento habria sido imposible, particularmente en los valles por el lado de Papelotte.

había muchos reclutas. Estos soldados jóvenes, ante nuestra formidable infantería, mostraron un gran valor; saliendo intrépidamente de sus apuros, á pesar de su inexperiencia, y haciendo sobre todo un excelente servicio de tiradores. Como tirador, el soldado, un tanto entregado á sí mismo, viene á ser por decirlo así su propio general; aquellos reclutas mostraron algo de la invención y de la furia francesa; también hizo gala de imaginación y de chiste aquella infantería novicia, lo cual desagradó á Wellington.

Después de la toma de la Haie-Sainte, vaciló la batalla.

En aquella jornada hay un intervalo oscuro, desde las doce hasta las cuatro; el medio de aquella batalla es casi indistinto y participa de lo sombrío de la liza. Una luz crepuscular aparece en el horizonte. Percíbense vastas fluctuaciones en aquella bruma, un miraje vertiginoso, el aparato de guerra de entonces, casi desconocido hoy, los colbaks ó gorras de pelo flamígeras, los portapliegos flotantes, los correaes cruzados, las cartucheras con granadas, los dormanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los schakós engalanados de cordones y borlas, la infantería casi negra de Brunswick mezclada con la infantería escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses llevando en las bocamangas, en lugar de charreteras, unos cordones blancos, gruesos y circulares, la caballería hannoveriana con su casco oblongo de cuero con tiras de cobre y colas de cerda encarnada, los escoceses con sus rodillas desnudas y su manto á cuadros, los grandes botines blancos de nuestros granaderos; cuadros, en vez de líneas estratégicas; lo que necesita Salvalor Rosa, no lo que necesita Gribeauval.

Siempre se mezcla con una batalla cierta dosis de tempestad. *Quid obscurum, quid divinum*. Cada historiador traza un poco los lineamientos que le agradan en ese laberinto. Cualquiera que sea la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene refujos incalculables; en la

acción, los planes de los dos jefes entran el uno en el otro y se alteran y deforman el uno por el otro. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los regueros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean, los regimientos forman, con sus entradas y salidas, cabos y golfos, todos estos escollos se remueven de continuo, unos frente á otros; donde estaba la infantería, la artillería viene á reemplazarla; donde se hallaba la artillería, la caballería llega; los batallones son nubes de humo. Allí había algo, buscadlo, ha desaparecido; los claros mudan de sitio; los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento sepulcral empuja, rechaza, infla y dispersa aquella muchedumbre trágica. ¿Qué cosa es una lid? una oscilación. La inmovilidad de un plano matemático expresa un minuto, y no una jornada. Para pintar una batalla, se necesita uno de esos pintores vigorosos que tienen algo del caos en su pincel; Rembrandt vale más que Vandermeulen. Vandermeulen, exacto á las doce, miente á las tres de la tarde. La geometría engaña. Sólo el huracán es veraz. Esto es lo que da á Polard el derecho de contradecir á Polybio. Añádase que hay siempre ciertos momentos en que la batalla degenera en combate, se particulariza, y se desparrama en innumerables hechos de detalle que, valiéndonos de las palabras del mismo Napoleón, « pertenecen más bien á la biografía » de los regimientos que á la historia del ejército. » El historiador, en este caso, tiene evidentemente el derecho de reasumir. No puede ménos de tomar los rasgos principales de la lucha, sin que sea dado á ningún narrador, por más concienzudo que él sea, el fijar de un modo absoluto la forma de esa nube horrorosa que llaman una batalla.

Esto que es cierto de todos los grandes choques armados, es particularmente aplicable á Waterloo.

No obstante, por la tarde, en cierto momento, se precisó la batalla.

granja. Un sargento de la guardia inglesa, el primer púgil de la Inglaterra, reputado como invulnerable por sus compañeros, fué allí muerto por un tamborcillo francés. Baring había sido desalojado, Allen acuchillado. Varias banderas se habían perdido, una de ellas de la división Alter, y otra del batallón de Lunebourg llevada por un príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises no existían ya; los enormes dragones de Ponsomby estaban despedazados. Aquella bizarra caballería había sucumbido bajo los lanceros de Bro y bajo los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos quedaban seiscientos; de los tres tenientes coroneles, dos estaban por tierra, Hamilton herido, Mater muerto. Ponsomby había caído, penetrado de siete lanzadas. Gordon había muerto, Marsh había muerto también. Dos divisiones, la quinta y la sexta, estaban destruidas.

Tomada la Haie-Sainte, encentado Hougomont, sólo quedaba ya un nudo, el centro. Este nudo se mantenía siempre, y Wellington le reforzó, llamando allí á Hill, que estaba en Merbe-Braine, y á Chassé, que se hallaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo cóncavo, muy denso y muy compacto, estaba fuertemente situado; ocupando la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo tras de sí el pueblo y delante la cuesta, bastante áspera entónces. Respaldábase en aquella fuerte casa de piedra que á la sazón era un bien patrimonial de Nivelles, y que marca la intersección de las rutas; mole del siglo diez y seis, tan robusta, que las balas de cañón rebotaban allí sin ocasionar estrago ninguno. Al rededor de la meseta, los ingleses habían cortado acá y acullá los setos, almenado los matorrales, formado troneras entre los oxiacantos, y colocado entre dos ramas ó entre dos matas una boca de fuego. Así su artillería se hallaba en emboscada entre aquellas malezas. Este trabajo púnico, incontestablemente autorizado por la guerra, que admite el artificio, estaba tan bien ejecutado, que Haxo, enviado por



Á eso de las cuatro, la situación del ejército inglés era grave. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha, y Picton el ala izquierda. Desatinado é intrepido, el príncipe de Orange gritaba á los holando-belgas: *! Nassau! Brunswick! ¡nunca atrás!* Hill, debilitado, acababa de buscar refugio en Wellington; Picton había muerto. En el mismo instante en que los ingleses arrebataron á los franceses la bandera del 105° de línea, los franceses mataron al general inglés Picton de un balazo en la cabeza. Para Wellington la batalla tenía dos puntos de apoyo. Hougomont y la Haie-Sainte; Hougomont se sostenía aún, pero estaba ardiendo; la Haie-Sainte había sido tomada. Del batallón alemán que la defendía sólo cuarenta y dos hombres quedaban vivos; todos los oficiales, ménos cinco, habían sido muertos ó prisioneros. Tres mil combatientes perecieron en aquella

el emperador á las nueve de la mañana para reconocer las baterías enemigas, no vió nada; habiendo venido á decir á Napoleón que no había obstáculo alguno, fuera de las dos barricadas que cortaban las rutas de Nivelles y de Genappe. Era aquella la época en que las mieses son altas; y en la orilla de la meseta, un batallón de la brigada Kempt, el 95.º, armado de carabinas, se hallaba tendido entre los grandes trigos.

Así asegurado y resguardado, el centro del ejército anglo-holandés estaba en buena posición.

El peligro de esta posición era el bosque de Soignes, contiguo al campo de batalla y cortado por los estanques de Groenendael y de Boistfort. Un ejército no habría podido retroceder allí sin disolverse; los regimientos se habrían desagregado en seguida, y perdidos la artillería en los pantanos. Según la opinión de muchos hombres competentes, opinión contestada sin embargo por otros, la retirada habría sido un *sálvese el que pueda*.

Wellington añadió á aquel centro una brigada de Chassé, tomada del ala derecha, otra brigada de Wincke, que quitó del ala izquierda, más la división Clinton. Á sus ingleses, á los regimientos de Halkett, á la brigada de Mitchell, á los guardias de Maitland, dió como respaldos y contrafuertes la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge y los alemanes de OmpgEDA de batallones. *El ala derecha*, como dice Charras, *fue replegada detrás del centro*. Una enorme batería se hallaba encubierta con sacos de tierra en el sitio donde hoy está lo que llaman « el museo de Waterloo ». Además tenía Wellington en un pliegue de terreno los guardias dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era esta la otra mitad de aquella caballería inglesa tan justamente afamada. Destruído Ponsomby, quedaba aún Somerset.

nos jugarretas; este es un dicho de uno de ellos. Durante la misteriosa travesía desde la isla de Elba á Francia, el 27 de Febrero, habiendo encontrado el brik de guerra francés *Zépher* en alta mar al brick *Inconstant* á cuyo bordo venía Napoleón escondido, y preguntado el primer buque al segundo qué noticias traía de Napoleón, el emperador, que aún llevaba en aquel momento en el sombrero la escarapela blanca y amaranto moteada de abejas que había él adoptado en la isla de Elba, tomó riendo la bocina y respondió él mismo: *El emperador está bueno*. El que se ríe de esta manera está familiarizado con los acontecimientos. Napoleón tuvo varios accesos de esa risa durante el almuerzo de Waterloo. Después de almorzar, se recogió un cuarto de hora; y en seguida se sentaron dos generales sobre el haz de heno, cada uno con una pluma en la mano, y un pliego de papel sobre las rodillas, y el emperador les dictó el orden de batalla.

Á las nueve, en el momento en que el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, se había desplegado, las divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, con las músicas á la cabeza, agitando los campos con los redobles de los tambores y los tanidos de las trompetas, poderoso, inmenso, alegre océano de cascadas, de sables y de bayonetas en el horizonte, el emperador, conmovido, exclamó por dos veces: ¡Magnífico! magnífico!

Desde las nueve hasta las diez y media, todo el ejército, lo que parece verdaderamente increíble, había tomado posición y se había ordenado en seis líneas, formando, si nos hemos de servir de las mismas palabras del emperador, « la figura de seis V. » Algunos instantes después de la formación del frente en batalla, en medio de aquel profundo silencio, preludio de tormenta, que precede á las batallas, viendo desfilar las tres baterías de á doce, desta-

cadras, por orden suya, de los tres cuerpos de d'Erlon, de Reille y de Lobau, y destinadas á comenzar la accion batiendo á Mont-Saint-Jean donde está la interseccion de los caminos de Nivelles y de Genappe. el emperador puso la mano sobre el hombro de Haxo diciéndole : *Hé ahí veinte y cuatro buenas mozas, general.*

Seguro del éxito, alentó, con una sonrisa, al pasar delante de él, á la compañía de zapadores del primer cuerpo, designada por él para atrincherarse en Mont-Saint-Jean, tan pronto como este lugarcito fuera tomado. Toda aquella serenidad no fué interrumpida sino por un rasgo de altiva compasion : al ver á su izquierda, en el sitio donde hoy existe una gran tumba, formar en masa, con sus soberbios caballos, á aquellos admirables escoceses, dijo : *¡Que lástima!*

En seguida montó á caballo, se trasladó delante de Rossomme, y eligió para su observatorio un estrecho otero cubierto de césped, á la derecha del camino de Genappe á Bruselas, que fué su segunda estacion durante la batalla. La tercera estacion, la de las siete de la tarde, entre la Belle-Alliance y la Haie-Sainte, es formidable; un cerro bastante elevado, que existe aún y tras del cual se agrupó la guardia en masa, en un declive de la llanura. Al rededor de aquel cerro, las balas de cañon rebotaban sobre el empedrado de la calzada hasta Napoleon. Como en Brienne, allí tambien tenía sobre su cabeza el silbido de las balas y de la vizecañas. Junto al mismo sitio en que se apoyaban los piés de su caballo, se han recogido despues várias balas de cañon carcomidas, hojas de sable viejas y proyectiles informes, desgastados por la herrumbre. *Scabra rubigine.* Hace algunos años, desenterraron allí una granada de á sesenta, cargada aún, cuya espoleta se habia roto al ras de la bomba. En esta última estacion fue donde el emperador dijo á su guía Lacoste, paisano hos-

tii, despavorido, atado en la silla de un húsar, y que se volvía á cada disparo de metralla, procurando e conderse detras de Napoleon : — *¡Imbécil, qué vergüenza! Vas á hacerte matar por la espalda.* El mismo que escribe estas líneas ha encontrado en la escarpa desmenuzable de aquel cerro, excavando en la arena, los restos del cuello de una bomba, segregados por el óxido de cuarenta y seis años, y pedazos de hierro viejo que se quebraban con la mano como palo de saúco.

Nadie ignora que las undulaciones de las llanuras diversamente inclinadas en que tuvo efecto este duelo de Napoleon y de Wellington, no son ya lo que eran el 18 de Junio de 1815. Al tomar de aquel campo fúnebre los materiales con que hacerle un monumen o, le quitaron su relieve natural; y la historia, desconcertada, no le reconoce ya. No han sabido glorificarle, sino desfigurándole. Wellington, al ver de nuevo á Waterloo, dos años despues, exclamó : *Me han cambiado mi campo de batalla.* Allí donde está la gran pirámide de tierra sobre la cual se halla colocado el leon, había una cresta que, hácia la ruta de Nivelles, descendía en rampa practicable, pero por el lado de la calzada de Genappe, era casi una escarpa. La elevacion de esta escarpa puede aún medirse hoy por la altura de los dos cerros donde reposan las dos grandes sepulturas que encajonan el camino de Genappe á Bruselas : la tumba inglesa á la izquierda; y la tumba alemana á la derecha. No hay tumba francesa. Para la Francia, toda aquella llanura es un vasto sepulcro. Gracias á las mil y mil carreladas de tierra empleadas en la colina de ciento cincuenta piés de elevacion y de média milla de circunferencia, la meseta de Mont-Saint-Jean es hoy accesible en una pendiente suave; el dia de la batalla, sobretodo por el lado de la Haie-Sainte, era harto dificil de abordar, áspera y quebrada; siendo allí tan inclinada la

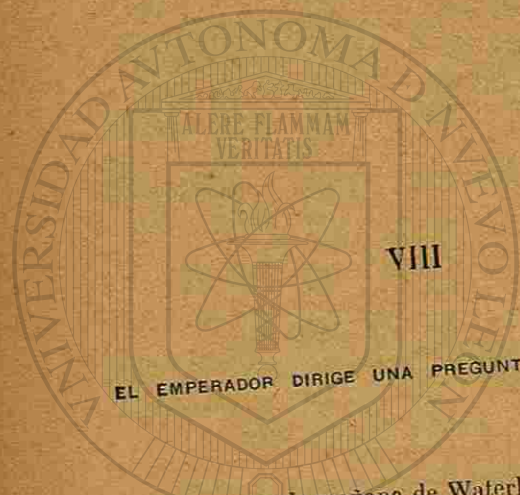
vertiente, que los artilleros ingleses no veían debajo de ellos la granja situada en el fondo del valle, y que era el centro del combate. El 18 de Junio de 1815, las lluvias habían dificultado aún mucho más la subida de aquella cuesta, complicándola además con el fango, pues no sólo resbalaban de continuo, sino que se atascaban las tropas al trepar por aquella torrencera escarpada por las aguas. Á lo largo de la cresta de la meseta corría una especie de foso imposible de adivinar por un observador lejano.

¿Qué venía á ser aquel foso? digámoslo. Braine-l'Alleud es un lugar de la Bélgica y Ohain es otro. Estos lugares, escondidos ambos en las curvas del terreno, están ligados por un camino, como de legua y media, que atraviesa una llanura de nivel undoso, entrando y sumergiéndose á veces en las colinas como un surco, lo que hace que, en varios puntos, aquel camino es un verdadero barranco. Lo mismo que hoy, en 1815 cortaba él la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean entre las dos calzadas de Genappe y de Nivelles; sólo que hoy se encuentra nivelado con la llanura, mientras que entonces era un camino en hondonada. Priváronle de sus dos escarpas para formar el terrontero del monumento. Aquel camino era y aún es todavía una zanja en la mayor parte de la extensión que recorre; zanja profunda, á veces hasta de doce piés, y cuyos declives demasiado escarpados se desplomaban acá y allá, sobre todo en invierno, en las grandes lluvias. Con frecuencia ocurrían accidentes. Tan estrecho era el camino á la entrada de Braine-l'Alleud, que un pasajero quedó allí triturado por un carro, como lo atestigua la cruz de piedra que se halla colocada de pié junto al cementerío y que estampa el nombre del muerto, *el señor Bernardo Debrye, mercader en Brusélas*, y la fecha del accidente, Febrero de 1637. Y era tan profundo en la meseta de Mont-Saint-Jean, que en 1783 fué aplastado un

paisano, Mathieu Nicaise, por un hundimiento de la escarpa, como lo demuestra también otra cruz de piedra cuya parte superior ha desaparecido en los desmontes, pero cuyo pedestal derribado es aún hoy visible en la cuesta alfombrada de césped que está á la izquierda de la calzada entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

Aquel camino hondo, cuya existencia no se revelaba por ningún signo á distancia, borde de la cresta de Mont-Saint-Jean, foso en la cima de la escarpa, atolladero oculto en las tierras, en un día de batalla era invisible, es decir, terrible.

por resultado el salpicar; la inutilidad de la demostración de Piré sobre Braine-l'Alleud; toda aquella caballería, quince escuadrones, casi anulada; el ala derecha inglesa apenas inquietada; el ala izquierda mal atacada; el singular error de Ney haciendo formar en masa en vez de escalar las cuatro divisiones del primer cuerpo, entregando así á la metralla espesores de veinte y siete filas y frentes de doscientos hombres; los espantosos estragos que la artillería enemiga causaba en estas masas; las columnas de ataque desunidas; la batería de escuadra desmascarada bruscamente en su flanco; Bougeois, Donzelot y Durutte comprometidos; Quiot rechazado; el teniente Vieux, aquel hércules salido de la escuela politecnica, herido en el momento mismo en que derribaba á hachazos la puerta de la Haie-Sainte bajo el fuego mortífero de la barricada inglesa que atajaba el recodo de la ruta de Genappe á Bruselas; la división Marcognet, cogida entre la infantería y la caballería, fusilada á quema ropa en los trigos por Best y Pack, y acuchillada por Pons-omy; su batería de siete piezas clavada; el príncipe de Sajonia-Weymar, conservando y guardando, á pesar del conde d'Erlon, á Frischemont y á Smohain; la bandera del 105^o tomada; la bandera del 43^o sufriendo la misma suerte; aquel húsar negro prusiano capturado por los batidores de la columna volante de trescientos cazadores cuando exploraba el campo en descubierta entre Wayre y Planenoit; las cosas alarmantes que dijo este prisionero; la tardanza de Grouchy; los mil quinientos hombres muertos en ménos de una hora en el huerto de Hougomont; los mil ochocientos que sucumbieron, en ménos tiempo aún, al rededor de la Haie-Sainte; todos estos incidentes horrosos, pesando como las nubes de la batalla delante de Napoleón, habian turbado apenas su mirada, y no habian oscurecido la certidumbre en el rostro imperial. Napoleón



Así pues, en la mañana de Waterloo, Napoleón estaba contento.

Y no sin razón; el plan de batalla concebido por él, según hemos indicado ya, era en efecto admirable.

Una vez empeñada la acción, sus peripecias, tan diversas; la resistencia de Hougomont; la tenacidad de la Haie-Sainte; Bauduin muerto; Foy puesto fuera de combate; la inesperada é imprevisita pared donde se estrelló la brigada Soyé; el fatal aturdimiento de Guillemín, que carecía de petardos y de sacos de pólvora; el atascamiento de las baterías; las quince piezas sin escolta volcadas por Uxbridge en un camino hondo; el poco efecto de las bombas que, al caer en las líneas inglesas, se enterraban en el suelo resbaladizo por las lluvias, sin que pudieran hacer allí otra cosa que volcanes de lodo, en términos que la metralla sólo daba

estaba acostumbrado á mirar la guerra fijamente; jamas hacia él, guarismo por guarismo, la punzante adición de los detalles; de los guarismos hacia el poco caso, con tal que le diesen este resultado: Victoria; aunque los primeros pasos se extraviasen, no por eso se alarmaba él, que se creía dueño y poseedor del fin; sabía esperar, suponiéndose fuera de cuestion, y tratando al destino de potencia á potencia. Parecía decir á la suerte: No te atreverías.

Luz y sombra á medias, Napoleon se sentía protegido en el bien y tolerado en el mal. Tenía, ó á lo menos creía tener para sí cierta connivencia, que casi podría llamarse complicidad en los acontecimientos, equivalente á la antigua invulnerabilidad.

Sin embargo, cuando se tiene tras de sí la Beresina, Leipsick y Fontainebleau, parece que se debiera desconfiar de Waterloo. Un misterioso fruncimiento de cejas aparece visible en el fondo del cielo.

En el momento en que Wellington retrogradó, Napoleon experimentó un grato estremecimiento. Ya veía él la meseta de Mont-Saint-Jean desguarnecerse y el frente del ejército inglés desaparecer súbitamente. Lo que este hacia era ocultarse rehaciéndose. El emperador se medio levantó sobre sus estribos. El brillo de la victoria deslumbró un instante sus ojos.

Wellington acorralado en el bosque de Soignes y destruido, era el aterramiento definitivo de la Inglaterra por la Francia; era Crecy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies vengados. El hombre de Marengo borraba á Azincourt.

Meditando la terrible peripecia, el emperador entonces paseó por última vez su anteojo por todos los puntos del campo de batalla. Su guardia, descansando sobre las armas detras de él, le observaba desde abajo con una especie de religion. Él estaba como soñando; examinaba las vertientes, notaba las cuestas, escudriñaba las arboledas, el sem-

brado de centenos, la senda; parecía que contaba cada mata. Miró con algun detenimiento las barricadas inglesas de las dos calzadas, dos grandes talas de árboles, la de la calzada de Genappe, más arriba de la Haie Sainte, armada de dos cañones, los únicos, de toda la artillería inglesa, que viesen el fondo del campo de batalla, y la de la calzada de Nivelles, donde brillaban las bayonetas holandesas de la brigada Chassé. Junto á esta barricada observó la antigua capilla de San Nicolas pintada de blanco, que está en el ángulo del camino transversal que se dirige hácia Braine-l'Alleud. Entónces se inclinó y dirigió la palabra á media voz al guía Lacoste. El guía hizo con la cabeza una señal negativa, probablemente pérfida.

El emperador se enderezó y se puso como á reflexionar. Wellington habia retrocedido.

Ya no quedaba más sino acabar aquella reculada por medio de una completa derrota.

Napoleon entónces hizo un movimiento brusco y expidió una estafeta á París, á toda carrera, para anunciar que la batalla estaba ganada.

Napoleon era uno de esos genios de donde sale el trueno. Y acababa de encontrar el rayo.

Dió órden á los coraceros de Milhaud de que tomasen la meseta de Mont-Saint-Jean.

sabiamente compuesta por Napoleón, la cual llevando en su extrema izquierda los coraceros de Kellermann y á su extrema derecha los coraceros de Milhaud, tenía, por decirlo así, dos alas de hierro.

Llevóles la orden del emperador el ayudante de campo Bernard. Ney desenvainó su espada y se puso á la cabeza. Aquellos escuadrones cerrados emprendieron el movimiento.

Vióse entonces un espectáculo formidable.

Toda aquella caballería, sable en mano, lanzando al viento trompetas y estandartes, formada en columnas por division, descendió, con un solo movimiento y como un solo hombre, con la precisión del ariete de bronce que sibre una brecha, la colina de la Belle-Alliance, se precipitó en el fondo temible donde tantos hombres habían caído ya, desapareció allí entre el humo, y después, saliendo de aquella sombra, reapareció al otro lado del valle, siempre cerrada y compacta, subiendo á gran trote, al traves de una nube de metralla que descargaba sobre ella, la horrible y fangosa pendiente de la meseta de Mont-Saint-Jean. Subían, graves, amenazadores, imperturbables; haciendo oír aquel colosal movimiento de pisadas en los intervalos de la mosquetería y de la artillería. Como eran dos divisiones, iban dos columnas; la division Wathier ocupaba la derecha y la division Delord la izquierda. Creeríase ver de lejos desplegarse hácia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero. Aquello atravesó la batalla como un prodigio.

Desde la toma del gran reducto de la Moskowa por la caballería de línea, no se había visto nada comparable á esto; Murat faltaba aquí, pero Ney se encontraba. Parecía que aquella masa se había convertido en monstruo y no tenía sino una sola alma. Cada escuadron undulaba y se hinchaba como los anillos del pólipo. Percibíase los al tra-



Eran tres mil quinientos, y formaban un frente de un cuarto de legua. Hombres gigantes sobre caballos colosos. Había veinte y seis escuadrones; y tenían tras sí, para apoyarlos, la division de Lefebvre-Desnonettes, los ciento seis gendarmes de preferencia, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientos ochenta lanzas. Llevaban el casco sin crines y la coraza de hierro batido, con las pistolas de arcines y la coraza de hierro batido, con las pistolas de arcines en sus pistoleras y el largo sable-espada. Todo el ejército los había admirado aquella mañana, cuando, á las nueve, al sonido de los clarines y al canto de todas las músicas que entonaron el: *Veillons au salut de l'empire*, habían venido, en columna cerrada, con una de sus baterías al flanco y la otra en el centro, á desplegarse en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont, y á ocupar su puesto de batalla en aquella poderosa segunda línea, tan

ves de una vasta humareda rasgada en ciertos intervalos. Confusion de cascos, de gritos, de sables, saltos borrascosos de las grupas de los caballos entre el cañon y la música, tumulto disciplinado y terrible, y sobre todo esto las corazas, luciendo como las escamas sobre la hidra.

Estos relatos parecen ya de de otras edades. Algo semejante á esta vision aparecia sin duda en las viejas epopeyas orfeicas que refieren los hechos de los hombres-caballos, los antiguos hipántropos, aquellos titanes de rostro humano y pecho ecuestre que galopando escalaron el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Extraña coincidencia numérica, veinte y seis batallones iban á recibir á aquellos veinte y seis escuadrones. Detras de la cresta de la meseta, á la sombra de la batería disimulada, esperaba la infanteria inglesa, formada en trece cuadros, cada uno de dos batallones, y en dos líneas, siete en la primera, y seis en la segunda, con la culata en el hombro, asestando á lo que iba á venir, tranquila, muda, inmóvil. Ni ella veía á los coraceros, ni los coraceros la veían á ella, que se limitaba á escuchar cómo subía aquella marea de hombres. Oía ella desde allí el inmenso y siempre creciente ruido que hacían los tres mil caballos, el golpeo alternativo y simétrico de las herraduras á gran trote, el frotamiento de las corazas, el chasquido de los sables, y una especie de gran resoplido feroz. Siguióse un silencio pavoroso, y despues, de improvito, apareció sobre la cresta de la montaña una larga hilera de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y los estandartes, y los clarines, y tres mil cabezas, con sus bigotes grises gritando: ¡ Viva el emperador! Toda aquella caballería desembocó en la meseta, y su aparicion fué como la entrada de un temblor de tierra.

De improvito ocurrió un suceso trágico: á la izquierda de los ingleses, es decir, á nuestra derecha, la cabeza de

columna de los coraceros se rompió con un clamor espantoso. Llegados al punto culminante de la cresta, desfrenados, entregados á toda su furia, y á su carrera de exterminio sobre los cuadros y los cañones, los coraceros acababan de apereibir entre ellos y los ingleses un foso, ó más bien una fosa. Era el camino hondo de Ohain.

El instante fué espantoso. El barranco estaba allí, inesperado, como una sima, á pico bajo los piés de los caballos, con dos toesas de profundidad entre su doble escarpa; la segunda fila empujó á la primera, y la tercera á la segunda; los caballos se levantaban de manos, reculaban, caían sobre la grupa, levantaban los cuatro piés al aire, derribando y moliendo á los jinetes, sin que hubiera medio de retroceder pues toda la columna formaba un solo proyectil, y la fuerza adquirida para anonadar á los ingleses anonadó los franceses, pues el barranco inexorable no podía rendirse sino colmado; jinetes y caballos rodaron allí en confusion triturándose los unos á los otros, no haciendo sino una sola carne en aquel precipicio; y cuando aquella fosa se llenó de hombres vivos, marcharon los restantes por encima y así pasó la caballería, despues de haber sido enterrada casi la tercera parte de la brigada Dubois en aquel abismo.

Esto empezó la pérdida de la batalla.

Una tradicion local, que exagera sin duda el hecho, dice que en la hondonada de Ohain quedaron sepultados mil quinientos hombres y dos mil caballos. Probablemente comprende este guarismo todos los demas cadáveres que arrojaron al barranco al otro dia del combate.

Antes de ordenar esta carga á los coraceros de Milhaud, Napoleon habia escudriñado bien el terreno, pero no habia podido ver aquel camino profundo que ni siquiera formaba una arruga en la superficie de la meseta. Advertido sin embargo y puesto en recelo por la capillita blanca que

marca su ángulo en la calzada de Nivelles, había dirigido, probablemente sobre la eventualidad de un obstáculo, una pregunta al guía Lacoste, el cual había respondido negativamente. Casi podría decirse que de aquella señal de cabeza de un labriego salió la catástrofe de Napoleón.

Pero aún debían surgir otras fatalidades.

¿Era posible que Napoleón ganase esta batalla? nosotros respondemos, no. ¿Por qué? ¿á causa de Wellington? ¿á causa de Blücher? No. Á causa de Dios.

Bonaparte, vencedor en Waterloo, no era cosa que pudiera ya entrar en la ley del siglo diez y nueve. Se estaba preparando otra serie de hechos en que no había ya un puesto para Napoleón. De larza fecha se anunciaba la mala voluntad de los acontecimientos.

Era ya tiempo de que cayera aquel coloso.

La excesiva pesantez de aquel hombre en los destinos de la humanidad turbaba el equilibrio. Aquel individuo solo significaba en el cómputo más que el grupo universal. Esas pléoras de toda la vitalidad humana concentrada en una sola cabeza, el mundo subieado al cerebro de un hombre, sería una cosa mortal á la civilización, si fuese duradera. Era, pues, llegado el momento de avisar y proveer, para la incorruptible equidad suprema. Probablemente los principios y los elementos de donde dependen las gravitaciones regulares, en el orden moral como en el orden material, se quejaban. La sangre humeando, los cementerios demasiado llenos, las madres anegadas en llanto, son todos alegatos formidables. Cuando la tierra sufre una sobrecarga, hay misteriosos gemidos de la sombra, que el abismo oye.

Napoleón había sido denunciado en el infinito, y su caída era cosa resuelta.

Estorbaba á Dios.

Waterloo no es una batalla, es cambio de frente de universo.

X

LA MESETA DE MONT-SAINT-JEAN

Al mismo tiempo que el barranco se descubrió la batería.

Sesenta cañones y los trece cuadros rompieron sus fuegos contra los coraceros á quema ropa. El intrépido general Delord hizo el saludo militar á la batería inglesa.

Toda la artillería volante británica había vuelto á entrar en los cuadros á galope. Ni un solo instante se detuvieron los coraceros. El desastre del camino hondo los había diezmado, pero no desalentado. Eran de esos hombres, que, disminuidos de número, se engrandecen de corazón.

La columna Wathier sola había sufrido del desastre; la columna Delord, que Ney había hecho oblicuar á la izquierda, como si hubiera él presentido la emboscada, llegó completa.

Los coraceros se lanzaron sobre los cuadros ingleses.

Vientre á tierra, rienda suelta, pistola en mano, sable en los dientes, tal fué su ataque.

Hay momentos en las batallas en que el alma endurece al hombre hasta cambiar al soldado en estatua, y en que parece que toda la carne se convierte en granito. Furiosamente acometidos, los batallones ingleses no se movieron.

Entónces la liza se hizo espantosa.

Todas las fases de los cuadros ingleses fueron atacadas á la vez, viéndose envueltos en un remolino frenético. Aquella friática infantería permaneció impasible. Rodilla en tierra, la primera fila recibía á los coraceros en las puntas de las bayonetas, la segunda fila los fusilaba; detras de la segunda fila, los artilleros cargaban las piezas, abriase el fondo del cuadro, daba paso á una erupcion de metralla, y volvía á cerrarse despues. Los coraceros respondian haciendo inmenso destrozo. Sus grandes caballos se encabritaban, saltaban por encima de las filas, atavesábanlos las bayonetas y caían, gigantescos, en medio de aquellas cuatro paredes vivientes. Las balas de cañon hacían boquetes en los coraceros, los coraceros abrian brechas en los cuadros. Hileras de hombres desaparecían trituradas por los caballos. Las bayonetas se hundian en los vientres de aquellos centauros. De aquí una deformidad de heridas como tal vez no se ha visto en ninguna otra ocasion. Roidos por aquella caballería enfurecida, los cuadros se estrechaban sin tropezar. Inagotables en metralla, hacían explosión en medio de los acometedores. El aspecto de aquel combate era monstruoso. Aquellos cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; aquellos coraceros no eran ya una caballería, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcan atacado por una nube; la lava combatiendo al rayo.

El cuadro de la extrema derecha, el más expuesto de todos, por estar en el aire, fué casi aniquilado desde los primeros choques. Formábale el 75.º regimiento de highlan-

ders. El tocador de gaita en el centro, mientras que se extinguían en derredor suyo, bajando con una inatención profunda sus ojos melancólicos llenos del reflejo de las selvas y de los lagos, sentado sobre un tambor, con su pibola bajo el brazo, tocaba en su cornamusa las sonatas de las montañas. Aquellos escoceses morían pensando en el Ben Lothian, como los griegos acordándose de Árgos. El sable de un coracero, destruyendo la pibola y el brazo que la conducía, hizo cesar el canto malando al cantor.

Los coraceros, relativamente poco numerosos, minorados por la catástrofe del barranco, tenían allí contra ellos casi todo el ejército inglés; pero ellos se multiplicaban, cada hombre valía por diez. Entre tanto, algunos batallones hannoverianos se doblegaron. Wellington lo notó, y pensó en su caballería. Si Napoleón hubiera pensado entónces en su infantería, habría ganado la batalla. Este olvido fué su falta capital, y fatal en aquella jornada.

De improviso los coraceros, de acometedores, sintieronse acometidos. Tenían á la espalda la caballería inglesa. Delante de ellos los cuadros, detras de ellos Somerset; Somerset eran los mil cuatrocientos dragones de la guardia. Somerset tenía á su derecha á Dornberg con la caballería ligera alemana, y á su izquierda á Trip, con los carabineros belgas; atacados de flanco y de frente, por delante y á retaguardia, los coraceros tuvieron que hacer rostro firme por todos lados. ¿Pero qué les importaba á ellos, que eran un torbellino? Su bravura llegó á ser inexplicable.

Tenían además detras de ellos la batería siempre tonante. Era preciso esto para que aquellos hombres fuesen heridos en la espalda. Una de sus corazas, agujereada en el omoplato izquierdo por una vizcaína, se halla en la colección del museo de Waterloo.

Para tales franceses, bien se necesitaban tales ingleses. Ya no fué aquello una lid, fué una sombra, una furia. un

vertiginoso arrebató de almas y de bravuras, un huracán de espadas-relámpagos. En un instante, los mil cuatrocientos dragones-guardias no eran ya más que ochocientos; Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió allí con los lanceros y los cazadores de Lefebvre-Desnouettes. La meseta de Mont-Saint-Jean fué tomada, recobrada y vuelta á tomar de nuevo. Los coraceros dejaban á la caballería para volverse contra la infantería, ó por mejor decir, toda aquella formidable baraunda se asia entre sí sin que el uno soltase al otro. Los cuadros se sostenian siempre. Hubo doce saltos. Ney tuvo cuatro caballos muertos mientras que él los montaba. La mitad de los coraceros quedó en la meseta. Aquella encarnizada liza duró dos horas.

El ejército inglés quedó profundamente debilitado. Es indudable que si ellos no hubieran sido menos cabados por el desastre del camino-barranco, los coraceros habrían volcado al centro y decidido la victoria. Aquella caballería extraordinaria petrificó á Clinton, que habia visto ya á Badajoz y á Talavera. Wellington, vencido en las tres cuartas partes, admiraba heroicamente, diciendo á media voz: *Splendid!*

Los coraceros aniquilaron siete cuadros de los trece, tomaron y clavaron sesenta piezas de artillería, y arrebataron á los regimientos ingleses seis banderas, que tres coraceros y tres cazadores de la guardia fueron á presentar al emperador delante de la granja de la Belle-Alliance.

La situación de Wellington habia empeorado. Esta extraña batalla fué como un duelo entre dos heridos encarnizados, cada uno de los cuales, por su parte, luchando y resistiendo sin cesar, pierde toda su sangre. ¿Cuál de los dos caerá el primero?

La lucha de la meseta continuaba.

¿Hasta dónde llegaron los coraceros? nadie puede decirlo. Lo que no admite duda es que, al otro día de la batalla, un coracero y su caballo fueron hallados muertos

en el maderámen de la gran balanza destinada á pesar los carruajes en Mont-Saint-Jean, en el sitio mismo en que se encuentran y se cortan en encrucijada las cuatro rutas de Nivelles, de Genappe, de La Hulpe y de Brusélas. Aquel jinete habia roto con su caballo las líneas inglesas. Uno de los hombres que recogieron aquel cadáver vive aún en Mont-Saint-Jean. Llámase Debaze. Entónces tenía diez y ocho años.

Wellington se sentia declinar. La crisis estaba ya próxima.

Los coraceros no habian logrado su objeto, puesto que el centro no estaba desalojado; y ocupando todos la meseta, nadie la poseia; por lo demas, la mayor parte de ella quedaba por los ingleses. Wellington tenía el pueblo y llanura culminante; Ney no ocupaba sino la cresta y la pendiente. Por ambas partes parecian radicados en aquel suelo fúnebre.

Pero el desfallecimiento de los ingleses parecia irremediable. La hemorragia de aquel ejército era horrible. Kemp, en el ala derecha, clamaba por refuerzos. — *No hay*, respondia Wellington, *que se haga matar!* — Casi en el mismo instante, singular paralelo que prueba el abatimiento de ambos ejércitos, Ney pedía infantería á Napoleon, y Napoleon exclamaba: *¡Infantería!* ¿de dónde quiere que la tome? ¿Quiere que yo la fabrique?

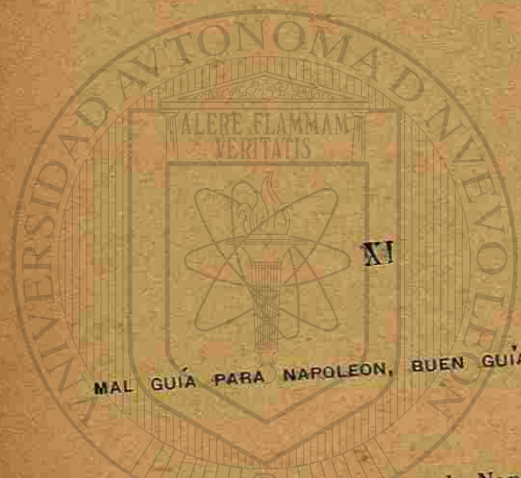
Sin embargo, el ejército inglés era el más enfermo. Los furiosos empujes de aquellos grandes escuadrones con corazas de hierro y pechos de acero habian triturado la infantería. Algunos hombres rodeando una bandera marcaban el puesto de un regimiento; tal batallón no se hallaba mandado sino por un capitán ó por un teniente; la división Alten, tan maltratada ya en la Haie-Sainte, estaba casi destruida; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrian los centenos á lo largo del camino de Ni-

velles; casi nada quedaba de aquellos granaderos holandeses que, en 1811, mezclados en España á nuestras filas, combatían á Wellington, y que, en 1815, unidos con los ingleses, combatían á Napoleón. La pérdida en oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al día siguiente hizo enterrar su pierna, tenía quebrada la rodilla. Si, por parte de los franceses, en la lucha de los coraceros, Delord, l'Héritier, Colbert, Drop, Travers y Blancard, estaban fuera de combate; por parte de los ingleses, Alten se hallaba herido, Barne herido también, Delancey había muerto, Van Meeren muerto, Ompteda muerto, todo el estado mayor de Wellington se hallaba diezmado, y la Inglaterra tenía la peor parte en aquel sangriento equilibrio. El 2.º regimiento de los guardias á pié había perdido cinco tenientes-coroneles, cuatro capitanes y tres abanderados; el primer batallón del 30.º de infantería había perdido veinte y cuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79.º de montañeses tenía veinte y cuatro oficiales heridos, diez y ocho oficiales muertos, y cuatrocientos cincuenta soldados muertos. Los húsares hannoverianos de Cumberland, un regimiento entero, á cuya cabeza iba su coronel Hacke, quien debía ser después juzgado y degradado, habían vuelto grupa y huido al bosque de Soignes, pregonando la derrota hasta Brusélas. Los carros, las prolongas, los bagajes, los furgones, llenos de heridos, viendo á los franceses ganar terreno y aproximarse al bosque, se precipitaban allí: los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡Alarma! Desde Vert-Concou hasta Groenedael, en una longitud de cerca de dos leguas en la dirección de Brusélas, había, según aseguran testigos que aún existen, un inmenso tropel de fugitivos. Este pánico fué tal, que hasta alcanzó el y afectó al príncipe de Condé en Malinas, y á Luís XVIII en Gante. Excepto la débil reserva escalonada detras del hospital de sangre establecido en la

granja de Mont-Saint-Jean y las brigadas Vivian y Vandeleur, que flanqueaban el ala izquierda, Wellington no tenía ya caballería. Numerosas baterías yacían por tierra desmontadas. Estos hechos los confiesa Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, va hasta decir que el ejército anglo-holandés quedó reducido á treinta y cuatro mil hombres. El duque de Hierro permanecía sereno, pero sus labios se pusieron cárdenos. El comisario austriaco Vincent y el comisario español Álava, que presenciaron la batalla en el estado mayor inglés, creían al duque perdido. Á las cinco, sacó Wellington su reloj, y le oyeron murmurar esta palabra sombría: ¡Blücher, ó la noche!

En este momento fué cuando una línea lejana de bayonetas se vió brillar sobre las alturas por el lado de Frischmont.

Aquí está la peripecia de este drama gigante,



Conocido es el triste chasco de Napoleón : Grouchy esperado, Blücher llegado; la muerte en vez de la vida. Vueltas de este género suele tenerlas el destino; esperaba el trono del mundo, y se encuentra con Santa-Elena. Si el pastorcito que servía de guía à Bülow, teniente de Blücher, le hubiera aconsejado desembocar del bosque encima de Frischemont más bien que debajo de Plancenoit, la forma del siglo diez y nueve habría sido tal vez diferente. Napoleón habría ganado la batalla de Waterloo. Por cualquiera otro camino que por bajo de Plancenoit, el ejército prusiano tocaba à un barranco imposible de atravesar por la artillería, y Bülow no habría llegado à tiempo. Ahora bien, una hora de retraso, el general prusiano Muffling es quien lo declara, y Blücher no habría ya llamado à Wellington de pié; « la batalla estaba perdida. »

Segun se ve, ya era tiempo de que llegase Bülow. Por lo demás, este se hallaba en grande retraso. Había vivaqueado en Dion-le-Mont y había salido desde el amanecer. Pero los caminos estaban intransitables y sus divisiones se habían atascado en los lodos. Los lodazales llegaban hasta los cubos de las cureñas. Además, habría sido menester pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; la calle que conduce al puente había sido incendiada por los franceses; los cañones y los furgones de la artillería, no pudiendo pasar entre los hileras de casas ardiendo, habían tenido que esperar à que apagaran el fuego. Las doce del día eran ya y la vanguardia de Bülow no había podido aún llegar à Chapelle-Saint-Lambert.

Si la acción hubiera empezado dos horas àntes, habría concluido à las cuatro y Blücher habría llegado cuando la batalla estaría ya ganada por Napoleón. Tales son esas inmensas casualidades, proporcionadas à un infinito que se sustrae à nuestro conocimiento.

Desde las doce del día, el emperador fué el primero que, con su antejo de larga vista, percibió en el lejano horizonte algo que fijó su atención, y dijo : — Distingo allá lejos una nube que me parece señal de tropas. En seguida preguntó al duque de Dalmacia : — ¿ Soult, qué es lo que usted ve hacia Chapelle-Saint-Lambert? — El mariscal, encarando su antejo, respondió : — Cuatro ó cinco mil hombres, sire. Evidentemente es Grouchy. Entretanto, aquello permanecía inmóvil en la bruma. Todas las lunetas del estado mayor habían estudiado « la nube » señalada por el emperador. Algunos habían dicho : Son columnas que hacen alto. La mayor parte de los que miraban decían : Son árboles. Lo cierto es que la nube no se movía. El emperador destacó en reconocimiento hacia aquel punto oscuro la división de caballería ligera de Domon. Bülow en efecto no se había movido. Su vanguardia

era muy débil, y nada podía hacer. Debía él esperar el grueso del cuerpo de ejército y tenía orden de concentrarse ántes de entrar en línea; pero á las cinco, viendo el peligro de Wellington, Blücher ordenó á Bülow que atacase, y dijo esta palabra notable: « Es preciso dar aire al ejército inglés. »

Poco tiempo despues, las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Ryssel se desplegaban delante del cuerpo de Lobau; la caballería del príncipe Guillermo de Prusia desembocaba del bosque de París; Plancenoit estaba ardiendo; y las bombas prusianas empezaban á llover hasta en las filas de reserva detras de Napoleon

XII

LA GUARDIA

Lo demas es cosa sabida; la irrupcion de un tercer ejército, la batalla desconcertada, ochenta y seis bocas de fuego atronando de repente, Pirch 1.º apareciendo con Bülow, la caballería de Zieten conducida por Blücher en persona, los franceses rechazados. Marcognet aventado de la meseta de Ohain, Durutte desalojado de Pape-lotte, Donzelot y Quiot retrocediendo, Lobau acuchillado, una nueva batalla precipitándose al anocheecer sobre nuestros demolidos regimientos, toda la línea inglesa recobrando la ofensiva y avanzando, una brecha gigantesca abierta en el ejército frances, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose recíprocamente, el exterminio, el desastre de frente, el desastre de flanco, la guardia entrando en línea bajo aquel desplomamiento espantoso.

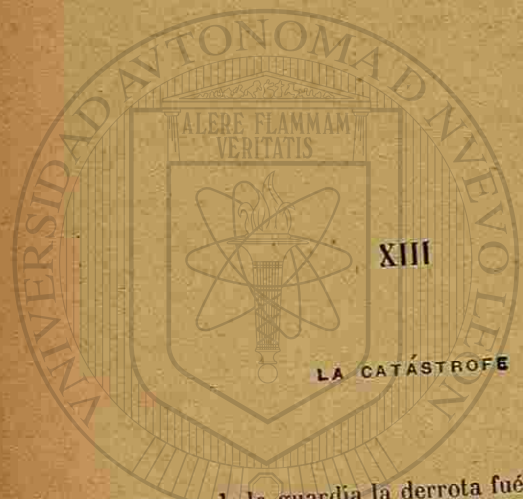
Conociendo que iba á morir, exclamó: ¡ Viva el em-

perador! Nada presenta la historia más conmovedor que aquella agonía prorumpiendo en aclamaciones.

El cielo había estado cubierto todo el día. De repente, en aquel mismo momento, á eso de las ocho de la tarde, separáronse las nubes del horizonte y dieron paso, al t. aves de los olmos del camino de Nivelles, á los siniestros rayos rojos del sol poniente. ¡ En Austerlitz se había visto nacer!...

Para este desenlace, cada batallón de la guardia se hallaba mandado por un general. Allí estaban Friant, Michel, Roguet, Harlet, Mallet y Poret de Morvan. Cuando aparecieron las altas gorras de los granaderos de la guardia, con la gran placa del águila, simétricas, alineadas, tranquilas, en la bruma de aquella liza, el enemigo sintió el respeto de la Francia; creyó ver entrar veinte victorias con las alas desplegadas, en el campo de batalla, y juzgándose vencidos, los vencedores retrocedieron; pero Wellington gritó: ¡ Arriba, guardias, y buena puntería! El regimiento rojo de los guardias ingleses, agachado detrás de los setos, se levantó inmediatamente, y una nube de metralla acribilló la bandera tricolor que se estremecía en derredor de nuestras águilas; todo se lanzaron y entonces comenzó la carnicería suprema. La guardia imperial sintió en la sombra al ejército que se desbandaba en derredor de ella, con toda la inmensa conmoción de la derrota, oyó el ¡ sálvese quien pueda! que había ya reemplazado al ¡ viva el emperador! y con la fuga tras sí, continuó ella avanzando, cada vez más combatida por el plomo mortífero y alfombrando á cada paso el suelo con mayor número de cadáveres. No hubo allí vacilantes ni tímidos. En aquella tropa, tan héroe era el soldado como el general. Ni un solo hombre faltó al suicidio. Ney, desatinado, grande con toda la grandeza de la muerte aceptada, se ofrecía á todos los rayos de aquella tormenta. Allí cayó muerto debajo de él su quinto caballo de la jornada. Sudando todo él, con llamas en los

ojos, espuma en los labios, desabotonado el uniforme, una de sus charreteras medio cortada de un sablazo que le descargó un horseguro, abollada por una bala su placa de grande águila, ensangrentado, cubierto de lodo, magnífico, decía, blandiendo en sus manos una espada rota: ¡ Venid á ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla! Pero todo fué en vano; no murió. Estaba enfurecido, indignado. Á Drouet d'Erlon lanzaba esta pregunta: ¿ Es que tú no te harás matar? Y gritaba en medio de toda aquella artillería que aniquilaba á un puñado de hombres: — ¡ Conque no habrá nada para mí! ¡ Oh! ¡ quisiera que todas esas bombas inglesas me entrasen en el vientre! — ¡ Estabas reservado para balas francesas, infeliz!



Detras de la guardia la derrota fué lúgubre. En todas partes á la vez cedió el ejército, en Hougomont, en la Haie-Sainte, en Papelotte, en Plancenoit. Al grito de: ¡Traicion! siguióse el de: ¡Sálvese quien pueda! Un ejército desbandado es un deshielo. Todo vacila, cede, se hiende, rueda, cae, choca, se apresura, se precipita. ¡Descomposicion inaudita! Ney se apodera de un caballo, monta en él, y sin sombrero, sin corbatin, sin espada, se instala en medio de la calzada de Brusélas, deteniendo á la vez á ingleses y á franceses. Procura contener al ejército, le llama, le insulta, se encarama sobre la derrota, quiere detener el curso de los sucesos; pero los sucesos pasan sobre él y le dejan atras. Los soldados se alejan de él gritando: ¡Viva el mariscal Ney! Dos regimientos de Durutte van y vienen azorados y como volteados por el

sable de los ulhans y la fusilería de las brigadas de Kempt, de Best, de Pack y de Rylandt; la peor de las lides es la derrota; los amigos se matan entre si para huir; los escuadrones y los batallones se dispersan y se rompen unos contra otros, formando esto como la enorme espuma de la batalla. En una extremidad Lobau, en la otra Reille se ven arrastrados por el oleaje. En vano Napoleon reconstruye murallas con los restos de la guardia; en vano emplea en un supremo y postrer esfuerzo sus escuadrones de servicio. Quiot recula ante Vivian, Kellermann ante Vandeleur, Lobau ante Bü'ow, Morand ante Pirch, Domon y Subervic ante el principe Guillermo de Prusia. Guyot, que ha conducido á la carga los escuadrones del emperador, cae bajo los piés de los dragones ingleses. Napoleon corre á galope á lo largo de las bandas de fugitivos, los arenga, los solicita, los amenaza, los suplica. Todas las bocas que por la mañana gritaban: Viva el emperador, permanecen ahora abiertas; apénas si el soldado conoce á su soberano. La caballería prusiana, venida de refresco, se lanza, vuela y acuchilla, taja, destroza, mata, extermina. Los trenes de la artillería se precipitan, los cañones desaparecen; los artilleros desenganchan los cajones y se apoderan de los caballos para escaparse; muchos furgones, volcados, con las cuatro ruedas al aire, obstruyen el camino, dando ocasion á mil desgracias que aumentan la mortandad. Se pisotean y se aplastan unos á otros, marchando sobre los muertos y sobre los vivos. Como las cabezas, los brazos todos están desatinados. Una muchedumbre vertiginosa llena los caminos, las sendas, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles, los bosques, henchidos y atestados por aquella evasion de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperacion, sacos y fusiles arrojados en los centenos, oficiales y soldados despavoridos abriéndose paso á estocadas

y á bayonetazos; no más camaradas, no más oficiales, no más generales, sino un espanto inexplicable. Zieten acuchillando á la Francia á su sabor. Los leones convertidos en corderos. Tal fué aquella fuga.

En Genappe, se trató de reponerse, de hacer frente, de poner á raya el triunfo. Lobau reunió trescientos hombres. Se atrincheraron á la entrada del pueblo, pero á la primera descarga de la metralla prusiana, todos volvieron á emprender la fuga, y Lobau cayó prisionero. Todavía se ve hoy esta metralla señalada en la vieja fachada de una casucha de ladrillo que se halla á la derecha del camino, pocos minutos ántes de entrar en Genappe. Los prusianos se avalanzaron á este pueblo, furiosos sin duda de verse vencedores á tan poca costa. La persecucion fué monstruosa.

Blücher ordenó el exterminio. Roguet había dado este lúgubre ejemplo de amenazar con la muerte á todo granadero francés que le trajera un prisionero prusiano. Blücher excedió aún á Roguet. El general de la guardia joven, Duhesme, acosado á la puerta de una posada de Genappe, entregó su espada á un húsar de la muerte, el cual tomó la espada y mató al prisionero. La victoria concluyó por el asesinato de los vencidos. Castiguemos, puesto que somos la historia: el viejo Blücher se deshonró. Aquella ferocidad puso el colmo al desastro. La derrota desesperada atravesó á Genappe, atravesó á Quatre-Bras, atravesó á Sombrefe, atravesó á Frasnes, atravesó á Thuin, atravesó á Charleroi, y no se detuvo hasta que llegó á la frontera. ¡Ah! ¿y quién huía de esta manera? ¡nada ménos que el grande ejército!

Aquel terror, aquel vértigo, aquella ruinosa catástrofe de la más alta bravura que haya asombrado jamás á la historia, todo esto, decimos, no reconocerá una causa. Sin duda. La sombra de una derecha enorme se proyecta

sobre Waterloo. Aquella fué la jornada del destino. Una fuerza superior á la del hombre combatió allí aquel día. De aquí el doblegarse todos, el bajar las cabezas asombradas; de aquí el rendir la espada todas aquellas grandes almas. Los que habían vencido á la Europa cayeron aterrados, no teniendo ya nada que decir ni que hacer, sintiendo en la sombra una presencia terrible. *Hoc erat in fatis*. Aquel día cambió la perspectiva del género humano. Waterloo es el gozne del siglo diez y nueve. La desaparicion del grande hombre era necesaria al advenimiento del gran siglo. Un sér á quien no se replica se encargó de ello. El pánico de los héroes se explica de ese modo. En la batalla de Waterloo hubo más que nubes; hubo meteoro. Dios pasó por allí.

Al anohecer, Bernard y Bertrand, yendo por un campo cerca de Genappe, cogieron por la falda de la levita y detuvieron á un hombre pensativo, furioso, siniestro, que, arrastrado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de apearse, y echándose al brazo la brida de su caballo, con la vista extraviada, se volvía solo hácia Waterloo. Era Napoleon, que aún probaba á marchar adelante, inmenso sonámbulo de aquel sueño desvanecido.

UNIVERSIDAD
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



Algunos cuadros de la guardia, inmóviles en medio de la borrasca de aquella espantable derrota, como las rocas en el agua que corre sobre ellas, se mantuvieron firmes hasta anocheado. Llegada la noche, y con ella la muerte también, esperaron esta doble sombra, é, inmovibles, dejáronse envolver por ella. Aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno que le uniera con el ejército, disuelto por todas partes, cada regimiento moría de su propia cuenta. Para llevar á cabo esta postrera resolución, habían escogido por estancias, unos las alturas de Rossomme, otros la llanura de Mont-Saint-Jean. Abandonados allí, vencidos, terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban de un modo formidable. Ulm, Wagram, Iéna, Friedland, morían con ellos.

Á la hora del crepúsculo, á eso de las nueve de la tarde, quedaba todavía uno en el pie de la meseta de Mont-Saint-

Jean. En aquel valle funesto, junto á aquella cuesta que subieron los coraceros, inundada ahora por las masas inglesas, bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa, blanco de una formidable densidad de proyectiles, luchaba aún aquel cuadro, que mandaba un oscuro oficial llamado Cambronne. Á cada descarga, disminuía el cuadro, sin dejar de responder. Replicaba á la metralla con sus fuegos de fusilería, estrechando continuamente sus cuatro fases. Los fugitivos, deteniéndose por momentos á cobrar respiración, escuchaban de lejos en las tinieblas aquellos truenos sombríos que iban decreciendo sin cesar.

Cuando aquella legión no era ya más que un puñado de hombres; cuando su bandera no fué sino un arambel; cuando sus fusiles, careciendo de balas, no eran sino meros garrotes; cuando el monton de cadáveres fué mayor que el grupo de los vivos, hubo entre los vencedores una especie de terror sagrado en presencia de aquellos moribundos sublimes, y la artillería inglesa, recobrando alientos, guardó silencio. Aquello fué una especie de tregua. Aquellos combatientes tenían en derredor suyo como un hormiguelo de espectros, de sombras, de hombres á caballo, los negros lineamentos de los cañones, la blancura del cielo vista al través de las ruedas de las cureñas; la colosal cabeza de muerto que los héroes perciben siempre entre el humo en el fondo de la batalla, avanzaba hácia ellos y los miraba. Entonces pudieron oír en la sombra crepuscular que cargaban las piezas; las mechas encendidas semejantes á ojos de tigre vistos en la noche hicieron un círculo al rededor de sus cabezas; todos los botafuegos de las baterías inglesas se aproximaron á los cañones, y entonces, compadecido, teniendo el instante supremo suspendido sobre las cabezas de aquellos hombres, un general inglés, Colville segun unos, Maitland segun otros, les gritó: ¡Bravos franceses, rendiros! Cambronne respondió: ¡Mierda!



Como el lector quiere ser respetado, no se le puede repetir aquí la palabra más hermosa tal vez que un francés haya pronunciado jamás. Lo sublime está sin duda prohibido en la historia.

Por nuestra cuenta y riesgo, infringimos nosotros esta prohibición.

Así, pues, diremos que, entre aquellos gigantes, hubo un titan, Cambromne.

Nada más grande, en efecto, que decir esa palabra y morir en seguida ! pues la verdadera muerte consiste en querer morir, y si aquel hombre, ametrallado, ha sobrevivido, no es por culpa suya.

El que ganó la batalla de Waterloo no fué Napoleón en derrota ; no fué Wellington replegándose á las cuatro, desesperado á las cinco ; no fué Blücher, que no se batió ; el

hombre que ganó la batalla de Waterloo, fué Cambromne.

Fulminar semejante palabra contra el rayo que os mata es vencer.

Dar tal respuesta á la catástrofe ; decir eso al destino ; suministrar esa base al leon futuro ; lanzar esa réplica á la lluvia de la noche, á la traidora pared de Hougomont, al horrible barranco de Ohain, al retraso de Grouchy, á la llegada de Blücher ; ser la ironía en el sepulcro ; hacer de modo que se quede de pié despues de haber caido ; ahogar en dos sílabas á la coalición europea ; ofrecer á los reyes esas letrinas conocidas ya por los Césares ; hacer de la última la primera de las palabras, sin empañar por eso el brillo de la Francia ; cerrar insolentemente el drama de Waterloo por un rasgo de carnaval ; completar á Leónidas por Rabelais ; resumir aquella victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar ; perder el terreno y ganar la historia ; y despues de aquella horrenda carnicería, contar con las risas de aprobación y aplauso del universo entero, es una rosa inmensa.

Es el insulto al trueno y á la tempestad. Esto raya en la grandeza eschyliana.

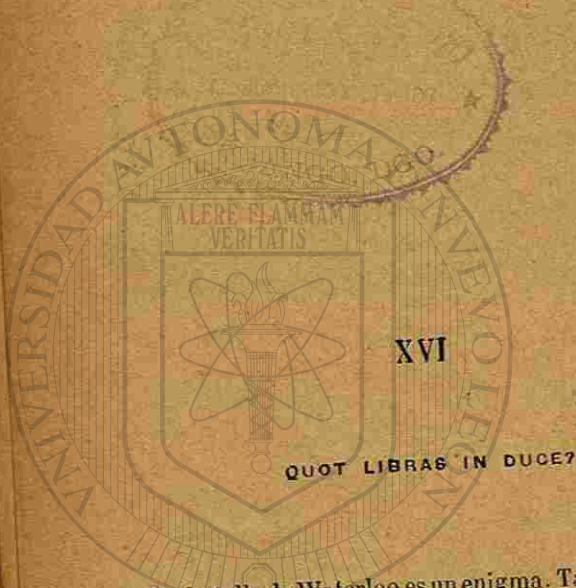
La palabra de Cambromne produce el efecto de una fractura. Es la fractura del pecho por el desden ; el exceso de agonía que hace explosion. ¿ Quién venció ? ¿ fué Wellington ? No. Sin Blücher estaba perdido. ¿ Fué Blücher ? No. Si Wellington no hubiera empezado, Blücher no habría podido concluir. Aquel Cambromne, aquel transeunte de la última hora, aquel soldado oscuro, aquel infinitamente pequeño de la guerra, comprende que allí hay una catástrofe basada en una mentira, punzante reduplicación ; y en el momento en que está el estallando de rabia, se le ofrece esta irrisión, la vida ! ¿ Cómo no saltar de iracundo enojol Allí están todos ellos, los reyes de la Europa, los generales afortunados, los Júpiter tonantes ; tienen cien mil soldados

victoriosos, y detras de los cien mil, un millon; sus cañones, con la mecha encendida, se hallan asestados; tienen bajo sus talones á la guardia imperial y al grande ejército; acaban de aniquilar á Napoleon; y ya no queda más que Cambronne; nadie hay ya, que pueda protestar sino aquel gusano de la tierra. ¡ El protestará! Entónces echó mano á una palabra, como se echa mano á una espada. La espuma le vino á la boca y esta espuma es la palabra. En presencia de aquel triunfo prodigioso y mediocre, ante aquella victoria sin victoriosos, aquel desesperado levanta erguido la cabeza; siente él que sufre la enormidad, pero quiere hacer constar el ningun valor de ella; y hace más que escupirla encima; bajo la opresion del número, de la fuerza y de la materia, encuentra en su mente una expresion, el excremento. Lo repetimos, decir esto, hacer esto, hallar esto, es ser el verdadero vencedor.

El espíritu de los grandes dias penetró en aquel hombre desconocido en el instante fatal. Cambronne encontró la palabra de Waterloo como Rouget de l'Isle encontró la Marsellesa, por visitacion del sopro del Eterno. Un efluvio del huracan divino se destaca y viene á pasar al traves de esos hombres; ellos se estremecen, y el uno canta el canto supremo y el otro lanza el grito terrible. Cambronne no arroja esa palabra de titánico desde solamente á la Europa en nombre del imperio; esto sería poco, la arroja á la historia de los tiempos pasados en nombre de la revolucion. Al oirla, reconócese desde luégo en Cambronne el alma antigua de los gigantes. Parece que es Danton hablando, ó Kleber rugiendo.

Al oír la palabra de Cambronne, la voz inglesa respondió: ¡ fuego! las baterías chispearon, la colina tembló, y de todas aquellas bocas de bronce salió un postrer vómito de metralla, espantoso; una vasta humareda, vagamente blanqueada por la luna que aparecia sobre el horizonte, se

levantó y rodó por la atmósfera, y cuando el humo se disipó, ya nada habia. Aquel resto formidable estaba aniquilado, la guardia habia muerto. Los cuatro muros del reducto viviente yacian en tierra, distinguiéndose apenas acá y allá algun ligero estremecimiento entre los cadáveres. Así fué como las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont-Saint-Jean sobre la tierra mojada de lluvia y de sangre, entre los trigos sombríos, en el mismo sitio por donde hoy pasa, á las cuatro de la mañana, silbando y dando alegremente de latigazos á su caballo, José, el que hace el servicio postal de Nivelles.



La batalla de Waterloo es un enigma. Tan oscura es ella para los que la ganaron como para el que la perdió. Para Napoleón es un pánico¹; Blücher no ve en ella más que fuego; Wellington nada comprende. Leed si no los partes. Los despachos de campaña son confusos, los comentarios embrollados. Estos se muestran balbucientes, aquellos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro momentos; Muffling la distribuye en tres peripecias; Charras, bien que en algunos puntos nuestra apreciación difiera de la suya, es el solo que ha comprendido, con su

¹ « Una batalla terminada, una jornada concluida, falsas medidas reparadas, mayores triunfos asegurados para el día siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico. »

(NAPOLEÓN. *Memorias de Santa Elena.*)

penetrante golpe de vista matemático, los lineamentos característicos de aquella catástrofe del genio humano en lucha con el azar divino. Todos los demás historiadores sufren de cierta ofuscación, y en esta ofuscación marchan á tientas. Jornada fulgurante, en efecto, aquella en que se consumó el abatimiento de la monarquía militar que, con grande estupor de los reyes, removi6 á todos los reinos; caída de la fuerza, derrota de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva el sello de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres es nada.

Suprimir á Waterloo para Wellington y Blücher, ¿ es por ventura quitar algo á la Inglaterra y á la Alemania? No. Ni esta ilustre Inglaterra ni aquella augusta Alemania están en cuestión para nada en el problema de Waterloo. Gracias al cielo, los pueblos son grandes prescindiendo de las lúgubres aventuras de la espada. Ni la Alemania ni la Inglaterra, ni la Francia caben, como la hoja de acero, en una vaina; en aquella época en que Waterloo no era más que un fragor de satíles, por encima de Blücher tenía la Alemania á Goethe y por encima de Wellington poseía la Inglaterra á Byron. Nuestro siglo se distingue por un inmenso oriente de ideas, y en esta aurora, la Inglaterra y la Alemania brillan con un fulgor magnífico. Son majestuosas, porque son pensadoras. La elevación de nivel que ellas comunican á la civilización es intrínseca, como que procede de ellas mismas, y no de un accidente. El engrandecimiento que han adquirido en el siglo diez y nueve no reconoce por causa á Waterloo. Sólo los pueblos bárbaros experimentan un progreso repentino, despues de una victoria. Es la vanidad pasajera del torrente cuyo caudal acrece la tormenta. Los pueblos civilizados, sobre todo en nuestra época, no se levantan ni descienden por la buena ó mala fortuna de un capitán. Su peso específico en el género humano re-

sulta de algo más grande que un combate. Su honor, gracias á Dios, su dignidad, su luz, su genio, no son números que esós jugadores á quienes llaman conquistadores y héroes pueden arriesgar en la lotería de las batallas. Generalmente, batalla perdida es progreso conquistado. Cuanta ménos gloria, más libertad. El tambor calla, y la razon toma la palabra. Es el juego de gana pierde. Hablemos pues de Waterloo friamente, por una y otra parte. Concedamos al acaso lo que es del acaso, y á Dios lo que es de Dios. ¿Qué es Waterloo? ¿Una victoria? No. Un quintero.

Quintero ganado por la Europa y perdido por la Francia.

Realmente esto no valia la pena de colocar allí un leon.

Por lo demas, Waterloo es el duelo más extraño y singular que jamas se haya llevado á cabo en la historia. Napoleon y Wellington, no son dos enemigos, sino dos contrarios. Dios, que se complace en las antítesis, no ha hecho nunca un contraste más patente, ni más extraordinaria confrontacion. Por un lado, la precision, la prevision, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada con anticipacion, las reservas economizadas, una sangre fria imperturbable, un método algebráico, la estrategia que se aprovecha del terreno, la táctica que equilibra los batallones, la carnicería tirada á cordel, la guerra regulada reloj en mano, sin dejar nada voluntariamente al acaso, el antiguo valor clásico, la correccion absoluta; y por otro, la intuicion, la adivinacion, la rareza militar, el instinto sobrehumano, el golpe de vista flamante, cierta cosa que mira como el águila y que hiere como el rayo, un arte prodigioso en una impetuosidad desdeñosa, todos los misterios de un alma profunda, la asociacion con el destino; el rio, la llanura, la selva, la colina, intimados y como forzados en cierto modo á obedecer; el déspota que

va hasta tiranizar el campo de batalla; la fe en su estrella mezclada con la ciencia estratégica, y engrandeciéndola, pero turbándola. Wellington era el Barème, y Napoleon el Miguel Ángel de la guerra; y esta vez el genio fué vencido por el cálculo.

Por ambas partes se esperaba á alguién. El calculador exacto fué el que acertó. Napoleon esperaba á Grouchy, que no vino. Wellington esperaba á Blücher, que llegó á tiempo.

Wellington es la guerra clásica que toma su despique. Bonaparte, en su aurora, la habia encontrado en Italia, y la batió de un modo admirable. El viejo mochuelo huyó allí ante el jóven buitres. La antigua táctica quedó, no sólo aterrada, sino aterrorizada. ¿Quién era aquel corso de veinte y seis años, qué significaba aquel ignorante espléndido que, teniendo todo contra si, y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin artillería, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres contra masas enormes, se lanzaba así contra la Europa coaligada, y ganaba de un modo absurdo victorias en la esfera del imposible? ¿Quién aquel advenedizo de la guerra que se presentaba con el descaro de un astro? La escuela académica militar le excomulgaba tomando soleta. De aquí un implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, del sable correcto contra la espada brillante, y del cuadro de ajedrez contra el genio. El 18 de Junio de 1815, aquel rencor lanzó su última palabra, y por bajo de Lodi, de Montebello, de Montenotte, de Mantua, de Marengo y de Arcole, escribió: Waterloo. Triunfo de las mediocridades, grato á las mayorías. El destino consintió semejante ironía. En su ocaso, Napoleon volvió á encontrar frente á sí á Wurmser jóven.

Con efecto, para tener á Wurmser, bastará con blanquear el pelo á Wellington.

Waterloo es una batalla de primer orden ganada por un capitán de segundo.

Lo que es de admirar en la batalla de Waterloo, es la Inglaterra, es la firmeza inglesa, es la resolución inglesa, es la sangre inglesa; lo que tuvo allí de magnífico y de soberbio la Inglaterra, con perdón de ella sea dicho, fué ella misma. No fué su capitán, fué su ejército.

Wellington, soberanamente ingrato, declara en una carta á lord Bathurst que su ejército, el ejército que combatió el 18 de Junio de 1815, era « un ejército detestable. » ¿Qué piensa de esto la sombra mezclada con las osamentas que ocultan los surcos de Waterloo?

La Inglaterra ha estado, con respecto á Wellington, demasiado modesta. Hacer á Wellington tan grande, es hacer pequeña á la Inglaterra. Wellington no es más que un héroe como otro cualquiera. Aquellos escoceses grises, aquellos horse-guards, aquellos regimientos de Maitland y de Mitchell, aquella infantería de Pack y de Kempt, aquella caballería de Ponsomby y de Somerset, aquellos highlanders tocando la cornamusa bajo la metralla, aquellos batallones de Rylandt, aquellos reclutas, todos novatos, que apenas sabían manejar el fusil, haciendo frente á los rudos veteranos de Essling y de Rivoli; hé aquí lo que es grande. Wellington se mostró tenaz, en esto consistió todo su mérito, que nosotros no le contestamos, pero el menor de sus infantes y de sus jinetes fué tan sólido como él. El *iron-soldier* vale tanto como el *iron-duke*. Por lo que hace á nosotros, toda nuestra glorificación se dirige al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hay trofeo, á la Inglaterra es á quien ese trofeo es debido. La columna de Waterloo sería más justa, si, en vez de la figura de un hombre, elevara ella á las nubes la estatua de un pueblo.

Pero esta grande Inglaterra se irritará de lo que aquí

decimos. Después de su 1688 y de nuestro 1789, todavía cobija ella la ilusión feudal. Cree en el doble principio, hereditario y jerárquico. Este pueblo, al cual no excede ningún otro en poderío ni en gloria, se estima como nación, no como pueblo. En tal concepto, de pueblo, se subordina de buen grado y toma un lord por cabeza. Workman, se deja desdenar; soldado, se deja apalear. Sabido es que en la batalla de Inkermann un sargento que, según parece, había salvado al ejército, no pudo ser mencionado por lord Raglan, porque la jerarquía militar inglesa no permite citar en un despacho á ningún héroe de grado inferior al de oficial.

Lo que nosotros admiramos sobre todo en una lid del género de la de Waterloo, es la prodigiosa habilidad del acaso. Lluvia nocturna; pared de Hougomont; camino-barranco de Ohain; Grouchy sordo al estampido del cañoneo; guía que engaña á Napoleón; guía que instruye á Bülow; todo este cataclismo está maravillosamente conducido.

En suma, digámoslo de una vez, en Waterloo hubo más matanza que batalla.

De todas las acciones ordenadas, la de Waterloo es la que presenta el más reducido frente en tal número de guerreros combatiendo. Napoleón, tres cuartos de legua, Wellington media legua; setenta y dos mil combatientes en cada campo. De este espesor provinó tan grande carnicería.

Hase hecho este cálculo y establecido esta proporción: Pérdida de hombres: en Austerlitz, franceses, catorce por ciento; rusos, treinta por ciento; austriacos, cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram, franceses, trece por ciento; austriacos, catorce. En la Moskowa, franceses, treinta y siete por ciento; rusos cuarenta y cuatro. En Bautzen, franceses, trece por ciento; rusos y prusianos, catorce. En Waterloo, franceses, cincuenta y seis por ciento; alia-

dos, treinta y uno. Total para Waterloo, cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes; sesenta mil muertos.

El campo de Waterloo disfruta hoy de la calma que pertenece á la tierra, sustentáculo impasible del hombre, y se asemeja á todas las demas llanuras.

Durante la noche, sin embargo, parece como que se desprende de allí una especie de bruma visionaria; y si algun viajero transita por aquel sitio, si mira, si escucha, si sueña como Virgilio en las funestas llanuras de Philippos, la alucinacion de la catástrofe le sobrecoge de espanto. El pavoroso 18 de Junio revive; la falsa colina que sirve de monumento se borra, aquel leon se disipa, y el campo de batalla recobra toda su triste realidad: lineas de infanteria ondean en la llanura; furiosas carreras atraviesan el horizonte; el soñador azorado ve el resplandor de los sables, el brillo de las bayonetas, el fogonazo de la artilleria, el monstruoso estruendo de la tormenta; oye, como un lamento en el fondo de una tumba, el vago clamor de la batalla fantasma; aquellas sombras, son los granaderos; aquellos resplandores, son los coraceros; aquel esqueleto, es Napoleon; este otro esqueleto, es Wellington; todo esto no existe ya, y sin embargo, choca entre sí y combate aún; y los barrancos se enrojecen, y los árboles tiemblan, y hay furia hasta en las nubes, y en las tinieblas; todas aquellas alturas siniestras, Mont-Saint-Jean, Hougomont, Frischemont, Papelotte, Plancenoit, aparecen confusamente coronadas de torbellinos de espectros exterminándose unos á otros.

XVII

¿DEBEREMOS HALLAR BUENO Á WATERLOO

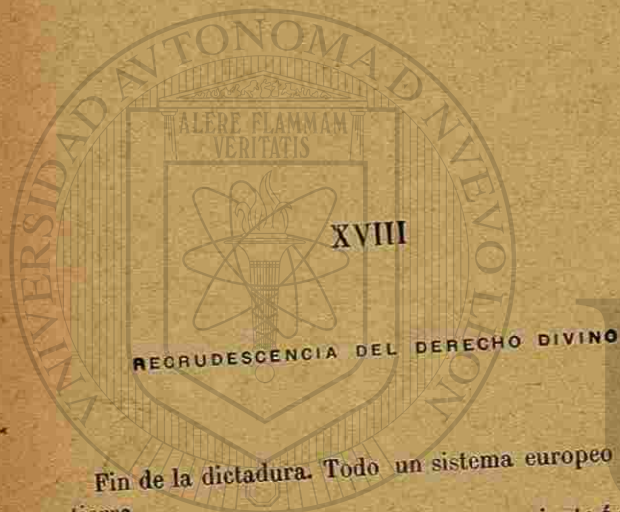
Existe una escuela liberal muy respetable que no odia á Waterloo. Nosotros no somos de esa escuela. En nuestro juicio, Waterloo no es sino la fecha estupefacta de la libertad. Que tal águila salga de tal huevo, es seguramente lo inesperado.

Si nos colocamos en el punto de vista culminante de la cuestion, Waterloo es intencionalmente una victoria contrarevolucionaria. Es la Europa contra la Francia; es Petersburgo, Berlin y Viena contra Paris; es el *statu-quo* contra la inicialiva; es el 14 de Julio 1789 atacado al traves del 20 de Marzo de 1815; es el zafarrancho de las monarquias contra la indomable revolucion francesa. Sofocar en fin este vasto pueblo en erupcion hacia ya veinte y seis años; tal era el sueño. Solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohen-

zollern, de los Habsburgos con los Borbones. Waterloo lleva á la grupa el derecho divino. Es verdad que habiendo sido el imperio despótico, la monarquía, por la reacción natural de las cosas, debía ser forzosamente liberal, y que, con tanto pesar de los vencedores, salió de mala gana un orden constitucional de Waterloo. Es que la revolución no puede ser verdaderamente vencida, y que siendo providencial y absolutamente fatal, reaparece ella siempre, ántes de Waterloo, en Bonaparte echando por tierra los tronos vetustos; despues de Waterloo, en Luis XVIII otorgando y sufriendo la Carta. Bonaparte coloca un postillon en el trono de Nápoles y un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad; Luis XVIII refrenda en Saint-Ouen la declaración de los derechos del hombre. ¿Queréis daros cuenta de lo que es la revolución? Llamadla progreso. ¿Queréis daros cuenta de lo que es el progreso? Llamadle mañana. Mañana consume irresistiblemente su obra, y la consume desde hoy. Siempre llega á sus fines, de una manera extraña. Él emplea á Wellington para hacer de Foy, que no era más que un soldado, un orador. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Así procede el progreso. Para este obrero, todos los útiles son buenos. Él acomoda á su trabajo divino, sin desconcertarse, al hombre que ha saltado por encima de los Alpes, y al buen viejo achacoso y vacilante del padre Eliseo. Sirvese del gotoso como del conquistador; del conquistador en el exterior, del gotoso en el interior. Waterloo, poniendo coto á la demolición de los tronos europeos por medio de la espada, no produjo otro efecto que el de hacer que continuara el trabajo revolucionario en otra dirección. Concluyeron los espadichines, y llegó el turno á los pensadores. El siglo que Waterloo quería detener, ha marchado por encima y proseguido su camino. Aquella victoria siniestra fué vencida por la libertad.

Por último, es incontestable que lo que triunfaba en Waterloo, lo que sonreía detras de Wellington, lo que le traía todos los bastones de mariscal de la Europa, sin excluir, dicen, el baston de mariscad de Francia, lo que hacía rodar alegremente las carretadas de tierra mezclada con o-amentas para elevar la colina artificial del leon; lo que escribió triunfalmente en el pedestal esta fecha: 18 de Junio de 1815; lo que alentaba á Blücher acuchillando á la derrota; lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se desplomaba sobre la Francia como sobre una presa, era la contra-revolucion. La contra-revolucion fué la que murmuró esta palabra infame: desmembramiento. Llegada á París, vió ella el cráter de cerca, sintió que aquella ceniza le abrasaba los piés, y mudó de consejo, decidiéndose á tartamudear una Carta.

No veamos en Waterloo sino lo que hay en Waterloo. Libertad intencional, ninguna. La contra-revolucion era involuntariamente liberal, á la manera que, por un fenómeno correspondient., Napoleón era involuntariamente revolucionario. El 18 de Junio de 1815, Robespierre á caballo fué desarzonado.



Fin de la dictadura. Todo un sistema europeo vino á tierra.

El imperio se abatió en una sombra semejante á aquella en que espiró el mundo romano. Renacióse del abismo como en tiempo de los bárbaros. Sólo que la barbarie de 1815, á la cual es preciso dar su sobrenombre, la contra-revolucion, tenía pocos alientos, se ahogó pronto, y perdió todo género de eficacia social. Preciso es confesar que el imperio fué llorado, y llorado por ojos heróicos. Si la gloria está en la espada convertida en cetro, el imperio habia sido la gloria misma. Él habia derramado sobre la tierra toda la luz que la tiranía puede dar de sí; luz sombría. Diremos más: luz oscura. Comparada con el verdadero dia, aquella luz es la noche. Aquella desaparicion de la noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII volvió á entrar en Paris. Las danzas en corro del 8 de Julio borraron los entusiasmos del 20 de Marzo. El Corso vino á ser la antítesis del Bearnés. La bandera de la cúpula de las Tullerías fué blanca. El destierro ocupó el trono. La mesa de pino de Hartwell tomó puesto delante del sillón flordeado de Luis XIV. Hablóse de Bouvines y de Fontenoy como sucesos acaecidos ayer; Austerlitz habia ya envejecido. El altar y el trono confraternizaron majestuosamente. Una de las formas más incontestadas de la salvacion de la sociedad en el siglo diez y nueve se estableció en Francia y en el continente. La Europa adoptó la escarapela blanca. Trestaillon se hizo célebre. La divisa *non pluribus impar* reapareció en rayos de piedra que figuraban un sol en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde habia habido una guardia imperial hubo una casa roja. El arco del Carrousel, sobrecargado de victorias mal soportadas, extrañado en medio de aquellas novedades, un tanto avergonzado tal vez de Marengo y de Arcole, salió de apuro con la estatua del duque de Angulema. El cementerio de la Magdalena, formidable fosa comun de 93, cubrióse de mármol y de jaspe, por hallarse en aquel polvo los huesos de Luis XVI y de Maria-Atoneta. En el foso de Vincennes salió de la tierra un cipo sepulcral recordando que el duque de Enghien murió en el mismo mes en que Napoleón fué coronado. El papa Pio VII, que habia hecho esta consagracion muy cerca de aquella muerte, bendijo tranquilamente la caída como habia bendecido la elevacion del emperador. Hubo en Schœnbrunn una débil sombra de edad de cuatro años, á la cual era sedicioso llamar el rey de Roma. Y todas estas cosas sucedieron, y aquellos reyes recobraron sus tronos, y el amo de la Europa fué encerrado en una jaula, y el antiguo régimen se convirtió en nuevo, y toda la sombra y toda la luz de la tierra cambia

ron de sitio, porque, en la tarde de un día de verano, un pastor dijo á un prusiano en un bosque: ¡ Pase usted por aquí y no por allí!

Este año de 1815 fué una especie de Abril lúgubre. Las viejas realidades malsanas y venenosas se cubrieron de nuevas apariencias. La mentira contrajo vil consorcio con 1789; el derecho divino se enmascaró con una Carta; las ficciones se hicieron constitucionales; las preocupaciones, las supersticiones, y las ideas más reaccionarias, con el artículo 14 en el corazón, se barnizaron de liberalismo. La serpiente cambió de piel.

El hombre había sido engrandecido y amenguado á la vez por Napoleón. Bajo aquel reinado de la materia espléndida, el ideal había recibido el nombre extraño de ideología. Grave imprudencia la de aquel grande hombre, poner en irrisión el porvenir. Los pueblos sin embargo, esta « carne para el cañón » tan prendada del artillero, le buscaban con todas sus miradas. ¿ En dónde está? ¿ Qué hace? Napoleón ha muerto, decía un cualquiera que pasaba á un inválido de Marengo y de Waterloo. — ¡ Muerto! ¿ él? exclamaba el veterano, ¡ ya le conoce usted bien! Las imaginaciones deificaban á aquel hombre derrocado. El fondo de la Europa, despues de la catástrofe de Waterloo, apareció tenebroso. El desvanecimiento de Napoleón dejó por mucho tiempo un vacío enorme.

Los reyes se colocaron en aquel vacío, pero no podían ellos llenarle. La vieja Europa se aprovechó de las circunstancias para reformarse, y celebró una Santa-Alianza. Bella-Alianza había dicho ya ántes el campo fatal de Waterloo.

En presencia y á la vista de aquella antigua Europa recompuesta, bosquejáronse los lineamentos de una nueva Francia. El porvenir, ridiculizado, por el emperador, hizo por fin su entrada, ostentando en su frente la estrella de

la Libertad. Los ojos ardientes de las nuevas generaciones se volvieron hácia él; y ¡ cosa singular! prendáronse al mismo tiempo de este porvenir, Libertad, y de este pasado, Napoleón. La derrota había engrandecido al derrotado. Bonaparte caído parecía más alto que Napoleón de pie. Los vencedores tuvieron miedo. La Inglaterra le hizo guardar por Hudson Lowe, y la Francia le hizo espiar por Montchenu. Sus brazos cruzados vinieron á ser la inquietud de los tronos. Alejandro le llamaba: mi insomnio. Este pavor nacía de la cantidad de revolución que el contenía en sí, que es lo que explica y disculpa el liberalismo bonapartista. Aquel fantasma hacía estremecer al mundo antiguo. Los reyes no reinaban tranquilos; diviso siempre sus ojos la roca de Santa-Elena en el horizonte.

Mientras que agonizaba Napoleón en Longwood, los sesenta mil hombres que sucumbieron en el campo de Waterloo se pudrieron tranquilamente, y algo de la paz que ellos disfrutaban se esparció por el mundo. El congreso de Viena hizo con ella los tratados de 1815, y la Europa dió á aquello el nombre de restauración.

Hé aquí á lo que se reduce Waterloo.

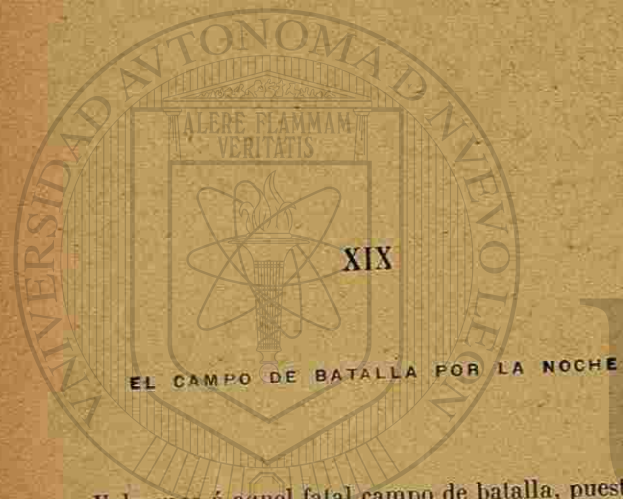
¿ Pero qué importa eso al infinito? toda esa tempestad, todas esas nubes, esa guerra, y despues esta paz, toda esta sombra, no turbó un momento la claridad de la inmensa vista para la cual el insecto diminuto que salta de una á otra hebra de yerba iguala al águila que vuela de campanario en campanario á las torres de Nuestra-Señora.

pueblecito de Waterloo á redactar su parte de campaña dirigido á lord Bathurst.

Si alguna vez en el mundo ha 'eni lo aplicacion el *sic vos non vobis*, seguramente es al tra'ar de este lugar de Waterloo. Con efecto, Waterloo nada tuvo que ver con la batalla, permaneciendo muy tranquilo á média legua del teatro de ella. Mont-Saint-Jean fué bombardeado, Hougomont, Papelotte, Plancenoit, fueron incendiados, la Haie-Sainte fué tomada por asalto, la Belle-Alliance presenció el abrazo de los dos vencedores; apenas conoce nadie estos nombres; y Waterloo, que nada hizo en la batalla, es quien disfruta de todos sus honores.

Nosotros no somos de los que adulan á la guerra; y cuando se ofrece la ocasion, la decimos sus verdades correspondientes. La guerra tiene horribles bellezas que no hemos dejado de poner en evidencia; pero es preciso convenir en que tambien tiene sus fealdades. Una de las más extrañas y sorprendentes es el repentino despojo de los muertos despues de la victoria. La aurora que sigue á una batalla sólo alumbra ya cadáveres desnudos.

¿Quién hace eso? ¿Quién es el que así mancilla el triunfo? ¿Cuál esa mano asquerosa y furtiva que se desliza en el bolsillo de la victoria? ¿Quiénes son esos rateros que se apresuran á dar su golpe de mano detras de la gloria? Algunos filósofos, entre ellos Voltaire, afirman que son precisamente los mismos que han hecho la gloria. Son los mismos, dicen, no hay remuda ninguna; los que quedan de pié saquean á los que han caído en tierra. El héroe del día es el vampiro de la noche. Y sobre todo, el que ha hecho un cadáver, se cree con derecho á desbalijarle. Por lo que hace á nosotros, no creemos esto. Recoger laureles y recoger con ellos los zapatos de un muerto, nos parecen cosas imposibles de ejecutar por la misma mano. Lo cierto es que, generalmente, despues de los vence-



Volvamos á aquel fatal campo de batalla, puesto que es una necesidad de este libro.

El 18 de Junio de 1815 era un plenilunio, esta claridad favoreció la feroz persecucion de Blücher y denunció las huellas de los fugitivos, entregando aquella masa informe y desastrosa á la caballería prusiana encarnizada y coadyuvando á la matanza. Á veces hay en las catástrofes esas trágicas complacencias de la noche.

Una vez disparado el último cañonazo, la llanura de Mont-Saint-Jean quedó al punto desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses, segun es de uso en la guerra; dormir en el lecho del vencido, es regalar la victoria. Establecieron su vivac más allá de Rossomme. Los prusianos, lanzados sobre la derrota, empujaron hácia adelane. Wellington pasó al

dores, vienen los ladrones; pero prescindamos de esto, y declaremos al soldado, y sobre todo, al soldado de este siglo, incapaz de semejante acto.

Todo ejército tiene una cola, y á esta es á la que se debe acusar. Ciertos seres murcielagos, medio criados medio bandidos, todas esas especies de respertillos que engendra el crepúsculo al cual se llama la guerra, los que llevan uniforme pero que no combaten, fingidos enfermos, temibles lisiados, cantineros de contrabando, que van al trote, á veces con sus mujeres, en ligeros carruajes, revendiendo lo que roban, mendigos que se ofrecen como guías á los oficiales, granujas, merodeadores; los ejércitos en marcha, otras veces, — no hablamos del tiempo presente, — arrastraban todo esto tras sí, en términos que, en su especial tecnicismo, eso se llamaba « los rezagados. » Ningun ejército, ni ninguna nación eran responsables de lo que tales gentes hacían; hablaban italiano y seguían á los alemanes; hablaban frances y seguían á los ingleses. Por uno de esos miserables, un rezagado español que hablaba frances, fué muerto alevosamente y robado el marqués de Fervacques, engañado por su guirigay pícaro, y tomándole por uno de los nuestros, en la noche que siguió á la victoria de Cerisoles. Del merodeo nace el merodeador. La detestable máxima: *Vivir sobre el enemigo*, producía esa lepra, que sólo una fuerte disciplina podía curar. Hay famas que engañan; no siempre escosa sabida por qué ciertos generales, grandes por otra parte, han sido tan populares. Turena era adorado por sus soldados, porque les toleraba el pillaje; así la permisión del mal hacía parte de la bondad; Turena era tan bueno, que dejaba poner á sangre y fuego el Palatinado. Veíanse tras de cada ejército más ó menos merodeadores segun que era el jefe más ó menos severo. Hoche y Marceau no tenían rezagados; Wellington, debemos hacerle esta justicia, llevaba pocos.

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de Junio, los muertos sufrieron su correspondiente despojo. Wellington fué rigido; dando órden de pasar por las armas á todo el que fuese cogido en flagrante delito; pero la rapina es tenaz. Los merodeadores robaban en un rincón del campo de batalla, mientras que los fusilaban en otro.

La luna aparecía siniestra en aquella llanura.

Á eso de la media noche, un hombre rondaba, ó más bien rodaba, por el lado del camino hondo de Ohain. Era, segun toda apariencia, uno de esos que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni frances, ni paisano, ni soldado, ménos hombre que gulia, atraído por el olfato hácia los muertos, teniendo por victoria el robo, viniendo á desbalijar á Waterloo. Llevaba puesta una blusa que se asemejaba bastante á un capote, iba lleno de inquietud y de audacia, marchando hácia atrás. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente sabía mucho más de él la noche que el día. No llevaba consigo saco ninguno, pero su capote iba provisto de anchos bolsillos en el interior. De vez en cuando, se detenía, examinaba la llanura en derredor suyo, como para versi álguien le observaba, se agachaba despues bruscamente, removía en el suelo algo silencioso é inmóvil, y de repente se enderezaba, y se esquivaba. Por su manera de escurrirse, por sus actitudes, por su gesto rápido y misterioso, parecía una de esas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas y que las antiguas leyendas normandas llaman los Errantes.

Ciertas zancudas nocturnas suelen formar esas sombras en los terrenos pantanosos.

Una mirada que hubiese sondeado atentamente toda aquella bruma, abría podido distinguir, á corta distancia, detenido y como escondido detras de la casucha que se halla á orillas de la calzada de Nivelles, en el ángulo del camino de Mont-Saint-Jean á Braine-l'Alleud, una especie de furgoncillo de vivandero cubierto con mimbres embrea-

dos, tirado por un jamelgo hambriento que rumiaba entre el freno las ortigas, y dentro del furgon una especie de mujer sentada sobre unos cofres y paquetes. Tal vez existía alguna relación entre aquel furgon y aquel vagabundo.

La oscuridad era serena; no divisándose ninguna nube en el zenit. ¿Qué importa que la tierra esté roja? la luna permanece blanca. Esas son las indiferencias del cielo. En las praderas, ramas de árboles rotas por la metralla pero que no habían caído en tierra, hallándose aún pendientes de la corteza, se balanceaban suavemente á impulsos del viento apacible de la noche. Un soplo, que parecía una respiración, removía las matas; y notábase en la yerba ciertos estremecimientos que parecían indicar el momento en que volaban las almas.

Oíase vagamente á lo lejos ir y venir las patrullas y las rondas mayores del campan en o inglés.

Hougomont y la Haie-Sainte continuaban ardiendo, y formando, una al este y otra al oeste, dos enormes llamardas con las cuales venía á ligarse, como un collar de rubies desatado que ostentara en sus extremidades dos gruesos diamantes, el cordon de fuegos del vivac inglés desplegado en un vasto semicírculo sobre las colinas del horizonte.

Hemos referido la catástrofe del camino de Ohain. El corazón se hiela de espanto al pensar en lo que fué allí la muerte para tantos valientes.

Con efecto, si hay algo espantoso en el mundo, si existe una realidad que exceda al sueño, es esta sin duda: vivir, ver el sol, hallarse en plena posesión de la fuerza viril, disfrutar de salud y de alegría, reír valerosamente, correr en pos de una gloria que se tiene á la vista deslumbrando y seduciendo, sentirse en el pecho un pulmón que respira, un corazón que late, una voluntad que razona, hablar, pensar, esperar, amar, tener una madre, tener una esposa, tener hijos, tener la luz, y de repente, en el tiempo de un grito,

en menos de un segundo, verse precipitado en un abismo, caer, rodar, aplastar y ser aplastado á la vez; ver espigas de trigo, flores, hojas, ramas, y no poder asirse á nada, sentir su sable inútil, hombres debajo de sí, caballos encima, agitarse y forcejear en vano, rotos los huesos de alguna patada en las tinieblas, sentir un talon que os hace saltar los ojos, morder con rabia las herraduras de un caballo, sofocarse, ahogarse, bramar, aullar, retorcerse, encontrarse en aquella espantosa oscuridad y decir aún para sí: ¡Hace poco, era yo todavía un viviente!

El mayor silencio reinaba ahora allí donde pocas horas ántes había tenido lugar tan lamentable desastre. La horrible fosa del camino estaba colmada de caballos y de jinetes confusamente mezclados. ¡Terrible amalgama! Y no había escarpa; nivelando los cadáveres la ruta con la llanura, como si por sus bordes se hubiera pasado el rasero que iguala una cuartilla de trigo. Un monton de muertos en la parte superior, un arroyo de sangre en la inferior; tal era aquel camino en la noche del 18 de Junio de 1815. La sangre corría hasta la calzada de Nivelles donde se extravasaba en un ancho pantano delante de la fagina que obstruía el paso de la calzada, en un sitio que aún enseñan hoy. Según recordará el lector, el precipicio de los coraceros se halla en el punto opuesto, hácia la calzada de Genappe. El espesor de los cadáveres era proporcionado á la profundidad del camino-barranco. Hácia el medio, en el sitio en que empezaba á nivelarse, allí por donde había pasado la division **Delord**, la capa de los muertos disminuía naturalmente.

Por este lado se dirigía el rondador nocturno que acabamos de hacer entrever al lector, y trataba de explorar aquella inmensa tumba. Miraba, rebuscaba y escudriñaba, pasando una especie de asquerosa revista á los muertos; sumergiéndose de piés en los charcos de sangre.

De repente se detuvo.

Á algunos pasos de distancia del paraje en que él se encontraba, en el punto del camino hondo donde concluía el monton de muertos, debajo de aquel grupo de hombres y de caballos, salía una mano abierta, que alumbraba la luna.

Aquella mano tenía en un dedo cierta cosa que brillaba, y que era un anillo de oro.

El hombre se acercó á ella, se agachó, permaneciendo un instante en aquella posicion; y cuando se incorporó, ya no habia anillo en la mano.

No se incorporó precisamente; sino que se mantuvo en una actitud bestial y espantadiza, vuelto de espaldas al monton de cadáveres, arrodillado, con toda la parte anterior del cuerpo reposando sobre los dos indices apoyados en tierra, observando en el horizonte y acechando sobre el borde del camino-barranco. Las cuatro patas del chacal convienen á ciertas acciones.

En seguida, adoptando al fin un partido, se levantó.

En el mismo instante tuvo un sobresalto. Sintió que le detenían por detras.

Volvióse, y notó que era la mano abierta, que se habia cerrado, y le habia cogido la falda de su blusa.

Un hombre honrado habria tenido miedo; pero él se echó á reir.

— Vaya, dijo, no es nada, es el muerto. Prefiero un aparecido á un gendarme.

Entre tanto la mano desfalleció y le soltó. Las fuerzas de la tumba se agotan pronto.

— ¡Ah! pero, añadió el merodeador, es que estará vivo este muerto? Vamos á ver.

Agachóse de nuevo, excavó en el monton, separó lo que oponia obstáculo, cogió la mano, empuñó el brazo, desentredó la cabeza, tiró del cuerpo, y algunos instantes despues, arrastraba por la sombra del fúnebre camino un

hombre manimado, ó á lo ménos, desmayado. Era un oficial de coraceros de cierto rango; una grande charretera de oro salía por debajo de su coraza; aquel oficial no tenía ya casco. Un tremendo sablazo le habia hendido la cara, donde no se veia más que sangre. Por otra parte, no parecia que tuviese ningun miembro fracturado, y por una feliz casualidad, si tal locucion es permitida en este caso, los muertos se habian apuntalado sobre él, en términos que impidieron que fuese aplastado. Tenía cerrados los ojos.

Sobre su coraza distinguíase la cruz de plata de la Legión de honor.

El ratero arrancó aquella cruz, la cual desapareció al momento en uno de los sumideros que llevaba en el interior de su capote.

En seguida tentó el chaleco del oficial, sintió allí un reloj y le cogió. Registró los bolsillos del pantalon, halló en ellos una bolsa con dinero, que se gaurdó tambien.

Hallándose así embebido en este género de auxilios que prestaba á aquel moribundo, el oficial abrió los ojos.

— Gracias, dijo con voz débil.

Los bruscos movimientos del hombre que de tal manera le manoseaba, la frescura de la noche, el aire libremente respirado, le sacaron de su letargo.

El merodeador no respondió; limitándose á levantar la cabeza. Oíase un ruido como de pasos en la llanura; probablemente era alguna patrulla que se aproximaba.

El oficial preguntó balbuciente, pues aún habia agonía en su voz:

— ¿ Quién ha ganado la batalla?

— Los ingleses, respondió el ratero.

El oficial añadió:

— Busque usted en mis bolsillos, y hallará una bolsa un reloj. Tómelo usted.

Ya lo había él hecho.

El merodeador fingió buscar en los bolsillos, y al cabo de unos instantes, dijo :

— No hay nada.

— Me han robado, repuso el oficial, lo siento. Eso habría sido para usted.

Los pasos de la patrulla se distinguían cada vez más.

— Ya vienen allí, dijo el ratero, disponiéndose á marchar.

El oficial, levantando penosamente el brazo, le detuvo diciéndole :

— Usted me ha salvado la vida. ¿ Quién es usted ?

El vagabundo contestó en voz baja y muy de prisa :

— Yo era, como usted, del ejército francés. Es preciso que le deje á usted. Si me cogieran, me fusilarían. Ya le he salvado á usted la vida. Ahora, arréglese como pueda.

— ¿ Qué grado es el de usted ?

— Sargento.

— ¿ Su nombre ?

— Thénardier

— No olvidaré ese nombre, dijo el oficial. Y usted, procure retener el mio. Yo me llamo Pontmercy.

LIBRO SEGUNDO

EL NAVÍO ORION

I

EL NÚMERO 24,601 ES AHORA EL 9,480

Juan Valjean había vuelto á ser preso.

El lector nos agradecerá que pasemos rápidamente sobre ciertos detalles dolorosos. Nos limitaremos pues á transcribir aquí dos párrafos publicados por los periódicos de aquella época, algunos meses después de los sorprendentes sucesos acaecidos en M.

Estos artículos son algo abreviados. Sabido es que aún no existía entonces ninguna *Gaceta de los Tribunales*.

El primero le tomamos de la *Bandera blanca*, del 25 de Junio de 1823. Dice así :

Ya lo había él hecho.

El merodeador fingió buscar en los bolsillos, y al cabo de unos instantes, dijo :

— No hay nada.

— Me han robado, repuso el oficial, lo siento. Eso habría sido para usted.

Los pasos de la patrulla se distinguían cada vez más.

— Ya vienen allí, dijo el ratero, disponiéndose á marchar.

El oficial, levantando penosamente el brazo, le detuvo diciéndole :

— Usted me ha salvado la vida. ¿ Quién es usted ?

El vagabundo contestó en voz baja y muy de prisa :

— Yo era, como usted, del ejército francés. Es preciso que le deje á usted. Si me cogieran, me fusilarían. Ya le he salvado á usted la vida. Ahora, arréglese como pueda.

— ¿ Qué grado es el de usted ?

— Sargento.

— ¿ Su nombre ?

— Thénardier

— No olvidaré ese nombre, dijo el oficial. Y usted, procure retener el mio. Yo me llamo Pontmercy.

LIBRO SEGUNDO

EL NAVÍO ORION

I

EL NÚMERO 24,601 ES AHORA EL 9,480

Juan Valjean había vuelto á ser preso.

El lector nos agradecerá que pasemos rápidamente sobre ciertos detalles dolorosos. Nos limitaremos pues á transcribir aquí dos párrafos publicados por los periódicos de aquella época, algunos meses después de los sorprendentes sucesos acaecidos en M.

Estos artículos son algo abreviados. Sabido es que aún no existía entonces ninguna *Gaceta de los Tribunales*.

El primero le tomamos de la *Bandera blanca*, del 25 de Junio de 1823. Dice así :

« — Un distrito del Pas-de-Calais acaba de ser teatro de un suceso nada comun. Cierta sugeto, extraño al departamento, y conocido bajo el nombre del señor Magdalena, habia dado grande impulso y desarrollo, de algunos años á esta parte, y gracias á los nuevos procedimientos empleados por él, á una antigua industria local, la fabricacion de azabache y vidriería negra. Con esto logró hacer su fortuna, y áun diremos que tambien hizo la fortuna de todo el distrito. En reconocimiento por sus servicios, habia sido nombrado alcalde. Pero la policia ha venido á descubrir que el señor Magdalena no era otro que un antiguo presidiario que se habia sustraído á la vigilancia de la autoridad, condenado en 1796 por robo, y cuyo verdadero nombre es Juan Valjean. Juan Valjean ha sido pues reintegrado en el presidio. Parece ser que ántes de prenderle, habia logrado retirar de casa de M. Laffitte una suma de más de medio millon que tenia allí colocada, y que, por lo demas, habia ganado, segun se dice, muy legitimamente en su comercio. No ha podido saberse dónde habrá ocultado Juan Valjean esta suma desde su vuelta al presidio de Tolon.»

El segundo artículo, algo más detallado, le copiamos del *Diario de París* de la misma fecha. Hélo aquí :

« — Un antiguo presidiario, cumplido y licenciado, llamado Juan Valjean, acaba de comparecer ante el tribunal de audiencia del Var, con ciertas circunstancias capaces de llamar vivamente la atención pública. Este malvado habia conseguido engañar y burlar completamente la vigilancia de la policia; tomando un nombre supuesto, hasta habia logrado hacerse nombrar alcalde de una de nuestras pequeñas ciudades del Norte, en la cual estableció un comercio bastante considerable; hasta que por último ha sido desenmascarado y puesto á buen recaudo, gracias al celo infatigable del ministerio público.

» Tenia por concubina á una mujerzuela que murió de susto en el momento en que fueron á prenderle. Este miserable, que está dotado de una fuerza hercúlea, halló medios de evadirse, pero tres ó cuatro dias despues de su evasion, la policia le echó mano de nuevo, en el mismo París, en el momento en que iba á montar en uno de esos pequeños carruajes que hacen el servicio ordinario desde la capital al lugarcito de Monfermeil (Seine-et-Oise). Dicese que los tres ó cuatro dias que disfrutó de libertad los aprovechó para retirar una suma considerable colocada por él en casa de uno de nuestros principales banqueros. Evalúase esta suma en seis ó setecientos mil francos. Segun se establece en el acta de acusacion, parece que la ha escondido en un sitio que nadie sino él conoce, sin que haya sido posible encontrarla : sea de esto lo que quiera, lo que no admite duda es que el llamado Juan Valjean acaba de comparecer ante la audiencia del departamento del Var, como acusado de un robo en despoblado, cometido á mano armada, hace unos ocho años, en la persona de uno de esos niños honrados que, como dijo el patriarca de Ferney en versos inmortales :

Vienen de la Saboya todos los años, y limpian con la mano diligentemente el hollín que obstruye los largos tubos de nuestras chimeneas.

» Este bandido no quiso defenderse. Hase probado, por el hábil y elocuente órgano del ministerio público, que el robo habia tenido cómplices, y que Juan Valjean formaba parte de una cuadrilla de ladrones en el Mediodía. Por consiguiente Juan Valjean, declarado culpable, ha sido condenado á la pena de muerte. Este criminal habia rehusado apelar al tribunal de casacion. Pero el rey, en

» su inagotable clemencia, se ha dignado conmutarle la
 » pena en la de cadena perpetua. Juan Valjean ha sido
 » dirigido inmediatamente al presidio de Toion. »

No se ha olvidado sin duda que Juan Valjean tenía por costumbre en M. el ejercicio de ciertas prácticas religiosas. Algunos periódicos, entre otros *el Constitutionnel*, presentaron esta conmutacion como un triunfo del partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en el presidio. Se llamó 9, 430.

Por lo demas, digámoslo aquí para no volver ya á ocuparnos de esto, la prosperidad de M. desapareció con el señor Magdalena; realizándose todo lo que él había previsto en su noche de fiebre y de hesitacion. En efecto, faltar él de allí, fué *faltar el alma*. Despues de su catástrofe, hizose en M. esa reparticion egoísta de las grandes existencias arruinadas, ese fatal desmembramiento de las cosas florecientes que se lleva á cabo todos los dias de un modo oscuro en la comunidad humana, y que la historia no ha notado sino una sola vez, porque entónces se hizo despues de la muerte de Alejandro. Los tenientes se coronaron reyes; los contra maestres se improvisaron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Los vastos talleres del señor Magdalena fueron cerrados; los edificios se arruinaron poco á poco y los operarios se dispersaron. Unos abandonaron el oficio, otros abandonaron el país. Todo se hizo ya en pequeño, en vez de hacerse en grande como ántes; por el lucro, en vez de hacerse por el bien. No más centro; la concurrencia y el encarnizamiento por todas partes. El señor Magdalena lo dominaba todo, y todo lo dirigia. Una vez caido él, cada cual tiró hácia sí; sucediendo al espíritu de organizacion el espíritu de lucha, á la cordialidad la aspereza, y á la benevolencia del fundador para con todos, el odio de unos contra otros; los hilos que había anudado el señor

Magdalena se enredaron y se rompieron; se falsificaron los procedimientos, se envilecieron los productos, se mató la confianza; disminuyéronse los mercados, escasearon los pedidos; redujéronse los salarios; los talleres elaboraban cada vez ménos, hasta que, por último, sobrevino la quiebra. Para los pobres nada quedaba ya. Todo se desvaneció como el humo.

Hasta el Estado se apercibió de que álguien había sido arruinado en alguna parte. Ménos de cuatro años despues de haber pronunciado el tribunal de audiencia su fallo consignando, en provecho del presidio, la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean, los gastos de recaudacion del impuesto habían duplicado ya en el distrito de M.; haciendo el ministro de hacienda, M. de Villele, esta observacion en la tribuna, en el mes de Febrero de 1827.



ONDE SE LEERÁN DOS VERSOS QUE TAL VEZ SON DEL DIABLO

Antes que pasemos más adelante, será oportuno referir aquí con algunos detalles un hecho singular que acaeció en Montfermeil hácia la misma época, y que acaso no carece de coincidencia con ciertas conjeturas del ministerio público.

En el país de Montfermeil existe una superstición muy antigua, tanto más curiosa y tanto más preciosa cuanto que una superstición popular en las cercanías de París es como un aloe en Siberia. Nosotros somos de aquellos que respetan todo cuanto se halla en el estado de planta rara. Hé aquí pues la superstición de Montfermeil: créese allí que el diablo, en tiempo inmemorial, escogió aquella selva para ocultar en ella sus tesoros. Las buenas viejas afirman que no es raro el encontrar, á la caída de la tarde, en los parajes más solitarios del bosque, un hombre negro, con trazas como de

un carretero ó leñador, calzado con zuecos, vestido de un pantalon y de una anguarina de lienzo, y fácil de distinguir porque, en vez de gorra ó de sombrero, lleva en la cabeza dos enormes cuernos. Esto debe darle á conocer sin duda. Este hombre misterioso está habitualmente ocupado en ahondar un hoyo. Tres maneras hay de sacar partido del encuentro de aquel hombre. La primera consiste en abordarle y hablarle. Entónces se viene en conocimiento de que el hombre es buenamente un labriego; que parece negro, porque es la hora del crepúsculo; que no ahonda él hoyo ninguno, limitándose á segar yerba para sus vacas; y por último, que lo que en él se creía cuernos, no es otra cosa que una grande horquilla de estiércol, que lleva á su espalda, y cuyas puntas, gracias á la perspectiva de la tarde, parece que le salen de la cabeza. Vuelve uno á entrar en su casa, y se muere en la semana. La segunda manera se reduce á observarle, esperar á que haya abierto su hoyo, á que le haya vuelto á cerrar, y que se haya marchado; y en seguida ir corriendo á la fosa, abrirla de nuevo, y recoger el « tesoro » que necesariamente ha debido depositar allí el hombre negro. En este caso, se muere en el mes. Por último, la tercera manera consiste en no hablar nada al hombre negro, no mirarle, y huir de él á toda carrera. Entónces, se muere en el año.

Todas estas tres maneras tienen sus inconvenientes; pero la segunda, que á lo ménos ofrece algunas ventajas, entre otras, la de poseer un tesoro, aunque no sea más que por un mes, es la que suele adoptarse más generalmente. Los hombres osados, para quienes toda aventura es motivo de tentación, han abierto y reabierto muchas veces, segun se asegura, los hoyos hechos por el hombre negro, y tratado de robar al diablo. Mas parece que la operacion es bastante mediocre; á lo ménos, si ha de darse crédito á la tradicion, y en particular, á los dos versos enigmáti-

cos, en latin bárbaro, que acerca de este asunto dejó cierto fraile normando, algo brujo, llamado Tryfon. Este Tryfon está enterrado en la abadía de San-Jorge, de Bocheville, cerca de Rouen, y sobre su tumba nacen sapos.

Hánse hecho allí pues enormes esfuerzos; generalmente aquellos fosos son muy profundos, se excava, se suda, se trabaja toda la noche, pues de noche es cuando esto se hace, se moja la camisa, se consume la vela, se mella el azadon, y cuando por fin se ha tocado al fondo del hoyo, cuando se echa mano al «tesoro,» ¿qué es lo que se encuentra? ¿qué viene á ser el tal tesoro? un sueldo, á veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver ensangrentado, á veces un espectro doblado en cuatro como hojas de papel en cartera, y aún á veces nada. Esto es lo que parecen anunciar á los curiosos indiscretos los versos de Tryfon:

Fodit, et in fossa thesauros condit opaca,
As, nummos, lapides, cadaver, simulacra, nihilque.

Parece ser que aún en nuestros días se encuentra allí, ya un polvorin con balas, ya un juego de naipes viejo grisiento y quemado, que evidentemente ha servido á los diablos. Tryfon no consigna estos dos hallazgos, en razon á que Tryfon vivia en el siglo doce, y no parece que al diablo se le ocurriera inventar la pólvora ántes que á Rogério Bacon y las cartas ántes que á Carlos VI.

Por lo demas, si se juega con aquellas cartas, hay completa seguridad de perder todo cuanto uno posea; y en cuanto á la pólvora que está en el polvorin, tiene la propiedad de hacer que el fusil dispare á la cara del que hace uso de ella.

Ahora bien, muy poco tiempo despues de la época en que pareció al ministerio público que el presidiario licenciado Juan Valjean, durante su evasión de algunos días, habia rondado al rededor de Montfermeil, se observó en aquel

mismo lugar que cierto peon caminero viejo llamado Boulatruelle andaba «en ciertos pasos» por el bosque. Creían saber en el pueblo que aquel Boulatruelle habia estado en presidio; hallábase sujeto á cierta vigilancia por parte de la policía, y como no encontraba trabajo en ningún lado, la administracion le empleaba por un jornal mínimo como peon caminero en la calzada transversal de Gagny á Lagny.

Aquel Boulatruelle era un hombre á quien miraban de reojo las gentes del lugar, demasiado respetuoso, demasiado humilde, dipuesto á quitarse la gorra para todo el mundo, temblando y sonriendo en presencia de los gendarmes, afiliado probablemente en alguna cuadrilla de bandoleros, segun se decia, sospechoso de emboscadas en las esquinas de los sotos al anohecer. Lo único que tenia en su favor es que era borracho.

Hé aquí lo que creían haber observado: hacia algun tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su tarea de empedrado y de conservación de la calzada y se iba al bosque con su azadon. Encontrábanle al anohecer en los claros más desiertos, en las espesuras más salvajes, contrazas como de quien busca algo, á veces excavando agujeros. Las buenas mujeres que por allí pasaban le tomaban en seguida por Belzebú, pero despues reconocian á Boulatruelle, sin que por esto quedaran ellas más tranquilas. Estos encuentros parecían que contrariaban vivamente á Boulatruelle. Véase bien que él procuraba ocultarse, y que en todo cuanto hacia habia un misterio.

Decíase en aquel lugar: — Es claro que el diablo ha hecho alguna aparicion. Boulatruelle le ha visto; y anda buscando. Lo cierto es que á él se le ha puesto en la cabeza apoderarse de la hucha de Lucifer. — Los volterrianos añadian: ¿Será Boulatruelle quien atrapará al diablo, ó el diablo más bien quien atrapará á Boulatruelle?

— Las viejas hacían muchas veces la señal de la cruz. Sin embargo, las maniobras de Boulatruelle en el bosque cesaron de repente; volviendo él á recobrar regularmente sus faenas de peon caminero. Desde este momento se habló ya de otras cosas.

Entre tanto, algunas personas persistían aún en su curiosidad, pensando que probablemente había en esto, si no los fabulosos tesoros de la leyenda, á lo ménos alguna buena fortuna más sólida y más palpable que los billetes de banco del diablo; y cuyo secreto habría medio sorprendido sin duda el peon caminero.

Los que más comezon tenían, eran el maestro de escuela y el bodegonero Thenardier, que pasaba por amigo de todo el mundo y no había desdenado el ligarse con Boulatruelle. Ha estado en galeras, decía Thenardier. ¡Bah! no se sabe ni quién está allí ni quién estará.

Cierta noche, el maestro de escuela afirmaba que en otro tiempo la justicia se habría informado de lo que iba á hacer Boulatruelle en el bosque, y que hubiera sido compelido á hablar pues le habrían dado tormento si era menester, y que Boulatruelle no habría podido resistir por ejemplo á la cuestión del agua. — Démosle la cuestión del vino, dijo Thenardier.

Reuniéronse varios, y dieron de beber al viejo caminero. Boulatruelle bebió enormemente y habló poco; combinando con un arte admirable y en una proporción magistral, la sed de una gomia con la discreción de un juez. Sin embargo, á fuerza de volver siempre á la carga, y de cotejar y de exprimir las pocas palabras oscuras que se le escapaban, hé aquí lo que Thenardier y el maestro de escuela creyeron comprender:

Una mañana, al ir á punta de día á su trabajo, Boulatruelle fué sorprendido de ver, en un rincón del bosque, entre las malezas, una pala y un azadon, como quien dice

escondidos. No obstante, pensó él que serían el azadon y la pala del tío Six-Fours, el aguador, y no volvió á acordarse de tales instrumentos. Pero la noche de aquel mismo dia, vió él, sin poder ser visto, por hallarse oculto tras un tronco de árbol muy grueso, dirigirse desde el camino hácia lo más espeso de la selva « un particular que no era del país, » pero á quien él, Boulatruelle, « conocía muy bien. » Traducción por Thenardier: *Un camarada de presidio*. Boulatruelle se negó obstinadamente á decir el nombre. Aquel particular llevaba un paquete, una cosa cuadrada, como una grande caja ó un cofre pequeño. Sorpresa de Boulatruelle. Á pesar de esto, dejó transcurrir siete ú ocho minutos ántes de adoptar la idea de seguir al « particular. » Pero ya era demasiado tarde, el particular se había engolfado en la espesura, la noche era oscura, y Boulatruelle no había podido alcanzarle. Entonces se decidió á observar la orilla del bosque. « Hacía luna. » Al cabo de dos á tres horas, Boulatruelle vió salir del soto á su particular, llevando ahora ya, no el cofrecito-maleta, sino un azadon y una pala. Boulatruelle dejó pasar al particular, sin que le viniera la idea de acercarse á él, porque dijo para sí, que el otro era tres veces más fuerte que él, y armado de una azada, le atacaría probablemente al reconocerle y viéndose reconocido. Tierna efusion de dos antiguos camaradas que se encuentran. Pero la pala y azadon fueron un rayo de luz para Boulatruelle, quien corrió hácia la espesura de aquella mañana, sin que hallase pala ni azadon: de donde dedujo él que su particular, al penetrar en el bosque, había abierto allí un hoyo con la azada, y enterrado en aquel hoyo el cofre, cegándole despues con la pala. Ahora bien, el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver; luego debía ser dinero. Esto era lo que motivaba sus pesquisas. Boulatruelle había explorado, sondeado, huro-

neado toda la selva, y excavado en cuantas partes le pareció que la tierra había sido recientemente movida. Todo fué en vano.

Nada había podido husmear. Ya nadie volvió á acordarse de esto en Montfermeil. Sólo hubo algunas buenas comadres que dijeron: Tengan ustedes por seguro que el caminero de Gagny no ha armado sin motivo toda esa andrómina; y que está él seguro de que vino el diablo.



III

PRECISO ERA
QUE LA CADENA DE LA MANILLA HUBIERA SUFRIDO
CIERTO TRABAJO PREPARATORIO
PARA QUE ASÍ SE ROMPIERA DE UN MARTILLAZO

Hacia fines de Octubre de este mismo año de 1823, los habitantes de Tolon vieron entrar en su puerto, despues de un fuerte temporal y para reparar algunas averías, el navío *Orion*, que á la sazón formaba parte de la escuadra del Mediterráneo, y más adelante recibió en Brest el destino de navío-escuela.

Á pesar de hallarse enteramente estropeado, pues el mar le había tratado rudamente, aquel buque produjo grande efecto al entrar en la rada. No sé qué especie de pabellon ostentaba, que le valió un saludo reglamentario de once cañonazos, respondidos por él, uno en pos de otro; total: veinte y dos. Hase calculado que en salvas,

cumplimientos regios y militares, cambios de ruidos cortes, signos de etiqueta, formalidades de radas y de ciudadelas, orto y ocaso del sol saludados todos los dias por todas las fortalezas y por todos los buques de guerra, aperturas y cerraduras de las puertas, etc., etc., el mundo civilizado dispara en todo el globo, cada veinte y cuatro horas, ciento cincuenta mil cañonazos inútiles. A seis francos de costo cada cañonazo, asciende á novecientos mil francos diarios, ó sea, trescientos millones de francos anuales, que se invierten en humo. Esto no es un detalle insignificante. Entre tanto, los pobres se mueren de hambre.

El año de 1823 era llamado por la restauracion « la época de la guerra de España. »

Aquella guerra contenia muchos acontecimientos en uno solo, é infinitas singularidades. Una gran cuestion de familia para la casa de Borbon; la rama de Francia socorriendo y protegiendo á la rama de Madrid, es decir, haciendo acto de primogenitura; una vuelta aparente á nuestras tradiciones nacionales complicada de servidumbre y de sumision á los gabinetes del norte; el señor duque de Angulema, apellidado por la prensa liberal *el héroe de Andújar*, comprimiendo, en una actitud triunfal un tanto contrariada por su porte apacible, el viejo terrorismo muy real y efectivo del santo oficio en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales; los *sans-culottes* resucitados, con gran pavor de las ilustres vejanconas, bajo el nombre de *deseamisados*; el monarquismo sirviendo de rémora al progreso que llamaban amarquia; las teorías de 89 bruscamente interrumpidas en la zapa; un « ¡alto allá! » europeo intimidado á la idea francesa que daba vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el principe de Carignan, despues Carlos-Alberto, enganchándose en esa cruzada de los reyes contra los pue-

blos como voluntario, con sus charreteras de granadero, de estambre encarnado; los soldados del imperio volviendo á entrar en campaña, pero despues de ocho años de reposo, envejecidos, tristes, y con la escarapela blanca; la bandera tricolor enarbolada en el extranjero por un heroico puñado de franceses, como la bandera blanca lo habia sido en Coblenza treinta años ántes; los frailes mezclados con la tropa; el espíritu de libertad y de novedad puesto en razon por las bayonetas; los principios combatidos á cañonazos; la Francia deshaciendo con sus armas lo que ella misma habia hecho con su inteligencia; por lo demas los jefes enemigos vendidos, los soldados vacilando, las plazas sitiadas por millones; ningun peligro militar, y sin embargo, explosiones posibles, como en toda mina sorprendida é invadida; poca sangre derramada, poco honor conquistado, vergüenza para algunos, gloria para nadie; tal fué aquella guerra, por principes que descendian de Luis XIV y conducida por generales que salian de Napoleon. Por eso tuvo ella la triste suerte de no recordar ni la gran guerra ni la gran política.

Algunos hechos de armas no carecieron de importancia; la toma del Trocadero, entre otros, fué una bella accion militar; pero, en suma, las trompetas de aquella guerra dan un sonido desagradable, el conjunto fué sospechoso, la historia aprueba á la Francia en su dificultad para aceptar aquel falso triunfo. Pareció cosa evidente que ciertos oficiales españoles encargados de la resistencia cedieron con demasiada facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de corrupcion; pareció haber ganado más bien á los generales que las batallas, y el soldado vencedor se volvió humillado á Francia. Guerra menguada, en efecto, donde pudo leerse *Banco de Francia* en los pliegues de la bandera.

Soldados de la guerra de 1808, sobre los cuales se

habia despiomado Zaragoza de un modo tan formidable, fruncian el entrecejo en 1823 en presencia de la fácil apertura de las ciudadelas, y echaban de ménos á Palafox. Tal es el humor de la Francia: prefiere tener que haberse-las con un Rostopchine, más bien que con un Ballestéros.

Bajo otro punto de vista, más grave aún, y en el cual conviene insistir también, aquella guerra que tanto heria en Francia al espíritu militar, indignaba el espíritu democrático. Era aquella una empresa de vasallaje. En aquella campaña, el objeto del soldado francés, hijo de la democracia, era la conquista de un yugo para el vecino, contrasentido repugnante. La Francia está formada para despertar el alma de los pueblos, no para ahogarla. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la revolución francesa; la libertad irradia del suelo francés. Este es un hecho solar. Ciego es quien no lo vea. Bonaparte lo dijo así.

La guerra de 1823, atentado contra la generosa nación española, era pues al mismo tiempo un atentado contra la revolución francesa. Esta vía de hecho, esta ejecución monstruosa, era la Francia quien la cometía; y la cometía por fuerza, pues, fuera de las guerras libertadoras, todo lo que hacen los ejércitos, lo hacen por fuerza. Bien lo indica la palabra *obediencia pasiva*. Un ejército es una singular obra maestra de combinación, en que la fuerza resulta de una enorme suma de importancia. Así se explica la guerra, hecha por la humanidad, contra la humanidad, y á pesar de la humanidad.

Por lo que hace á los Borbones, la guerra de 1823 les fué fatal. Ellos sin embargo la consideraron como un bien. No veían el peligro que existe en hacer matar una idea por medio de una consigna. En su candidez, engañáronse hasta el punto de introducir en su establecimiento político, como elemento de fuerza, la inmensa debilidad

de un crimen. Un espíritu insidioso penetró en su política, 1830 germinó en 1823. La campaña ibérica vino á ser, en sus consejos, un argumento para los golpes de fuerza y para las aventuras del derecho divino. Habiendo restablecido al *rey neto* en España, la Francia podía muy bien restablecer en su propia casa al rey absoluto. Cayeron en ese peligroso error de tomar la obediencia del soldado por el consentimiento de la nación. Esta confianza pierde los tronos. No conviene dormirse, ni á la sombra de manzanillo, ni á la sombra de un ejército.

Volvamos al navío *Orion*.

Durante las operaciones del ejército mandado por el príncipe-generalísimo, cruzaba una escuadra en el Mediterráneo. Hemos dicho que el *Orion* pertenecía á esta escuadra y que fué traído al puerto de Tolon por acontecimientos de mar.

La presencia de un navío de guerra en un puerto es siempre un suceso que atrae y que ocupa á la muchedumbre. Es que se trata de un objeto grande, y la muchedumbre gusta de todo lo que es grande.

Un navío de línea es uno de los más magníficos encuentros que el genio del hombre tiene con la suprema potestad de la naturaleza.

Compónese un navío de línea á la vez de todo lo más pesado y de todo lo más ligero que existe, porque tiene que habérselas al mismo tiempo con las tres formas de la sustancia, sólida, líquida y fluída, debiendo luchar contra todas ellas. Posee once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y más antenas que ningún insecto volátil para recoger el viento en las nubes. Su aliento respira por las ciento veinte bocas de sus cañones como por otros tantos clarines enormes, y responde con arrogancia al trueno. El Océano procura extravíarle en la pavorosa inmensidad de sus olas; pe-

el navio tiene su alma, su brújula, que le aconseja y le señala siempre el Norte. En la oscuridad de la noche, sus fanales suplen á las estrellas. Así, contra el viento tiene la cuerda y el lienzo, contra el agua la madera, contra la roca el hierro, el cobre y el plomo, contra la sombra la luz, contra la inmensidad una aguja.

Si se quiere formar una idea de todas esas proporciones gigantescas cuyo conjunto constituye el navio de línea, no hay más que entrar bajo una de las calas ó gradas cubiertas, de seis pisos, en los puertos de Brest ó de Tolon. Los navios en construccion están allí bajo campana, por decirlo así. Aquella viga colosal es una verga; esta inmensa columna de madera tendida en el suelo á perder de vista, es el palo mayor. Medido desde su raíz en la cala hasta su cima en las nubes, tiene sesenta toesas de largo, con tres piés de diámetro en su base. El palo mayor inglés se eleva á doscientos diez y siete piés sobre la línea de flote. La marina de nuestros padres empleaba cables, la nuestra emplea cadenas. El simple monton de cadenas de un navio de cien cañones tiene cuatro piés de alto, veinte piés de largo y ocho piés de ancho. ¿Y cuánta madera se necesita para hacer este navio? Tres mil esterios. Es una selva flotante.

Y nótese bien que todavía no se trata aquí sino de los buques militares de hace cuarenta años, del simple buque de vela; el vapor, entónces en su infancia, ha añadido despues nuevos milagros á ese prodigio que se llama un navio de guerra. Á estas horas, por ejemplo, el navio mixto, de hélice, es una máquina sorprendente arrastrada por un velámen de tres mil metros cuadrados de superficie y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Sin hablar de estas nuevas maravillas, el antiguo navio de Cristóbal Colon y de Ruyter es una de las obras maestras del ingenio humano. Es inagotable en fuerza como

en alientos el infinito; almacena el viento en sus velas, es preciso en la inmensa difusion de las olas, flota y reina.

Un momento llega sin embargo en que la ráfaga rompe como una paja aquella verga de sesenta piés de largo, en que el viento dobla como un junco aquel palo de cuatrocientos piés de elevacion, en que aquella áncora que pesa diez mil libras se tuerce en la boca de la onda como el anzuelo del pescador entre las mandíbulas de una carpa, en que aquellos cañones monstruosos lanzan rugidos lastimeros é inútiles, que el huracan se lleva al vacío y á la oscuridad, en que todo aquel poder y toda aquella majestad se abisman en un poder y en una majestad superiores.

Siempre que se ostenta desplegándose una fuerza inmensa para concluir en una debilidad, hace esto cavilar y soñar al hombre. De aquí esa multitud de curiosos que hormigean en los puertos, sin que ellos mismos se den cuenta clara de su propia curiosidad, en derredor de aquellas maravillosas máquinas de guerra y de navegacion.

Todos los dias, pues, desde por la mañana hasta la noche, los muelles, la playa, todos los alrededores del puerto de Tolon se hallaban cubiertos de gran cantidad de ociosos y de páparos, *badauds*, como dicen en Paris, sin más objeto que el estarse mirando el *Orion*.

El *Orion* era un buque enfermo hacía ya mucho tiempo. En sus anteriores navegaciones, espesas capas de conchas se habian aglomerado en toda la parte sumergida, ó en su carena, en términos que le hacian perder la mitad de la velocidad. El año anterior le habian puesto á seco, para desembarazarle de aquellas conchas, y despues habia vuelto al mar. Pero aquella operacion alteró todo el herraje de la carena. Á la altura de las islas Baleares, los bordes se cansaron y se abrieron, y como entónces no se ligaban aún las piezas interiores del buque con planchas de hierro batido, hizo agua. Un violento temporal de equi-

noccio había sobrevenido, que desfondó á babor el enjaretado de proa y una porta-cañonera y deterioró el portaobenques de mesana. De resultas de estas averías, había venido el *Orion* al puerto.

Mojaba cerca del Arsenal y le estaban reparando y armando. El casco no había sufrido á estribor, pero algunos bordajes habían sido desclavados acá y allá, como suele practicarse, para dar entrada al aire en la armadura.

La muchedumbre que le contemplaba fué testigo una mañana de cierto accidente.

La tripulación estaba ocupada en envergar las velas. El gabiero encargado de tomar los altos paños del gran mastelero de estribor perdió el equilibrio. Viéronle vacilar, la muchedumbre agrupada en el muelle del Arsenal lanzó un grito, la cabeza tiró del cuerpo, el hombre giró en derredor de la verga, con las manos extendidas hácia el abismo; se asió, al falso-escabel, primero con una mano y despues con la otra, permaneciendo allí suspendido. El mar se hallaba debajo de él á una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caída había comunicado al falso-escalón un fuerte movimiento de columpio; y el hombre se mecía en la extremidad de aquella cuerda como la piedra en una honda.

Ir en su auxilio, era correr un riesgo espantoso. Los marineros, pescadores de la costa todos ellos, recientemente entrados en el servicio, no se atrevían á aventurarse de aquella manera tan peligrosa. Entre tanto, el desventurado gabiero se cansaba; no era posible ver su angustia en su semblante, pero todos sus miembros revelaban que sus fuerzas se iban agotando por momentos. Sus brazos se removían en horribles retortijones. Cada esfuerzo que hacía para volver á subir, sólo servía para aumentar las oscilaciones del falso-escabel. No gritaba, por temor de perder sus fuerzas. Ya no se esperaba sino el minuto horroroso

en que soltaria la cuerda, y á cada instante se volvían todas las cabezas para no verle pasar. Hay momentos en que un pedazo de cuerda, un palo, una rama de árbol, son la vida misma; y es cosa horrenda el ver un sér viviente desprenderse de ellos y caer como cae la fruta madura.

De repente vióse un hombre trepar por las jarcias con la agilidad de un gato montés. Aquel hombre estaba vestido de encarnado, era un presidiario; llevaba un gorro verde, señal de que estaba condenado á perpetuidad. Llegado á la altura de la cofa, un golpe de viento le llevó el gorro, dejando ver una cabeza enteramente blanca; no era ningun jóven.

Con efecto, un galeote, empleado á bordo con una cuadrilla del presidio, acudió desde el primer momento al oficial de servicio, en medio de la turbacion y de la hesitacion de todos los tripulantes, y miéntras que los marineros temblaban y retrocedían, pidióle él permiso para arriesgar su vida con el objeto de salvar al gabiero. Sobre un signo afirmativo del oficial, el presidiario rompió de un martillazo la cadena remachada á la argolla de sus grillos, tomó una cuerda y se lanzó á los obenques. Nadie observó en aquel instante con cuánta facilidad fué rota aquella cadena. Más adelante fué cuando se acordaron de esta circunstancia.

En un abrir y cerrar de ojos se encaramó sobre la verga. Detúvose allí algunos segundos, y parecia medirla con la vista. Estos segundos, durante los cuales balanceaba el viento al infeliz gabiero en la extremidad de un hilo, parecían siglos á cuantos miraban la escena. Por fin el presidiario levantó los ojos al cielo, y dió un paso hácia adelante. La muchedumbre respiró: viéronle recorrer la verga á carrera. Llegado á la extremidad, ató allí una punta de la cuerda que él traía, dejando colgar la otra punta: en

seguida se puso á escurrirse y á descender con las manos á lo largo de aquella cuerda, dando esto ocasion á una angustia inconcebible, pues en vez de un hombre suspendido sobre el abismo, ahora se veian dos.

Diriase una araña que va á coger una mosca; sólo que, en este caso, la araña traía la vida, y no la muerte. Diez mil miradas se hallaban fijas en aquel grupo. Ni un grito, ni una palabra, el mismo estremecimiento fruncia todas las cejas. Las bocas retenian todas el aliento, como si temieran añadir el menor soplo al viento que sacudia á los dos miserables.

Entre tanto el galeote habia logrado tiramollarse junto al marinero. Ya era tiempo; un minuto más, y el hombre, desfallecido y desesperado, se dejaba caer en el abismo; el presidiario le amarró sólidamente con la cuerda en la cual se sostenia él con una mano, mientras que trabajaba con la otra. Por último, viósele subir de nuevo sobre la verga, y halar hácia sí al marinero: sostúvole en aquel punto unos instantes á fin de dejarle recobrar fuerzas, y despues le cogió en sus brazos y le condujo, andando sobre la verga, hasta el tamborete, y desde allí á la cofa, donde le dejó en manos de sus camaradas.

Al instante prorumpió la muchedumbre en frenéticos aplausos; no faltó viejo cómitre que derramara lágrimas: las mujeres se abrazaban en el muelle; y por todas partes se oía gritar, con una especie de furor enternecido: ¡Gracia! ¡gracia! ¡indulto para ese hombre!

El entre tanto se habia constituido en el deber de volver á bajar inmediatamente para unirse de nuevo á su cuadrilla; y con el fin de llegar más pronto, dejóse deslizar por las jarcias y echó á correr sobre una verga baja. Todas las miradas le seguian. En cierto momento, causó grande estupor; sea que estuviese fatigado, ó bien que se le fuese la cabeza, creyeron verle vacilar y tambalearse.

De repente lanzó la muchedumbre un grito; el presidiario acababa de caer al mar.

La caída era peligrosa. La fragata *Algeciras* se hallaba anclada junto al *Orion*, y el pobre galeote habia caido entre los dos buques. Era de temer que se deslizase bajo alguno de ellos. Cuatro hombres saltaron á toda prisa sobre una barquilla. Animábalos la muchedumbre; la ansiedad se habia apoderado nuevamente de todos los espíritus. El hombre no habia vuelto á aparecer en la superficie del agua. Habia desaparecido en el mar sin que hiciera un solo pliegue, como si hubiera caido en una cuba de aceite. Se sumergieron, sondearon, buscaron. Todo fué inútil. Exploraron hasta que llegó la noche, no encontraron ni el cuerpo siquiera.

Al día siguiente, el diario de Tolon publicaba estas pocas líneas: — « 17 de Noviembre de 1823. — Ayer, un » presidiario que trabajaba en cuadrilla á bordo del » *Orion*, al volver de prestar auxilio á un marinero, cayó » al mar y se ahogó. No ha podido ser habido su cadáver. Créese que se hallará retenido bajo las estacadas » de la punta del Arsenal. Este hombre estaba registrado » con el n.º 9,430 y se llamaba Juan Valjean. »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS



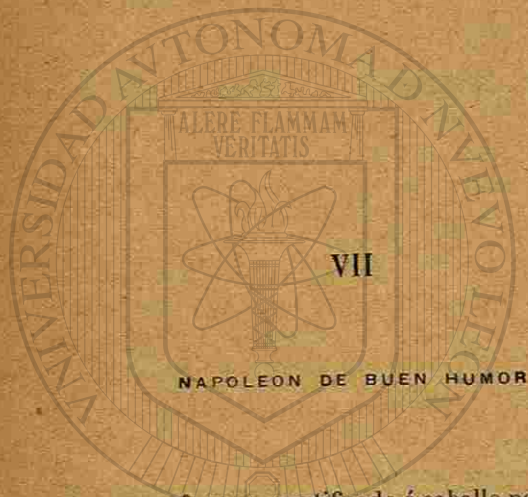
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

Esta batería que, una vez acabada, habría sido casi un reducto, hallábase dispuesta detras de una pared de jardín muy baja, revestida de prisa con una capa de sacos de arena y una ancha escarpa de tierra. Pero este trabajo quedó por concluir, no habiendo habido tiempo para guarnecerle de empalizadas.

Inquieto, pero impasible, hallábase Wellington á caballo, permaneciendo todo el dia en la misma actitud, un poco más acá del viejo molino de Mont-Saint-Jean, que aún existe, bajo un olmo que, en dias posteriores, compró por doscientos francos un inglés vándalo y estusiasta, que le hizo aserrar y se llevó á Inglaterra. Wellington estuvo allí friamente heroico. Las balas de cañon llovian en derredor suyo. El ayudante de campo Gordon acababa de caer á su lado. Lord Hill, enseñándole una granada que estaba á punto de reventar, le dijo: — Milord, ¿cuáles son las instrucciones y las órdenes que usted nos deja, si se hace matar? — *Que hagan lo mismo que yo*, respondió Wellington. Á Clinton tambien le dijo lacónicamente: — *Mantenerse aqui hasta el último hombre*. — Evidentemente la jornada se le iba presentando mal. Wellington gritaba á sus antiguos camaradas de Talavera, de Vitoria y de Salamanca: — *¡Boys (muchachos)! ¡cuidado con echar ni un pié atras siquiera! ¡pensad en la vieja Inglaterra!*

Á eso de las cuatro, la linea inglesa se replegó á retaguardia. De improviso no se vió ya sobre la cresta de la meseta sin: la artillería y los tiradores; lo demas, todo habia desaparecido; lanzados por las bombas y granadas francesas, los regimientos se replegaron en el fondo que aún hoy corta la vereda de servicio de la granja de Mont-Saint-Jean; hizose un movimiento de retirada, el frente de batalla inglés quedó borrado, Wellington retrocedió. — *¡Principio de retirada!* exclamó Napoleon.



Aunque enfermo y mortificado á caballo por una dolencia local, nunca habia estado el emperador de tan buen humor como aquel día. Su impenetrabilidad sonreía sin cesar desde por la mañana. El 18 de Junio de 1815, aquella alma profunda, con máscara de mármol, radiaba ciegamente. El hombre que se mostró sombrío en Austerlitz, estuvo alegre en Waterloo. Tales contrasentidos suelen ser propios de los más grandes predestinados. Nuestros gozos son sombras. La sonrisa suprema está en Dios.

Redit Cæsar, Pompeius flebit, decían los legionarios de la legión Fulminadora. Pompeyo esta vez no debia llorar, pero es lo cierto que César reía.

Desde la víspera, á la una de la noche, explorado á caballo, con Bertrand, bajo la tempestad y las lluvias, las co-

linas inmediatas á Rossomm; satisfecho de ver la larga línea de las fogatas inglesas iluminando todo el horizonte, desde Frischemont á Braine-l'Alleud, le habia parecido que el destino, citado por él á día fijo en el campo de Waterloo, era exacto; detuvo su caballo, permaneciendo algunos instantes inmóvil, mirando los relámpagos, escuchando los truenos; y diz que se oyó á aquel fatalista lanzar en la sombra esta palabra misteriosa: « Estamos de acuerdo. » Napoleon se engañaba. Ya no estaban acordados.

No durmió ni un solo minuto aquella noche, cuyos instantes todos fueron marcados para él con señales de alegría. Recorrió toda la línea de las grandes-guardias, deteniéndose aquí y allí para hablar á los centinelas. Á las dos y media, oyó junto al bosque de Hougoment los pasos de una columna en marcha, y creyó un momento en la reculada de Wellington, diciendo á Bertrand: *Esa es la retaguardia inglesa que se ha puesto en marcha para decampar. Cogere prisioneros á los seis mil ingleses que acaban de llegar á Ostende.* Hablaba así con expansion, habiendo recobrado aquel númen verboso del momento en que desembarcó el 1.º de Marzo, cuando mostrando al gran mariscal el labriego entusiasta del golfo Juan, le dijo: — *¡Ea bien, Bertrand, ya tenemos aquí un refuerzo!* La noche del 17 al 18 de Junio se burlaba de Wellington. — *Ese Inglesito necesita una lección,* decia Napoleon. La lluvia redoblaba; y mientras que el emperador hablaba así estaba tronando.

Á las tres y media de la mañana, habia perdido ya una ilusión; varios oficiales enviados á hacer un reconocimiento vinieron á anunciarle que el enemigo no hacia ningun movimiento. Todo permanecia en el mismo estado; ni siquiera se pagaba un fuego de vivac. El ejército inglés estaba durmiendo. Profundo silencio sobre la tierra; sólo habia ruido en el cielo. Á las cuatro le presentaron los exploradores un

paisano, el cual habia servido de guía á una brigada de caballería inglesa, probablemente la de Vivian, que iba á tomar posicion en el pueblecito de Ohain, á la extrema izquierda. Á las cinco, dos desertores belgas vinieron á decirle que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. — *¡ Tanto mejor !* exclamó Napoleón. *Me gustará más volcarlos que rechazarlos.*

Por la mañana, se apeó sobre el lodo, en la barga que forma el ángulo del camino de Plancenoit, hizo que le trajeran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla de cabaña, se sentó teniendo por tapiz un haz de heno, y desplegó sobre la mesa el plano del campo de batalla, diciendo á Soult : *¡ Bonito ajedrez !*

Atollados en los lodazales de los caminos, á consecuencia de las lluvias de aquella noche, los convoyes de viveres no habian podido llegar por la mañana; el soldado no habia dormido, se hallaba mojado y en ayunas, lo que no impidió que Napoleón dijera alegremente á Ney : *Tenemos noventa probabilidades sobre ciento.* Á las ocho, trajeron el almuerzo al emperador, quien habia convidado á él á varios generales. Mientras que almorzaban, como refiriesen allí que Wellington se hallaba la antevíspera en Brusélas, en el baile que dió la duquesa de Somerset, Soult, guerrero de modales rudos, con cara de arzobispo, dijo : *El baile será hoy.* El emperador habia bromeado con Ney que le decía : *Wellington no será bastante tonto para esperar á Vuestra Majestad.* Por lo demas, tales eran de ordinario sus maneras. *Le gustaba chancearse,* dice Fleury de Chaboulon. *El fondo de su carácter era un humor jovial,* dice Gourgaud. *Prodigaba las bromas, más extravagantes que chistosas,* dice Benjamín Constant. Estas humoradas de gigante valen la pena de que insistamos en ellas. Él fué quien puso á sus granaderos el apodo de « los gruñidores », y solía pellizcarles las orejas y tirarles de los bigotes. *El emperador se divertía en hacer-*

LIBRO TERCERO

CUMPLIMIENTO

DE LA PROMESA HECHA Á LA MUERTA

LA CUESTION DEL AGUA EN MONTFERMEIL

Hállase situado Montfermeil entre Livry y Chelles, en el borde meridional de esa alta meseta que separa al Ourque del Marne. Hoy es un pueblo bastante grande, adornado todo el año de villas de yeso, y los domingos, de *bourgeois* de París solazándose, de buen humor. En 1823, no habia en Montfermeil ni tantas casas blancas ni tantos parisienses satisfechos : no era más que un lugar en medio de los bosques. Es verdad que se encontraban allí, á ciertas distan-

paisano, el cual habia servido de guía á una brigada de caballería inglesa, probablemente la de Vivian, que iba á tomar posicion en el pueblecito de Ohain, á la extrema izquierda. Á las cinco, dos desertores belgas vinieron á decirle que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. — *¡ Tanto mejor !* exclamó Napoleón. *Me gustará más volcarlos que rechazarlos.*

Por la mañana, se apeó sobre el lodo, en la barga que forma el ángulo del camino de Plancenoit, hizo que le trajeran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla de cabaña, se sentó teniendo por tapiz un haz de heno, y desplegó sobre la mesa el plano del campo de batalla, diciendo á Soult : *¡ Bonito ajedrez !*

Atollados en los lodazales de los caminos, á consecuencia de las lluvias de aquella noche, los convoyes de viveres no habian podido llegar por la mañana; el soldado no habia dormido, se hallaba mojado y en ayunas, lo que no impidió que Napoleón dijera alegremente á Ney : *Tenemos noventa probabilidades sobre ciento.* Á las ocho, trajeron el almuerzo al emperador, quien habia convidado á él á varios generales. Mientras que almorzaban, como refiriesen allí que Wellington se hallaba la antevíspera en Brusélas, en el baile que dió la duquesa de Somerset, Soult, guerrero de modales rudos, con cara de arzobispo, dijo : *El baile será hoy.* El emperador habia bromeado con Ney que le decía : *Wellington no será bastante tonto para esperar á Vuestra Majestad.* Por lo demas, tales eran de ordinario sus maneras. *Le gustaba chancearse,* dice Fleury de Chaboulon. *El fondo de su carácter era un humor jovial,* dice Gourgaud. *Prodigaba las bromas, más extravagantes que chistosas,* dice Benjamen Constant. Estas humoradas de gigante valen la pena de que insistamos en ellas. Él fué quien puso á sus granaderos el apodo de « los gruñidores », y solía pellizcarles las orejas y tirarles de los bigotes. *El emperador se divertía en hacer-*

LIBRO TERCERO

CUMPLIMIENTO

DE LA PROMESA HECHA Á LA MUERTA

LA CUESTION DEL AGUA EN MONTFERMEIL

Hállase situado Montfermeil entre Livry y Chelles, en el borde meridional de esa alta meseta que separa al Ourque del Marne. Hoy es un pueblo bastante grande, adornado todo el año de villas de yeso, y los domingos, de *bourgeois* de París solazándose, de buen humor. En 1823, no habia en Montfermeil ni tantas casas blancas ni tantos parisienses satisfechos : no era más que un lugar en medio de los bosques. Es verdad que se encontraban allí, á ciertas distan-

cias, algunas casas de recreo del último siglo, que se distinguían por su aspecto de gran tono, sus balcones de hierro torcido, y esas largas ventanas cuyas vidrieras hacen sobre el blanco de las maderas cerradas todos los matices del color verde; pero no por eso dejaba Montfermeil de ser un lugar. Los comerciantes retirados y los aficionados á veranear no le habían descubierto aún. Era un sitio apacible y delicioso que no se hallaba en camino para ninguna parte; donde se vivía, por poco dinero, esa vida campestre tan abundante y tan fácil. Sólo que el agua era allí rara, á causa de la elevación de la meseta; era menester ir á buscarla bastante lejos. El extremo del pueblo que está del lado de Gagny se proveía de agua en los magníficos estanques que hay en aquellos bosques; el otro extremo, que rodea la iglesia y que está del lado de Chelles, no hallaba agua potable sino en un pequeño manantial situado á la mitad de la costa, cerca del camino de Chelles, y como á un cuarto de hora de Montfermeil.

Por consiguiente era allí una tarea bastante ruda para cada casa esta provisión de agua. Las casas grandes, la aristocracia, el bodegón Thénardier, que formaban parte de aquel extremo, pagaban un ochavo el cubo de agua á un buen hombre destinado á este oficio y que ganaba en su empresa de las aguas de Montfermeil unos ocho sueldos diarios; pero aquel buen hombre no trabajaba sino hasta las siete de la tarde en verano, y hasta las cinco en invierno; y una vez llegada la noche, una vez cerradas las ventanas de los pisos bajos, el que no tenía agua que beber, iba á buscarla ó se pasaba sin ella.

Esto era lo que mayor terror causaba á aquella pobre criatura á quien tal vez no ha olvidado el lector, la niña Coseta. Se recordará que Coseta era útil á los Thénardier de dos maneras, pues á la vez que se hacían pagar por la madre, se hacían servir por la hija. Así que cuando la

madre dejó enteramente de pagar, y en los capítulos anteriores hemos visto por qué, los Thénardier conservaron sin embargo á Coseta. Ella les hacía las veces de una criada. En calidad de tal, ella era la que corría á buscar el agua cuando hacía falta. Por eso la niña, muy asustada ante la idea de ir de noche á la fuente, tenía gran cuidado de que el agua no faltase nunca en casa.

La fiesta de Navidad del año de 1823 fué particularmente muy brillante en Montfermeil. El principio del invierno había sido templado; aún no había habido hielos ni nieves. Unos titiriteros venidos de París habían conseguido del señor alcalde permiso para instalar sus barracas en la calle mayor del pueblo, y una banda de mercaderes ambulantes, disfrutando de la misma tolerancia, había construido sus tiendas improvisadas en la plaza de la iglesia y hasta en la callejuela del Panadero, donde se hallaba situada, según podrá tal vez recordar el lector, la posada de los Thénardier. Con tal motivo, los mesones y las tabernas del lugar sellenaban, comunicando á aquella pequeña población una vida ruidosa y alegre. Para ser fieles historiadores, debemos añadir que entre las curiosidades que se mostraban en la plaza, había también una pequeña casa de fieras, en que horribles payasos, vestidos de harapos y venidos no se sabe de dónde, enseñaban en 1823 á los habitantes de Montfermeil uno de esos espantosos buitres del Brasil que nuestro Museo real no posee sino desde 1845, y que llevan, en vez de ojos, una escarapela tricolor. Los naturalistas llaman á este pájaro, según creo, *Caracara Polybónus*; pertenece al orden de los apícides y á la familia de los buitrinos. Algunos honrados veteranos bonapartistas, retirados en aquel lugar, iban á ver este pajarraco con la mayor devoción. Los volatineros presentaban la escarapela tricolor como un fenómeno único y hecho expresamente por Dios para su colección de fieras.

En la misma noche de Navidad, hallábanse varios hombres, carreteros y buhoneros, sentados á la mesa y bebiendo, al rededor de cuatro ó cinco velas de sebo, en la sala baja de la posada Thénardier. Esta pieza se parecia á todas las salas de taberna; mesas, colodras de estaño, botellas, bebedores, fumadores; poca luz, mucho ruido. La fecha del año 1823 hallábase sin embargo indicada por los dos objetos que estaban entónces á la moda en la clase média, los cuales se hallaban sobre una mesa, á saber, un caleidoscopio y una lámpara de hoja de lata moaré. La Thénardier cuidaba de la cena que estaba asándose ante una lumbre fuerte, que esparcía grande claridad; el marido, Thénardier, bebía con sus huéspedes y les hablaba de política.

Ademas de estas conversaciones políticas, que tenían por objeto favorito la guerra de España y el señor duque de Angulema, oíase también entre aquella confusión algun que otro paréntesis local, por el estilo de estos:

— Por el lado de Nanterre y de Suresne, el vino ha sido abundante este año. Donde creían recoger diez piezas, han tenido doce. Los lagares han sudado jugo de lo lindo. — ¿Pero la uva no debía estar madura? — En aquellas tierras no conviene vendimiar maduro, porque entónces el vino se agría en cuanto llega la primavera. — ¿Entónces no son vinos fuertes aquellos? — Son ménos fuertes aún que por aquí. Es preciso vendimiar en agraz.

Etc.

Ó bien, era un molinero que exclamaba:

— ¿Podemos nosotros por ventura ser responsables de lo que hay en los sacos? Encontramos allí un monton de semillas y granos diferentes que no podemos entretenernos en limpiar, y es menester que los dejemos pasar bajo las piedras; tales como la zizaña ó joyo, la luciola, la neguilla, la arveja, el cañamon, y otra multitud de drogas,

sin contar con los guijarros que abundan en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. Yo no soy aficionado á moler trigo breton, como los aserradores no gustan tampoco aserrar vigas donde se encuentran clavos. Ya ven ustedes el mal polvo que eso da en la maquila. Y luégo se quejan de la harina. Hacen mal en quejarse. Nosotros no tenemos la culpa.

En el espacio que dejaban dos ventanas, un segador que se hallaba sentado á una mesa con un amo que le estaba ajustando para un trabajo de prados que habia de hacerse en la primavera, decia:

— No le hace que la yerba esté mojada; pues así se corta mejor. El rocío es bueno, mi amo. De todos modos, aquella yerba, la yerba de usted, es todavía pequeña y muy difícil de cortar. Siendo así tan tierna, se dobla en cuanto siente el hierro encima.

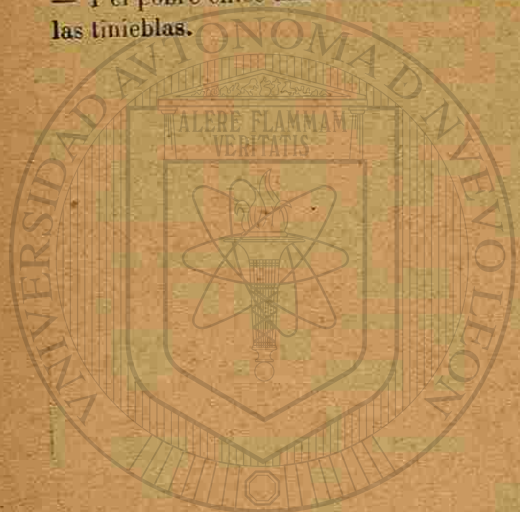
Etc.... —

Coseta se hallaba en su puesto ordinario, sentada en el travesaño de la mesa de cocina junto á la chimenea: sus ropita eran trapos, sus piés desnudos y en zuecos, y estaba haciendo medias de lana, al resplandor de la lumbre, destinadas para las hijas de Thénardier. Un gato muy jóven estaba jugando debajo de las sillas. En un cuartito inmediato, oíase reír y conversar dos voces frescas y agradables, como de niñas; eran Eponina y Azelma.

En el rincón de la chimenea, habia un zurriago colgado de un clavo.

De vez en cuando penetraban, aún en medio del ruido de la taberna, los gritos de una criatura pequeña que se hallaba sin duda en alguna pieza de la casa. Era un niño que la Thénardier habia tenido en uno de los inviernos anteriores. — « sin saber por qué, decia ella: efecto del frío, » — que tenia algo más de tres años. La madre le habia criado, pero no le queria. Cuando los gritos deses-

perados del pequeñuelo se hacían ya importunos: — Tu hijo está chillando, decía Thénardier, anda á ver qué es lo que quiere. — ¡Bah! respondía la madre, me fastidia. — Y el pobre chico abandonado continuaba gritando en las tinieblas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

II

DOS RETRATOS ACABADOS

Todavía no se ha visto en este libro á los Thénardier sino de perfil; ha llegado el momento oportuno de dar una vuelta en derredor de esta pareja, y mirarla bajo todas sus fases.

Thénardier acababa de cumplir sus cincuenta años; ella rayaba en los cuarenta, que es la cincuentena de las mujeres; de modo que había equilibrio de edades entre mujer y marido.

Desde su primera aparición, han conservado tal vez los lectores alguna memoria de esta Thénardier, alta, rubia, encarnadota, gruesa, musculosa, cuadrada, enorme y ágil; según hemos dicho ya, pertenecía á la raza de esas mujeres colosos y salvajes que suelen combarse en las ferias con adoquines colgados de sus trenzas. Ella era quien lo hacía todo en el meson, las camas, el barrido, la legía, la cocina,

la lluvia, el buen tiempo, el diablo. Por todo criado tenía únicamente á Coseta, es decir, un raton al servicio de un elefante. Al bramar de su voz todo temblaba, las vidrieras, los muebles y las gentes. Su ancha caraza, acribillada de pecas, presentaba el aspecto de una espumadera. Tenía barba. Era el ideal de un gañan vestido de mujer. Echaba cada taco como un carretero. Se preciaba de romper una nuez de un puñetazo. Sin las novelas que había leído, y que á veces hacían reaparecer, de un modo bien singular y ridículo, á la remilgada al traves de la ogresa, jamás habría ocurrido á nadie la idea de decir de ella :

— Es una mujer. Esta Thénardier era como el producto delingerto de una damisela en una rabanera. Al oirla hablar, decían : Es un gendarme; al verla beber : Es un carretero; al verla maltratar á Coseta : Es el verdugo. Cuando estaba tranquila, le salía de la boca un diente.

Thénardier era un hombre pequeño, flacuecho, pálido, anguloso, huesoso, miserable, que tenía trazas de enfermo, con muy buena salud, empezando por aquí su bellaquería. Tenía la costumbre de sonreír, por precaucion, y se mostraba muy atento casi con todo el mundo, hasta con el mendigo á quien negaba un ochavo; con la mirada de un huron y la cara de un poetastro. Se asemejaba mucho á los retratos del abate Delille. Su mayor gala consistía en beber con los carreteros. Nadie había podido embriagarle nunca. Fumaba en una pipa gruesa. Llevaba una blusa, y debajo de ella, un frac negro viejo. Tenía pretensiones á la literatura y al materialismo. Había nombres que él pronunciaba á menudo, en apoyo de las cosas que solía decir, tales como Voltaire, Raynal, Parny, y, cosa singular, san Agustín. Afirmaba tener « un sistema ». Por lo demas, era muy ratero. Un *filousofo*¹. Esta variedad existe. Recor-

1. De *filou*, ladronzuelo, por filósofo.

dará el lector sin duda que él suponía haber servido; refería con cierto énfasis que en Waterloo, siendo sargento en un 6.º 69.º de ligeros cualquiera, había cubierto con su cuerpo, él solo contra un escuadron de húsares de la Muerte, y salvado en medio de una lluvia de metralla á « un general peligrosamente herido. » De este hecho provenía, para la puerta de su casa, la ostentosa y brillante muestra, y para su posada, en todo aquel país, el bien conocido nombre de « el meson del sargento de Waterloo. » Era liberal, clásico y bonapartista. Había suscrito para el campo de Asilo. En el pueblo decían que había estudiado para la iglesia.

Nosotros creemos que había estudiado buenamente en Holanda para ser posadero. Aquel truhan del orden compuesto era, segun todas las probabilidades, algun flamenco de Lila en Flándes, frances en Paris, belga en Bruselas, cómodamente instalado á caballo sobre ambas fronteras. Su proeza de Waterloo, la conocemos ya. Segun se ve, él la exageraba un poco. El flujo y reflujo, el meandro, la aventura, eran el elemento de su existencia; conciencia desgarrada supone vida descompuesta; y es verosímil que, en la borrascosa época del 18 de Junio de 1815, Thénardier pertenecía á esa variedad de cantineros merodeadores de quienes hemos hablado, que van batiendo la campaña, vendiendo á estos, robando á aquellos, y rodando en familia, hombre, mujer é hijos, en una especie de tartana coja, á la cola de las tropas en marcha, con el instinto de agregarse despues siempre al ejército victorioso. Concluida aquella campaña, y teniendo, como él decía, « cum quibus, » había venido á establecer un meson-bodega en Montfermeil.

Este « cum quibus » compuesto de las bolsas y de los relojes, de las sortijas de oro y de las cruces de plata que cosechó en la época de la siega en los surcos sembrados

de cadáveres, no constituía sin embargo una suma muy fuerte, ni pudo por lo tanto llevar en buen tren por mucho tiempo á aquel vivandero transformado en posadero.

Thénardier tenía en el gesto ese no sé qué de rectilíneo que, echando un taco, recuerda el cuartel, y santiguándose, el seminario. Era decididor. Gustaba que le tuvieran por sabio. Sin embargo, el maestro de escuela había observado que solía cometer sus barbarismos y solecismos. Él era quien escribía, con alta superioridad, la nota para el pago de los viajeros; pero una vista ejercitada no dejaba de encontrar á veces algunas faltas de ortografía. Thénardier era socarrón, goloso, holgazán y sagaz. No desdenaba á sus criadas, razón por la cual su mujer no tenía ya ninguna. Aquella gigante era celosa. Se le figuraba que todas la envidiarían la posesión de aquel hombrecillo flaco y descolorido.

Thénardier, hombre de astucia y de equilibrio sobre todo, era un bellaco del género templado, que es la peor de todas las bellaquerías, porque lleva á la hipocresía por compañera inseparable.

Esto no quiere decir que Thénardier no fuese, en ciertas ocasiones, susceptible de ira, á lo ménos tanto como su mujer; pero esto era muy raro, y en tales momentos, como él aborrecía al género humano entero; como contenía en sí una profunda hornaza de odio; como era de esas gentes que se vengán perpetuamente, que acusan todo cuanto sucede en su presencia, y que están siempre dispuestas á lanzar sobre el primero que pasa, como legítimo agravio, el total de las decepciones, de las bancarotas y de las calamidades de su vida; como toda esta levadura se sublevaba en él y le hervía en la boca y en los ojos, estaba espantoso. ¡ Desgraciado del que entonces tenía que sufrir los efectos de su furor!

Además de todas estas cualidades, Thénardier era

atento y penetrante, silencioso ó hablador, según las ocasiones; y siempre de una alta perspicacia. Tenía algo de la mirada del marino habituado á guiñar los ojos al hacer uso del antejojo de larga vista. Thénardier era todo un hombre de Estado.

Cuantos entraban por primera vez en su bodegón, decían al ver á la Thénardier: Hé ahí el amo de la casa. Se engañaban. Ni siquiera era ella el ama. El amo y el ama á la vez era el marido. Ella ejecutaba, él creaba. Él era quien lo dirigía todo, por una especie de acción magnética invisible y continua. Una sola palabra le bastaba, á veces una seña; y el mastodonte obedecía. Sin que ella se apercibiese, el Thénardier era para la Thénardier una especie de ser particular y soberano. Ella poseía las virtudes propias de su condición, de su modo de ser; aún cuando se hubiera hallado en disonancia, sobre un detalle cualquiera, con « el señor Thénardier, » hipótesis que, por lo demás, es inadmisibile, jamás habría llevado ella la contraria á su marido de un modo ostensible, sobre cualquiera cosa que fuese. Nunca habría cometido « delante de extraños » esa falta que cometen con tanta frecuencia las mujeres, y que se llama en lenguaje parlamentario: poner en descubierto á la corona. Aunque su mutuo acuerdo no tuviese por resultado sino el mal, había cierta contemplación en la sumisión de la Thénardier á su marido. Aquella montaña de ruido y de carne se movía bajo el impulso de un dedo de aquel frágil déspota. Síntoma que significaba, vista por su lado baladí y grotesco, esta gran cosa universal: la adoración de la materia por el espíritu; pues ciertas deformidades tienen su razón de ser en las mismas profundidades de la belleza eterna. Había en Thénardier algo desconocido; de aquí el imperio absoluto de aquel hombre en aquella mujer. En ciertos momentos, veíale ella como una vela encendida; en otros sentíale como una garra.

Aquella mujer era una criatura formidable que no amaba sino á sus hijos y no temia sino á su marido. Era madre porque era mamifera. Por lo demas, su maternidad se limitaba á sus hijas, y, como se verá más adelante, no alcanzaba á los varones. En cuanto á él, el hombre, no abrigaba sino un solo pensamiento: enriquecerse.

No lo conseguia, sin embargo. Faltaba un digno teatro á aquel gran talento. Thénardier en Montfermeil se arruinaba, si la ruina es posible en cero; en Suiza ó en los Pirineos, aquel hombre sin ochavo se habria hecho millonario. Pero el posadero necesita pacer allí en donde le ha clavado el destino.

Entiéndase que la palabra *posadero* está aquí empleada en un sentido estricto, y que no se extiende á toda una clase.

En aquel mismo año de 1823, Thénardier se hallaba entrampado en unos mil quinientos francos, de deudas de tienda, de zapatero, de sastre, de botica, etc., pues todo se le hacia servir fiado. Esto le daba que cavilar bastante.

Como quiera que procediese con él la tenaz injusticia del destino, Thénardier era uno de los hombres que comprendian mejor, con mayor profundidad y más á la moderna, esa cosa que es una virtud entre los pueblos bárbaros y una mercancía en los países civilizados, la hospitalidad. Por lo demas, era un admirable cazador furtivo, muy afamado por su diestra puntería. Tenia cierta risita fria y apacible, singularmente peligrosa.

Sus teorías de posadero centelleaban á veces en él como relámpagos. Tenia sus aforismos profesionales que grababa en la mente de su mujer. — « El deber del posadero, la decia un dia en voz baja pero en tono violento, es el vender, al primero que llegue, guisado, descanso, luz, lumbre, sábanas sucias, criada, pulgas, y una sonrisa; detener á todo pasajero, vaciar los bolsillos pequeños y aligerar bu-

namente los grandes; acoger con respeto á la familias que van de camino, rapar al hombre, desplumar á la mujer, mondar al niño; cotizar la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincón de la chimenea, el sillón, la silla, el taburete, el banco, la almohada de pluma, el colchon y el haz de paja; saber cuánto desgasta la sombra al espejo, y tasar esto tambien, y por todos los diablos del infierno, hacerlo pagar todo al viajero, ¡hasta las moscas que coma su perro! »

Aquel hombre y aquella mujer eran artificio y rabia en infernal consorcio; horrible y terrible pareja.

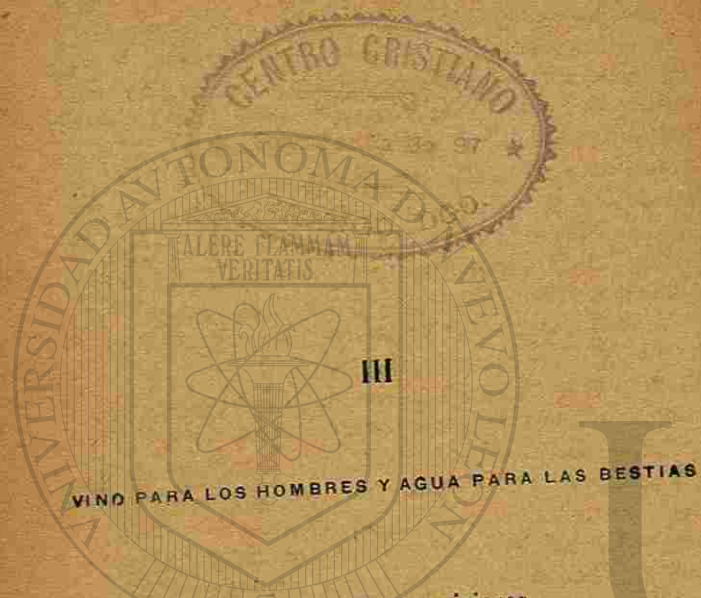
Mientras que el marido rumiaba y combinaba, ella, la Thénardier, no pensaba en los acreedores ausentes, no se cuidaba de ayer ni de mañana, y vivia arrebatada y concretándose sólo al minuto presente.

Tales eran estos dos seres. Coseta se hallaba entre ellos, sufriendo su doble presión, como una criatura que fuese á la vez aplastada por una piedra de molino y martirizada con unas tenazas. Hombre y mujer cada cual tenia una manera diferente; Coseta estaba molida á golpes; esto provenia de la mujer; iba descalza en invierno; esto la venia del marido.

Coseta subia, bajaba, lavaba, cepillaba, frotaba los suelos; barria, corria, trepaba, jadeaba, levantaba objetos pesados, y con ser tan diminuta, ella era la que hacia las más rudas faenas de la casa. No habia compasión para aquella criatura; un ama feroz y un amo venenoso. El bodegón Thénardier era como una telaraña en la cual se hallaba ella aprehendida y temblando. El ideal de la opresión estaba realizado en aquella siniestra domesticidad. Era como una mosca puesta al servicio de las arañas.

La pobre niña, pasiva, callaba.

Quando se encuentran así, desde el alba de la vida, tan pequeñas, y enteramente desnudas, entre los hombres, ¿qué es lo que pasa en esas almas que acaban de dejar á Dios?



Habían llegado cuatro nuevos viajeros.

Coseta estaba cavilando tristemente; pues aunque no tenía más que ocho años, había sufrido ya tanto, que cavilaba con el lúgubre ademan de una vieja.

Tenía un párpado negro, de un puñetazo que la había dado la Thénardier, lo que hacía decir á esta con frecuencia: ¡Qué fea está con su cardenal en el ojo!

Coseta estaba pensando en que era ya de noche, muy de noche, que había sido necesario llenar de improviso los jarros y las garras en los cuartos de los viajeros que acababan de llegar, y que ya no quedaba agua en la tinaja.

Lo que la tranquilizaba algo, es que no se bebía mucha agua en casa de Thénardier. Es verdad que no faltaban allí gentes que tenían sed; pero era de esa sed que se apaga mejor con la colodra que con el cántaro. El que hubiese

pedido un vaso de agua entre aquellos vasos de vino, habría parecido un salvaje á todos aquellos hombres. Hubo sin embargo un momento en que la niña tembló; la Thénardier levantó la tapadera de una cacerola que estaba hirviendo á la lumbre, despues tomó un vaso, se acercó vivamente á la tinaja, y la destapó; la niña había levantado la cabeza y seguía todos sus movimientos. Apenas quedaba en el fondo con qué llenar medio vaso de agua — ¡Toma! dijo, ¡ya no hay agua! En seguida guardó un momento de silencio. La niña no respiraba.

— Vaya, añadió la Thénardier examinando el vaso medio lleno, con esto habrá bastante.

Coseta volvió á ponerse á trabajar, pero durante más de un cuarto de hora sintió que el corazón le daba fuertes latidos en el pecho.

Contaba los minutos que se iban así deslizando, y habría querido hallarse ya en la mañana siguiente.

De vez en cuando, uno de los bebedores miraba á la calle y exclamaba: — ¡Está oscuro como boca de lobo! — ó bien: — ¡Es menester ser gato para ir por la calle sin farol á estas horas!

Y Coseta temblaba.

De repente, uno de los buhoneros alojados en la posada, entró y dijo con voz ruda:

— ¡No han dado de beber á mi caballo!

— Sí tal, dijo la Thénardier.

— Yo le digo á usted que no, patrona, replicó el mercader.

Coseta había salido de debajo de la mesa.

— ¡Oh! sí, señor, dijo, el caballo ha bebido, bebió en el cubo, que estaba lleno; yo fui quien le dió de beber, y le hablé.

Esto no era cierto. Coseta mentía.

— Hé ahí una chicuela que abulta tant como mi puño

y echa cada bola tan gorda como esta casa, dijo el buhonero. Yo te digo que no ha bebido, bribonzuela! Tiene él una manera de resoplar, cuando no ha bebido, que yo conozco muy bien.

Coseta insistió, y añadió con voz temblorosa y ahogada por la angustia, que apenas se dejaba oír:

— ¡Y más, que bebió mucho!

— Vamos, repuso el mercader con ira, no hablemos más de eso; que den de beber á mi caballo, y acabemos!

Coseta volvió á meterse debajo de la mesa.

— Eso es muy justo, dijo la Thénardier, si esa bestia no ha bebido, es preciso que beba.

Y en seguida, mirando al rededor de ella:

— Ea bien, dijo, ¿dónde está esa otra?

Se agachó, y descubrió á Coseta acurrucada al otro extremo de la mesa, casi bajo los piés de los bebedores.

— ¡Vamos, vendrás tú! gritó la Thénardier.

Coseta salió de la especie de agujero en que se habia escondido. La Thénardier añadió:

— Señorita Perro-sin-nombre, anda pronto á dar de beber á ese caballo.

— Pero, señora, dijo Coseta con voz débil, es que no hay agua.

La Thénardier abrió de par en par la puerta de la calle, y la dijo:

— ¡Pues bien, anda, ve por ella!

Coseta bajó la cabeza, y fué á tomar un cubo vacío que estaba en el rincón de la chimenea.

Apuel cubo era más grande que ella, y la niña habria podido sentarse dentro de él cómodamente.

La Thénardier se volvió á su fogón y se puso á probar lo que estaba en la cacerola mientras que refunfuñaba:

— La hay en la fuente; no hay más que ir á buscar. Yo creo que habria hecho mejor en quitar las cebollas.

En seguida rebuscó en un cajón donde habia sueldos, pimienta y ajos:

— Toma tú, mal bicho, añadió, al volver, comprarás un pan grande en la tahona. Aquí tienes quince sueldos.

Coseta tenía un bolsillito al lado en su delantal, cogió el dinero sin decir palabra y se lo metió en aquel bolsillo.

Después quedó inmóvil, con el cubo en la mano, y mirando hácia la puerta. Parecía como que esperaba que vinieran en su socorro:

— ¡Anda ve! gritó la Thénardier.

*Coseta salió, y la puerta volvió á cerrarse.



UNA MUÑECA ENTRA EN ESCENA

La hilera de tiendas al aire libre, que partía de la iglesia, se extendía, según recordará el lector, hasta la posada Thenardier. Aquellas barracas, á causa del próximo tránsito de los vecinos que iban á la misa del gallo, estaban todas iluminadas con velas que ardían en cucuruchos de papel, lo que, como decía el maestro de escuela de Montfermeil sentado en aquel momento á una mesa del figon Thénardier, producía « un efecto mágico ». En cambio, no se veía ni una sola estrella en el cielo.

La última de estas barracas, instalada precisamente frente á la puerta de los Thénardier, era una tienda de juguetes y muñecos, reluciente toda ella de oropeles, de cristalería y de cosas magníficas de hoja de lata. En la delantera de la primera fila habia colocado el vendedor, sobre un fondo de toallas blancas, una inmensa muñeca casi de

dos piés de alto, con un vestido de gasa color de rosa, espigas doradas en la cabeza, teniendo además pelo verdadero y ojos de esmalte. Durante todo el día habíase ostentado allí esta maravilla, embelesando á todos los transeúntes de ménos de diez años, sin que se hubiese hallado en Montfermeil una madre bastante rica, ó bastante pródiga, para dársela á su hija. Eponina y Azelma habian pasado horas enteras contemplándola, y hasta la misma Coseta, aunque á hurtadillas, habia osado mirarla.

En el momento en que salió Coseta, con su cubo en la mano, por más triste y abrumada que se hallase, no pudo sin embargo resistir al deseo de levantar los ojos hácia aquella prodigiosa muñeca, hácia *la señorita*, como ella la llamaba. La pobre niña se detuvo allí petrificada. Todavía no habia ella logrado ver de cerca aquella muñeca. Toda aquella barraca le parecia un palacio; aquella muñeca no era muñeca, era una vision. Era la alegría, el esplendor, la riqueza, la dicha, que aparecian en una especie de irradiación quimérica á aquella desdichada criatura tan profundamente sumida en una fúnebre y glacial miseria. Coseta media, con esa cándida y tristesagacidad de la infancia desgraciada, el abismo que la separaba de aquella muñeca. Decía para sí que era menester ser reina, ó princesa cuando ménos, para poseer una « cosa » como aquella. Y contemplando aquel hermoso vestido color de rosa, aquel bonito pelo, tan alisado, decía para sí: ¡ Qué dichosa será esa muñeca! Sus ojos no podían apartarse un instante de aquella tienda fantástica. Cuanto más miraba, mayor era su deslumbramiento y su fascinación. Creía que estaba allí viendo el paraíso. Detrás de la grande, habia otras muñecas más pequeñas, que la parecían hadas y genios. El vendedor, que iba y venía en el interior de su barraca, se le figuraba á ella que era un sér semejante al Padre Eterno.

En tal éxtasis de adoracion, de todo se habia ella olvidado hasta de la doble comision, de que se hallaba encargada, el agua y el pan, cuando hé aquí que de improviso vino á llamarla al terreno de la realidad la bronca voz de la Thénardier gritándola: — ¡Cómo, bachillera, todavía no te has ido! ¡Aguarda! ¡ya voy allá! ¡Vean ustedes qué tendrá que hacer ahí ese arrapiezo! ¡Corre, maldita!

La Thénardier habia mirado á la calle y distinguido á Coseta en su extático embeleso.

Coseta se ahuyentó, con su cubo, y al paso más largo que la era posible.

V

LA NIÑA SOLA

Como la posada Thénardier se hallaba en aquella parte del pueblo que está cerca de la iglesia, Coseta tenía que ir á buscar el agua al venero del bosque por el lado de Chelles.

Ya no volvió á mirar ni una sola tienda de la feria. Mientras que iba por la callejuela del Panadero y en las cercanías de la iglesia, las barracas iluminadas le alumbraban el camino; pero no tardó en desaparecer para ella el último resplandor de la última barraca. La pobre chica se halló en completa oscuridad. Penetró en ella; y como se habia apoderado de su espíritu cierta conmocion, agitaba al andar, todo cuanto le era posible, el asa del cubo, á fin de que el ruido que hacia con ella la sirviese de compañía.

Cuanto más caminaba, más espesas se le hacian las tinieblas. Ya no se veia un alma por las calles. Sin embargo, to-

davía se encontró con una mujer que, al verla pasar, volvió la vista atrás y quedó inmóvil, refunfuñando entre dientes: ¿Pero adónde irá ahora esa criatura? ¿Será alguna brujita ó un duende? En seguida aquella mujer reconoció á Coseta y dijo: — ¡Toma, pues si es la Calandria!

Coseta atravesó así aquel laberinto de calles tortuosas y desiertas que termina por el lado de Chelles el lugar de Montfermeil. Mientras que tuvo casas, ó siquiera paredes á ambos lados de su camino, marchaba con bastante ánimo y resolución. Devez en cuando distinguía la luz de una vela al través de las hendiduras de una ventana; aquella luz era luz y vida para ella, pues viendo que allí había gente, se tranquilizaba. Sin embargo, á medida que avanzaba, acortábanse sus pasos como maquinalmente, caminando cada vez más despacio. Cuando hubo pasado la esquina de la última casa, Coseta se detuvo. Ir más allá de la última tienda la había sido difícil; pasar más allá de la última casa, la era ya imposible. Colocó el cubo en el suelo, se llevó la mano á la cabeza, y se puso á rascarse muy despacio, actitud propia de los niños amedrentados é indecisos. Ya aquello no era Montfermeil, era el campo. El espacio negro y desierto se hallaba en frente de ella. Miró con desesperación aquella oscuridad donde ya no había nadie sino animales dañinos, tal vez algun alma en pena, algun aparecido. Miró fijamente, y oyó en efecto las bestias que andaban por la yerba: también distinguió las almas en pena que movían las ramas de los árboles. Entónces volvió á tomar el cubo, y cobrando del mismo miedo resolución y audacia, dijo para sí: — ¡Vaya, la diré que ya no había agua! — Y entró de nuevo muy decidida en Montfermeil.

Cien pasos habría dado apénas cuando volvió á pararse otra vez y á rascarse lentamente la cabeza. Ahora, era la Thénardier la que se le aparecía, como en un sueño; la Thénardier, horrorosa, con su boca de hiena y la ira ardiendo

en sus ojos. La niña lanzó una mirada de espanto delante de ella y otra detras. ¿Qué hacer? ¿adónde ir? ¿qué iba á ser de ella? Delante el espectro de la Thénardier; detras, todos los fantasmas de la noche y de los bosques. La Thénardier fué la que la infundió mayor terror, y la hizo retroceder. Volvió, pues, á emprender el camino de la fuente, y echó á correr. Corriendo salió del pueblo, y corriendo entró en el bosque, no mirando ya á ningun objeto, no escuchando ningun ruido. No detuvo su carrera sino cuando la faltó la respiración, pero sin interrumpir su marcha. Iba siempre hácia adelante, como desatinada.

Sin dejar de correr tenía grandes ganas de llorar.

Toda ella se hallaba como envuelta por el estremecimiento nocturno de la selva.

Ya no pensaba, ya no veía. La inmensidad de la noche hacia frente á aquel ser miserable. Por una parte, toda la sombra; por otra, un átomo.

Desde la orilla del bosque hasta la fuente no había sino unos siete ú ocho minutos. Coseta conocía el camino, como que le recorría diariamente muchas veces. Cosa extraña, no se perdió. Un resto de instinto la conducía vagamente. Sin embargo, no dirigía sus ojos ni á derecha ni á izquierda, por temor de ver ciertos objetos pavorosos en las ramas de los árboles y entre las matas. Y así llegó por fin á la fuente.

Era esta un simple venero, es decir una estrecha cavidad natural, abierta por el agua en un suelo gredoso, como de dos piés de profundidad, rodeada de musgö, de ovas y de esas grandes yerbas abarquilladas que llaman en Francia collares de Enrique IV, y enlosada con unas piedras enormes. De aquel manantial salía un arroyuelo, formando un ruido tranquilo y apacible.

Coseta no tomó siquiera el tiempo necesario para respirar. Estaba muy oscuro; pero ella tenía la costumbre de

ir á aquella fuente. Buscó con la mano izquierda en la oscuridad un vástago de encina que se inclinaba sobre la fuente y en el cual solía ordinariamente apoyarse, halló una rama, se asió de ella, se inclinó é introdujo su cubo en el agua. Hallábase en un momento tan crítico, tan violento para ella, que sus fuerzas se triplicaron. Mientras que estaba así inclinada, no reparó que el bolsillo de su delantal se estaba vaciando en la fuente. Los quince sueldos del pan cayeron al agua, sin que Coseta se apercibiera de ello. Sacó el cubo casi lleno y le puso sobre la yerba.

Hecho esto, observó que se hallaba desfallecida de cansancio. Bien habria querido ella volverse á marchar en seguida; pero el esfuerzo para llenar el cubo habia sido tal, que no la fué ya posible dar un paso más. Vióse, pues, precisada á sentarse. Dejóse caer sobre la yerba y permaneció allí acurrucada.

Cerró los ojos, y volvió á abrirlos despues, sin saber por qué, pero no pudiendo ménos de abrirlos. Junto á ella, el agua agitada en el cubo formaba círculos que parecían serpientes de fuego blanco.

Sobre su cabeza, el cielo estaba cubierto de vastas nubes opacas, que eran como otros tantos muros de humo. El trágico disfraz de la sombra parecia inclinarse vagamente sobre aquella niña.

Júpiter se acostaba en las profundidades.

La niña miraba con su vista extraviada aquella grande estrella que ella no conocia y que la daba miedo. El planeta, en efecto, se hallaba á la sazón muy cerca del horizonte y atravesaba una espesa capa de bruma que le comunicaba un horrible color rojo. La bruma, lúgubremente purpurada, aumentaba el tamaño del astro. Habríase dicho que era una herida luminosa.

Un viento frio soplabá de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin ningun ludimiento de las hojas, sin ninguno

de esos vagos y plácidos resplandores del estío. Grandes y horribles ramajes proyectaban sus sombras siniestras en el cielo opaco; matorrales mezquinos y de formas extrañas silhaban en los claros. Las altas yerbas hormigueaban bajo el cierzo como anguilas. Los espinos se torcian como largos brazos armados de garras que procuran asir la presa. Algunos brezos secos, lanzados por el viento, pasaban rápidamente y como si fueran huyendo de álguien que los perseguia. Por todas partes divisábanse lúgubres espacios.

La oscuridad es vertiginosa. El hombre necesita claridad. Todo el que se sumerge en lo contrario del día siéntese el corazón oprimido. Cuando la vista ve negro, el espíritu ve turbio. En el eclipse, en la noche, en la opacidad fuliginosa, hay siempre ansiedad, aún para los más fuertes. Nadie anda solo de noche por la selva, sin experimentar cierto estremecimiento. Sombras y árboles, dos pavorosas espesuras. En la profundidad vaga, indistinta, aparece siempre una realidad quimérica. A pocos pasos de nosotros bosquejase lo inconcebible con una nitidez fantástica. Vese flotar, en el espacio ó en nuestro propio cerebro, un no sé qué de vago y de inapreciable como los sueños de las flores adormecidas. Hay en el horizonte actitudes siniestras. Aspiranse allí los efluvios del gran vacío oscuro. Se experimentan deseos y miedo al mismo tiempo de mirar hácia atrás. Las hondas cavidades de la noche, los objetos que aparecen huraños, perfiles taciturnos que se disipan á medida que uno avanza, oscuros desmelenamientos, matorrales irritados, charcos lividos, lo lúgubre reflejado en lo fúnebre, la inmensidad sepulcral del silencio, los seres desconocidos posibles, misteriosas inclinaciones de las ramas, torsos de árboles espantosos, largas hebras de yerba temblando; halláse uno sin defensa contra todo esto. No hay osadía que no se conmueva y que no se sienta aproxi-

mar á la agonía. Experimentase algo de horrible, como si el alma se amalgamara con la sombra. Esta penetración de las tinieblas es sobre todo siniestra en un niño.

Los bosques son apocalipsis; y bajo su bóveda monstruosa, el medroso aleteo de un alma inocente forma un ruido de agonía.

Sin que pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, Coseta se sentía como sobrecogida por aquella negra enormidad de la naturaleza. No era sólo terror lo que se había apoderado de su espíritu, era algo más terrible aún que el terror. Estaba horripilada. Faltan expresiones para decir cuánto había de extraño en aquel extático horror, que la helaba hasta el fondo de su corazón. Sus ojos habíanse puesto huraños. Creía aperebirse de que tal vez no podría ella ménos de volver á aquel sitio al día siguiente, á la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, con el objeto de salir de aquella extraña situación que ella no comprendía, pero que la asustaba, se puso á contar en alta voz uno, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando llegó á este número, volvió á empezar. Este ejercicio la devolvió la verdadera percepción de las cosas que la rodeaban. Sintió el frío en sus manos, que se había mojado al sacar el agua; y se levantó. Entonces recobró el miedo, un miedo natural e insuperable. Ya no tenía sino un solo pensamiento, huir de aquel sitio, huir á toda prisa, huir por el bosque, por los campos, huir hasta las casas, hasta las ventanas, hasta las luces que se divisaban por las rendijas. Su mirada se fijó en el cubo que tenía junto á ella. Era tal el espanto que la causaba la Thénardier, que no se atrevió á huir sin llevarse consigo el cubo de agua. Cogió el asa con ambas manos. Costóla mucho trabajo el levantar aquel peso.

De esta manera dió como unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno, pesaba mucho, y se vió obligada á hacerle descansar en el suelo. Respiró un momento, y después vol-

vió á levantar de nuevo el asa, continuando su camino, por algun tiempo más esta vez; pero todavía necesitó detenerse nuevamente. Después de algunos segundos de descanso, volvió á andar. Marchaba inclinada hácia adelante, con la cabeza baja, como una vieja; el peso del cubo envaraba y entorpecía sus delgados brazos. El asa de hierro acababa de aterir y de helar sus manitas mojadas; de trecho en trecho veíase obligada á detenerse, y cada vez que se paraba, el agua fría que derramaba el cubo le caía sobre sus piernas desnudas. Todo esto pasaba en el fondo de un bosque, por la noche, en invierno, lejos de toda vista humana; y era una niña de ocho años. Nadie sino Dios podía ser testigo de aquella triste escena.

¡Y sin duda también su madre la veía!...

Pues hay cosas que hacen abrir los ojos á los muertos en la tumba.

Resollaba con una especie de estertor doloroso; los sollozos la ahogaban, pero no se atrevía á llorar, tal era el miedo que tenía á la Thénardier, aún de lejos. Siempre acostumbraba á figurarse que la tenía delante de ella.

Entre tanto, caminaba muy despacio, no siendo posible hacer mucho camino de la manera que ella iba. En vano apeló al recurso de disminuir la duración de las estaciones, andando entre cada una de ellas el mayor tiempo posible. Calculaba con angustia que necesitaria más de una hora para llegar así á Montfermeil, y que la Thénardier la pegaría; y esta angustia se complicaba para ella con el espanto que la causaba el verse sola, de noche, en medio de un bosque. Estaba molida de cansancio, y aún no había salido de la selva. Llegada junto á un viejo castaño que ella conocía, hizo una postrera parada, más larga que las otras, para descansar bien, y en seguida reunió todas sus fuerzas, volvió á coger el cubo y á emprender la marcha valerosamente. Sin embargo, la pobre criatura, desesper-

rada, no pudo ménos de exclamar: ¡Ay Diosmío! ¡Diosmío!

En el mismo instante, sintió de improviso que ya el cubo no pesaba nada. Una mano, que le pareció enorme, acababa de coger el asa levántandolo vigorosamente. Alzó la cabeza, y vió que una grande figura negra, derecha y de pié, iba andando junto á ella en la oscuridad. Era un hombre que habia llegado por detras y sin que ella le hubiera sentido venir. Sin pronunciar una palabra, aquel hombre habia empuñado el asa del cubo que ella conducia.

Hay instintos para todas las situaciones de la vida.
La niña no tuvo miedo.

VI

QUE TAL VEZ PRUEBA LA INTELIGENCIA DE BOULATRUELLE

En la tarde de aquel mismo día de Navidad de 1823 paseaba un hombre, durante mucho tiempo, por la parte más desierta del boulevard del Hospital, en París. Aquel hombre parecía buscar dónde alojarse, y como que se fijaba con preferencia en las casas modestas de aquellos arruinados confines del arrabal de Saint-Marceau.

Más adelante veremos que este hombre alquiló en efecto una habitación en aquel barrio aislado.

En su traje, como en toda su persona, realizaba aquel hombre el tipo de lo que pudiera llamarse el mendigo de buena sociedad, la extrema miseria combinada con la extrema limpieza: mezcla bastante rara, y que inspira á los coraones inteligentes ese doble respeto que se experimenta hácia el que es muy pobre y hácia el que es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy bien cepillado, una levita raída hasta el hilo, de paño burdo

amarillo de ocre, color que no parecía ser demasiado extraño en aquella época, un chaleco grande, con bolsillos, de forma secular, calzon negro que estaba ya pardo en las rodillas, medias de lana negra y gruesos zapatos con hebillas de cobre. Parecía un antiguo preceptor de buena casa vuelto de la emigración. Por sus canas, por su frente arrugada, por sus labios lívidos, por todo su semblante que respiraba el abatimiento y la santidad de la vida, habríanle dado al verle más de sesenta años. Por su paso firme aunque lento, por el singular vigor que caracterizaba todos sus movimientos, apenas le habrían dado cincuenta. Las arrugas de su frente se hallaban bien colocadas, y habrían prevenido en su favor á cualquiera que le hubiese mirado con atención. Sus labios se contraían formando un pliegue extraño, que parecía severo y que era humilde. En el fondo de su mirada había cierta especie de serenidad lúgubre. Llevaba en la mano izquierda un paquetito atado con un pañuelo; y con la derecha se apoyaba en un palo cortado en algun seto. Aquel palo había sido trabajado con esmero, para convertirle en un baston medio decente, y, á la verdad, no tenía muy malas trazas: se había procurado sacar partido de los nudos, y figurado un puño de coral con lacre; era buenamente un garrote, que hacía oficios de baston.

Aquel boulevard es poco frecuentado, sobre todo en el invierno. El hombre, aunque sin afectación, parecía evitar más bien que buscar á los transeuntes.

El rey Luis XVIII iba en aquella época, casi todos los días, á Choisy-le-Boi, que era uno de sus paseos favoritos. Á eso de las dos, casi invariablemente, veíase el coche y la escolta régia pasar á toda carrera por el boulevard del Hospital.

Esto servía de guía y de reloj á las pobres mujeres de aquel barrio, que solían decir: — Son las dos, hé ahí que se vuelve ya á las Tullerías.

Y los unos acudían, y los otros formaban en hilera pues un rey que pasa es siempre un tumulto. Por lo de mas, la aparición y la desaparición de Luis XVIII producían siempre cierto efecto en las calles de París: efecto rápido, pero majestuoso. Aquel rey impotente gustaba de ir siempre á galope; no pudiendo andar, quería correr; aquel monarca estropeado se habría hecho arrastrar de buena gana por el relámpago. Pasaba, apacible y severo, por en medio de los sables desenvainados. Su berlina maciza, dorada toda ella, con grandes ramas de lis pintadas en los tableros, rodaba con estruendo. Apenas si dejaba el tiempo suficiente para dirigirle una mirada. En el rincón del fondo, á la derecha, veíase, sobre cojines forrados de raso blanco, una cara ancha, firme y bermeja, tersa frente, empolvada cabellera, mirada altiva, dura y penetrante, una sonrisa de letrado, sus grandes charreteras con canelones flotantes sobre un frac de paisano, el Toison de oro, la cruz de San-Luis, la cruz de la Legion de honor, la placa de plata del Espíritu-Santo, un vientre abultado y una ancha banda azul; tal era el rey. Fuera de París, llevaba su sombrero con plumas blancas sobre sus rodillas envueltas en grandes botines ingleses; al entrar en la ciudad, se ponía el sombrero y saludaba poco. Miraba friamente al pueblo, el cual le pagaba en la misma moneda. Cuando apareció por primera vez en el barrio de Saint-Marceau, todo el triunfo que obtuvo fué este dicho de un habitante de aquel arrabal á su camarada: « Ese gordo que ves ahí es el gobierno. »

Este infalible tránsito del rey por aquel sitio á la misma hora era pues el acontecimiento cotidiano del boulevard del Hospital.

El paseante de la levita amarilla no era evidentemente del barrio, y es probable que tampoco fuese de París, pues ignoraba este detalle. Cuando á eso de las dos desembocó

en el boulevard, despues de haber dado vuelta á la Saupetriere, el coche real, escoltado por un escuadron de guardias de corps galoneados de plata, fué sorprendido y casi asustado. No habia nadie más que él en la avenida, y se apresuró á colocarse detras de una esquina de la muralla, lo que no impidió que el señor duque de Havré le notara. El señor duque de Havré, como capitán de guardias que estaba aquel dia de servicio, iba sentado en el coche frente al rey, y dijo á Su Majestad: — Allí está un hombre de bastante malas trazas. Varios agentes de policia que despejaban el paso á la régia comitiva, le observaron igualmente; uno de ellos recibió órden de seguirle. Pero el hombre se engolfó por las callejuelas solitarias del arrabal, y como el dia empezaba á declinar, el agente perdió su huella, segun consta del parte dirigido aquella misma noche al señor conde de Anglés, ministro de Estado, prefecto de policia.

Cuando el hombre de la levita amarilla huvo desorientado el agente, redobló el paso, no sin volver con frecuencia la vista atras para asegurarse de que no le seguian. Á las cuatro y cuarto, es decir, cuando ya era noche oscura, pasaba por delante del teatro de la Porte-Saint-Martin, donde se daba aquella noche la representacion de *los dos Presidarios*. Este cartel, iluminado por los reverberos del teatro, le chocó, pues aun cuando iba muy de prisa, se detuvo para leerle. Unos instantes despues, se hallaba en el callejon sin salida de la Planchette, y entraba en el *Plat d'étain*, donde estaba entónces el despacho de la diligencia de Lagny. Este carruaje salia á los cuatro y média. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros. llamados por el conductor, escalaban á toda prisa los asientos de la imperial.

El hombre preguntó:

— ¿ Tiene usted un asiento ?

— Uno solo, á mi lado, en el pescante, dijo el cochero.

— Yo le tomo.

— Pues suba usted.

Sin embargo, ántes de marchar, el cochero dirigió una mirada al traje ménos que mediano del viajero, y á lo exiguo de su paquete, lo que le determinó á hacerle pagar el asiento adelantado.

— ¿ Va usted hasta Lagny ? le preguntó el cochero.

— Sí, contestó el hombre.

El viajero pagó hasta Lagny.

Y el coche echó á andar. Luégo que salieron fuera de barreras, trató el cochero de liar conversacion, pero el viajero no respondia sino por monosílabos. El cochero entónces tomó el partido de silbar y de echar tacos y blasfemias á los caballos.

Envolviose él bien en su capote, pues hacia frio; pero el hombre parecia no pensar en ello siquiera. De este modo atravesaron á Gournay y á Neuilly-sur-Marne.

Á eso de las seis de la tarde se hallaban en Chelles. El cochero se detuvo, para dar algun respiro á los caballos, frente al meson de los carreteros instalado en el viejo edificio de la abadía real.

— Aquí me apeo, dijo el hombre.

Tomó su paquete y su palo y descendió del carruaje.

Un momento despues, ya habia desaparecido.

No entró en la posada.

Cuando, al cabo de algunos minutos, volvió á emprender el coche su marcha hácia Lagny, no le hallaron tampoco en la calle mayor de Chelles.

El cochero, volviéndose hácia los viajeros del interior, les dijo:

— Ese hombre no es de este país, pues yo no le conozco. Tiene trazas de no llevar un centavo, y sin embargo, muestra la mayor indiferencia por el dinero; paga hasta Lagny

y no llega más que á Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada, y no se le ve por ninguna parte. Parece que se ha hundido bajo la tierra.

El hombre no se habia hundido bajo la tierra, sino que habia recorrido en dos zancadas la calle mayor de Chelles en medio de la oscuridad, despues habia tomado á la izquierda, ántes de llegar á la iglesia, el camino vecinal que conduce á Montfermeil, como habria hecho cualquiera que conociese el país y hubiese ya venido á él.

Prosiguió aquel camino á toda prisa. Al llegar junto al sitio en que le cruza la antigua carretera guarnecida de árboles que va desde Gagny á Lagny, oyó ruido como de gentes. Ocultóse en seguida en un foso, y esperó allí á que se alejaran aquellos pasajeros. Por lo demas, esta precaucion parecia ser casi superflua, pues, como ya hemos dicho, era aquella una noche de Diciembre muy oscura. Apenas si se distinguian dos ó tres estrellas en el cielo.

En aquel sitio es donde principia la elevacion de la colina. El hombre no volvió á tomar el camino de Montfermeil; sino que se dirigió hácia la derecha, y atajando, llegó á trancadas hasta el bosque.

Una vez entrado en el bosque, caminó ya más despacio, y se puso á mirar con la mayor atencion á todos los árboles, avanzando paso á paso, como si buscara y siguiera una ruta misteriosa, conocida de él solamente. Hubo un instante en que pareció como desorientado, y se detuvo indeciso. Por fin llegó, titubeando y á tientas, á un claro donde habia un monton de grandes piedras blanquizas. Acercóse vivamente á aquellas piedras, y las examinó con atencion al traves de la bruma de la noche, como si las pasara en revista. Á pocos pasos del monton de piedras habia un grande árbol, cubierto de esas excrecencias que son como las verrugas de la vegetacion. Fuése derecho á aquel árbol, y pasó la mano por la corteza del tronco, como si

tratara de reconocer y de contar todas sus verrugas.

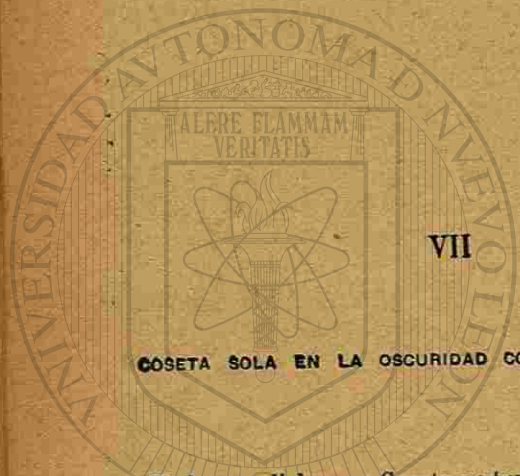
Frente á aquel árbol, que era un fresno, habia un castaño enfermo de un descortezamiento, al cual habian aplicado, para curarle, una faja de zinc clavada. Se empinó sobre las puntas de sus piés y tocó aquella placa de zinc.

En seguida fué pisoteando durante algun tiempo en el suelo, por el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, como quien trata de asegurarse de que la tierra no ha sido frescamente removida.

Una vez hecho esto, se orientó, y volvió á emprender su marcha atravesando el bosque.

Este era el hombre que acababa de encontrar á Coséta.

Caminando por el soto en la direccion de Montfermeil, habia distinguido aquella pequeña sombra que se movia gimiendo, que depositaba en el suelo una carga en extremo pesada para ella, que despues volvía á tomarla, y á continuar su camino. Habíase acercado á ella, y viendo que era una criatura muy pequeña cargada de un enorme cubo de agua, se dirigió á la pobre niña, y sin decir una palabra cogió el cubo por el asa.



COSETA SOLA EN LA OSCURIDAD CON EL DESCONOCIDO

Ya hemos dicho que Coseta no tuvo miedo.

El hombre la dirigió la palabra, hablando en voz baja y grave :

— Niña, esto que usted lleva es muy pesado para usted.

Coseta levantó la cabeza y respondió :

— Sí, señor.

— Déjemelo usted, repuso el hombre, yo se lo llevaré.

Coseta le cedió el cubo, y el hombre continuó andando junto á ella.

— En efecto, es pesado, dijo él para sí, y después añadió:

¿ Niña, qué edad tienes ?

— Ocho años, caballero.

— ¿ Y vienes desde muy lejos de esta manera ?

— Vengo de la fuente que hay en el bosque.

— Y el punto adonde vas, está muy distante ?

— Está á un buen cuarto de hora de aquí.

El hombre permaneció un rato sin hablar, y después dijo bruscamente :

— ¿ Tú no tienes madre, sin duda ?

— No sé, respondió la niña.

Y ántes que el hombre tuviese tiempo de continuar en el uso de la palabra, añadió ella :

— No creo tener. Las otras, sí, tienen madre; pero yo no.

Y después de un momento de silencio, continuó :

— Yo creo que nunca la he tenido.

El hombre se detuvo, colocó el cubo en el suelo, se inclinó y puso sus manos sobre los hombros de la niña, haciendo esfuerzos para mirarla y ver su rostro en la oscuridad.

La cara huesosa y miserable de Coseta se dibujaba vagamente al livido resplandor del cielo.

— ¿ Cómo te llamas ? la preguntó el hombre.

— Coseta.

El hombre experimentó como un sacudimiento eléctrico. Volvió á mirarla, y después apartó sus manos de encima de los hombros de Coseta, tomó el cubo y continuó andando.

Al cabo de un instante, la preguntó de nuevo :

— ¿ Niña, dónde habitas tú ?

— En Montfermeil, si usted conoce mi pueblo.

— ¿ Y es allá adonde vamos ?

— Sí, señor.

Volvió á hacer é una pausa, y después prosiguió :

— ¿ Y quién es quien te ha enviado á estas horas por agua al bosque ?

— La señora Thénardier.

El hombre repuso con un tono de voz que quería esforzarse por hacer indiferente, pero en la que se notaba sin embargo un temblor singular :

— ¿ Y qué es lo que hace esa Thénardier ?

— Es mi patrona, dijo la niña, y el ama de la posada.
 — ¿La posada? dijo el hombre. Pues bien, esta noche voy yo á alojarme en ella. — Conduceme allá.
 — Hacia allá vamos, dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. Coseta le seguía sin mucho trabajo; pues ya no sentía la fatiga del peso. De vez en cuando, levantaba los ojos hacia aquel hombre con una especie de tranquilidad y de abandono inexplicable. Nunca la habían enseñado á dirigirse á la Providencia y hacer oración. Sin embargo, en aquellos momentos, sentía ella en sí algo que se asemejaba á la esperanza y á la alegría y que subía hacia el cielo.

Transcurridos algunos minutos, el hombre prosiguió diciendo:

— ¿Es que no tienen criada en casa de la señora Thénardier?

— No, señor.

— ¿Y estás tú sola?

— Sí, señor.

Siguióse aún una interrupción, después de la cual añadió Coseta:

— Es decir, hay dos niñas.

— ¿Qué niñas?

— Ponina y Zelma.

De esta manera simplificó la niña los nombres romancescos del gusto de la Thénardier.

— ¿Qué es eso de Ponina y Zelma?

Son las niñas de la señora Thénardier, como quien dice, sus hijas.

— ¿Y qué es lo que ellas hacen?

— ¡Oh! dijo la criatura, tienen hermosas muñecas, cosas donde hay oro, todo lleno de juguetes. Ellas juegan mucho y se divierten.

— ¿Todo el día?

— Sí, señor.

— ¿Y tú?

— Yo estoy trabajando.

— ¿Todo el día?

La niña levantó sus grandes ojos, donde había una lágrima, que no se veía á causa de la noche, y respondió dulcemente:

— Sí, señor.

Pasado un intervalo de silencio, prosiguió:

— Algunas veces, cuando he acabado mis quehaceres y que me lo permiten, también yo me divierto.

— ¿Cómo te diviertes tú?

— Como puedo. Me dejan. Pero yo no tengo muchos juguetes. Ponina y Zelma no quieren que juegue con sus muñecas. No tengo sino un sablecito de plomo, así de largo nada más.

La niña mostraba su dedo meñique.

— ¿Y que no corta?

— Sí, señor, replicó la niña, corta la ensalada y las cabezas de moscas.

Llegaron por fin al lugar. Coseta guió al extranjero por las calles. Pasaron delante de la panadería, pero Coseta no se acordó del pan que tenía que comprar. El hombre había dejado de dirigirla preguntas, y guardaba ahora ya un silencio triste. Cuando hubieron dejado la iglesia detrás de ellos, al ver el hombre todas aquellas tiendas al aire libre, preguntó á Coseta:

— ¿Esto quiere decir que hay aquí feria?

— No, señor, es Navidad.

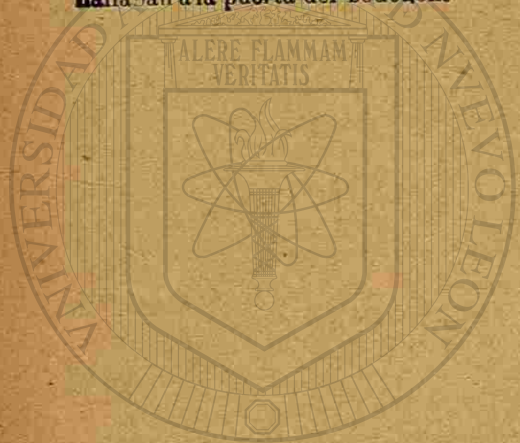
Al aproximarse al meson, Coseta le tocó el brazo tímidamente:

— ¿Señor?

— ¿Qué, hija mía?

— Ya estamos junto á la casa.

- ¿Y bien, qué?
 — ¿Quiere usted dejarme que vuelva á tomar ahora el cubo?
 — ¿Por qué?
 — Es que si la señora ve que me le han traído, me pegará.
 El hombre la entregó el cubo. Un instante despues se ballaban á la puerta del bodegon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

DISGUSTO DE RECIBIR EN SU CASA Á UN POBRE QUE
 TAL VEZ ES UN RICO

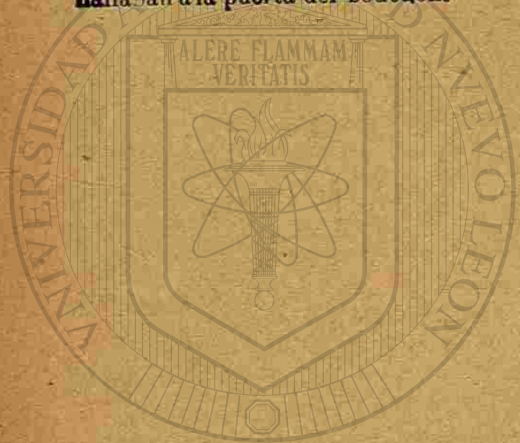
Coseta no pudo menos de lanzar una mirada de lado á la grande muñeca que estaba siempre de manifiesto en la tienda de juguetes, y despues llamó á la puerta. Abrieron en seguida, y apareció la Thénardier con una vela de sebo en la mano.

— ¡Ah eres tú, bribonzuela! Gracias á Dios! pues no ha estado por allá tiempo, qué digamos! habrá estado jugando, la tunanta!

— Señora, dijo Coseta temblando de piés á cabeza, aquí está un señor que viene á alojarse en casa.

La Thénardier reemplazó bien pronto su semblante áspero y regañon por un gesto de amable sonrisa, cambio á la vista tan propio de los posaderos, y se puso á buscar ávidamente con los ojos al recién llegado.

- ¿Y bien, qué?
 — ¿Quiere usted dejarme que vuelva á tomar ahora el cubo?
 — ¿Por qué?
 — Es que si la señora ve que me le han traído, me pegará.
 El hombre la entregó el cubo. Un instante despues se ballaban á la puerta del bodegon.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

DISGUSTO DE RECIBIR EN SU CASA Á UN POBRE QUE
 TAL VEZ ES UN RICO

Coseta no pudo menos de lanzar una mirada de lado á la grande muñeca que estaba siempre de manifiesto en la tienda de juguetes, y despues llamó á la puerta. Abrieron en seguida, y apareció la Thénardier con una vela de sebo en la mano.

— ¡Ah eres tú, bribonzuela! Gracias á Dios! pues no ha estado por allá tiempo, qué digamos! habrá estado jugando, la tunanta!

— Señora, dijo Coseta temblando de piés á cabeza, aquí está un señor que viene á alojarse en casa.

La Thénardier reemplazó bien pronto su semblante áspero y regañon por un gesto de amable sonrisa, cambio á la vista tan propio de los posaderos, y se puso á buscar ávidamente con los ojos al recién llegado.

— ¿Es el señor? dijo.

— Sí, señora, respondió el hombre, llevando la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no suelen ser tan corteses. Esta acción y el aspecto del traje y del equipaje del forastero, á quien la Thénardier pasó en revista de una sola ojeada, hicieron desaparecer muy pronto el gesto amable y reaparecer el desagradable, diciendo secamente:

— Entre usted, buen hombre.

El « buen hombre » entró. La Thénardier le dirigió una segunda ojeada, examinó con especial curiosidad su levita, que estaba completamente raída, y su sombrero, bastante maltratado, y con un meneo de cabeza, un fruncimiento de nariz y una guinada, consultó á su marido, el cual estaba aún bebiendo con los carreteros. El marido contestó por medio de esa imperceptible agitación del índice que, acompañada de la correspondiente contracción de labios, significa en tales casos: Nada hay que hacer con eso. Volviéndose entonces la Thénardier hácia el recién venido, le dijo:

— Lo siento mucho, buen hombre, pero es el caso que no tengo dónde colocarle á usted.

— Póngame usted en cualquiera parte, dónde usted quiera, dijo el hombre, en el granero, en la caballeriza. Yo pagaré como si estuviera en un cuarto.

— Cuarenta sueldos.

— Cuarenta sueldos. Está bien.

— Convenido.

— ¡ Cuarenta sueldos! dijo un carretero en voz baja á la Thénardier, pero si no son más que veinte sueldos.

— Son cuarenta sueldos para él, replicó en el mismo tono la mesonera, yo no recibo pobres en mi casa por ménos que eso.

— Es verdad, añadió el marido con dulzura, se echan á perder las casas admitiendo esa clase de gentes.

Entre tanto el hombre, despues de haber dejado sobre un banco su paquete y su baston, se habia sentado á una mesa en donde Coseta se habia apresurado á colocar una botella de vino y un vaso. El marchante que habia pedido el cubo de agua, fué el mismo á llevárselo á su caballo. Coseta se volvió á instalar en su puesto debajo de la mesa de la cocina y se puso á hacer média.

El hombre, que apenas habia humedecido sus labios en el vaso de vino que habia llenado, consideraba á la niña con una atencion extraña.

Coseta estaba fea. En una vida dichosa, tal vez habria sido ella bonita. Ya hemos bosquejado aquella sombría y diminuta figura. Coseta era delgada y pálida, tenía cerca de ocho años, y apenas la habrian dado seis. Sus grandes ojos, hundidos en una especie de sombra, se hallaban casi apagados á fuerza de haber llorado mucho. Su boca presentaba esa curva que indica la agonía habitual, y que observamos en los condenados á muerte y en los enfermos sin esperanza de vida. Sus manos se hallaban, como su madre lo habia adivinado, « perdidas de sabañones. » La luz del hogar que la alumbraba en este momento hacia resaltar lo anguloso de sus huesos, dando á su extenuacion el más triste aspecto. Como siempre estaba tiritando, habia contraído el hábito de estrechar sus rodillas una contra otra. Todo su traje era un verdadero arambel que habria dado compasion en verano y que causaba horror en el invierno. No llevaba encima sino trapos de percal agujereados, ni siquiera un harapo de lana. Veíansela las carnes acá y allá, distinguiéndose en diferentes puntos ciertas manchas azules ó negras: eran los cardenales que indicaban los sitios donde la habia tocado la Thénardier. Sus piernas desnudas estaban muá llacas y encarnadas. La cavidad de las clavículas daba compasion. Toda la persona de esta niña, su actitud, su

manera de andar, el metal de su voz, sus intervalos entre una y otra palabra, su mirada, su silencio, su menor gesto, expresaban y traducían una sola idea: el temor.

El temor estaba esparcido en toda ella, hallándose, por decirlo así, cubierta de él; el temor la hacía estrechar sus codos contra las caderas, esconder sus talones bajo la falda, ocupar el menor espacio posible; no la dejaba más aliento que el necesario, y había venido á ser para ella lo que podría llamarse el hábito de todo su cuerpo, sin otra variación posible que el aumento. En el fondo de su pupila, distinguíase un punto asombrado donde estaba pintado el terror. Tan grande era este temor, que al llegar, toda mojada como se encontraba, Coseta no se había atrevido á ir á enjugarse la ropa á la lumbre y se volvió silenciosamente á continuar su trabajo. La expresión de la mirada de aquella niña de ocho años era habitualmente tan triste y á veces tan trágica, que en ciertos momentos parecía dar señales de convertirse en idiota ó en demonio.

Como ya hemos dicho, no había sabido ella nunca lo que era rezar ni orar, jamás había puesto los pies en la iglesia. — ¿Por ventura tengo yo tiempo para esas cosas? decía la Thénardier.

El hombre de la levita amarillenta no apartaba sus ojos de Coseta.

De improviso exclamó la Thénardier:

— ¡Á propósito! ¿pues y ese pan?

Coseta, siguiendo la costumbre que tenía cada vez que la bodegonera levantaba la voz, salió corriendo de debajo de la mesa.

Había olvidado completamente el encargo del pan, y recurrió al expediente ordinario de todos los niños asustados: Mintió.

— Señora, estaba cerrada la panadería.

— ¿Y por qué no llamaste?

— Llame, señora

— ¿Y bien?

— No abrieron.

— Mañana sabré yo si eso se verdad, dijo la Thénardier, y si me mientes, ya la vas á tener buena. Entre tanto, devuélveme los quince sueldos.

Coseta metió la mano en el bolsillo de su delantal, y se puso verde: los quince sueldos no estaban allí ya.

— ¡Vamos, pronto! dijo la mesonera, ¿es que no me has oído?

Coseta volvió su bolsillo del revés; nada contenía. ¿Qué habría podido ser de este dinero? La infeliz criatura no encontró ni una sola palabra que responder; quedó petrificada.

— ¿Es que has perdido los quince sueldos? dijo con voz bronca y furiosa la bodegonera, ¿ó bien, me los quieres robar?

Y al mismo tiempo alargó el brazo hácia las disciplinas que estaban colgadas en el rincón de la chimenea.

Este ademán temeroso infundió á Coseta fuerzas para gritar:

— ¡Gracia! señora, perdóneme usted, ¡señora! ya no volveré á hacerlo.

La Thénardier descolgó las correas.

Entre tanto, el hombre de la levita amarilla había metido la mano en el bolsillo de su chaleco, sin que nadie hubiera notado este movimiento. Por lo demás, los otros viajeros bebían ó jugaban á los naipes y no prestaban atención á nada de lo que sucedía en la misma pieza.

Coseta se hacía un ovillo, con la mayor angustia, en el rincón de la chimenea, tratando de recoger allí y esconder sus pobres miembros medio desnudos. La Thénardier levantó el brazo.

— Dispense usted, señora, dijo á esta sazón el hombre,

pero hace un instante he visto una cosa que caía del bolsillo del delantal de esa niña, y que ha ido rodando hácia allá. Tal vez es eso.

Y al mismo tiempo se bajó un instante, pareciendo que buscaba algo por el suelo.

— Justamente, aquí está, añadió levantándose.

Y entregó una moneda de plata á la mesonera.

— Sí, esto es, dijo ella.

No era aquello, puesto que lo que recibía era una moneda de veinte sueldos, pero la Thénardier encontraba en ello beneficio, y se conformó. Se metió la moneda en el bolsillo, limitándose ya solamente á lanzar una mirada feroz á la cuitada niña diciendo: — ¡En todo caso, cuidado que no te vuelva á suceder jamas cosa igual!

Coseta se volvió á entrar en lo que la Thénardier llamaba « su nicho, » y sus grandes ojos, fijos en el desconocido viajero, comenzaron á adquirir una expresion que no habian tenido nunca. Todavía no era aquello sino una candorosa admiracion, pero mezclada ya con una especie de confianza estupefacta.

— ¿Á propósito, y usted quiere cenar? preguntó la Thénardier al nuevo huésped.

Él no respondió. Parecía cavilar profundamente.

— ¿Qué especie de hombre es este? dijo ella entre dientes. Debe ser algun pobre diablo. No tendrá un sueldo para cenar: ¿Es que me pagará siquiera el alojamiento? Con todo, no ha sido poca suerte que no le ocurriera la idea de robar la plata que vió rodar por el suelo.

Á este tiempo se abrió una puerta, y entraron Eponina y Azelma.

Eran real mete-cos hermosas niñas, con aspecto más bien de la clase média que de las clases trabajadoras, muy linda; la una con sus trenzas color de castaña bien relucientes, la otra con sus largos cabellos negros caídos sobre la es-

palda; ambas vivas y alegres, limpias, gruesas, frescas y robustas, que daba gozo el verlas. Hallábanse vestidas con bastante abrigo, pero con tal arte maternal, que en nada perjudicaba el espesor de las telas á la compostura y á la coquetería del talle. El invierno estaba previsto sin olvidar ni horrar la primavera. Aquellas dos niñas derramaban luz. Además, parecían allí verdaderas reinas. En sus trajes, en su alegría, en el ruido que formaban, habia rasgos de soberanía. Cuando entraron, la Thénardier las dijo en tono enfadoso, pero lleno de adoracion: — ¡Ah! ¡ya estáis aquí, vosotras!

En seguida, atrayéndolas y sentándolas sobre sus rodillas, una en pos de otra, atusando sus cabellos, atando sus cintas, y soltándolas despues con esa dulce manera de sacudir que es propia de las madres, dijo: — ¡Qué mal pergeñadas!

Desde allí fueron á sentarse en el rincon al lado de la lumbre. Llevaban consigo una muñeca á la cual daban mil y mil vueltas sobre sus rodillas, con toda especie de alegre y festivo gorjeo. De vez en cuando, Coseta levantaba los ojos de su média y las miraba jugar con el semblante más lúgubre.

Eponina y Azelma no miraban á Coseta. Para ellas era lo mismo que el perro del bodegón. Aquellas tres niñas reunidas no contaban veinte y cuatro años, y ya representaban ellas toda la sociedad humana; por un lado la envidia, por otro el desden.

La muñeca de las hermanas Thénardier estaba muy ajada, muy vieja y enteramente rota; mas no por eso parecía ella ménos admirable á Coseta, que no habia tenido en toda su vida una muñeca, una verdadera muñeca, para servirnos de una expresion que comprenderán todos los niños.

De improviso, la Thénardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, notó que Coseta tenia sus distrac-

ciones, y que, en vez de trabajar, se ocupaba de las niñas que estaban jugando en frente de ella.

— ¡ Ah! ¡ ya te he cogido! la gritó. ¡ Así es como tú trabajas! Yo te haré trabajar á latigazos.

El forastero, sin abandonar su silla, se volvió hácia la Thénardier :

— Señora, dijo sonriendo y en un tono tímido, casi medroso, ¡ vaya! ¡ déjela usted distraerse!

De parte de cualquiera otro viajero que hubiese comido un pedazo de pierna de carnero y bebido un par de botellas de vino en su cena, y que no hubiera tenido las trazas de un *pobreton*, semejante deseo habria sido una orden. Pero que un hombre que llevaba aquel sombrero se permitiese manifestar un deseo, que un hombre que tenía tal levita osara mostrar una voluntad, es lo que la Thénardier creyó que no debía tolerar. Por eso le replicó al instante con desenfado :

— Es preciso que trabaje, para eso come. Yo nó la mantengo para que se esté sin hacer nada.

— ¿ Pero qué es lo que hace? repuso el viajero con aquella voz suave que contrastaba de una manera tan extraña con su traje de mendigo y con sus hombros de esportillero.

La Thénardier se dignó responderle :

— Hace média, si usted nó lo lleva á mal. Médias para mis niñas, que no tienen, ó poco ménos; pues pronto estarán descalzas.

El hombre miró los pobres piés encarnados de Coseta, y prosiguió :

— ¿ Cuándo habrá acabado ese par de médias?

— Todavía tiene, á lo ménos, para tres ó cuatro dias largos, la muy holgazana.

— ¿ Y cuánto puede valer el par de médias una vez concluido?

La Thénardier le lanzó una mirada de desprecio.

— Lo ménos, franco y medio.

— ¿ Le daría usted por cinco francos? añadió el hombre.

— ¡ Pardiez! gritó con una risotada un carretero que lo escuchaba todo, ¿ cinco francos? ¡ Cáspita! ¡ ya lo creo! ¡ cinco balas!

El Thénardier creyó llegado el momento en que debía él tomar la palabra, y dijo :

— Sí, señor, si tal es el gusto de usted, se le dará ese par de médias por cinco francos. Nosotros no sabemos rehusar nada á los viajeros.

— Sería menester pagar en seguida, añadió la Thénardier con su estilo breve y perentorio.

— Yo compro ese par de médias, repuso el hombre, y añadió sacando de su bolsillo una moneda de cinco francos que puso sobre la mesa, — le pago.

Después se volvió hácia Coseta y la dijo :

— Ahora, tu labor me pertenece. Juega, niña.

El carretero se deslumbró tanto con la moneda de cinco francos, que abandonando su vaso en la mesa, acudió.

— ¡ Pues es que es verdad! exclamó examinándola. ¡ Una verdadera rueda trasera! ¡ y que no es falsa!

El Thénardier se aproximó y depositó silenciosamente la moneda en su bolsillo.

La Thénardier nada tenía que replicar. Mordióse los labios, y su semblante adquirió una expresion de odio.

Entre tanto Coseta estaba temblando. Por fin se atrevió á preguntar :

— ¿ Señora, es que eso es verdad? ¿ podré jugar?

— ¡ Juega! respondió la Thénardier con una voz terrible.

— Gracias, señora, dijo Coseta.

Y mientras que con su boca significaba su agradecimiento á la Thénardier, con toda su alma se mostraba reconocida al viajero.

El Thénardier había vuelto á sentarse á beber. Su mujer se acercó á él y le dijo al oído :

— ¿Qué significará este hombre amarillo?

— Yo he conocido millonarios, contestó soberanamente Thénardier, que llevaban levitas como esa.

Coseta había dejado la media, pero no había salido de su nicho. Tenía la costumbre de moverse lo ménos posible. Había tomado en una caja que estaba detras de ella algunos trapos viejos y su sablecito de plomo.

Eponina y Azelma no prestaban ninguna atención á lo que sucedía. Acababan de ejecutar una operacion muy importante. Habíanse apoderado del gato, abandonando la muñeca en el suelo ; y Eponina, que era la mayor, envolvía al animal, á pesar de sus maullidos y de sus contorsiones, con una multitud de trapos azules y encarnados. Al mismo tiempo que hacía aquel grave y difícil trabajo, decía á su hermana con ese dulce y adorable lenguaje de los niños, cuya gracia, semejante al esplendor del ala de la mariposa, se va cuando se la quiere fijar :

— ¿Ves, hermanita? esta muñeca divierte más que la otra. Se mueve, grita, y está caliente. ¿Ves, hermana? vamos á jugar con el gatito. Él será mi hija. Yo seré una señora. Vendré á visitarte, y tú la mirarás. Poquito á poco, tú verás sus bigotes, sus orejas y verás su cola, y te quedarás admirada. Me dirás : ¡Ay, Jesús! y yo te diré : Sí, señora, es una niña que tengo, como usted ve. Las niñas son ahora así.

Azelma escuchaba á Eponina con admiracion.

Entre tanto, los bebedores se habían puesto á cantar una canción obscena, riendo á carcajadas y haciendo temblar el techo con su algazara. Thénardier los animaba y los acompañaba.

Á la manera que los pájaros hacen de todo un nido, así los niños fabrican con cualquiera cosa una muñeca. Mientras que Eponina y Azelma fajaban el gato, Coseta á su vez

había envuelto y fajado su sable. Hecho esto, le había acostado en sus brazos, y cantaba quedito para dormirle.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades, y al mismo tiempo, uno de los más bellos instintos de la infancia femenina. Cuidar, adornar, vestir, desnudar, vestir de nuevo, enseñar, regañar un poco, mecer, mimar, apocar, adormecer, figurarse que cualquiera cosa es una persona; todo el porvenir de la mujer está en esto. Soñando así y charlando, haciendo ajuares y envolturas diminutas, cosiendo vestiditos, corpiños y jubones de la misma talle, la niña se convierte en muchacha, la muchacha en señorita, y la señorita en mujer, cuyo primer hijo es la continuacion de su última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y en realidad tan imposible como una mujer sin hijos.

Coseta se había hecho pues su muñeca con el sable.

Por lo que hace á la Thénardier, se había aproximado al *hombre amarillo*. — Tiene razon mi marido, decía ella para su colete, quizás es M. Laffitte. ¡Hay ricos tan extravagantes!

Fué y se sentó á la mesa del forastero, apoyándose de codos en ella.

— Caballero..., dijo la mesonera.

Al oír esta palabra, *caballero*, el hombre levantó la cabeza. La Thénardier no le había aún llamado hasta entonces sino *pobre hombre* ó *buen hombre*.

— Ya ve usted, caballero, prosiguió ella, tomando su tono meloso y dulzarron que era aún más desagradable que su ademan feroz, yo quiero que la niña juegue, no me opongo á ello; pero eso es bueno para una vez, porque usted es generoso. ¿Ve usted? esa chica no tiene nada. Es preciso que trabaje.

— ¿Conque no es de ustedes esa niña? preguntó el ombre.

— ¡Oh! Jesus, no, señor! es una pobrecilla que hemos recogido así, por caridad. Una especie de imbécil, ó idiota. Debe tener agua en la cabeza. Tiene la cabeza gorda, como usted ve. Hacemos por ella lo que podemos, pues no somos ricos. Por más que escribimos á su pais, ya hace seis meses que ni nos contestan siquiera. Preciso es creer que su madre ha muerto.

— ¡Ah! dijo el hombre, y volvió á quedarse cavilando.

— Era una... cualquier cosa la madre, añadió la Thénardier; y abandonó aquí á su hija.

Durante esta conversacion, Coseta, como si un instinto la hubiera advertido que se hablaba de ella, no apartaba sus ojos un instante de la Thénardier. Escuchaba vagamente, oyendo acá y acullá alguna que otra palabra.

Entre tanto los bebedores, casi enteramente ebrios, repetían su inundo estribillo, con duplicada algazara. Era una insolente desenvoltura, del peor gusto, en la cual se hallaban mezclados los nombres de la Virgen y del niño Jesus. La Thénardier habia ido á tomar parte en la fiesta y en las carcajadas. Coseta, debajo de la mesa siempre, estaba mirando á la lumbre, que se reflejaba en sus ojos fijos; se habia puesto de nuevo á mecer y arrullar la especie de muñeca que ella se habia fabricado, y mientras que la mecia, cantaba en voz baja: ¡Mi madre ha muerto! ¡mi madre ha muerto! ¡mi madre ha muerto!

Nuevas insistencias de la mesonera hicieron por fin que el hombre amarillo consintiese en cenar.

— ¿Y qué es lo que quiere este caballero?

— Pan y queso, contestó el hombre.

— No hay duda, es un pobreton, dijo para sí la Thénardier.

Los borrachos continuaban siempre cantando su cancion, y la niña, debajo de la mesa, cantaba tambien la suya.

De repente interrumpió Coseta su canto. Acababa de volverse, y de ver en el suelo, á pocos pasos de la mesa de cocina, la muñeca de las hermanas Thénardier abandonada á causa del gato.

Entónces dejó ella caer el sable fajado en forma de niño, que no la satisfacía sino á medias, y paseó lentamente sus miradas al rededor de la sala. La Thénardier estaba hablando en voz baja con su marido y contando dinero. Ponina y Zelma jugaban con el gato, los viajeros comían ó bebían, ó cantaban, ninguna mirada se hallaba fija en ella. La ocasion era para ella oportuna y favorable. Salió pues de debajo de la mesa, arrastrándose sobre sus rodillas y sobre sus manos, se aseguró de nuevo de que no la observaban, y en seguida se escurrió vivamente hasta la muñeca, y se apoderó de ella. Un momento despues, se hallaba ya en su sitio, sentada, inmóvil, vuelta solamente de manera que quedase oculta en la sombra la muñeca que tenía en brazos. Era para ella tan rara esta dicha de jugar con una muñeca, que tenía toda la violencia de un verdadero deleite.

Nadie la habia visto, á excepcion del viajero que estaba comiendo muy despacio su cena más que frugal.

Esta alegría duró cerca de un cuarto de hora.

Pero por más precauciones que tomó Coseta, no echaba de ver que uno de los piés de la muñeca *asomaba*, y que la lumbre de la chimenea derramaba sobre aquel pié mal cubierto, ó descubierto más bien, una grande claridad. Era el caso que dicen del gato hurtado y las orejas de fuera. Aquí, en vez de las orejas, era aquel pié rosado y luminoso el que salía de la sombra, y fué á encontrarse súbitamente con la mirada de Azelma, que dijo á Ponina: ¡Mira! ¡hermana!

Las dos niñas quedaron en suspenso, como embargadas y estupefactas.

¡Coseta había osado tomar su muñeca!
Eponina se levantó, y sin soltar el gato, se fué derecha
hacia su madre y se puso á tirarla de la falda.

— ¡Déjame en paz! dijo la madre. ¿Qué es lo que quieres?

— Madre, dijo la niña, ¡mira allí, mira!

Y señalaba á Coseta con el dedo.

Entregada toda ella á los éxtasis de la posesión, Coseta no veía ni oía ya nada.

El semblante de la Thénardier tomó esa expresión particular compuesta de lo terrible mezclado con las futilidades de la vida, y que ha dado el nombre de megeras á las mujeres de esa especie.

El orgullo herido exasperaba aún más esta vez su ira. Coseta había traspasado todos los intervalos y todas las distancias, había atentado á la muñeca de « aquellas señoritas. » Una zarina que viese á un mougick probándose el gran cordon azul de su imperial hijo, no pondría otra cara.

Con una voz ronca de indignación gritó :

— ¡Coseta!

Coseta se estremeció como si la tierra hubiera temblado bajo sus pies, y volvió la cara velozmente.

— ¡Coseta! repitió la Thénardier.

Tomó Coseta la muñeca y la colocó muy suavemente en el suelo, con una especie de veneración mezclada con desesperación. Entonces, sin apartar la vista de ella, juntó las manos cruzándolas, y lo que es triste decir de una criatura de su edad, se las torció; en seguida, — lo que no había podido arrancar de ella ninguna de las emociones de aquel día, ni su expedición al bosque, ni la pesantez del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni aún la palabra sombría que había oído á la Thénardier, — echó á llorar. Prorumpió en sollozos.

Á este tiempo habíase levantado el viajero.

— ¿Pero qué es eso? dijo á la Thénardier.

— ¿No lo ve usted? contestó la mesonera señalando con el dedo el cuerpo del delito que yacía en tierra á los pies de Coseta.

— ¿Y bien, qué? repuso el hombre.

— Esa miserable, respondió la Thénardier, ¡se ha permitido tocar á la muñeca de las niñas!

— ¡Y tanto ruido por eso! dijo el hombre. Pues bien, y aun cuando jugase con esa muñeca, ¿qué tendría eso de particular?

— ¡La ha tocado con sus manos sucias! prosiguió la Thénardier, ¡con sus horribles manos!

Aquí Coseta redobló sus sollozos.

— ¡Acabarás de callarte! gritó la Thénardier.

El hombre se encaminó á la puerta de la calle, la abrió y salió.

Luégo que hubo salido, la bodegonera se aprovechó de su ausencia para alargar bajo la mesa á Coseta una gran patada que hizo á la niña poner el grito en el cielo.

Volvió á abrirse la puerta, y el hombre reapareció, trayendo en sus manos la muñeca fabulosa de la cual hemos hablado, y que todos los niños del lugar habían contemplado tanto desde por la mañana; y colocándola de pie frente á Coseta, dijo :

— Toma, esta es para ti.

Es de creer que desde más de una hora que estaba él allí, en medio de sus cavilaciones, había reparado confusamente en aquella tienda de juguetes alumbrada con velas y faroles de color, tan espléndidamente, que se la distinguía por entre las vidrieras de la taberna como una iluminación.

Coseta alzó los ojos, había visto al hombre venir hacia ella con aquella magnífica muñeca como habría visto venir al sol, oyó aquellas palabras inauditas : *es para ti*, miró al hombre, miró á la muñeca, y despues, retrocedió lea-

tamente como deslumbrada, y se fué á esconder allá en lo más hondo, debajo de la mesa, en el rincón de la pared.

Ya no lloraba, no gritaba, tenía más bien trazas de no atreverse á respirar.

La Thénardier, Eponina, Azelma eran otras tantas estatuas. Hasta los bebedores se habían quedado suspensos. En toda la taberna habíase hecho un silencio solemne.

Muda y petrificada, la Thénardier recomenzaba sus conjeturas: — ¿Qué especie de hombre será este viejo? ¿es un pobre ó es un millonario? Tal vez es ambas cosas, es decir, un ladrón.

El semblante del marido, del posadero, presentó esa contracción, esa arruga expresiva que acentúa el rostro humano siempre que el instinto dominante aparece en él con toda su fuerza bestial. El tabernero consideraba alternativamente á la muñeca y al viajero; y parecía oler á aquel hombre como habría husmeado y olido un saeo de dinero. Apenas duró esta contemplación el tiempo que dura un relámpago. Inmediatamente se acercó á su mujer y la dijo en voz baja:

— Esa máquina cuesta, lo ménos, treinta francos. No hay que hacer tonterías. Es preciso contentar y servir de bruces á este hombre!

Las naturalezas groseras tienen esto de comun con las naturalezas cándidas y sencillas, que no conocen las transiciones.

— Ea bien, Coseta, dijo entónces la Thénardier, con una voz que quería ser dulce, pero que se hallaba compuesta de esa miel agria de las mujeres de mala indole, ¿no vienes á tomar tu muñeca?

Coseta se aventuró á salir de su agujero.

— Mi Cosetita, añadió el Thénardier, con tono melifluido y cariñoso, este caballero te regala una muñeca. Cógela, es tuya.

Coseta consideraba la muñeca maravillosa con una especie de terror. Su cara estaba aún inundada de lágrimas, pero sus ojos empezaban á llenarse, como el cielo en el crepúsculo de la mañana, del brillo y de la extraña irradiación de la alegría. Lo que ella experimentaba en aquel momento, era algo parecido á lo que habría sentido si se la hubiera dicho bruscamente: Niña, usted es la reina de Francia.

Se la figuraba que si ella tocaba á aquella muñeca, saldrían rayos y truenos de ella.

Y hasta cierto punto era esto verdad, puesto que decía para sí que la Thénardier la regañaría y la pegaría.

Sin embargo, la atracción prevaleció al fin. Acabó por aproximarse, y tartamudeó tímidamente, dirigiéndose hácia la Thénardier.

— ¿Es que puedo... señora?

Ninguna expresión sería capaz de indicar aquel ademán á la vez desesperado, asombrado y lleno de enajenamiento.

— ¡Pardiez! dijo la Thénardier, sí, es tuya, puesto que el señor te la da.

— ¿Es verdad, señor! añadió Coseta, ¿es eso verdad? ¿es para mí *la señora*?

El forastero parecía tener los ojos arrasados en llanto. Parecía hallarse en ese momento crítico de la conmoción del ánimo en que no se habla para no llorar. Hizo una seña con la cabeza á Coseta, y puso en su manita una mano de « la señora ».

Retiró Coseta vivamente su mano, como si la de *la señora* la abrasara, y se puso á mirar hácia el suelo. No es preciso añadir aquí que en aquel momento sacaba ella la lengua de una manera desmesurada. De repente, se volvió y cogió la muñeca con arrebató, con un verdadero transporte de gozo.

— La llamaré Catalina, dijo la niña.

Fué en verdad un momento bien extraño aquel en que

los harapos de Coseta se juntaron y estrecharon, con las cintas y las frescas muselinas color de rosa de la espléndida muñeca.

— Señora, dijo la niña á la mesonera, ¿ es que puedo sentarla en una silla?

— Si, hija mia, respondió la Thénardier.

Ahora eran Eponina y Azelma las que miraban a Coseta con envidia.

Coseta colocó á Catalina sobre una silla, y despues se sentó ella en el suelo frente á la muñeca, permaneciendo inmóvil, sin decir una palabra, en la actitud de la contemplación.

— Ea, juega, Coseta, dijo el forastero.

— ¡ Oh! ya estoy jugando, respondió la niña.

Aquel forastero, aquel desconocido que parecia ser una visita que la Providencia hacia á Coseta, era en este momento lo que la Thénardier aborrecia más en el mundo. No obstante, estaba obligada á reprimirse. Eran ya estas muchas más emociones de las que ella podia soportar, por más habituada que estoviese al disimulo en virtud de la copia exacta que procuraba ella hacer de su marido en todas sus acciones. Apresuróse á enviar á sus hijas á acostarse, y despues pidió al hombre amarillo, *permiso*, para enviar tambien á Coseta á la cama, — *porque se ha cansado hoy bastante*, añadió la mesonera con tono maternal. Coseta se fué á acostar llevándose á Catalina en brazos.

La Thénardier iba de vez en cuando al otro extremo de la sala donde estaba su hombre, *para descargar el alma*, decia ella; y cambiaba con el marido algunas palabras tanto más furiosas, cuanto que no se atrevia á decirlas en alta voz:

— ¡ Pedazo de animal! ¿ qué diablos tendrá en el cuerpo ese vejete? ¡ venir así á incomodarnos! ¡ querer que juegue ese horror de chica! ¡ darla tan hermosas muñe-

cas! ¡ muñecas de cuarenta francos á un bicho que yo daría de buena gana por cuarenta sueldos! ¡ con poco más, le dirá vuestra majestad como á la duquesa de Barry! ¿ Es que eso tiene acaso sentido común? ¿ está rabioso, ó es algun loco, ese misterioso viejo?

— ¿ Por qué? Eso es muy sencillo, replicaba el marido. ¡ Si eso la divierte! Á ti, lo que te divierte es que la chiquita trabaje, mientras que á él le gusta más verla jugar. Está en su derecho. Un viajero hace siempre lo que quiere, cuando lo paga. Si ese viejo es un filántropo, ¿ qué se te da á ti de eso? si es un bobo, nada te importa á ti tampoco. En qué te metes tú, puesto que tiene dinero!

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero, que ni uno ni otro admitian réplica.

El hombre habia vuelto á sentarse apoyándose de codos sobre la mesa y recobrando su actitud pensativa y cavilosa. Todos los demas huéspedes, mercaderes y carreteros, se habian ido dispersando y no cantabanya. Considerábanle ellos á cierta distancia con una especie de temor respetuoso. Aquel *particular* tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo las *ruedas traseras* con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantesas á una chiquita sucia que va en zuecos, era ciertamente algun vejetero magnifico y temible. Transcurrieron muchas horas; la misa del gallo habia concluido, y tambien se habia acabado de cenar; los hebedores se habian marchado; la taberna estaba cerrada; la sala baja desierta, la lumbre, apagada, y el forastero se hallaba siempre en el mismo sitio y en la misma postura. De vez en cuando cambiaba el codo en el cual se apoyaba; y nada más. Pero desde que Coseta se fué á acostar ya no habia pronunciado ni una sola palabra.

Los Thénardier solos, por miramiento y por curiosidad, habian quedado en la sala.

— ¿Es que va á pasar así la noche? murmuraba la Thénardier. Al oír las dos de la mañana, declaróse ella vencida, y dijo á su marido: — Yo me voy á acostar. Haz tú lo que quieras. — El marido se sentó á una mesa en un rincón, encendió una vela de sebo y se puso á leer el *Courrier français*.

Así transcurrió una hora larga. Tres veces, por lo ménos, habia leído ya el digno posadero su periódico, desde la fecha del número hasta el nombre del impresor. El forastero no se movía.

Thénardier se removía, tosía, escupía, se sonaba, hacía rechinar su silla; sin que nada de esto inmutara á aquel hombre. — ¿Si estará durmiendo? dijo para sí el mesonero. — El hombre no dormía, pero nada podía despertarle.

Por fin se resolvió Thénardier á quitarse su gorra, y acercándose suavemente, se aventuró á decirle:

— ¿Es que este caballero no va á descansar?

No va á acostarse le habria parecido á Thénardier excesivo y familiar. *Descansar* era palabra de lujo y de respeto. Palabras de esta naturaleza tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar á la mañana siguiente el guarismo de la nota que hay que pagar al establecimiento. Un cuarto para *acostarse* cuesta veinte sueldos! un cuarto para *descansar* cuesta veinte francos.

— ¡La verdad! dijo el forastero, tiene usted razón. ¿Dónde está la caballeriza de la posada?

— Caballero, dijo el Thénardier con una sonrisa, yo voy á conducir á usted.

Tomó él la vela, el hombre recogió su paquete y su bastón, y Thénardier le condujo á una habitación del piso principal, adornada con mucho lujo, toda amueblada de caoba, con una gran cama en forma de barco y cortinas de percal encarnado.

— ¿Qué viene á ser esto? dijo el viajero.

— Esta es nuestra propia cámara de boda, contestó el posadero. Nosotros habitamos otra, mi esposa y yo. Aquí no se entra sino tres ó cuatro veces al año.

— Yo habria preferido la caballeriza, dijo el hombre bruscamente.

El Thénardier no se dió por entendido de esta observación tan poco obsequiosa.

Encendió dos velas de cera enteramente nuevas que estaban sobre la chimenea. Una lumbre bastante buena ardía en el hogar.

Sobre la misma chimenea, veíase bajo un vidrio combado una corona de hilo de plata y flores de azahar.

— Y esto, ¿qué es? añadió el forastero.

— Señor, contestó el mesonero, este es el tocado de novia de mi mujer.

El viajero miró aquel objeto con una mirada que parecia decir: ¡Es posible que haya habido un momento en que aquel monstruo fué una virgen!

Por lo demas, Thénardier mentía. Cuando él tomó en arrendamiento aquella casucha para hacer de ella una posada taberna-bodegon, recibió esta habitación guarnecida en la propia forma en que ahora se hallaba, comprando los muebles y chalaneando aquella guirnalda de azahar, con la idea de que todo esto formaría una graciosa sombra para cobijar á « su esposa, » resultando para su casa lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Quando el viajero dió media vuelta, el hostelero habia desaparecido. El Thénardier se eclipsó discretamente, sin atreverse á dar las buenas noches, por temor de tratar con una cordialidad irrespetuosa á un hombre á quien se proponía él desollar á la mañana siguiente de una manera régia.

El posadero se retiró á su cuarto. La mujer estaba

acostada, pero no dormía. Cuando oyó los pasos de su naride, se volvió y le dijo :

— ¿Sabes que mañana planto á Coseta en la calle?

El Thénardier repondió friamente :

— ¡ Qué cosas tienes !

No cambiaron más palabras que estas; y al cabo de algunos instantes, su luz estaba ya apagada.

Por lo que hace al viajero, había puesto en un rincón su paño y su paquete, y luego que marchó el posadero, se sentó en un sillón quedando allí pensativo un buen rato. Después se quitó los zapatos, tomó una de las dos velas, apagó la otra, abrió la puerta y salió del cuarto, mirando por todas partes, como quien busca algo. Atravesó un corredor, y llegó á la escalera. Allí oyó un ruido débil, semejante á la respiración de un niño. Dejóse conducir por este ruido, y llegó á una especie de cavidad triangular practicada bajo la escalera, ó por mejor decir formada por la misma escalera. Aquella cavidad no era otra cosa que el espacio que debajo de ellos dejaban los escalones. Allí, entre toda especie de cestos, de tiestos y trastos viejos, en medio del polvo y de las telarañas, había una cama, si tal nombre puede darse á un jergón todo lleno de agujeros por los cuales se salía la paja, y una manta destrozada hasta dejar ver el jergón por todas partes. Nada de sábanas. Aquel lecho miserable yacía en tierra, y en él estaba durmiendo Coseta.

El hombre se acercó y la consideró.

Coseta dormía profundamente, y se hallaba del todo vestida; pues no solía desnudarse en el invierno, para tener menos frío.

Tenia estrechada contra sí y muy abrazada á la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la oscuridad. De vez en cuando lanzaba un gran suspiro, como si fuera á despertar, y apretaba casi convulsivamente á la

muñeca entre sus brazos. Junto á la cama no había otra cosa que uno de sus zuecos.

Al lado del zaquizami donde dormía Coseta, una puerta abierta daba entrada á una pieza sombría bastante grande. El forastero entró allí también. En el fondo, por entre unas puertas vidrieras, distinguíanse dos camas gemelas muy blancas. Eran las de Eponina y de Azelma. Detrás de estas camas casi desaparecía una cuna de mimbres sin cortinas, en la cual dormía el niño que había estado llorando toda la noche.

El viajero juzgó que aquella pieza comunicaba sin duda con la de los esposos Thénardier. Ya iba á retirarse cuando sus miradas encontraron la chimenea; una de esas grandes chimeneas de posada en las cuales suele haber generalmente una lumbré muy escasa, cuando hay alguna, y que da frío el verlas en invierno. En aquella no había lumbré ninguna, ni siquiera ceniza; lo único que había llamó sin embargo la atención del forastero. Eran dos zapatitos de niña, de muy linda forma y de tamaño desigual; el viajero recordó entónces la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, de depositar su calzado en la chimenea la noche de Navidad, con la esperanza de alcanzar algún brillante regalo dejado allí por su buena hada, por su ángel bueno, ó por el Niño Jesus en persona, allá en la hora de las tinieblas. Eponina y Azelma habían tratado de no faltar á esta excelente y previsorá costumbre, poniendo cada cual uno de sus zapatos en la chimenea.

El viajero se inclinó.

La hada generosa, es decir, la madre, había hecho ya su visita, viéndose relucir dentro de cada zapato una hermosa moneda de diez sueldos enteramente nueva.

Incorporábase el hombre ya é iba á marcharse, cuando distinguió en el fondo, lejos de los dos zapatitos, en el rin-

con más oscuro y sucio del hogar, otro objeto, oscuro también. Le observó de cerca, y reconoció que era un zueco, un asqueroso zueco del palo más grosero y ordinario, medio hecho pedazos, cubierto todo él de ceniza y de lodo seco. Aquel era el zueco de Coseta. Coseta, con esa interesante y amable confianza de la infancia, que puede ser siempre engañada sin que por eso se desaliente jamás, había puesto, ella también, su pobre zueco en la chimenea.

Es en verdad una cosa sublime y tierna á la vez esa esperanza en una criatura que jamás ha conocido otra cosa que la desesperación.

Nada había en aquel zueco.

El forastero se llevó la mano al bolsillo de su chaleco, se inclinó, y depositó en el zueco de Coseta un luis de oro.

En seguida se volvió á su habitación sin hacer sentir sus pasos.

IX

THÉNARDIER PONE MANOS Á LA OBRA

En la madrugada del día siguiente, dos horas, á lo menos, antes de amanecer, el posadero, sentado á una mesa, junto á su vela de sebo, en la sala baja de la taberna, se hallaba confeccionando, con una pluma en la mano, la cuenta que había de presentar al viajero de la levita amarilla.

Á su lado se hallaba la mujer, medio inclinada sobre él, y siguiendo su maniobra con la vista. Ni una sola palabra cambiaban entresí. Por un lado, era una meditación profunda, y por el otro, aquella admiración religiosa con la cual se mira extasiado nacer y desplegarse una maravilla del espíritu humano. Ya se oía cierto ruido en la casa; era la Calandria que estaba barriendo la escalera.

Después de transcurrir un cuarto de hora largo y de haber hecho diferentes borradores y varias raspaduras, Thénardier produjo al fin la siguiente obra maestra de bodegon-posada:

con más oscuro y sucio del hogar, otro objeto, oscuro también. Le observó de cerca, y reconoció que era un zueco, un asqueroso zueco del palo más grosero y ordinario, medio hecho pedazos, cubierto todo él de ceniza y de lodo seco. Aquel era el zueco de Coseta. Coseta, con esa interesante y amable confianza de la infancia, que puede ser siempre engañada sin que por eso se desaliente jamás, había puesto, ella también, su pobre zueco en la chimenea.

Es en verdad una cosa sublime y tierna á la vez esa esperanza en una criatura que jamás ha conocido otra cosa que la desesperación.

Nada había en aquel zueco.

El forastero se llevó la mano al bolsillo de su chaleco, se inclinó, y depositó en el zueco de Coseta un luis de oro.

En seguida se volvió á su habitación sin hacer sentir sus pasos.

IX

THÉNARDIER PONE MANOS Á LA OBRA

En la madrugada del día siguiente, dos horas, á lo menos, antes de amanecer, el posadero, sentado á una mesa, junto á su vela de sebo, en la sala baja de la taberna, se hallaba confeccionando, con una pluma en la mano, la cuenta que había de presentar al viajero de la levita amarilla.

Á su lado se hallaba la mujer, medio inclinada sobre él, y siguiendo su maniobra con la vista. Ni una sola palabra cambiaban entresí. Por un lado, era una meditación profunda, y por el otro, aquella admiración religiosa con la cual se mira extasiado nacer y desplegarse una maravilla del espíritu humano. Ya se oía cierto ruido en la casa; era la Calandria que estaba barriendo la escalera.

Después de transcurrir un cuarto de hora largo y de haber hecho diferentes borradores y varias raspaduras, Thénardier produjo al fin la siguiente obra maestra de bodegon-posada:

NOTA DEL SEÑOR DEL N.º 1.

Cena.	3 fr.
Cuarto.	10
Velas de cera.	5
Lumbre.	5
Servicio.	4
TOTAL.	23

Servicio se hallaba escrito *serbisio*.

— ¡Veinte y tres francos! exclamó la mujer con un entusiasmo mezclado de cierta hesitación.

Como sucede á todos los grandes artistas, Thénardier no estaba contento.

— ¡*Peuh!* exclamó encogiéndose de hombros.

Era el acento de Castlereagh al redactar en el congreso de Viena la nota que habia de pagar la Francia.

— Señor Thénardier, tienes mucha razon, bien nos debe él eso, murmuró la mujer, que estaba pensando en la muñeca regalada á Coseta en presencia de sus hijas, es justo, pero se le hará demasiado y no querrá pagarlo.

El Thénardier hizo ver su risita fria, y dijo:

— Si pagará.

Aquella risa era la significacion suprema de la certidumbre y de la autoridad. Lo que él decia de aquella manera debia realizarse. Así que la mujer no insistió ya; y se puso á poner en orden las mesas y las sillas. Entre tanto el marido se paseaba á lo largo de la sala. Un instante despues añadió:

— ¡Tambien yo debo mil quinientos francos!

Y fué á sentarse al rincon de la chimenea, meditando, con los piés sobre la ceniza caliente.

— ¡Ah! pero tú no olvidas, repuso la mujer, que yo planto hoy á Coseta en la calle? ¡Ese monstruo! ¡me está

royendo el corazon con su muñeca! ¡Preferiria casarme con Luis XVIII á conserva'la ni un dia más en casa!

Thénardier encendió su pipa y respondió entre dos bocanadas:

— Entregarás la cuenta al hombre.

Y salió en seguida.

Apénas se hallaba él fuera de la sala, cuando el viajero entró.

Thénardier reapareció inmediatamente detras de él, y permaneció inmóvil en la puerta entreabierta, visible solamente para su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano su baston y su paquete.

— ¡Levantado, tan temprano! dijo la Thénardier, ¿es que usted va á dejarnos ya?

Mientras que decia esto, se entretenia en dar vueltas á la nota entre sus dedos con ademan bastante embarazoso é irresoluto, haciendo en ella dobleces con las uñas. Su semblante, tan duro habitualmente, ofrecia ahora un carácter extraño, la timidez y el escrúpulo.

Presentar semejante nota á un hombre que tenia todas las trazas de « un pobre, » era una cosa que se le resistia bastante.

El viajero, que parecia preocupado y distraido, respondió:

— Si, señora, me marchó.

— ¿No tenia usted, caballero, negocios que evacuar en Montfermeil? añadió la mesonera.

— No, voy de paso por aquí, solamente. — ¿Señora, repuso él, qué es lo que debo?

Sin responder palabra, la Thénardier le entregó la nota doblada.

El hombre desdobló el papel, y le miró; pero su atencion se hallaba visiblemente en otra parte.

— ¿Señora, hacen ustedes buenos negocios en Mont fermeil? preguntó el viajero.

— Así, así, caballero, contestó la Thénardier, estupefacta de no encontrarse con alguna explosión.

Y prosiguió con un acento elegiaco y lamentable:

— ¡Oh! señor mío, los tiempos son muy duros! y después, tenemos en nuestro país tan pocas gentes acomodadas! Aquí todos son pobres, como habrá usted notado. ¡Si no tuviéramos así, de vez en cuando, viajeros generosos y ricos como usted!... ¡Tenemos tantas cargas! Figúrese usted, esa chiquita nos cuesta los ojos de la cara.

— ¿Que chiquita?

— ¡Y bien, la chiquita que usted conoce ya! ¡Coseta! la Calendria, como la llaman en el país!

— ¡Ah! dijo el hombre.

Y ella continuó:

¡Qué tontos son estos campesinos con sus apodos! más trazas tiene ella de murciélago que de calandria. Ya usted ve, caballero, nosotros nada pedimos á la caridad, pero tampoco podemos dar nada. Nada es lo que ganamos, y muchísimo lo que tenemos que pagar. ¡La patente, los impuestos, las puertas y ventanas, los céntimos! Usted sabe que el gobierno pide un dineral terrible. Y después, yo tengo mis hijos. No puedo ni debo mantener hijos ajenos,

El hombre contestó, con aquella voz que él se esforzaba por hacer indiferente y en la cual había siempre cierto temblor:

— ¿Y si los desembarazaran á ustedes de ella?

— ¿De quién? ¿de la Coseta?

— Sí.

La caraza encarnada y violenta de la bodegonera se iluminó con una expansión horrible.

— ¡Ah, señor! mi buen señor! dijo, tómelas usted, cargue con ella, guárdela, llévesela, azucárela, cómasela y

bébasela, y después, bendíganle á usted Dios y la santa Virgen y todos los santos del paraíso!

— Está dicho.

— ¿De veras, se la llevará usted?

— Me la llevo.

— ¿En seguida?

— En seguida. Llame usted á la niña.

— ¡Coseta! gritó la Thénardier.

— Entre tanto, prosiguió el hombre, voy á pagarle á usted la nota de mi gasto. ¿Cuánto es?

Dirigió una mirada á la cuenta y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

— ¡Veinte y tres francos!

Miró á la mesonera y repitió:

— ¿Veinte y tres francos?

En la pronunciación de estas dos palabras así repetidas notábase el acento que separa al punto de admiración del de interrogación.

La Thénardier había tenido tiempo de prepararse á fin de parar el golpe, y contestó con aplomo:

— ¡Qué quiere usted! sí, señor, son veinte y tres francos.

El forastero puso sobre la mesa cinco monedas de á cinco francos.

— Vaya usted á traerme la niña, dijo en seguida.

En este momento se adelantó Thénardier al medio de la sala y dijo:

— Este caballero debe veinte y seis sueldos.

— ¡Veinte y seis sueldos! exclamó la mujer.

— Veinte sueldos por el cuarto, repuso la Thénardier tranquilamente, y seis sueldos por la cena. En cuanto á la chica, necesito yo platicar sobre eso un rato con el señor. Esposa, déjanos solos.

La Thénardier tuvo uno de esos deslumbramientos que suelen ocasionar los imprevistos esplendores del genio.

Notó ella que el grande actor entraba en escena, no replicó ni una sola palabra, y salió.

Desde el momento en que se vieron solos, Thénardier ofreció una silla al viajero. El viajero se sentó; el posadero permaneció de pie y su semblante adquirió una rara expresión de sencillez y de bondad.

— Caballero, dijo, confesaré á usted francamente que yo adoro á esa niña.

El forastero le miró con atención, y le replicó:

— Qué niña?

Thénardier continuó:

— ¡Es cosa singular! se pega uno así, y toma cariño... ¿Qué viene á ser todo este dinero? recoja usted sus monedas de cinco francos. Es una niña á quien yo idolatro.

— ¿Á cuál? preguntó el forastero.

— ¡Pardiez! ¡á nuestra Cosetita! ¿No queria usted llevárnosla? Pues bien, yo le hablo á usted con toda franqueza, tan cierto como que usted es un hombre de bien, que yo no puedo consentirlo. Me haria mucha falta esa niña. ¡La he visto desde tan pequeña! ¡Es verdad que ella tiene sus defectos y que nos cuesta bien el dinero; cierto que nosotros no somos ricos, y que sin embargo, he pagado más de cuatrocientos francos de drogas sólo para una de sus enfermedades! Pero tambien es preciso hacer algo por el amor de Dios. Esa criatura no tiene padre ni madre; yo soy quien la he criado. No me falta pan, gracias á Dios, para ella y para mí. En suma, yo no puedo separarme de esa chica. Usted comprende, eso no se puede remediar, toma uno afección; yo... qué quiere usted, soy un bestia de buena indole; no raciocino; la quiero mucho, á esa chiquita; mi mujer es viva de genio, pero, ¿nde usted, que ella tambien la quiere. Es como otra hija nuestra. Yo necesito oirla parlotear en casa.

El viajero no cesaba de mirarle con la mayor atención. Pero él prosiguió:

— Dispense usted, caballero, usted perdonará que le diga que no entrega uno así su niña al primero que pasa. ¿No es verdad que tengo razon? Con todo, yo no digo, es claro, usted es rico, tiene todas las trazas de ser un sugeto excelente, ¿si fuera por el bien de ella? pero sería menester saber. ¿Usted comprende? supongamos que yo la dejara ir, y que hiciera ese sacrificio; querria yo saber adónde va, no quisiera perderla de vista, desearia estar informado de en qué casa se halla la niña, para ir á verla de vez en cuando, que ella sepa que su buen padre, el que la crió, está allí, que vela siempre por su felicidad. En fin, hay cosas que no son posibles. Yo, ni siquiera conozco el nombre de usted. Se la llevaria usted, y yo diria: ¿Pues y nuestra pobrecita Calandria, adónde habrá ido á parar? Seria preciso, á lo ménos, ver algun papel cualquiera, un simple pasaporte, una garantía, pues, así, para mi tranquilidad.

El forastero, sin dejar de mirarle con esa mirada que va por decirlo así, hasta al fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

— Señor Thénardier no se trae pasaporte para venir á cinco leguas de Paris. Si me he de llevar á Coseta, me la llevaré, y nada más. Usted no sabrá mi nombre, ni tampoco cuál es mi morada; no sabrá dónde ella estará, y mi intencion es que no le vuelva á ver á usted en la vida. Yo rompo el hilo que la tiene sujeta por los piés, y se marcha. ¿Le conviene á usted esto? Sí, ó no?

Á la manera que los demonios y los genios reconocian por ciertos signos la presencia de un dios superior, así comprendió Thénardier que tenia que habérselas con un hombre muy fuerte. Esto para él fué como una intuición, comprendiéndolo con su penetración clara y sagaz. La noche anterior, mientras que estaba bebiendo con los car-

reteros, sin dejar de fumar ni de cantar las consabidas coplas, había pasado toda la velada en observar al forastero, acechándole como un gato y estudiándole como un matemático. Hábiale á la vez observado por su propia cuenta, por gusto y por instinto, y espiado como si hubiera pagado para ello. Ni un gesto, ni un solo movimiento del hombre de la levita amarilla se le había escapado. Aún antes de que el desconocido manifestase tan claramente su interés por Coseta, Thénardier lo había ya adivinado; sorprendiendo las profundas miradas de aquel anciano, que siempre iban á fijarse en la niña. ¿Por qué este interés? ¿quién era aquel hombre? ¿por qué, con tanto dinero en el bolsillo, llevaba aquel traje tan miserable? Estas preguntas se las hacía él sin poder responder, lo cual le irritaba en extremo. Toda la noche había cavilado con esto. No podía ser aquel hombre padre de Coseta. ¿Era acaso algún abuelo de la niña? Pero entonces, ¿por qué no darse á conocer en seguida? Cuando se posee un derecho, se muestra y se justifica. Evidentemente aquel hombre no tenía derecho alguno con respecto á Coseta. ¿Entonces, qué será? Thénardier se perdía en suposiciones. Lo entreveía todo, y no veía nada. De todos modos, al entablar conversacion con el hombre, persuadido de que en todo esto había un secreto, seguro de que aquel hombre estaba interesado en permanecer en la sombra, sentíase él fuerte; pero al oír la respuesta terminante y firme del forastero, cuando vió que aquel personaje misterioso era misterioso de una manera tan sencilla, sintióse débil. No esperaba él semejante respuesta, que fué la derrota de todas sus conjeturas. Entonces se puso á coordinar de nuevo sus ideas. Calculó y pesó todo aquello en un segundo; pues Thénardier era uno de esos hombres que de una ojeada juzgan una situación. Creyó, pues, que era llegado el momento de marchar hácia adelante, via recta y de prisa. Obró, como obran los

grandes capitanes en el instante decisivo que sólo ellos saben reconocer; descubrió bruscamente su batería.

— Caballero, dijo, necesito mil quinientos francos.

El forastero sacó del bolsillo una cartera vieja de cuero negro, la abrió y tomó de ella tres billetes de banco que depositó sobre la mesa. En seguida apoyó su vigoroso pulgar sobre aquellos billetes, y dijo al posadero:

— Haga usted venir á Coseta.

Mientras que esto sucedía, ¿que hacía aquella?

Al despertar, Coseta se dirigió corriendo á su zueco de la chimenea, en el cual halló la moneda de oro. No era un napoleon, sino una de esas monedas de veinte francos, enteramente nueva, de la restauracion, en cuya efigie había reemplazado la cola prusiana á la corona de laurel. Coseta quedó deslumbrada. Su destino comenzaba á embriagarla. Ella no sabía lo que era una moneda de oro, jamás había visto ninguna, y la guardó inmediatamente en el bolsillo como si la hubiera robado. Sin embargo, comprendía ella que aquello la pertenecía, adivinaba de dónde la venía aquel regalo, pero experimentaba una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba sobre todo estupefacta. Aquellas cosas tan magníficas y tan bellas le parecía que no podían ser realidades. La muñeca la daba miedo, y la moneda de oro también. Á la vista de aquellas magnificencias, un vago temblor se apoderaba de ella. Sólo el forastero no la causaba miedo. Al contrario, él la tranquilizaba. Desde la vispera, en medio de sus asombros, en medio de su sueño, cavilaba en su espíritu infantil con aquel anciano que tenía el aspecto tan pobre y tan triste, y que era tan rico y tan bueno. Desde el momento en que había encontrado á aquel buen hombre en el bosque, todo había cambiado para ella. Coseta, ménos dichosa que la menor golondrina del cielo, no había sabido nunca lo que es el refugiarse á la sombra de su madre y bajo un ala

protectora. Hacía cinco años, es decir, tan lejos como podían elevarse sus recuerdos, que la pobre niña tritaba y se estremecía. Siempre había estado desnuda y expuesta al cierzo inclemente de la desgracia; ahora le parecía que se hallaba vestida. En otro tiempo su alma tenía frío, ahora el calor la vivificaba. — Ya no tenía Coseta tanto miedo á la Thénardier. Y es que no estaba ya sola; álguien se hallaba á su lado.

Había emprendido con mucha prisa su faena de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba consigo, en el mismo bolsillo de su delantal de donde habían caído la víspera los quince sueldos, la ocasionaba ciertas distracciones. Ella no se atrevía á tocarle, pero pasaba sus cinco minutos á veces contemplándole, y preciso es añadir, sacando la lengua. Miétras barria la escalera, se detenía, y permanecía inmóvil, olvidando su escoba y el universo entero, ocupada en mirar aquella estrella que brillaba en el fondo de su bolsillo.

En una de estas contemplaciones se hallaba cuando vino la Thénardier á buscarla.

Obedeciendo á la orden de su marido, había ido á llamarla; y cosa inaudita, no la sacudió ningun mojon ni la lanzó ninguna injuria.

— Coseta, dijo casi con amabilidad, ven en seguida.

Á los pocos instantes, Coseta entraba en la sala baja. El forastero tomó el paquete que había traído y le desató. Este paquete contenía un vestidito de lana, un delantal, un jubon de estameña, un refajo, un pañuelo para el cuello, medias de lana, zapatos, un traje completo para una niña de siete años. Todo esto era negro.

— Hija mía, dijo el hombre, toma esto y ve corriendo á vestirte.

Despuntaba la aurora cuando los habitantes de Montfermeil que empezaban ya á abrir sus puertas vieron

pasar por la calle de París á un buen hombre, pobremente vestido, conduciendo de la mano á una niña vestida de luto que llevaba en sus brazos una muñeca color de rosa. Dirigíanse hácia el lado de Livry.

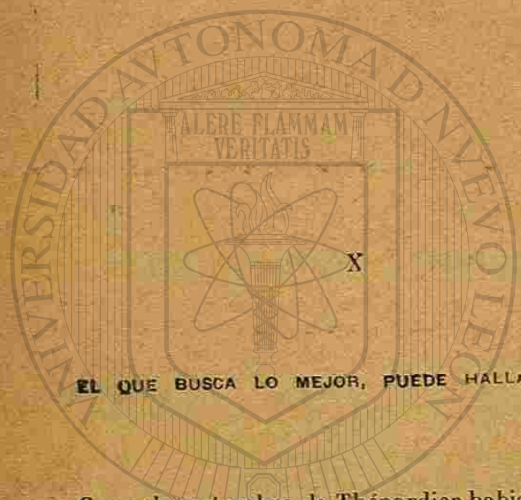
Eran nuestro hombre y Coseta.

Nadie conocía al hombre; y como Coseta no iba ya adrajosa, muchos no la reconocían.

Coseta se marchaba. ¿Con quién? lo ignoraba. ¿Adónde? no lo sabía. Todo lo que ella podía comprender, es que dejaba tras sí el bodegon Thénardier. Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella tampoco pensó en despedirse de nadie. Salía de aquella casa, aborrecida y aborreciendo.

¡Pobre y débil criatura, cuyo corazón había sido siempre comprimido hasta entónces!

Coseta iba andando con cierta gravedad, abriendo sus grandes ojos y considerando el cielo. Había trasladado su luis al bolsillo del delantal nuevo. De vez en cuando se inclinaba y le dirigía una mirada, mirado despues al buen hombre. Experimentaba algo como si se hallara cerca del mismo Dios.



EL QUE BUSCA LO MEJOR, PUEDE HALLAR LO PEOR

Como de costumbre, la Thénardier había dejado obrar á su marido. Ella esperaba grandes acontecimientos. Cuando hubieron marchado el hombre y Coseta, Thénardier dejó pasar un cuarto de hora largo, y despues la llamó aparte, y la enseñó los mil quinientos francos.

— ¡ Y qué es eso ! dijo ella.

Era esta la primera vez, desde el principio de su matrimonio, que se atrevía á criticar un acto del marido.

El golpe fué certero.

— En verdad, tienes razon, dijo él, soy un tonto. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de banco, se los metió en el bolsillo y salió á toda prisa, pero se equivocó, dirigiéndose primero por la derecha. Algunos vecinos de quienes se informó le restituyeron en su camino; la Calandria y el hom-

bre habían sido vistos yendo en la direccion de Livry. Siguió esta indicacion, andando muy de prisa y hablando solo.

— Ese hombre, decia Thénardier en su monólogo, es sin duda alguna un millonario vestido de amarillo, y yo soy un grande animal. Él dió primero veinte sueldos, despues cinco francos, despues cincuenta francos, despues mil quinientos francos, siempre con la mayor facilidad. Por consiguiente, del mismo modo habria dado quince mil francos. Pero á bien que yo le alcanzaré.

Y ademas, aquel paquete de ropas preparadas con anticipacion para la chica, todo esto era singular; muchos misterios deben ocultarse debajo de tantas andróminas. No se deben soltar nunca los misterios cuando se los tiene cogidos y como en prensa. Los secretos de los ricos son esponjas llenas de oro, y es menester saber exprimir estas esponjas. Todos estos pensamientos le hacian un torbellino en el cerebro. — Soy un bestia, decia.

Cuando se ha salido de Montfermeil y se ha llegado al recodo que forma el camino que va á Livry, vésele extenderse delante de uno muy léjos sobre la meseta. Aj llegar allí, calculó él que debía divisar ya al hombre y á la chica. Miró tan léjos como pudo extender su vista, mas no vió nada. Se informó de nuevo; pero entre tanto perdía tiempo. Unos pasajeros le dijeron que el hombre y la niña á quienes él buscaba se habían dirigido hácia los bosques por el lado de Gagoy; y él se apresuró á marchar en aquella direccion.

Adelantábanse ellos en gran trecho; pero una niña anda despacio, y él caminaba muy de prisa. Ademas, el país le era bien conocido.

De repente se detuvo y se dió con la mano en la frente como un hombre que ha olvidado lo esencial, y que está á punto de volverse sobre sus pasos.

— ¡ He debido tomar mi escopeta ! dijo para si.

Era Thénardier una de esas naturalezas dobles que pasan á veces por en medio de nosotros desaperebidas, y que desaparecen sin que se las haya conocido, porque el destino sólo las muestra por un lado. Tal es la suerte de muchos hombres: viven así medio sumergidos. En una situación tranquila y vulgar, Thénardier poseía todos los dotes necesarios para hacer de él, — no decimos para ser, — lo que se ha dado en llamar un honrado comerciante, un buen amo de casa y hacienda. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, viniendo cierto impulso, ciertos sacudimientos á poner al descubierto su naturaleza inferior, tenía él todo lo necesario para ser un malvado. Era un mercachifle con ribetes de bribon, un tabernero bellaco, en el cual se anidaba algo del monstruo. En ciertos momentos debía Satanás esconderse en algun rincón del tabuco en que habitaba Thénardier, y extasiarse allí ante aquella horrenda obra maestra de su propio arte.

Después de un instante de hesitación:

— ¡No! dijo para sí, ¡ tendrían tiempo de escapar!

Y prosiguió su camino, marchando á todo correr y casi con el aplomo que da la seguridad de lograr su objeto, con la sagacidad del zorro que huele una bandada de perdices.

Con efecto, cuando hubo pasado más allá de los estanques y atravesado oblicuamente el gran claro que se halla á la derecha de la avenida de Bellevue, al llegar á aquella pradera de césped que casi da vuelta á la colina y que recubre la bóveda del antiguo canal de las aguas de la abadía de Chelles, divisó por encima de una mata un sombrero sobre el cual había él ya construido y levantado muchas conjeturas. Era el sombrero del hombre. La mata era baja; y Thénardier reconoció que el hombre y Coseta estaban allí sentados. No se veía á la niña, á causa de su poca estatura, pero distinguíase la cabeza de la muñeca.

Thénardier no se engañaba. El hombre se había sentado allí para dejar que descansase Coseta un poco. El posadero dió vuelta por detras de la mata, y apareció brusca-mente en presencia de aquellos á quienes él buscaba.

— Perdone usted, caballero, dijo sin poder apenas respirar, dispense usted, pero hé aquí sus mil quinientos francos.

Y diciendo y haciendo, ofrecía en su mano al forastero los tres billetes de banco.

El hombre levantó los ojos y dijo:

— ¿ Qué significa eso?

Thénardier contestó respetuosamente:

— Caballero, esto significa que vuelvo á llevarme á Coseta.

La niña se estremeció y se estrechó contra el buen hombre.

Por lo que hace á este, respondió tranquilamente, mirando al Thénardier en el fondo de sus propios ojos y espaciando bien todas sus sílabas:

— ¿ Lle-var-se-us-ted-á-Co-se-ta?

— Sí, señor, me la llevo. Le diré á usted, lo he reflexionado. La verdad es que yo no tengo derecho para cedérsela á usted. Ya usted ve, yo soy un hombre de bien. Esta chica no me pertenece, es de su madre. Su propia madre fué quien me la confió, y sólo á ella puedo entregársela. Usted me dirá: Pero si su madre ha muerto! Bueno. En este caso, yo no puedo entregar la niña sino á una persona que me diera un escrito firmado por la madre, expresando su voluntad de que yo entregue la niña á esa persona. Esto es claro.

Sin responder palabra, el hombre se llevó la mano al bolsillo y Thénardier vió reaparecer la cartera de los billetes de banco.

El tabernero experimentó un estremecimiento de alegría.

— ¡ Bien ! dijo para su colete, mantengámonos firmes. ¡ Ahora va á corromperme !

Antes de abrir la cartera, el viajero dirigió una mirada en derredor. Aquel sitio estaba absolutamente desierto. No había un alma en el bosque ni en el valle. El hombre abrió la cartera, y sacó de ella, no el puñado de billetes de banco que esperaba Thénardier, sino un simple papel que desdobló y presentó abierto al posadero, diciéndole :

— Tiene usted razón. Lea eso.

Cogió Thénardier el papel, y leyó :

« M^{ta}, 25 de Marzo de 1823.

» Señor Thénardier,

- » Entregará usted Coseta á la persona. — Se le pagarán á usted todas las cositas que se deben.
- » Tengo el honor de saludarle con consideracion.

» FANTINA. »

— ¿ Sin duda conoce usted esa firma ? repuso el hombre. Era realmente la firma de Fantina; y el Thénardier no pudo ménos de reconocerla.

Nada, pues, tenía que replicar. Sintióse abrumado por dos violentos despechos, el despecho de renunciar á la corrupcion que él esperaba, y el despecho de verse batido y derrotado. El hombre añadió :

— Puede usted conservar ese papel para su resguardo.

Thénardier se replegó en buen orden de batalla :

— Esta firma, dijo entre dientes, está bastante bien imitada. ¡ En fin, sea !

En seguida probó á hacer un esfuerzo desesperado.

— Caballero, dijo, está bien, puesto que usted es la persona; pero es preciso pagarme « todas las cositas que se deben. » ¡ Se me debe mucho !

El hombre se puso de pié sacudiéndose con las manos su manga raída que se había llenado de tierra :

— Señor Thénardier, en el mes de Enero, la madre contaba deber á usted ciento veinte francos; en Febrero, la envió usted una cuenta que ascendía á quinientos francos; usted recibió trescientos francos en Febrero y otros trescientos á principios de Marzo; desde entónces han transcurrido nueve meses, á quince francos, que es el precio convenido, importan ciento treinta y cinco francos. Había usted recibido cien francos de más. Por consiguiente, se le debían á usted treinta y cinco francos. Yo acabo de entregar á usted mil quinientos.

Thénardier experimentó en este instante lo que experimenta el lobo cuando se siente mordido y apresado en la trampa por la mandíbula de acero.

— ¿ Qué diablos de hombre es éste ? dijo entre sí.

É hizo lo que hace el lobo, dió una fuerte sacudida. La audacia le había ya salido bien dos veces.

— Caballero, cuyo nombre ignoro, dijo resueltamente y prescindiendo ya esta vez de respetuosos miramientos, me volveré á llevar á Coseta, ó me entregará usted tres mil francos.

El forastero dijo tranquilamente :

— Ven, Coseta.

Y tomando á la niña por la mano con su izquierda, cogió con la derecha su baston, que yacia en el suelo.

Thénardier observó la enormidad de aquel nudoso garrote y la soledad de aquel sitio.

El hombre penetró en el bosque con la niña, dejando al posadero inmóvil y sobrecogido.

Miéntas que así se alejaban, el Thénardier contem-

plaba sus anchas espaldas, un tanto combadas, y sus puños robustos.

En seguida, considerándose á sí mismo, miraba sus brazos flacuchos y sus manos ruines. — ¡Preciso es que yo sea realmente un majadero, dijo para sí, por no haber traído mi escopeta, como que venía á cazar!

Sin embargo, el tabernero no quería soltar la presa

— Quiero saber adónde va, dijo, — y empezó á seguirlos á cierta distancia. Dos cosas le quedaban, una ironía el pedazo de papel firmado *Fantina*, y un consuelo, los mil quinientos francos.

El hombre marchaba con Coseta en la direccion de Livry y de Bondy. Iba andando despacio, con la cabeza baja, en una actitud de reflexion y de tristeza. Despojando á los árboles de sus hojas, el invierno habia aclarado y hecho visibles las vias del bosque; de modo que el Thénardier no los perdió de vista, á pesar de que los seguía á bastante distancia. De vez en cuando se volvía el hombre y miraba si era seguido. De improviso vió á Thénardier. Entónces entró bruscamente con Coseta en un soto donde podian desaparecer los dos. — ¡Diantre! dijo el Thénardier. — Y redobló el paso.

La espesura del soto le habia obligado á acercarse á ellos. Luégo que el hombre se halló en lo más denso de la selva, volvió la vista atras. Por más que Thénardier procuró ocultarse entre el ramaje, no pudo impedir que el hombre le viese. Lanzóle este una mirada inquieta, despues meneó la cabeza y prosiguió su camino. El posadero á su vez continuó siguiéndole. Así dieron como unos doscientos ó trescientos pasos. De repente volvió el hombre otra vez la cabeza, y vió nuevamente al mesonero. Pero esta vez le miró con un ademán tan sombrío, que el Thénardier juzgó « inútil » ir más adelante, y se puso ya á desandar su camino.

XI

EL NÚMERO 9,430 REAPARECE, Y COSETA LE GANA
A LA LOTERÍA

Juan Valjean no habia muerto.

Al caer al mar, ó más bien, al echarse él al agua, se hallaba, como hemos visto, sin cadena. Fué nadando entre dos aguas hasta llegar bajo un buque que allí andaba, al cual se hallaba amarrada una barca; y se ingenió para ocultarse en esta embarcacion hasta la noche. Por la noche, se arrojó de nuevo al agua y alcanzó á nado la costa, á poca distancia del cabo Brun. Como no le faltaba dinero, pudo allí procurarse ropas. Un ventorrillo que habia en las inmediaciones de Balagnier era entónces el vestuario de los galeotes evadidos, lo que constituía una especialidad lucrativa. En seguida, Juan Valjean, como todos esos tristes fugitivos que procuran evitar las consecuencias del acecho de la ley y de las fatalidades sociales, siguió un itinerario oscuro y undoso. Encontró un

primer asilo en Pradeaux, junto á Beausset. Desde aquí se dirigió hácia el Gran-Villard, cerca de Briançon, en los Altos-Alpes. Fuga inquieta y á tientas, camino de topo cuyos ramales son enteramente desconocidos. Más adelante pudo hallarse algun rastro de su tránsito por el Ain, en el territorio de Civrieux, por los Pirineos, en Accons, en el lugar llamado la Grange-de-Doumeq, junto á la aldea de Chavailles, y en las cercanías de Périgueux, en Eruiens, canton de la Chapelle-Gonaguet. Por último, logró trasladarse á París, y acabamos de verle en Montfermeil.

Al llegar á París, su primer cuidado habia sido comprar un trajecito de luto para una niña de siete á ocho años, y despues, procurarse alojamiento. Hecho esto, se trasladó á Montfermeil.

Recordará el lector sin duda que en la época de su anterior evasion, habia hecho el ya un viaje misterioso á aquel pueblo, ó á sus cercanías, del cual llegó á tener la uesticia algun conocimiento.

Por lo demas, como le creian muerto, esta circunstancia venia á hacer más densa aún la oscuridad que sobre él se habia formado. En París le vino á las manos un periódico que consignaba este hecho de la muerte. Sintióse, pues, asegurado y tranquilo, casi disfrutando realmente de la paz de los difuntos.

En la noche misma del día en que Juan Valjean habia arrancado á Coseta de las garras de los Thénardier, volvia á entrar en París. Hizo su entrada con la niña, al anochecer, por la barrera de Monceaux. Llegado aquí, subió en un cabriolé que le condujo á la explanada del Observatorio, donde se apeó, pagó al cóchero, tomó á Coseta por la mano, y ambos se dirigieron, en la oscuridad de la noche, por las calles desiertas que desembocan en l'Ourcine y la Glacière, hácia el boulevard del Hospital.

Aquel día habia sido extraño y lleno de emociones para

Coseta; habian comido detras de los setos solamente pan y queso comprados en los figones campestres; con frecuencia se habian visto precisados á cambiar de carruaje, y varios trozos de camino los habian tenido que recorrer á pié; sin embargo, ella no se quejaba; pero estaba cansada, y Juan Valjean lo notaba en su mano, pues tenia que tirar de ella cada vez más cuando iban andando. Entonces la tomó y se la echó á cuestras. Coseta, sin soltar á Catalina, apoyó su cabeza sobre el hombro de Juan Valjean, y se durmió.

ventana, si hubiese sido cortada en piedra de sillería en vez de serlo en el morrillo, habría podido servir de ventana á un palacio.

La puerta no era otra cosa que un conjunto de tablas carcomidas y groseramente unidas por travesaños semejantes á unos leños mal escuadrados. Abriase inmediatamente sobre una empinada escalera, de altos escalones, lodientos, empolvados, llenos de yeso, del mismo ancho que la puerta, y la cual se veía ascender desde la calle, recta como una escala, y desaparecer en la sombra entre dos lienzos de pared. La parte superior del vano informe que dejaba esta puerta se hallaba cubierta por una tabla estrecha en medio de la cual habian formado un agujero triangular, que servia á la vez de postigo y de claraboya cuando la puerta estaba cerrada. En la parte interior de la puerta, un pincel mojado en tinta habia trazado, de un par de puñadas, el número 52, y encima de la tabla, el mismo pincel habia embadurnado el número 50; de modo que se vacilaba. Dónde se hallaba uno? Encima dice la puerta: en el número 50; y por dentro replica: no, en el número 52. No se sabe qué especie de trapos color de polvo colgaban como en forma de cortina en el postigo triangular.

La ventana era ancha, suficientemente elevada, guarnecida de persianas y de bastidores con grandes vidrieras; sólo que estas grandes vidrieras tenían heridas variadas, ocultas y denunciadas á la vez por un ingenioso vendaje de papel; y las persianas, descompuestas y desvencijadas, servian ménos para resguardar á los habitantes que para amenazar á los transeuntes. Los tragaluzes horizontales faltaban acá y acullá, y habian sido buenamente reemplazados con tablas clavadas perpendicularmente; de modo que aquello empezaba en persiana y acababa en ventana.

Aquella puerta que tenía aspecto inmundo y aquella ventana que tenía trazas de decencia, aunque arruinada, vistas así en la misma casa, producian el efecto de dos mendigos dispares que marchasen juntos, con diversos semblantes bajo los mismos harapos, habiendo sido el uno siempre un miserable, mientras que el otro fuera en sus pasados tiempos un hidalgo.

Conducía la escalera á un piso de la casa bastante vasto, que se asemejaba á un cobertizo del cual se hubiese hecho una habitacion. Esta vivienda tenía por tubo intestinal un largo corredor en el cual se abrian, á derecha é izquierda, ciertas especies de compartimientos de variadas dimensiones, en rigor, habitables, pero con más trazas de barracas que de celdas. Estos cuartos recibían la luz de los vagos terrenos que circundaban al edificio. Todo aquello era oscuro, pálido, triste, melancólico, sepulcral; atravesado, según que las hendiduras estaban en el techo ó en la puerta, por rayos fríos ó por un cierzo glacial. Una particularidad interesante y pintoresca de este género de habitaciones, es la enormidad de las arañas.

Á la izquierda de la puerta de entrada, hácia el boulevard, y á la altura de un hombre, una lumbrera que habían tapado dejaba un nicho de forma cuadrada lleno de piedras que, al pasar, arrojaban allí los muchachos.

Una parte de este edificio ha sido últimamente demolida. Lo que aún queda hoy de él puede dar una idea de lo que ha sido. Todo él, en su conjunto, no cuenta arriba de unos cien años. Cien años, es la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Parece que la morada del hombre participa de su brevedad, y la morada de Dios de su eternidad.

Los carteros llamaban á aquella casa el número 50-52, pero en el barrio era conocida bajo el nombre de la casa Gorbeau.

Digamos de dónde la provenia esta denominacion.

Los colectores de hechos curiosos, que son como herboristas de anécdotas, y que prenden en su memoria con un afiler las fechas fugaces, saben que en el siglo anterior, allá por los años de 1770, había en París dos procuradores del Châtelet, llamados el uno Corbeau¹ y el otro Renard². Dos nombres previstos por La Fontaine. La ocacion era demasiado bella para que la curia no tratara de bromear y divertirse con estos nombres. En seguida circuló la parodia, en versos algo cojos, es verdad, por las galerías del Palacio de Justicia :

« Maese Cuervo, encaramado en un proceso, tenía en el pieo un embargo ejecutivo; maese Zorro, atraído por el olor, le contó, en sustancia, esta historia : ¡Hola! buenos días, señor Cuervo, etc. »

Amostazados por los retruécanos y asaz incomodados por las continuas bromas y risotadas que solía provocar su presencia, los dos honrados prácticos resolvieron desembarazarse de sus nombres, adoptando el partido de dirigirse al rey. La petición fué presentada á Luis XV el mismo día en que el nuncio del papa, por un lado, y por otro el cardenal de la Roche-Aymon, devotamente arrodillados ambos, calzaron, en presencia de su majestad, cada uno con una chinela, los piés desnudos de madama Dubarry al salir de su lecho. El rey, que se estaba riendo, continuó su risa, pasando alegremente de los dos obispos á los dos procuradores, é hizo á estos golillas gracia de sus nombres, más ó ménos completa; permitiendo su majestad que, en lo sucesivo, maese Corbeau añadiese una cola á su inicial, y se llamara Gorbeau; maese Renard fué ménos dichoso; no pudiendo obtener sino la adición de una P, que precediera á su R, á fin de llamarse Prenard; con lo cual no venía á ganar mucho su nombre.

¹ Cuervo.

² Zorro.

Ahora bien, según la tradición local, este maese Gorbeau había sido propietario de la construcción numerada 50-52, en el boulevard del Hospital; y aún fué él el autor de la ventana monumental.

De donde recibió aquella casucha el nombre de casa Gorbeau.

Frente al número 50-52, se levanta, entre las plantaciones del boulevard, un grande olmo, que está ya medio muerto; casi en frente abre la calle de la barrera de Gobelins, calle entonces sin casas, sin empedrado, plantada de árboles no muy medrados, verde ó cenagosa, según la estación, y que iba á terminar en la muralla ó pared que servía de recinto á París. Cierta olor de alcaparrosa se exalaba, á bocanadas, de los techos de una fábrica inmediata.

La barrera se hallaba allí cerca. En 1823 existía aún la muralla.

Hasta la barrera imprimía también en el ánimo ciertas figuras funestas. Aquel era el camino de Bicêtre. Por allí era por donde, en la época de la restauración, entraban en París los condenados á muerte el día de su ejecución. Allí fué donde se cometió, en 1829, aquel misterioso asesinato llamado « de la barrera de Fontaineblau, » cuyos autores no llegó á descubrir la justicia, problema funebre que no ha sido aclarado nunca, enigma espantoso que ha quedado sin descifrar. Dad algunos pasos más, y hallaréis aquella funesta calle de Croulebarbe, donde Ulbach cosió á puñaladas á la cabecera de Ivry al ruido del trueno como en un melodrama. Pocos pasos aún más allá, y llegaréis á los abominables olmos desmochados de la barrera Saint-Jacques, aquel expediente de los filántropos ocultando el cadalso, aquella mezquina y vergonzosa plaza de Grève de una sociedad de tenderos mercachilíes y de enriquecidos advenedizos. que ha retrocedido ante

la pena de muerte, no atreviéndose á abolirla con grandeza, ni á mantenerla con autoridad.

Treinta y siete años há, prescindiendo de esta plaza de Saint-Jacques (Santiago) que estaba como predestinada y que siempre ha sido horrible, el punto más triste tal vez de todo aquel triste boulevard era el sitio, tan poco atractivo aún hoy, en donde se hallaba la casucha 50-52.

Las casas modernas no han empezado á construirse allí hasta veinte años después. El paraje es sombrío. Por las ideas funebres que allí le embargaban á uno, sentíase desde luego entre la Salpêtrière, cuya cúpula se distinguía, y Bicêtre, cuya barrera se hallaba inmediata; es decir, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. Por más lejos que pudiera extenderse la vista, no se veía desde allí sino los mataderos, la muralla, y algunas raras fachadas de fábricas ó ferrerías con aspecto de cuarteles ó de monasterios; por todas partes se distinguían barracas y montones de escombros y de yeso; paredes viejas y negras como mortajas, paredes nuevas y blancas como sudarios; por todas partes hileras de árboles paralelas, edificios tirados á cordel, construcciones lisas, largas líneas frías y el lúgubre aspecto de los ángulos rectos. Ni siquiera un accidente del terreno, ni un capricho de la arquitectura, ni un solo pliegue. No hay nada que oprima tanto al corazón como la simetría. La simetría es el fastidio, y el fastidio es el fondo mismo del luto y del llanto. La desesperación bosteza. Puede imaginarse algo más terrible que un infierno donde se sufre; un infierno donde se fastidiarían los condenados. Si existiera este infierno, aquel trozo del boulevard del Hospital habría podido ser tal vez su avenida.

Sin embargo, al anochecer, en el momento en que la luz se ahuyenta, sobre todo en invierno, en la hora en que la brisa crepuscular arranca á los olmos sus últimas

hojas rojizas, cuando la sombra es profunda y sin estrellas, ó cuando la luna y el viento abren brechas en las nubes, aquel boulevard aparecía de repente espantoso. Las líneas negras se hundían y se perdían en las tinieblas como trozos del infinito. El transeunte no podía ménos de pensar en las innumerables tradiciones patibularias de aquel paraje. La soledad de aquel sitio donde se habían cometido tantos crímenes tenía algo de tenebroso. Creíase presentir asechanzas en aquella oscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecían sospechosas, y las grandes hoyas cuadradas que se veían entre cada árbol parecían fosas sepulcrales. El día era allí horrendo, la velada lúgubre, la noche siniestra.

En verano, á la hora del crepúsculo vespertino, veíanse allí esparcidas algunas mujeres ancianas, sentadas al pie de los olmos en unos bancos musgosos por las lluvias. Aquellas buenas viejas mendigaban cuando podían.

Por lo demás, aquel barrio, que tenía más bien trazas de viejo que de antiguo, tendía ya desde entónces á transformarse. En la época á la cual aludimos, el que quisiera verle, debía darse prisa. Cada día iba desapareciendo ya algun detalle de aquel conjunto. Hoy, y de veinte años á esta parte, el embarcadero del ferrocarril de Orléans está allí, al lado del viejo arrabal, y le trabaja y transforma de continuo. Doquiera que se establece, en el perímetro de una capital, el embarcadero de un ferrocarril, resulta la muerte de un arrabal y el nacimiento de una ciudad. Parece que al rededor de estos grandes centros del movimiento de los pueblos, al rodar de esas poderosas máquinas, al resoplido de esos monstruosos caballos de la civilización que comen carbon y respiran fuego, la tierra llena de gérmenes tiembla y se abre para devorar las antiguas moradas de los hombres y hacer que broten allí otras nuevas. Las casas viejas se desploman, y de

entre sus ruinas, nacen y se elevan las modernas.

Desde que el embarcadero del ferrocarril de Orléans ha invadido los terrenos de la Salpêtrière, las antiguas calles estrechas inmediatas á los fosos de San-Victor y al Jardín de Plantas, se estremecen, violentamente atravesadas, tres ó cuatro veces al día, por esas corrientes de diligencias, de coches, de ómnibus que, en un tiempo dado, empujan á las casas, á derecha é izquierda; pues hay cosas raras de enunciar y que sin embargo son rigurosamente exactas; y así como es verdad decir que en las grandes ciudades, el sol hace vegetar y crecer las fachadas de las casas que miran al mediodía, así es también cierto que el frecuente tránsito de los carruajes ensancha las calles. Los síntomas de una vida nueva son evidentes. En este antiguo barrio provincial, de tantos rincones y recodos huraños, el suelo principia á cubrirse de cómodos adoquines, las aceras se ensanchan y se inclinan, aún en los sitios donde todavía no hay pasajeros. Una mañana, mañana memorable, en Julio de 1845, vióse allí humear el betun de asfalto en sus enormes y negras marmitas; pudiendo decirse que aquel día llegó la civilización á la calle de l'Ouercine y París entró en el arrabal de Saint-Marcéau.

catre de tijera. Juan Valjean llevó la niña á aquella cama y la acostó sin que despertara.

En seguida tomó un fósforo y encendió una vela; todo esto se hallaba preparado anticipadamente sobre la mesa. Como lo había hecho la vispera, se puso á considerar á Coseta con una mirada llena de éxtasis, cuya expresion de bondad y de ternura rayaba casi en el delirio. La niña, con esa confianza tranquila que sólo pertenece á la fuerza extrema y á la extrema debilidad, se había dormido sin saber con quién se hallaba y seguía durmiendo sin saber dónde estaba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de aquella niña.

Nueve meses ántes besaba la mano de la madre que también acababa de dormirse.

El mismo sentimiento doloroso, religioso, punzante, le henchía el corazón.

Arrodillóse junto al lecho de Coseta.

Ya era de día muy claro, y aún dormía la niña. Un pálido rayo del sol de Diciembre penetraba por la ventana de aquel desvan, y dibujaba en el techo largos filamentos de sombra y de luz. De repente, un carro de piedras, que con pesada carga atravesaba la calzada del boulevard, hizo retemblar la barraea como el redoble del trueno, conmoviéndose toda ella de alto á bajo.

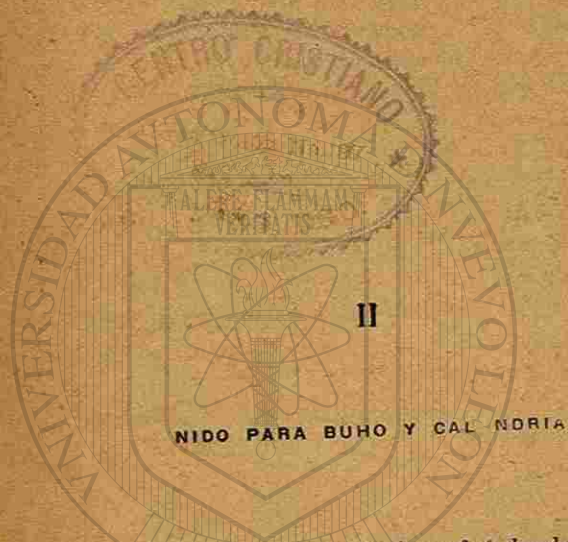
— ¡Sí, señora! ¡sí, ya voy! ¡ya voy! gritó Coseta despertando sobresaltada.

Y saltó de la cama, con los ojos medio cerrados aún por la pesantez del sueño, extendiendo los brazos hácia el rincón de la pared.

— ¡Ay! Jesús! la escoba! dijo

Entónces acabó de abrir los ojos, y vió á Juan Valjean que se reía.

— ¡Ah! es verdad! dijo la niña. Buenos días, señor.



Delante de esta casucha Gorbeau fué donde se detuvo Juan Valjean. Como las aves nocturnas, había escogido é aquel lugar desierto para hacer su nido.

Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un llavín; abrió la puerta, entró, después la volvió á cerrar con cuidado, y subió la escalera, conduciendo siempre á Coseta.

En lo alto de la escalera, sacó del bolsillo una segunda llave, con la cual abrió otra puerta. El cuarto donde entró, y en el cual se encerró en seguida, era una especie de zaquizamí bastante espacioso, amueblado con un colchon, tendido en el suelo, una mesa, y algunas sillas. En un rincón había una estufa encendida, cuyas brasas se veían. El farol del boulevard alumbraba débilmente esta pobre habitación. En el fondo había un gabinete con un

Los niños aceptan en seguida, familiarmente, la dicha y la alegría, siendo ellos mismos alegría y dicha.

Coseta percibió á Catalina á los piés de la cama, la cogió, y sin dejar de jugar, dirigía cien preguntas á Juan Valjean. — ¿Dónde se hallaba? ¿Si París era muy grande? ¿Si la señora Thénardier estaba bien lejos? ¿Si no vendría nunca por allí? etc., etc.

De repente exclamó : — ¡ Qué bonito es esto !

Era una horrible covacha ; pero se sentía libre en ella.

— ¿ Quiere usted que barra ? dijo por fin.

— Juega, respondió Juan Valjean.

Así pasó el día. Coseta, sin inquietarse por no comprender nada de cuanto la sucedía, era imponderablemente dichosa entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

III

DOS DESGRACIAS SE JUNTAN Y FORMAN LA DICHA

Al amanecer del día siguiente, Juan Valjean se hallaba también junto al lecho de Coseta. Inmóvil, esperó allí mirándola, para verla despertar.

Algo nuevo había penetrado en su alma.

Juan Valjean no había amado nunca. Desde la edad de veinte y cinco años se hallaba solo en el mundo. Jamas había sido padre ni amante, ni marido ni amigo. En el presidio, era él malo, sombrío, casto, ignorante y hurraño. El corazón de aquel viejo galeote estaba lleno de virginidades. Su hermana y los hijos de esta no le habían dejado sino un recuerdo vago y lejano, que concluyó por desvanecerse casi enteramente. Había hecho todos los esfuerzos posibles para volverlos á encontrar, y no habiendo podido hallarlos, los había olvidado. La naturaleza humana obra de esta suerte. Las otras emociones

tiernas de su juventud, si es que las había él tenido alguna vez, habían caído en el abismo.

Cuando vió á Coseta, cuando la hubo recogido, liberado y conducido, sintió removersé sus entrañas. Todo cuanto podía existir en su naturaleza, de apasionado y de afectuoso, se despertó y se precipitó hácia aquella niña. Instalábase junto á la cama donde ella estaba durmiendo, y allí temblaba de alegría, experimentaba cierta opresion, cierto dolor interior, mezclado de gozo, semejante al que experimenta una madre, y no sabía lo que era aquello; pues es cosa muy oscura y muy dulce ese grande y extraño movimiento de un corazon que principia á amar.

¡Pobre corazon, tan viejo, y enteramente nuevo!

Sólo que, como él tenía cincuenta y cinco años, y Coseta tenía ocho, todo cuanto amor habría él podido atesorar en toda su vida se fundió en una especie de resplandor inefable.

Era esta la segunda aparicion blanca y pura que él encontraba. El obispo hizo levantar en su horizonte la aurora de la virtud; Coseta hacia ahora levantar en él la aurora del amor.

En este estado de deslumbramiento transcurrieron los primeros dias.

Tambien Coseta, á su vez, sin darse cuenta de ello, la pobre criaturita sufría una completa transformacion. Era tan pequeña cuando su madre la dejó, que no la quedaba de ella ninguna memoria. Como todos los niños, semejantes á los tiernos vástagos de la vid, que se adhieren á cualquier objeto, ella habia tratado de amar; pero no habia podido conseguirlo. Todos la habian rechazado, los Thénardier, sus hijos, otros niños, todo el mundo. Habia tomado cariño al perro, pero el perro murió; despues, nada ni nadie habia querido su amor. Cosa lúgubre, que entristece el decirla, y que ya hemos indicado: á la edad

de ocho años, tenia el corazon frio. No era suya la culpa, no era la facultad de amar lo que la faltaba; era la posibilidad. Asi que, desde el primer dia, todo cuanto sentia y soñaba en ella se puso á amar á aquel buen hombre, Experimentaba lo que no habia ella resentido jamas, esa sensacion que es propia de la grande expansion del alma.

El buen hombre no se le representaba ya como un viejo, ni como un pobre. Hallaba á Juan Valjean hermoso, á la manera que hallaba bonito aquel miserable y horrible desvan.

Tales son los efectos de la aurora de la infancia, de la juventud, de la alegría. La novedad de la tierra y de la vida entra por algo en esto. Nada es tan bello como el reflejo colorante de la dicha sobre un granero. Todos nosotros tenemos así en nuestra vida pasada un desvan azul.

La naturaleza, cincuenta años de intervalo, habian puesto una separacion profunda entre Juan Valjean y Coseta; mas esta separacion la colmó el destino. El destino unió bruscamente y desposó con su irresistible poder aquellas dos existencias desarraigadas, diversas por la edad, semejantes por el luto del alma. En efecto, la una completaba á la otra. El instinto de Coseta buscaba un padre, como el instinto de Juan Valjean buscaba un hijo. Unirse, fué en ellos la consecuencia necesaria. En el instante misterioso en que sus dos manos se tocaron, se soldaron. Cuando se apercibieron aquellas dos almas, reconocieronse como una recíproca necesidad, y se abrazaron estrechamente.

Tomando las palabras en su sentido más comprensivo y más absoluto, podria decirse que, separados de todo por las paredes de la tumba, Juan Valjean era el Viudo como Coseta era la Huérfana. Esta situacion hizo que Juan Valjean se convirtiera, de un modo celestial, en el padre de Coseta.

Y, á la verdad, la misteriosa impresion producida en el ánimo de la niña cuando en el bosque de Chelles la mano de Juan Valjean tocó en la oscuridad á la suya, no era una ilusion sino una realidad. La intervencion de aquel hombre en el destino de aquella criatura era la aparicion de Dios.

Por lo demas, Juan Valjean habia elegido bien su asilo; hallándose allí en una seguridad que podia parecer completa.

El cuarto con gabinete que él ocupaba en compañía de Coseta era aquel cuya ventana daba al boulevard. Siendo única en la casa aquella ventana, no habia que temer ninguna mirada de la vecindad, ni de los lados ni de enfrente.

El piso bajo del número 50-52, especie de gran cobertizo deteriorado, servia de caballeriza y para depositar los carros de los hortelanos, y no tenia ninguna comunicacion con el piso alto, del cual se hallaba separado por el techo, donde no habia trampa ninguna ni escalera, siendo como el diafragma de la casucha. El primer piso contenia, segun hemos dicho ya, varios cuartos y algunos graneros. Sólo uno de estos estaba ocupado por una anciana que arreglaba la vivienda y prestaba asistencia á Juan Valjean. Todos los demas se hallaban inhabitados.

Esta anciana, adornada con el nombre de la *inquilina principal*, y en realidad, encargada de las funciones de portera, era la que le habia alquilado aquel cuarto el dia de Navidad. Habia presentado á ella como un rentero arruinado por los bonos de España, que iba á venir á fijarse allí con su niña. Habia pagado seis meses adelantados, y encargado á la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como se ha visto. Esta buena mujer era la que habia encendido la estufa y preparado todo la noche de su llegada.

Sucedianse así las semanas. Estos dos seres pasaban en

Juan Valjean retrocedió.

El sitio de París en donde se hallaba Juan Valjean, comprendido entre el arrabal de San Antonio y la Rápée, es uno de los que han transformado completamente las recientes obras, de transfiguracion segun unos, de afeamiento segun otros. Las huertas, los depósitos de leña y de maderas, y los viejos edificios han desaparecido: habiendo sido reemplazados por grandes calles enteramente nuevas, por arenas, circos, hipodromos, embarcaderos de ferrocarriles, una cárcel tambien, Mazas; el progreso, segun se ve, con su correctivo.

Hace medio siglo, en esa lengua usual del pueblo, compuesta toda ella de tradiciones, que se obstina en llamar *las Cuatro-Naciones* al Instituto y *Feydeau* á la Opera-Cómica, el lugar donde precisamente habia llegado Juan Valjean se llamaba el *Petit-Picpus*. La puerta de Santiago, la puerta de París, la barrera de los Sargentos, los Porcherons, la Galiote, los Celestinos, los Capuchinos, el Mail, la Bourbe, el Árbol de Cracovia, la Petite-Pologne, el Petit-Picpus, son nombres del antiguo París, que sobreviven en el nuevo. La memoria del pueblo flota sobre esos abandonados restos del tiempo pasado.

El *Petit-Picpus* que, por lo demas, apenas ha existido, no habiendo sido nunca sino un mero bosquejo de barrio, tenia casi el aspecto monacal de una ciudad española. Los caminos se hallaban poco empedrados y las calles con muy escasos edificios. Excepto las dos ó tres calles de que vamos á hablar, todo era allí tapias y soledad. Ni una sola tienda, ni un carruaje; apenas si se distinguia por las ventanas alguna vela de sebo encendida á grandes intervalos, despues de las diez, todo quedaba sumido en la oscuridad. Jardines, conventos, almacenes de leña y de maderas, marjales; raras casas, muy bajas y largas tapias tan altas como las casas.

Tal era aquel barrio en el siglo anterior. La revolución le había ya maltratado bastante. La edilidad republicana le había perforado, agujerado y demolido. Varios depósitos de escombros se establecieron en aquellos parajes. Treinta años há, desaparecía aquel barrio bajo la acción de las nuevas construcciones. Hoy queda ya borrado enteramente.

El Petit-Picpus, del cual no conserva el menor vestigio ninguno de los planos actuales, se halla indicado con bastante claridad en el plano de 1727, publicado en París por Denis Thierry, calle de Saint-Jacques frente á la calle del Plâtre, y en Lyon por Juan Giries, calle Mercière, en la *Prudence*. Tenía el Petit-Picpus lo que acabamos de llamar una Y de calles, formada por la calle des Chemin-Vert-Saint-Antoine bifurcándose en dos ramales, y tomando, á la izquierda, el nombre de calle de Picpus y, á la derecha, el nombre de calle Polonceau. Los dos brazos de la Y estaban reunidos en su extremidad por medio de una barra. Esta barra se llamaba la calle Droit-Mur. En esta calle terminaba la de Polonceau; la calle de Picpus pasaba adelante, subiendo hácia el mercado Lenoir. Todo el que, viniendo del Sena, llegaba á la extremidad de la calle Polonceau, tenía á su izquierda la calle Droit-Mur, que giraba bruscamente en ángulo recto, delante de él la tapia de aquella calle, y á su derecha, una prolongación truncada de la calle Droit-Mur, sin salida, llamada el cul-de-sac Genrot.

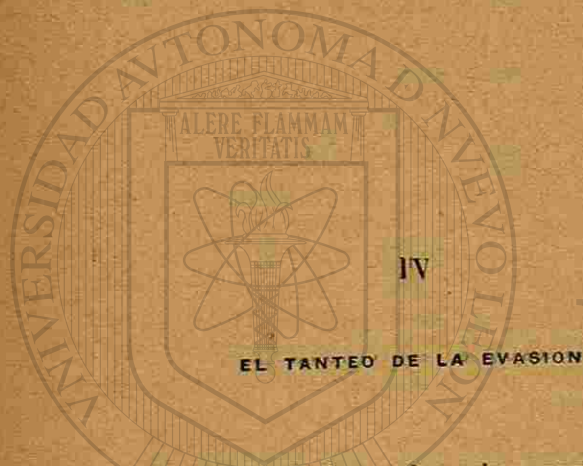
Allí era donde se hallaba Juan Valjean.

Segun acabamos de ver, al distinguir la sombra negra que se había apostado de centinela ó vigía en la esquina de la calle Droit-Mur y de la calle Picpus, retrocedió. No cabía la menor duda. Aquel fantasma le acechaba.

¿Qué hacer?

Ya no era tiempo de volverse atrás. Lo que él había visto removerse en la sombra, á alguna distancia detras

de él, momentos ántes, era indudablemente Javert con su escuadra; y aún era probable que Javert se hallase al principio de la calle en cuyo extremo se encontraba Juan Valjean. Segun todas las apariencias Javert, conocía aquel pequeño dédalo y había tomado sus precauciones enviando á uno de sus hombres para que guardase la salida. Estas conjeturas, tan parecidas á la evidencia, remolináronse en seguida, como un puñado de polvo que de súbito arrastra el viento, en el atormentado cerebro de Juan Valjean. Examinó el callejón sin salida, el cul-de-sac Genrot, y vió allí una harrera impenetrable. Miró á la pequeña calle de Picpus, y se halló con una centinela. Distinguía él bien aquella figura sombría que se destacaba en negro sobre el blanco suelo inundado de luna. Avanzar, era caer en manos de aquel hombre. Recular, era arrojarle en los brazos de Javert. Juan Valjean se sentía como cogido en una red que se iba estrechando poco á poco y cada vez más. Dirigió la vista al cielo con desesperación



Para comprender lo que ahora sigue, es menester figurarse de una manera exacta la callejuela Droit-Mur, y particularmente, la esquina que se dejaba á la izquierda, al salir de la calle Polonceau para entrar en aquella calleja. La callejuela Droit-Mur estaba casi enteramente orillada á la derecha, hasta la calle Picpus, por casas de mezquina apariencia; á la izquierda, por un solo edificio de aspecto severo, compuesto de varios cuerpos habitables que iban elevándose gradualmente, en uno ó dos pisos, á proporción que se acercaban á la pequeña calle de Picpus; de modo que aquel edificio, muy elevado por el lado de esta calle de Picpus, era bastante bajo por el lado de la calle Polonceau. Allí, en la esquina de que hemos hecho mérito, bajaba en términos que ya no había sino una simple pared. Esta pared no iba á terminar perpendicularmente

en la calle; sino que formaba una escuadra muy entrante, oculta por sus dos ángulos salientes, ó esquinas, á dos observadores que se hubieran hallado el uno en la calle Polonceau y el otro en la calle Droit-Mur.

Á partir de las dos esquinas de aquella escuadra, la pared se prolongaba en la calle Polonceau hasta una casa que tenía el n.º 49, y en la calle Droit-Mur, donde su trozo era mucho más corto, hasta el edificio sombrío de que hemos hablado, y cuya punta cortaba, formando en la calle un nuevo ángulo entrante. Aquella fachada, terminando así en punta, era de un aspecto triste; no se veía allí sino una sola ventana, ó por mejor decir, dos hojas de ventana recubiertas con una lámina de zinc y siempre cerradas.

La descripción que acabamos de dar de estos parajes es de una rigurosa exactitud, y despertará sin duda un recuerdo muy preciso en el ánimo de los antiguos habitantes del barrio.

La escuadra se hallaba enteramente llena de una cosa que parecía ser una puerta colosal y miserable. Era un vasto é informe conjunto de tablas perpendiculares, las de arriba más anchas que las de abajo, ligadas por largas barretas de hierro transverales. Al lado había una puerta cochera de dimensión ordinaria, y cuya construcción remontaba evidentemente á más allá de unos cincuenta años.

Un filo mostraba sus ramas por encima de la escuadra, y la pared se hallaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

En el inminente peligro en que se hallaba Juan Valjean, aquel edificio sombrío tenía algo de solitario y de inhabitado que no dejaba de darle tentaciones. Recorrióle velozmente con la vista; diciendo para sí que si lograba penetrar en él, tal vez se habria salvado. Desde luego tuvo una idea, y juntamente con la idea, una esperanza.

En la parte médua de la delantera de aquel edificio, en la calle Droit-Mur, habia en todas las ventanas de los diferentes pisos unos viejos canelones-embudos de plomo. Las diversas ramificaciones de los conductos que iban, desde uno central, á terminar en todos aquellos embudos, dibujaban en la fachada una especie de árbol. Aquellos ramales de tubos, con sus cien recodos, imitaban á esas viejas parras, cuando están despojadas de hoja, que se tuercen en las fachadas de las antiguas casas de campo.

Aquel raro espaldar con ramas de plomo y de hierro, fué el primer objeto que chocó á Juan Valjean. Sentó á Coseta de espaldas contra un guardacanton, recomendándole el silencio, y corrió al sitio donde el conducto venía á tocar al suelo. Quizá habria medio de escalar por allí y penetrar en aquella casa. Pero el conducto estaba deteriorado, inservible, sosteniéndose apenas por sus soldaduras. Además, todas las ventanas de aquella silenciosa morada estaban enrejadas con espesas barras de hierro, hasta las boardillas del tejado. Y después, la luna alumbraba de lleno aquella fachada, y el hombre que le observaba desde el extremo de la calle habria visto á Juan Valjean practicar aquella escalada. Pero, ¿y qué hacer de Coseta? ¿Cómo izarla y encaramarla á lo alto de una casa de tres pisos?

Renunció, pues, á trepar por el conducto y se deslizó á lo largo de la pared para volver á entrar en la calle Ponlonceau.

Cuando se halló en la escuadra donde habia dejado á Coseta, observó que allí no podia verle nadie. Como acabamos de explicarlo, escapaba á todas las miradas, de cualquier lado que vinieran. Además, se hallaba en la sombra. Por último, habia allí dos puertas; tal vez podria forzar alguna. La pared por cima de la cual veia el tilo y la hiedra daba sin la menor duda á un jardín, donde podria á lo ménos ocultarse, aunque todavia no tenían

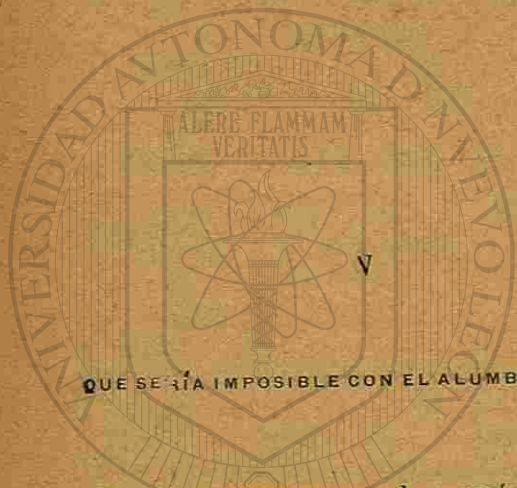
hoja los árboles, y pasar el resto de la noche.

El tiempo transcurria, y era menester obrar de prisa.

Tanteó la puerta cochera y reconoció en seguida que se hallaba condenada por fuera y por dentro.

Acercóse á la otra grande puerta con mayor confianza. Era esta puerta horriblemente decrepita; su misma inmensidad la hacia ménos sólida; las tablas estaban podridas; tres únicas ligaduras de hierro que las sujetaban estaban enteramente carcomidas de herrumbre. Parecia pues muy posible penetrar por aquella puerta destrozada, forzándola.

Pero examinándola de cerca, vió que aquella puerta no era una puerta; que ni tenia pernios, ni goznes, ni cerradura, ni hendidura ninguna en medio. Los listones de hierro la atravesaban de una parte á otra sin solucion de continuidad. Por las rendijas de las tablas, distinguió él unos morrillos y piedras groseramente unidas que los transeuntes podian ver aún allí hace diez años. Vióse, pues, forzado á persuadirse, en la mayor consternacion, de que aquella apariencia de puerta era buenamente un simple paramento de madera del edificio en el cual se hallaba respaldada. Era fácil arrancar una tabla, pero sólo se encontraba detras de ella una pared.



QUE SERÍA IMPOSIBLE CON EL ALUMBRADO DE GAS

Un ruido sordo y acompasado empezó á hacerse oír en este momento, á cierta distancia. Juan Valjean arriesgó un poco su mirada fuera de la esquina. Siete ú ocho soldados dispuestos en peloton acababan de desembocar en la calle Polonceau. Veía brillar las bayonetas que venían hácia él.

Aquellos soldados, á cuya cabeza distinguía bien la elevada talla de Javert, avanzaban lentamente y con cautela, deteniéndose á menudo. Era cosa clara que exploraban todos los rincones y escondrijos de las paredes, todas las embrazaduras y troneras de las puertas y de las avenidas.

Era alguna patrulla que Javert había encontrado y cuyo auxilio había requerido: en esta conjetura no podía el negañarse.

Entre sus filas marchaban los dos acólitos de Javert.

Al paso al cual iban andando, y con las estaciones que hacían, bien necesitaban como un cuarto de hora para llegar al sitio donde se hallaba Juan Valjean. Fué este un momento horrible. Sólo algunos minutos separaban á Juan Valjean de aquel espantoso precipicio que por tercera vez se abría ante sus ojos. Y el presidio ahora para él no era solamente el presidio; era Coseta perdida para siempre; es decir, una vida que se asemejaba al interior de una tumba.

Ya no quedaba sino una sola cosa posible.

Tenía Juan Valjean esto de particular, que podía decirse de él que llevaba dos alforjas consigo: en una tenía los pensamientos de un sauto, y en la otra los talentos temibles de un galeote; recurriendo á la una ó á la otra, según las ocasiones.

Entre otros recursos, merced á sus numerosas evasiones del presidio de Tolon, sabemos ya que era él muy maestro en el arte increíble de elevarse, sin escalas, sin garfios, por la sola fuerza de sus músculos, apoyándose con la nuca, con los hombros, con las caderas y con las rodillas, ayudándose apenas de los raros relieves de las piedras, en el ángulo recto de una pared, si era necesario, hasta la altura de un sexto piso; arte que hizo tan espantoso y tan célebre el rincón del patio de la Conserjería de París por donde se escapó, hace unos veinte años, el condenado Battemolle.

Midió Juan Valjean con la vista la pared sobre cuyo caballete se dejaba ver el filo, la cual tenía como unos diez y ocho piés de alto. El rincón que ella formaba con la fachada de la casa estaba relleno con un sólido hecho de mampostería, de forma triangular, destinado probablemente á preservar aquel ángulo, demasiado cómodo, contra esos estercoladores que se llaman los transeúntes. Este relleno preventivo de los rincones de pared es bastante frecuente en París.

El de que aquí hablamos tenía unos cinco piés de elevación. Desde la cima de aquel sólido triangular, sólo quedaba un espacio de catorce piés para llegar á lo alto de la pared.

Hallábase esta coronada de una piedra plana, sin solera.

La dificultad estaba en Coseta. Claro es que la niña no sabía escalar una pared. ¿Abandonarla? Juan Valjean no pensaba en tal cosa. Llevarse la, era imposible. Todas las fuerzas de un hombre le son necesarias para llevar á cabo esas ascensiones tan difíciles como penosas y arriesgadas. La menor carga haría desviar su centro de gravedad y le precipitaria.

Habría sido menester una cuerda, y Juan Valjean no tenía ninguna. ¿Dónde hallar una cuerda, á media noche, y en la calle Polonceau? Sin duda que, en aquel momento, si Juan Valjean hubiera tenido un reino, le habría dado de buena gana por una cuerda.

Todas las situaciones extremas tienen sus relámpagos, que tan pronto nos ciegan como nos iluminan.

Las miradas de Juan Valjean, llenas de desesperación, encontraron el hierro que servía de sosten al farol del callejón Genrot.

En aquella época no había aún alumbrado de gas en las calles de París. Al anoecer, se encendían los faroles, colocados de trecho en trecho, los cuales subían y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de un lado á otro, y que se ajustaba en la muesca de un hierro clavado en la pared. El molinete en el cual se devanaba aquella cuerda, se hallaba asegurado y marcado debajo del farol, en un armario pequeño ó cajita de hierro cuya llave guardaba el encendedor, y aun la misma cuerda estaba protegida por un estuche de metal.

Juan Valjean, con la energía de una lucha suprema, **atravesó** la calle en dos saltos, entró en el callejón sui

salida, hizo saltar el pestillo de la caja de hierro con la punta de su cuchillo, y un instante despues, ya había vuelto adonde se hallaba Coseta, trayendo una cuerda.

Los que luchando con la fatalidad buscan así expedientes en las sombras van de prisa en su tarea.

Hemos dicho ya que aquella noche no se habían encendido los faroles. El del callejón Genrot estaba, pues, naturalmente apagado como todos los demás, y se podía muy bien pasar por donde él se hallaba sin notar siquiera que no estaba ya en su lugar.

Entre tanto, la hora, el sitio, la oscuridad, la preocupación de Juan Valjean, sus gestos singulares, sus idas y venidas, todo esto empezaba ya á inquietar á Coseta. Cualquier otro niño habría gritado mucho tiempo ántes. Ella se limitó á tirar de la falda de la levita á Juan Valjean. Oíase siempre y cada vez más distintamente el ruido de la patrulla que se acercaba.

— Padre, dijo la niña en voz muy baja, tengo miedo. ¿Qué es lo que viene por allí?

— ¡Chito!... respondió el desgraciado, es la Thénardier.

Coseta se estremeció, y él añadió:

— No digas nada. Déjame á mi obrar. Si gritas, si lloras, la Thénardier te oirá; viene en busca tuya.

En seguida, sin apresurarse, pero sin ejecutar dos veces un mismo movimiento, con una precisión breve y firme, tanto más notable en tan críticas circunstancias, cuanto que la patrulla y Javert podían aparecer de un momento á otro, se quitó su corbata, la pasó al rededor del cuerpo de Coseta, por bajo de los sobacos, cuidando de que no lastimara á la niña, ató á esta corbata una punta de la cuerda por medio de un nudo que las gentes de mar llaman nudo de golondrina, tomó la otra punta de la cuerda en sus dientes, se quitó los zapatos y las medias, que arrojó por encima de la pared, subió sobre el sólido de mampostería

que tapaba el rincón, y empezó á elevarse por este mismo ángulo, que formaban la pared del jardín y la de la fachada, con la misma seguridad y certidumbre que si hubiera tenido allí escalones abiertos en las paredes para apoyar sus talones y sus codos y trepar cómodamente. Medio minuto no había transcurrido cuando ya se hallaba él puesto de rodillas sobre la pared.

Considerábale Coseta con estupor, sin decir una palabra. La recomendación de Juan Valjean y el nombre de la Thénardier la habían helado.

De improviso oyó la voz de Juan Valjean que la decía, en un tono que bastaba apenas para que ella le oyese:

— Acércate de espaldas á la pared.

La niña obedeció.

— No digas ni una sola palabra, ni tengas miedo, añadió Juan Valjean.

Y se sintió ella levantar del suelo.

Antes que tuviera Coseta tiempo de recobrase, se hallaba ya en lo alto de la pared.

Juan Valjean la cogió; se la echó á la espalda, la tomó sus dos manitas con su mano izquierda, se echó él de bruces y se fué arrastrando por encima de la pared hasta llegar á la esquina. Como lo había él adivinado, había allí una construcción cuyo tejado partía de lo alto del recinto de madera y descendía hasta muy cerca del suelo, por un plano suavemente inclinado, rozando el tilo.

Feliz casualidad, pues la pared era mucho más alta por aquel lado que por el lado de la calle. Juan Valjean no distinguía el suelo debajo de él sino á una profundidad bastante grande.

Acababa él de tocar al plano inclinado del tejado y aún no había soltado el caballete de la pared, cuando cierto ruido de voces bastante violento anunció la llegada de

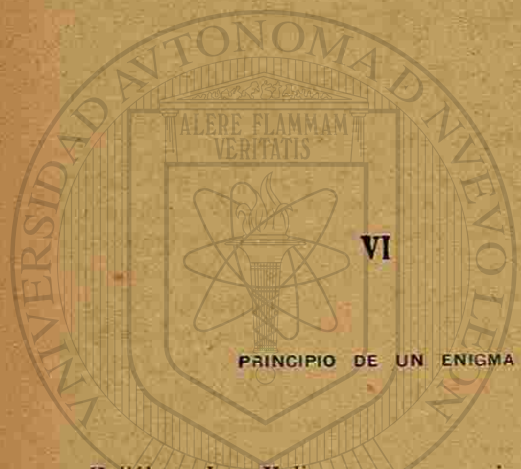
la patrulla á aquel sitio; haciéndose oír el bronco acento de Javert diciendo:

— ¡ Registrad el callejon sin salida! La calle Droit-Mur está guardada, la callecilla de Picpus tambien. ¡ Yo respondo de que se halla en este cul-de-sac!

Los soldados se precipitaron en el callejon Genrot.

Juan Valjean se dejó deslizar á lo largo del tejado, sosteniendo siempre bien á Coseta, llegó al tilo y saltó en tierra. Bien fuese por terror ó por valor, Coseta no había soltado el resuello siquiera. Sus manos se habían rozado y despellejado un poco.

UNIVERSIDAD
 UANL
 BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



Hallábase Juan Valjean en una especie de jardín muy vasto y de aspecto singular; uno de esos jardines tristes que parecen hechos para ser mirados en invierno y de noche. Tenía aquel jardín una forma oblonga, con una gran calle de altos álamos en el fondo, unos quedales bastante elevados en los rincones y un espacio sin sombra en el centro, donde se distinguía un árbol muy grande, aislado, y además algunos árboles frutales, torcidos y erizados como si fueran grandes natas, cuadros de legumbres, un melonar cuyas campanas de vidrio resplandecían á la luna y un pozo viejo. También había acá y acullá algunos bancos de piedra que parecían negros de musgo. Las calles de árboles estaban orladas de pequeños arbustos sombríos y derechos. La yerba invadía la mitad y una vegetación fungosa cubría lo restante.

Tenía á su lado Juan Valjean la construcción cuyo tejado le había servido para bajar, un monton de haces de leña, y detras de este monton, muy arrimada á la pared, una estatua de piedra cuyo rostro mutilado no era ya sino una máscara informe que aparecía vagamente en la oscuridad.

La construcción era una especie de ruina donde se distinguían varias piezas desmanteladas, una de las cuales, enteramente obstruida, parecía servir de cobertizo.

El grande edificio de la calle Droit-Mur que daba vuelta á la calle de Picpus, tenía sobre este jardín dos fachadas en escuadra. Estas fachadas interiores eran aún más trágicas que la exterior. Todas las ventanas tenían verja. Ninguna luz se entreveía. En los pisos superiores había cuébanos, como en las prisiones. Una de estas fachadas proyectaba sobre la otra su sombra, la cual recaía sobre el jardín como un inmenso paño negro.

No se distinguía ninguna otra casa. El fondo del jardín se perdía en la bruma y en la noche. Sin embargo, distinguíanse allí confusamente unas paredes que se entrecortaban, como si más allá hubiera otro jardín, y los tejados bajos de la calle Polonceau.

No era posible figurarse nada más severo y más solitario que aquel jardín. Nadie había en él entonces, lo que era muy natural, á causa de la hora; pero no parecía tampoco que aquel sitio diese muestras de que alguien anduviese por allí en mitad del día.

El primer cuidado que tuvo Juan Valjean fué el de buscar sus zapatos y calzarse de nuevo, en seguida se entró en aquel cobertizo con Coseta. El que se evade no se cree nunca bastante escondido. Por lo que hace á la niña, pensando siempre en la Thénardier, participaba también de su instinto de agazaparse todo lo más que fuese posible.

Coseta temblaba y se estrechaba contra él. Oíase desde allí el ruido tumultuoso de la patrulla que estaba registrando el callejón sin salida y la calle, los culatazos de los fusiles contra las piedras, á Javert llamando á los espías que él había puesto de centinelas, y lanzando imprecaciones mezcladas con palabras que no se distinguían.

Al cabo de un cuarto de hora, pareció ya que aquella especie de gruñidos borrascosos comenzaban á alejarse.

Juan Valjean no respiraba.

Había él puesto suavemente su mano en la boca de Coseta.

Por lo demás, aquella soledad en que él se hallaba era tan singularmente tranquila, que todo aquel temeroso ruido, tan violento y tan cercano, no producía allí ni siquiera la sombra de la menor perturbación. Parecían construídas aquellas paredes con las piedras sordas de que habla la Escritura.

De repente, en medio de aquella calma profunda, hé aquí que se deja oír un nuevo ruido; un ruido celestial, divino, inefable, tan hermoso, cuanto era el otro horrible. Este era un himno que salía de las tinieblas, un embeleso de oración y de armonía en el oscuro y pavoroso silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces compuestas á la vez del puro acento de las vírgenes y del acento candoroso de los niños, de esas voces que no son terrenales, y que se parecen á las que los recién nacidos no ven aún y á las que los moribundos oyen ya. Aquel canto venía del edificio sombrío que dominaba el jardín. En el instante mismo en que la zambra de los demonios se alejaba, diríase este un coro de ángeles que se acercaba en la sombra.

Coseta y Juan Valjean cayeron súbitamente de rodillas.

No sabían ellos lo que era, no sabían dónde se hallaban, pero ambos sentían, ambos comprendían, el hombre

y la niña, el penitente y la inocente, que era preciso arrojarse.

Tenían aquellas voces esto de extraño, que no impedían que el edificio apareciese desierto. Era como un canto sobrenatural en una mansión inhabitada.

Mientras que cantaban aquellas voces, Juan Valjean no pensaba ya en nada. Ya no veía la noche, sino sólo un cielo azul. Parecía sentir como que se abrían y desplegaban esas alas que todos tenemos en nuestro interior.

Extinguióse el canto. Tal vez había él durado mucho tiempo. Juan Valjean no habría podido decirlo. Las horas del éxtasis nunca son sino un minuto.

El más completo silencio había vuelto á restablecerse. Nada se oía ya en la calle, nada en el jardín. Lo que amenazaba, lo que serenaba y tranquilizaba el alma, todo se había desvanecido. El viento azotaba en el caballete de la pared algunas yerbas secas formando un ruido débil y lúgubre.



Habíase levantado ya el cierzo de la noche, lo cual indicaba que debía ser entre la una y las dos de la mañana. La pobre Coseta nada decía. Como permanecía sentada á su lado, y había reclinado la cabeza sobre él, Juan Valjean creyó que se habría dormido. Bajó la cabeza, miró, y vió que tenía sus grandes ojos abiertos y estaba como pensativa y cavilosa. Esto afligió mucho á Juan Valjean.

La niña temblaba siempre.

— ¿Tienes sueño? la preguntó Juan Valjean.

— Tengo mucho frio, respondió Coseta.

Y un momento despues continuó diciendo :

— ¿Es que siempre está ahí?

— ¿Quién? dijo Valjean.

— La Thénardier.

Ya no se acordaba Juan Valjean del recurso al cual había apelado para hacer que Coseta guardara silencio.

— ¡Ah! contetó él, ya se marchó. No tengas miedo ninguno.

La niña dió un gran suspiro, como si la levantaran un peso enorme de encima del pecho.

El suelo estaba húmedo, el cobertizo abierto por todos lados, el cierzo soplaba cada vez más frio. El buen hombre se quitó su levita y cubrió con ella á Coseta.

— ¿Tienes ya ménos frio, así arropada? la dijo.

— ¡Oh! sí, ¡padre!

— Pues bien, espérame un instante. Voy á volver en seguida.

Salió de aquella ruina, y se fué andando á lo largo del grande edificio, en busca de algun refugio ménos desabrigado. Halló algunas puertas, pero todas cerradas. Las ventanas del piso bajo tenían todas rejas.

Cuando hubo dejado atras el ángulo interior del edificio, observó que llegaba á unas ventanas cimbradas, al traves de las cuales distinguió alguna claridad. Se empinó sobre las puntas de sus piés y miró por una de aquellas ventanas. Todas ellas daban á una sala bastante vasta, enlosada con grandes baldosas, poblada de pilares y de arcadas, y dondè nada se distinguía sino un débil resplandor y grandes sombras. La claridad provenia de una lamparilla que ardía en un rincón. Aquella sala estaba desierta, sin que nada se moviera en ella. Sin embargo, á fuerza de mirar, creyó distinguir en el suelo, sobre las baldosas, un objeto que presentaba como la forma humana, y que parecia cubierto con un sudario. Aquella figura estaba tendida de bruces, con la cara contra las losas, los brazos en cruz, y en la inmovilidad de la muerte. Por una especie de seroiente que yacia sobre el enlosado, díriase que aquella forma siniestra tenía la cuerda al cuello.

Toda la sala se hallaba inundada de esa bruma de los lugares apenas alumbrados, que aumenta aún el horror.

Juan Valjean ha dicho despues, muchas veces, que por más que durante su vida hubiera visto el espectáculo fúnebres, nunca habia presenciado nada más terrible ni que más helara la sangre que aquella figura enigmática cumpliendo no se sabe qué misterio desconocido en aquel lugar sombrío y entrevista así en medio de la noche tenebrosa. Era pavoroso el suponer que aquello pudiera estar muerto; y más espantoso aún el pensar que aquello fuera tal vez un ser viviente.

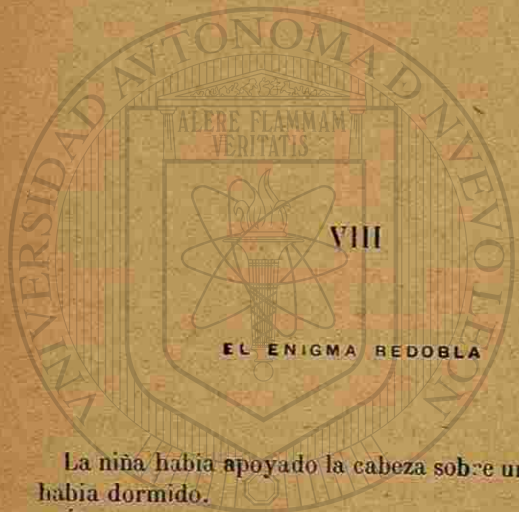
Tuvo el valer para fijar su frente contra la vidriera y observar con atención si aquel objeto se removía. Por más que permaneció en aquella postura un tiempo que le pareció bastante largo, la forma tendida no hacia el menor movimiento. De repente sintióse sobrecogido de un espanto inexplicable y huyó de aquel sitio, corriendo hacia el cobertizo, sin atreverse á mirar hacia atrás. Parecíale que si volvía la cabeza vería á la figura andar tras él á pasos acelerados y agitando los brazos.

Llegó á la ruina jadeando. Sus rodillas se plegaban; el sudor le corría á chorros por los riñones.

¿En dónde se hallaba? ¿quién habria podido nunca imaginarse nada que se asemejase á aquella especie de sepulcro en medio de París? ¿qué venía á ser aquella extraña mansion? ¡Edificio lleno de misterio nocturno, que llama á las almas en la sombra con la voz de los ángeles, y, cuando se acercan á él, las ofrece bruscamente aquella espantosa vision, prometiendo abrir la puerta radiante del cielo y abriendo la puerta horrible de la tumba! ¡Y era aquello realmente un edificio, una casa que tenía su número en una calle! ¡No era aquello un sueño! Necesitaba él allí tocar las piedras para creer en ellas.

El frío, la ansiedad, la inquietud, las emociones de aquella noche, le daban una verdadera fiebre, y todas aquellas deas chocaban y luchaban en su cerebro.

Se acercó á Coseta, y la halló dormida.



La niña había apoyado la cabeza sobre una piedra y se había dormido.

Él se sentó junto á ella y se puso á considerarla. Poco á poco, á medida que la miraba, se iba calmando, recordando la entera posesion de su libertad de espíritu.

Veía él claramente esta verdad, la cual constituía el fondo de su vida en lo sucesivo : que mientras que ella estuviese allí, mientras que él la tuviera á su lado, de nada necesitaria él sino para ella, nada temeria sino por ella. Ni siquiera se acordaba de que estaba helado de frio, habiéndose privado de su levita para arroparla.

Entre tanto, en medio de aquella especie de delirio en que habia él caído como postrado, oía, hacía ya algun tiempo, un ruido singular, semejante al sonido que hace un cascabel al agitarle. Este ruido estaba en el jardín.

Aunque débil, ofasele distintamente. Parecía á la vaga é indescifrable música que hacen las esquilas de un rebaño cuando está pacienco por la noche.

Este ruido hizo volver la cabeza á Juan Valjean.

Miró al jardín, y vió que habia allí álguien.

Un objeto que parecia ser un hombre andaba entre las campanas de vidrio del melonar, levantándose, inclinándose, deteniéndose, haciendo algunos movimientos irregulares, como si arrastrara ó extendiera algo en el suelo. Aquel hombre parecia que cojeaba.

Juan Valjean se estremeció, con ese temblor continuo que acompaña á los desgraciados, para quienes todo es hostil y sospechoso. Desconfian del dia, porque ayuda á verlos, y de la noche, porque ayuda á sorprenderlos. Poco ántes, se horripilaba porque el jardín estaba desierto, ahora se azoraba porque habia gente en él.

De los terrores quiméricos, pasó á los terrores positivos. Dijo para sí que tal vez Javert y sus espías no se habrian marchado de aquel sitio; que sin duda habian dejado en la calle apostadas gentes en observacion; que si aquel hombre le descubria en el jardín, gritaria al punto : ¡Ladrones! y le cogeria. Tomó en brazos y con el mayor cuidado á Coseta, dormida, y la trasladó detras de un monton de muebles viejos y fuera de uso que habia en el rincon más oculto del cobertizo. Coseta no se movió.

Desde allí se puso á observar las trazas y los movimientos de aquel sér que estaba en el melonar. Lo que hallaba él más raro, es que el ruido del cascabel seguia todos los movimientos de aquel hombre. Cuando el hombre se aproximaba, el ruido se aproximaba ; cuando aquel se alejaba, con él se alejaba tambien el sonido ; si hacia algun gesto precipitado, un sononete violento acompañaba aquel gesto ; cuando él se paraba, cesaba el ruido. Parecia evidente que el cascabel estaba adhe-

rído á aquel hombre ; pero entónces, ¿qué podía aquello significar? ¿qué hombre era aquel, que llevaba colgada una campanilla, como si fuera un buey ó un carnero?

Miéntrase dirigía á sí mismo estas preguntas, tocó las manos de Coseta, y las halló heladas.

— ¡Oh Dios mío! dijo.

Y la llamó en voz baja.

— ¡Coseta!

La niña no abrió los ojos.

La sacudió vivamente.

No despertó, sin embargo.

— ¡Si estará muerta! dijo, y se incorporó temblando de piés á cabeza.

Las más tristes ideas se le agolpaban confusamente á la imaginacion. Hay momentos en la vida en que las suposiciones más horribles nos asedian como una bandada de furias, y como que fuerzan violentamente las membranas ó tabiques de nuestro cerebro. Cuando se trata de las personas á quienes amamos, nuestra prudencia inventa todo género de locuras. Recordó que el sueño puede ser mortal en una noche fría, al aire libre.

Pálida y desfigurada, Coseta habia caído en el suelo, á sus piés, sin hacer el menor movimiento.

Él se puso á escuchar su hálito; la niña respiraba, pero con una respiracion que le pareció débil y pronta á extinguirse.

¿Cómo darla el calor que necesitaba? ¿cómo desperdiciarla? Todo lo que no fuera esto, se borró ya de su mente. Salió desalinado fuera de la ruina.

Era absolutamente preciso que ántes de un cuarto de hora Coseta se hallase á la lumbre, y que la acostaran en una cama.

IX

EL HOMBRE DEL CASCABE

Encaminóse derecho hácia el hombre á quien habia visto en el jardín, habiendo tomado ántes del bolsillo de su chaleco el rollo de monedas de plata que tenia en él y que llevaba ahora en la mano.

El hombre tenía la cabeza baja y no le veia venir. En pocos trancos, Juan Valjean llegó hasta él.

Acercósele Juan Valjean, gritando :

— ¡Cien francos!

El hombre dió un vuelco hácia atras sobresaltado y levantó los ojos.

— ¡Cien francos le doy á usted á ganar, añadió Juan Valjean, si me da asilo por esta noche!

La luna alumbraba de lleno el rostro desprovocado de Juan Valjean.

— ¡Cómo, es usted, tío Magdalena! díjole el hombre. Este nombre, así pronunciado, en aquellas horas, en medio de la oscuridad, en aquel lugar desconocido y por aquel hombre desconocido, hizo recular á Juan Valjean.

Todo lo esperaba el ménos aquella palabra. El que le hablaba de este modo era un anciano encorvado y cojo, vestido, con corta diferencia, como un labriego, que llevaba en la pierna izquierda una rodillera de cuero, de la cual pendía una campanilla bastante gruesa. No se le distinguía la cara, que estaba en la sombra.

Sin embargo, aquel buen hombre se quitó al momento su gorra, y exclamó todo temblando:

— ¡Ay Jesús! ¿cómo es que se halla usted aquí, tío Magdalena? Dios de mi vida, ¿por dónde habrá entrado este santo varón? ¡Es que ha caído usted del cielo! No lo extrañaría yo, pues si alguna vez cae usted, sólo de allí podrá caer. ¡Y en qué estado está usted! ¡Sin corbata, sin sombrero, sin levita! ¿Sabe usted que está capaz de dar miedo á todo el que no le conociera como yo? ¡Sin levita! Ay, Dios mío de mi alma, ¿es que los santos se vuelven ahora locos? ¿Pero cómo ha podido usted entrar aquí?

Las palabras del buen viejo se precipitaban como el agua de un torrente, sin que la una esperase á la otra. El pobre hombre así sorprendido, en aquel sitio y á aquellas horas, hablaba con una volubilidad enteramente campesina, pero sin mezclar en sus conceptos ningún sentimiento de inquietud. Todo aquello lo decía con una mezcla de estupefacción y de cándida sencillez.

— ¿Quién es usted? ¿y qué viene á ser esta casa? le preguntó Juan Valjean.

— ¡Pardiez! eso sí que tiene bemoles, exclamó el viejo, yo soy el mismo á quien usted ha hecho colocar aquí, y esta casa es la misma donde usted me hizo colocar. ¡Cómo! ¿conque no me conoce usted ya?

— No, dijo Juan Valjean. ¿Y cómo es que usted me conoce á mí?

— Como que usted me ha salvado la vida, contestó el hombre y, diciendo esto, se volvió cara á la luna, cuyos rayos iluminaron el perfil de su rostro: entonces Juan Valjean reconoció al viejo Fauchelevent.

— ¡Ah! dijo Juan Valjean, ¿es usted? sí, ya le conozco.

— ¡Al fin, tengo esa suerte! le repuso el anciano en tono de reproche.

— ¿Y qué hace usted aquí? añadió Juan Valjean.

— ¡Toma! estoy cubriendo mis melones.

El viejo Fauchelevent tenía en efecto en la mano, en el momento en que Valjean se le acercó, la punta de una estera de paja que él se ocupaba en extender sobre el melonar; había extendido ya cierto número de ellas desde una hora que se hallaba en el jardín. Esta operación era la que le hacía ejecutar los movimientos particulares que desde el cobertizo había observado Juan Valjean.

Y continuó:

— Yo dije para mí: la luna está clara, conque va á helar. ¿Y si yo arrojara mis melones con su capote? ¡Pardiez! añadió mirando á Juan Valjean y dando una gran risotada, ¡usted debía haber hecho otro tanto! ¿pero cómo es que se halla usted aquí?

Viéndose conocido por aquel hombre, á lo ménos bajo el nombre de Magdalena, Juan Valjean no se atrevía á avanzar sino con precaución: y multiplicaba sin cesar sus preguntas. Cosa extraña, los papeles parecían aquí trocados. El, el intruso, era quien interrogaba.

— ¿Y qué significa esa campanilla que usted lleva colgada de la pierna?

— ¿Esto? respondió Fauchelevent, es para que huyan de mí.

— ¡Cómo! ¿para que huyan de usted?

El viejo Fauchelevant guiñó un ojo con un ademán inexplicable y dijo :

— ¡Ah diantres! es que en esta casa no hay más que mujeres; muchas jovencitas; y parece que yo sería peligroso de encontrar. La campanilla sirve para avisarlas. Cuando yo vengo, ellas se marchan.

— ¿Y qué casa es esta?

— ¡Toma! demasiado lo debe usted saber.

— No, yo no sé nada.

— ¡Pues si fué usted quien me hizo colocar aquí de jardinero!

— Respóndame usted como si yo nada supiera.

— ¡Bueno, pues le diré á usted que este es el convento del Petit-Picpus!

Juan Valjean iba refrescando su memoria. La casualidad, es decir, la Providencia, le había lanzado precisamente á aquel convento del barrio de San Antonio donde el viejo Fauchelevant, estropeado por la caída de su carreta, había sido admitido, por recomendación suya, dos años antes. Y Juan Valjean repitió como hablando consigo mismo :

— ¡El convento del Petit-Picpus!

— ¡Ah! pero vamos al hecho, que es lo que más me sorprende, repuso Fauchelevant, ¿cómo diablos se ha ingeniado usted para entrar aquí, tío Magdalena? por más que sea usted un santo, al fin y al cabo es un hombre, y aquí no entran hombres jamás.

— ¿Pero usted sin embargo se halla aquí?

— Nadie más que yo.

— No obstante, repuso Juan Valjean, es preciso que quede yo también.

— ¡Ave María purísima! exclamó como horrorizado Fauchelevant.

Juan Valjean se acercó al anciano y le dijo con voz grave:

— Tío Fauchelevant, yo le salvé á usted la vida.

— Y yo soy el primero que me he acordado de ello, respondió Fauchelevant.

— Pues bien, usted puede hacer hoy por mí lo que en otro tiempo hice yo por usted.

Fauchelevant tomó en sus manos viejas, arrugadas y temblorosas las manos robustas de Juan Valjean, y durante algunos segundos permaneció como si no pudiera hablar. Por último exclamó :

— ¡Oh, sería una bendición de Dios, si yo pudiera devolver á usted algo de aquello! ¡Yo, salvarle á usted la vida! señor alcalde, ¡disponga usted de este pobre viejo!

Hallábase el anciano como transfigurado por una alegría admirable. Su rostro parecía radiante de luz.

— ¿Qué quiere usted que yo haga en su servicio? añadió el buen hombre.

— Ya se lo explicaré. ¿Usted sin duda tiene un cuarto donde habita?

— Tengo una barraca aislada, allá, detras de las ruinas del convento viejo, en un rincón que nadie ve. Hay tres habitaciones.

Con efecto, la barraca se hallaba tan escondida detras de las ruinas, y tan bien dispuesta para que nadie la viese, que Juan Valjean no había reparado en ella.

— Bien, dijo Juan Valjean. Ahora, tengo que pedirle dos cosas.

— ¿Cuáles, señor alcalde?

— En primer lugar, que á nadie diga usted lo que sabe acerca de mi persona; y en segundo, que no procure indagar más de lo que ya sabe.

— Como usted quiera. Yo sé que usted nada puede hacer que no sea muy honrado, y que ha sido siempre un hombre bendito de Dios. Y además, usted fué quien me puso aquí. Esto es cosa de usted. Yo estoy á su disposición.

— Convenido. Ahora, venga usted conmigo. Vamos en busca de la niña.

— ¡Ah! dijo Fauchelevent. ¡Hay una niña!

Y sin añadir una palabra más, siguió á Juan Valjean como el perro sigue á su amo.

Mé dia hora no habia transcurrido aún, cuando Coseta, cuyas mejillas habian adquirido un hermoso color de rosa ante la llama de una buena lumbre, estaba durmiendo tranquilamente en la cama del viejo jardinero. Juan Valjean se habia puesto su corbata y su levita; tambien encontró y recogió el sombrero que en sus apuros habia arrojado por encima de la pared. Mientras que Juan Valjean se ponía su levita, Fauchelevent se quitó su rodillera de esquileo, y la colgó de un clavo, junto á una canasta, viniendo así á ser ahora un adorno en aquella pared. Los dos hombres se calentaban apoyándose en una mesa en que Fauchelevent habia puesto un pedazo de queso, pan bazo, una botella de vino y dos vasos, y el viejo decia á Juan Valjean poniéndole una mano sobre la rodilla:

— ¡Ah, tío Magdalena, no me reconoció usted en seguida! ¿salva usted la vida á las gentes, y las olvida después? ¡Oh, eso no está bien, ellas se acuerdan de usted! usted es un ingrato!

X

DONDE SE EXPLICA CÓMO JAVERT PERDIÓ LA PISTA

Los acontecimientos cuyo reverso, digámoslo así, acabamos de ver, se habian verificado en las condiciones más sencillas y naturales.

Cuando, en la noche misma del dia en que Javert le prendió junto al lecho de muerte de Fantina, se escapó Juan Valjean de la cárcel municipal de M., la policía creyó desde luego que el presidiario evadido habria debido dirigirse á París. París es un verdadero *malstroem*. un pozo airon, un laberinto donde todo se pierde y todo desaparece en esta profundidad del mundo como en la profundidad del piélago. No hay selva que oculte tanto á un hombre como esta muchedumbre. Los fugitivos de toda especie saben esto muy bien, y van á París como á un tragadero, pues hay tragaderos que salvan, en vez de devorar. La policía tambien lo sabe, y por eso busca ella de ordinario en París lo

— Convenido. Ahora, venga usted conmigo. Vamos en busca de la niña.

— ¡Ah! dijo Fauchelevent. ¡Hay una niña!

Y sin añadir una palabra más, siguió á Juan Valjean como el perro sigue á su amo.

Mé dia hora no habia transcurrido aún, cuando Coseta, cuyas mejillas habian adquirido un hermoso color de rosa ante la llama de una buena lumbre, estaba durmiendo tranquilamente en la cama del viejo jardinero. Juan Valjean se habia puesto su corbata y su levita; tambien encontró y recogió el sombrero que en sus apuros habia arrojado por encima de la pared. Mientras que Juan Valjean se ponía su levita, Fauchelevent se quitó su rodillera de esquileo, y la colgó de un clavo, junto á una canasta, viniendo así á ser ahora un adorno en aquella pared. Los dos hombres se calentaban apoyándose en una mesa en que Fauchelevent habia puesto un pedazo de queso, pan bazo, una botella de vino y dos vasos, y el viejo decia á Juan Valjean poniéndole una mano sobre la rodilla:

— ¡Ah, tío Magdalena, no me reconoció usted en seguida! ¿salva usted la vida á las gentes, y las olvida después? ¡Oh, eso no está bien, ellas se acuerdan de usted! usted es un ingrato!

X

DONDE SE EXPLICA CÓMO JAVERT PERDIÓ LA PISTA

Los acontecimientos cuyo reverso, digámoslo así, acabamos de ver, se habian verificado en las condiciones más sencillas y naturales.

Cuando, en la noche misma del dia en que Javert le prendió junto al lecho de muerte de Fantina, se escapó Juan Valjean de la cárcel municipal de M., la policía creyó desde luego que el presidiario evadido habria debido dirigirse á París. París es un verdadero *malstroem*. un pozo airon, un laberinto donde todo se pierde y todo desaparece en esta profundidad del mundo como en la profundidad del piélago. No hay selva que oculte tanto á un hombre como esta muchedumbre. Los fugitivos de toda especie saben esto muy bien, y van á París como á un tragadero, pues hay tragaderos que salvan, en vez de devorar. La policía tambien lo sabe, y por eso busca ella de ordinario en París lo

que ha perdido en otras partes. El ex alcalde de M. era objeto de sus constantes pesquisas en la capital, al frente de las cuales colocaron á Javert haciéndole venir á París expresamente con ese objeto. En efecto, Javert ayudó poderosamente á capturar á Juan Valjean ántes de ir la segunda vez á presidio. El zelo y la inteligencia de Javert fueron notados en aquella ocasión por M. Chabouillet, secretario de la prefectura en la época del conde Angès. M. Chabouillet, quien por lo demás, habia protegido ya á Javert, agregó al inspector de M. á la policía de París, donde fué por diversos conceptos y, lo diremos, aunque parezca extraña é inesperada esta palabra tratándose de tales servicios, de una manera honrosa, bastante útil.

Ya no se acordaba él de Juan Valjean, — pues, á estos perros siempre de caza el lobo de hoy les hace olvidar el lobo de ayer, — cuando he aquí que en Diciembre de 1823, leyó un periódico, á pesar de que no tenia la costumbre de leerlos; pero Javert, hombre monárquico, habia tenido gusto en saber los detalles de la entrada triunfal del « príncipe generalísimo » en Bayona. Al concluir el artículo que le interesaba, llamó la atención un nombre que vió en la parte baja de una página. Este nombre no era otro que el de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean habia muerto, y publicaba el hecho en terminos tan formales, que á Javert no le quedó la menor duda; limitándose á decir: *esa es la mejor cadena*. En seguida arrojó el periódico y no volvió á pensar más en esto.

Algun tiempo despues sucedió que la prefectura de Seine-et-Oise transmitió una nota á la prefectura de policía de París relativa al rapto de una niña, rapto que habia tenido lugar, según se expresaba en la nota, con ciertas circunstancias particulares, en el pueblo de Montfermeil. Una niña de siete á ocho años, decia la nota, confiada por su madre á un posadero de aquel lugar, habia sido robada por un

desconocido; esta niña, á quien daban el nombre de Coseta, era hija de una prostituta llamada Fantina, muerta en el hospital, no se sabe dónde ni cuándo. La nota así concebida pasó por los ojos de Javert, y le hizo cavilar.

El nombre de Fantina le era bien conocido. Recordaba que Juan Valjean le habia hecho reir á carcajadas, pidiéndole una tregua ó próroga de tres dias para ir en busca de la niña de aquella mujer. Tambien recordó que Juan Valjean habia sido preso en París en el momento en que subia á la diligencia de Montfermeil. Y aun ciertas indicaciones habian hecho creer en aquella época que era la segunda vez que entraba en aquel carruaje; que la vispera habia hecho ya una primera excursion á las cercanías de dicho pueblo, puesto que no se le habia visto en el pueblo mismo. ¿Qué iba él á hacer á aquel país de Montfermeil? nadie habia podido adivinarlo. Ahora ya lo comprendia Javert. La hija de Fantina se hallaba allí y Juan Valjean iba en busca de ella. Pues bien, esta niña acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podria ser este desconocido? ¿Seria tal vez Juan Valjean? pero Juan Valjean habia muerto. — Sin decir nada á nadie, Javert tomó el carruaje del Plat-d'Étain, en el cul-de-sac de la Planchette, y se plantó en Montfermeil.

Esperaba él encontrar allí un grande esclarecimiento; pero lo que halló fué una grande oscuridad.

En los primeros dias, los Thénardier, despechados, habian charlado mucho. La desaparicion de la Calandria habia causado bastante ruido en el pueblo. En seguida corrieron diferentes versiones de la historia, que al fin concluyó por ser robo de una niña. De aquí la nota enviada á la prefectura de policía. Sin embargo, una vez pasadas las primeras emociones, Thénardier comprendió al punto muy bien, con su admirable instinto, que nunca conviene llamar mucho la atención del señor procurador del rey, y que

sus quejas, á propósito del *rapto* de Coseta, podrian tener por primer resultado el fijar en él, Thénardier, y en muchos negocios turbios que él tenía, la vista de lince de la justicia. Lo primero que no quiere el buho es que le traigan una luz. Y sobre todo, ¿qué explicacion daria acerca de los mil quinientos francos que habia recibido? Resolvió, pues, abreviar de razones, puso una mordaza á su mujer, y se hizo el sorprendido y admirado cuando le hablaron de la *niña robada*. Nada de esto comprendia; sin duda él se habia quejado en el primer momento, de que le « arrebataran » tan de improviso á su querida niña, que habria él querido conservar aún, por ternura, dos ó tres dias; pero era « su abuelo » el que habia ido á llevársela, y se la llevó del modo más natural del mundo. Habia él añadido el « abuelo, » lo cual hacia mucho bien. Sobre esta historia oyó Javert al llegar á Montfermeil. El abuelo hacia desvanecer completamente á Juan Valjean.

Sin embargo, Javert hizo penetrar y profundizar algunas preguntas, como otras tantas sondas, en la historia de Thénardier. — ¿Quién era aquel abuelo, y cómo se llamaba? — Thénardier respondió afectando la mayor sencillez: — Es un rico labrador. Yo vi su pasaporte. Creo que se llama el señor Guillermo Lambert.

Lambert es un nombre de buen sugeto y capaz de inspirar desde luego la mayor confianza. Javert, tranquilo, volvióse pues á París.

— El Juan Valjean está bien muerto, dijo para si, y yo soy un papanátas.

Ya empezaba él á olvidar de nuevo toda aquella historia, cuando hé aquí que en el mes de Marzo de 1824, oyó hablar de un personaje raro que habitaba en la parroquia de San Medard, y á quien llamaban « el mendigo que da limosnas ». Segun decian las gentes, aquel singular personaje era un rentero cuyo nombre no conocia nadie de un

modo exacto, y que vivia solo con una niña de ocho años la cual no sabia tampoco nada acerca de él, sino que venian de Montfermeil. ¡Montfermeil! este nombre reaparecia siempre, é hizo enderezar las orejas á Javert. Un viejo mendigo, antiguo pertiguero, que hacia oficios de espía, y á quien aquel personaje solia dar limosnas, añadia algunos otros detalles. — Aquel rentero era un ente muy hueraño, — que jamas salia antes de anochecer, — que con nadie hablaba, — á ménos que no fuera con los pobres, alguna que otra vez, — ni tampoco dejaba que se le acercase nadie. Llevaba una horrible levita vieja amarilla que valia muchos millones, pues toda ella estaba entretelada de billetes de banco. — Era ya esto más de lo necesario para picar la curiosidad de Javert. Deseoso de ver á aquel rentero fantástico sin asustarle, hizo que un dia le prestara el pertiguero sus harapos y el sitio donde el viejo soplon solia acurrucarse todas las tardes gangueando sus oraciones y espiando á trasluz del rezo.

« El individuo sospechoso » se dirigió en efecto á Javert así disfrazado, y le dio su limosna: en el mismo instante levantó Javert la cabeza, y el sacudimiento que experimentó Juan Valjean creyendo reconocer á Javert, Javert tambien le sufrió á su vez creyendo ver en el supuesto rentero á Juan Valjean.

Sin embargo, la oscuridad pudiera haberle inducido en error; la muerte de Juan Valjean era oficial; quedaban por consiguiente á Javert sus dudas graves; y en el caso de duda, Javert, el funcionario escrupuloso, no solia él echar el guante á nadie.

Siguió á su hombre hasta la casucha Gorbeau, é hizo hablar á « la vieja, » en lo cual no hubo gran dificultad. Con efecto, la vieja le confirmó el hecho de la levita forrada de millones, refiriéndole el episodio del billete de mil francos. ¡Ella misma le habia visto con sus propios ojos, le

había tocado con sus manos! Javert alquiló un cuarto, en el cual se instaló aquella misma noche. Se puso á escuchar á la puerta del inquilino misterioso, esperando oír el metal de su voz; pero Juan Valjean distinguió su buja al traves de la cerradura y frustró el intento del espion guardando el mayor silencio.

Á la mañana siguiente, Juan Valjean levantó el campo. Pero el ruido de la moneda de cinco francos que él dejó caer al suelo fué notada por la vieja, quien, como oyese remover dinero, sospechó desde luego que trataba el huésped de marcharse, y se apresuró á prevenir á Javert. Aquella noche, cuando salió Juan Valjean, le esperaba Javert, detras de los árboles del boulevard, con dos hombres.

Javert había pedido auxilio de fuerza á la prefectura, pero sin decir el nombre del individuo á quien se proponia capturar. Este era su secreto; secreto que él había guardado por tres razones: primera, porque la menor indiscrecion podia dar la alerta á Juan Valjean; segunda, porque echar mano á un antiguo galeote evadido y á quien se creia muerto, á un penado á quien las notas del presidio habían clasificado en otro tiempo, y para siempre, *entre los malhechores de la especie más peligrosa*, era un triunfo magnífico, que los antiguos funcionarios de la policía parisiense no dejarían ciertamente á un lugareño rocién venido como Javert, quien temia que otros le arrebataran su galeote; tercera, en fin, porque Jarvert, en su calidad de artista, tenía el gusto de lo imprevisto. No le agradaban á él esos triunfos anunciados y cacareados que suelen desflorar hablando de ellos anticipadamente. Preferia elaborar en la sombra sus obras maestras, y darlas despues á luz de improviso.

De árbol en árbol, y despues de esquina en esquina, había seguido Javert á Juan Valjean, y no le había perdido de vista un solo instante; aún en los momentos en que Juan Valjean se creia más seguro, la vista de Javert estaba en él

clavada. ¿Por qué no se apoderaba en seguida Javert de Juan Valjean? porque dudaba todavía.

Es preciso no olvidar que en aquella época la policía no obraba precisamente con entera libertad; la libertad de la prensa coartaba un tanto la suya. Algunas prisiones arbitrarias, denunciadas por los periódicos, habían hecho mucho ruido, hasta en las Cámaras, é infundido cierta timidez á la prefectura. Atentar á la libertad individual, era entónces un hecho grave. Los agentes temian, pues, equivocarse; porque el prefecto la tomaba contra ellos, y cada error motivaba una destitucion. Es indecible el efecto que en aquella sazón habría producido en París este breve parafito suelto, reproducido por veinte periódicos: — ¡Ayer, un abuelo, anciano cubierto de canas, rentero respetable, que daba un paseo con su nietecita, de edad de ocho años, fué preso por la policía y conducido al Depósito de la Prefectura como desertor de presidio! —

Añádase á esto que Javert tenía tambien sus escrúpulos personales; á las recomendaciones del prefecto, agregaba él las recomendaciones de su propia conciencia. En realidad, él dudaba todavía.

Juan Valjean sólo era visto de espaldas, é iba andando por la oscuridad.

La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el abatimiento, aquel nuevo contratiempo, aquella desgracia de verse obligado aún á huir, de noche, y á buscar á la ventura un asilo en París, para Coseta y para él, la necesidad de regular sus pasos por los pasos de una niña, todo esto, aún sin apercibirse él mismo, había cambiado enteramente el paso como el porte y tante de Juan Valjean, imprimiendo á su cuerpo cierto aire, cierto ademán tan senil, que la misma policía, encarnada en Javert, podia muy bien engañarse, y se engañó en efecto. La imposibilidad de acercarse demasiado, su traje de viejo proceptor emigrado, la declaracion de

Thénardier, que le hacía abuelo, y por último, la creencia de su muerte en el presidio, venían aún á aumentar las incertidumbres que se espesaban en el cerebro de Javert.

En un momento dado, hasta ocurrióle la idea de pedirle bruscamente su pasaporte. Pero si aquel hombre no era Juan Valjean, y si tampoco era un anciano y honrado rentero, probablemente sería algun osado y temible aventurero, profunda y hábilmente ingerido en la oscura trama de las maldades parisienses, algun peligroso jefe de bandidos, que daba limosnas para ocultar otros talentos, segun la vieja usanza de esa especie de vampiros. En este caso, tenía ciertamente sus afiliados, sus cómplices, y sus moradas diversas, para casos de apuro, adonde ahora iba á refugiarse sin duda. Todas aquellas vueltas y revueltas que él daba por las calles parecían indicar que aquel no era un buen hombre, como lo aparentaba. Apoderarse de él precipitadamente, era tanto como « matar la gallina de los huevos de oro. » ¿ Qué inconveniente había en esperar ? Javert estaba muy seguro de que no se le escaparía.

Iba pues andando, bastante perplejo, dirigiéndose mil preguntas y haciendo otras tantas suposiciones acerca de aquel enigmático personaje.

Sólo bastante tarde ya, en la calle de Pontoise, fué cuando, gracias á la viva claridad que despedía una taberna, reconoció decididamente á Juan Valjean.

Hay en este mundo dos seres que se estremecen profundamente : la madre que encuentra á su hijo, y el tigre que encuentra su presa. Javert tuvo este profundo estremecimiento.

Desde el instante en que hubo reconocido positivamente á Juan Valjean, al temible galeote, se apercibió de que no eran más que tres, é hizo pedir refuerzo al comisario de policía de la calle Pontoise. Antes de empuñar un garrote de espino, bueno es ponerse guantes.

Este retraso y la estacion en la encrucijada Rollin para concertarse con sus agentes, le pusieron á pique de hacerle perder la pista. Sin embargo, no tardó en adivinar que Juan Valjean se proponía colocar el río de por medio, entre sus cazadores y él. Incluyó la cabeza y se puso á reflexionar, como un sabueso que apoya la nariz en el suelo para convencerse de que está en la verdadera vía. Con su admirable rectitud de instinto, Javert marchó derecho al puente de Austerlitz. Una palabra dirigida al peajero le puso al corriente: — ¿ Ha visto usted á un hombre con una niña ? — Le hice pagar dos sueldos, contestó el peajero. Javert llegó sobre el puente á tiempo para ver al otro lado del río á Juan Valjean atravesando con Coseta, á quien llevaba por la mano, el espacio iluminado por la luna. Le vió entrar en la calle del Chemin-Vert-Saint-Antoine; y en seguida pensó en el cul-de-sac Genrot, colocado allí como una trampa, en la única salida de la calle Droit-Mur sobre la pequeña calle de Picpus. Aseguró las grandes delanteras, como dicen los cazadores, enviando á toda prisa, y por un rodeo, á uno de sus agentes para que guardara aquella salida. Encontrándose en el camino con una patrulla que á la sazón entraba en el cuerpo de guardia del Arsenal, la requirió en su auxilio, haciéndose acompañar por ella. En este género de partidas, soldados són triunfos. Además es un principio reconocido que, para concluir con un jabali, es preciso emplear toda la ciencia del montero y muchos perros. Una vez combinadas estas disposiciones, vió él ya á Juan Valjean cogido entre el cul-de-sac Genrot á la derecha, su agente á la izquierda, y él Javert detras, sacó su caja de rapé y tomó un polvo con la mayor fruicion.

En seguida, empezó ya á solazarse, y como á divertirse con su presa. Tuvo momentos de infernal delicia; dejaba marchar á su hombre delante de él, en la íntima persuasion de que le tenía asegurado, pero ~~de~~ cuando al mismo tiempo

alejarse en lo posible el instante de capturarlo, ebrio de gozo al contemplarle ya preso y verle aún libre, cobijándole con su mirada, con esa voluptuosidad de la araña que deja aletear á la mosca, y del gato que deja correr al ratón. Los colmillos y las garras tienen una sensualidad monstruosa: el momento oscuro del animal aprisionado en su tenaza. ¡Qué delicia encuentran en este ahogamiento!

Así Javert se hallaba en sus glorias. Las mallas de su red estaban sólidamente amarradas. Mostrábase él, pues, seguro del éxito; ahora ya no le quedaba otra cosa que cerrar la mano en un momento dado y á voluntad.

Acompañado como iba, ni aun la idea de resistencia era posible; por más enérgico, por más vigoroso y desesperado que fuese Juan Valjean.

Avanzó, pues, Javert lentamente, sondeando y registrando á su paso todos los rincones de la calle como los bolsillos de un ladrón.

Cuando hé aquí que, llegado al centro de su red, ó de su telaraña, ya no encontró allí á la mosca. ¡Había desaparecido, como por encanto!

Imagínese cuál sería su desesperación.

Interrogó la vigia de las calles Droit-Mur y Piepus: aquel agente, que se había mantenido imperturbable en su puesto, no había visto pasar al hombre.

Á veces sucede que un ciervo se eclipsa, es decir, que se escapa sin saber por dónde, bien que lleve la jauría sobre el cuerpo; y entonces los más expertos cazadores no saben qué decir. Duvivier, Ligniville y Desprez se quedan perplejos. En un chasco de esta especie, exclamó Artonge: *No era un ciervo, era un brujo.*

De buena gana habría gritado esto mismo Javert.

El petardo de que fué víctima tuvo un momento de desesperación y de furor.

Es muy cierto que Napoleón cometió faltas en la guerra

de Rusia, que Alejandro las cometió igualmente en la guerra de la India, que también las cometió César en la guerra de África, como Cyro en la de los Scytas; pues bien, del mismo modo Javert cometió sus faltas en esta campaña contra Juan Valjean. Tal vez hizo mal vacilando en reconocer de cerca y cara á cara al antiguo galeote. Con la primera ojeada le habría bastado. Hizo mal en no aventurarse desde luego y prenderle lisa y llanamente en la casucha. Hizo mal en no capturarlo cuando le reconoció ya positivamente en la calle de Pontoise. Hizo mal en ponerse á deliberar con sus auxiliares en la encrucijada Rollin, á la claridad de la luna. Cierto que es útil y conveniente consultarse, explorar las opiniones y pareceres de los demás, interrogar para conocer los de los perros que mayor crédito merecen. Pero nunca podrá el cazador tomar demasiadas precauciones cuando persigue animales inquietos, como el lobo y el desertor de presidio. Haciendo gala de los talentos artísticos de su profesión, preocupándose demasiado en poner á los sabuesos de su recoba en la vía directa, Javert alarmó á la pieza de que quería apoderarse, dándola con su estrépito la dirección del viento, y la dió tiempo y vagar para marcharse. Hizo mal, sobre todo, desde que hubo encontrado de nuevo la huella en el puente de Austerlitz, en jugar ese juego formidable y pueril de tener á un hombre como el que él perseguía pendiente de la punta de un hilo. Juzgóse él más fuerte de lo que era en realidad, y creyó que podría jugar al ratón con un león. Al mismo tiempo, dió pruebas de su demasiada debilidad, buscando y tomando refuerzos de todas partes. Precaución fatal, pérdida de un tiempo precioso. Todas estas faltas cometió Javert, sin que por eso dejara él de ser uno de los más sabios y más correctos espiones que jamás han existido. Era, en toda la fuerza de la expresión, lo que en términos de montería se llama un

perro sabio. Pero ¿quién es perfecto en este mundo?

Los más grandes estratégicos tienen sus eclipses.

Los grandes disparates se componen de ordinario, como las cuerdas gruesas, de una multitud de hebras. Tomad el cable hilo por hilo, coged separadamente todos los pequeños motivos determinantes, los romperéis uno en pos de otro, y despues diréis: ¡ No es más que esto! Pero trenzadlos y torcedlos juntos, y ya aquello es una enormidad; es Atíla vacilando entre Marciano en Oriente, y Valentiniano en Occidente; es Annibal que se retrasa en Capua; es Danton que se adormece en Arcis-sur-Aube.

Como quiera que sea, en el momento mismo en que él se percibió de que Juan Valjean se le escapaba, Javert no perdió la cabeza. Persuadido de que el galeote desertor no podía hallarse muy lejos, estableció vigías en acecho, organizó ratoneras y emboscadas y removió el barrio toda la noche. Lo primero que vió, fué el desorden del farol cuya cuerda habían cortado. Indicio precioso, que sin embargo sirvió para descaminarle, haciéndole desviar todas sus pesquisas e investigaciones hácia el callejon sin salida Genrot. En este eul-de-sac hay paredes bastante bajas que dan á unos jardines cuyos recintos tocan con inmensos terrenos sin cultivo. Era evidente que Juan Valjean debía haberse fugado por allí. El hecho es que si él hubiera penetrado un poco más adentro en el callejon Genrot, lo habría hecho así probablemente, en cuyo caso estaba perdido. Javert exploró aquellos jardines y aquellos terrenos como si hubiera buscado una aguja.

Al amanecer, dejó á dos hombres inteligentes puestos en observación, y se volvió á la prefectura de policía, avergonzado como un polizonte á quien hubiera preso un ladrón.

LIBRO SEXTO

EL PETIT-PICPUS

CALLE DE PICPUS, NÚMERO 62

Hace medio siglo, nada se asemejaba tanto á cualquiera puerta cochera como la puerta cochera del número 62 de la callecita de Picpus. Entre abierta habitualmente, de la manera más seductora, aquella puerta dejaba ver dos cosas que nada tienen de fúnebre, á saber, un patio rodeado de paredes tapizadas por una gran parra, y el rostro de un portero ocioso. Por encima de la pared de enfrente descollaban corpulentos árboles. Cuando un rayo de sol alegraba el patio, cuando un vaso de vino alegraba al portero, era difícil pasar por delante del número 62

perro sabio. Pero ¿quién es perfecto en este mundo?

Los más grandes estratégicos tienen sus eclipses.

Los grandes disparates se componen de ordinario, como las cuerdas gruesas, de una multitud de hebras. Tomad el cable hilo por hilo, coged separadamente todos los pequeños motivos determinantes, los romperéis uno en pos de otro, y despues diréis: ¡ No es más que esto! Pero trenzadlos y torcedlos juntos, y ya aquello es una enormidad; es Atíla vacilando entre Marciano en Oriente, y Valentiniano en Occidente; es Annibal que se retrasa en Capua; es Danton que se adormece en Arcis-sur-Aube.

Como quiera que sea, en el momento mismo en que él se percibió de que Juan Valjean se le escapaba, Javert no perdió la cabeza. Persuadido de que el galeote desertor no podía hallarse muy lejos, estableció vigías en acecho, organizó ratoneras y emboscadas y removió el barrio toda la noche. Lo primero que vió, fué el desorden del farol cuya cuerda habían cortado. Indicio precioso, que sin embargo sirvió para descaminarle, haciéndole desviar todas sus pesquisas e investigaciones hácia el callejon sinsalida Genrot. En este eul-de-sac hay paredes bastante bajas que dan á unos jardines cuyos recintos tocan con inmensos terrenos sin cultivo. Era evidente que Juan Valjean debía haberse fugado por allí. El hecho es que si él hubiera penetrado un poco más adentro en el callejon Genrot, lo habría hecho así probablemente, en cuyo caso estaba perdido. Javert exploró aquellos jardines y aquellos terrenos como si hubiera buscado una aguja.

Al amanecer, dejó á dos hombres inteligentes puestos en observación, y se volvió á la prefectura de policía, avergonzado como un polizonte á quien hubiera preso un ladrón.

LIBRO SEXTO

EL PETIT-PICPUS

CALLE DE PICPUS, NÚMERO 62

Hace medio siglo, nada se asemejaba tanto á cualquiera puerta cochera como la puerta cochera del número 62 de la callecita de Picpus. Entre abierta habitualmente, de la manera más seductora, aquella puerta dejaba ver dos cosas que nada tienen de fúnebre, á saber, un patio rodeado de paredes tapizadas por una gran parra, y el rostro de un portero ocioso. Por encima de la pared de enfrente descollaban corpulentos árboles. Cuando un rayo de sol alegraba el patio, cuando un vaso de vino alegraba al portero, era difícil pasar por delante del número 62

de la pequeña calle Picpus sin llevar de allí un semblante risueño. Y sin embargo, era una mansión sombría la que acababa de verse.

En el umbral sonreían, en la casa rezaban y lloraban.

Si se conseguía, lo que no era cosa fácil, pasar más allá de donde estacionaba el portero, — lo que aún era, para casi todo el mundo, imposible, pues había allí un : *¡Ábrete Sesamo!* que era preciso conocer; — si, una vez pasada la portería, se entraba á la derecha, en un pequeño vestíbulo, donde daba una escalera encerrada entre dos paredes, y tan estrecha, que no podía pasar por ella sino una sola persona á la vez; si no se dejaba uno asustar por el embadurnado de amarillo-canario con basamento color de chocolate que barnizaba aquella escalera; si se arriesgaba á subir por ella, pasaba á un primer descanso, y después á un segundo, llegando por fin al primer piso, y en este á un corredor donde el embarado amarillo y el plinto achocolatado os seguían con apacible obstinación. Escalera y corredor se hallaban alumbrados por dos hermosas ventanas. El corredor formaba un recodo donde ya empezaba á hacerse oscuro. Si se doblaba aquel cabo, se encontraba, después de dar algunos pasos, una puerta tanto más misteriosa, cuanto que no estaba cerrada. Empujábase aquella puerta, y se hallaba uno en un cuartito como de seis pies cuadrados, embaldosado, lavado, limpio, frío, tapizado de papel nankín con florecitas verdes, de á quince sueldos el rollo. Una claridad blanca y mate venía de una gran ventana con pequeñas vidrieras que estaba á la izquierda y tomaba todo el ancho de la pieza. Por más que se miraba, á nadie se veía; se escuchaba, y no se oía ni un paso, ni un rumor, ni un solo acento humano. Las paredes estaban desnudas; la habitación no tenía ningún mueble; ni siquiera una silla.

Escudrinando aún con la vista, notábase en la pared que hacía frente á la puerta un agujero cuadrangular, como de un pie cuadrado, enrejado con una verja de hierro, de barras entrecruzadas, negras, nudosas, sólidas, las cuales formaban cuadros, especie de mallas, de ménos de pulgada y media de diagonal. Las florecillas verdes del papel nankín llegaban con calma, y en buen orden, hasta á aquellas barras de hierro, sin que su fúnebre contacto las asustara ni las hiciera estremecer. Suponiendo que algun sér viviente hubiese sido bastante delgado para probar á entrar ó salir por aquel agujero cuadrado, la verja se lo hubiera impedido. No dejaba esta pasar el cuerpo, pero en cambio dejaba pasar la vista, es decir, el espíritu. Parecía que se había pensado en esto, pues la habían forrado con una hoja de lata engastada en la pared un poco hácia atrás y picada de mil agujeros más microscópicos que los de una espumadera. Por bajo de esta placa se hallaba una abertura enteramente igual á un buzón de correos. Una cinta de hilo atada á un alambre de campanilla colgaba á la derecha del agujero enrejado.

Si se tiraba de esta cinta, sonaba una campanilla y se oía una voz, que le hacía á uno estremecer, porque salía de un sitio muy inmediato.

— ¿Quién es? preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz suave, tan suave, que era lúgubre.

Aún había aquí una palabra mágica que era preciso saber. Si no se sabía, la voz callaba y la pared volvía á aparecer silenciosa como si la tenebrosa oscuridad del sepulcro se hallara al lado opuesto.

Si se sabía la palabra, la voz decía :

— Entrad á la derecha.

Notábase entonces á la derecha, frente á la ventana, una puerta vidriera coronada de un ventanillo con cris-

tales y pintada de gris. Levantaba uno el picaporte, entraba por aquella puerta y experimentaba absolutamente la misma impresion que cuando entra en el teatro en una platea enverjada ántes de bajar la verja ni encender la araña. Hallábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, alumbrado apénas por la vaga claridad de la puerta vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera enteramente raída, verdadero palco con su barandilla á cierta altura que pudiera servir de apoyo, en la cual habia una tabla de madera negra. Este palco estaba enrejado, sólo que no era aquella una verja de palo dorado como en la Ópera, sino que era un monstruoso tejido de barras de hierro horriblemente empotradas y soldadas en la pared con enormes soldaduras que parecían puños cerrados.

Después de transcurrir los primeros minutos, cuando la vista empezaba ya á habituarse á aquella média luz de cueva, se esforzaba por penetrar al través de la verja, pero no podia extenderse sino á la distancia de seis pulgadas más allá de ella. Allí se encontraba con una barrera impenetrable de ventanas negras aseguradas y robustecidas con travesaños de madera pintados de amarillo color de miel. Estas ventanas eran unos tablones con juntas, divididos en largos listones delgados, y ocultaban todo el ancho de la verja. Siempre estaban cerradas.

Al cabo de algunos instantes, oía uno cierta voz que le llamaba, detras de aquellas tablas y que decia :

— Aquí estoy, ¿qué me queréis?

Era aquella una voz amada, á veces una voz adorada. Á nadie se veía. Apénas si se oía el ruido de un soplo. Parecía ser aquello una evocacion que os hablaba al través de las paredes de la tumba.

Si estaba uno en ciertas condiciones necesarias, bien raras, la estrecha tabla ó liston de una de las ventanas

se abria de frente, y la evocacion se convertía en aparicion. Detras de la verja, detras de la ventana, se divisaba, en cuanto la verja permitía divisarla, una cabeza, de la cual no se veía más que la boca y la barba; lo demas se hallaba cubierto de un velo negro. Entrefezase una toca negra y una forma apénas perceptible cubierta de un sudario negro. Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba ni os sonreía jamas.

La luz que venía detras, á la espalda, se hallaba dispuesta de tal manera, que uno la veía á ella blanca, mientras que ella le veía á uno negro. Aquella luz era un simbolo.

Entre tanto, los ojos procuraban penetrar ávidamente por la abertura que allí habia aparecido, en aquella mancion sustraída á todas las miradas. Una profunda vaguedad cubria aquella forma vestida de luto. La vista buscaba en la vaguedad y procuraba distinguir lo que habia en derredor de la aparicion. Al cabo de muy poco tiempo, se apercibia de que no se veía nada. Lo que allí se veía, era la noche, el vacío, las tinieblas, una bruma del invierno mezclada con un vapor de la tumba, una especie de paz espantosa, un silencio donde nada se recogía, ni suspiros siquiera, una sombra donde nada se distinguía, ni aún fantasmas.

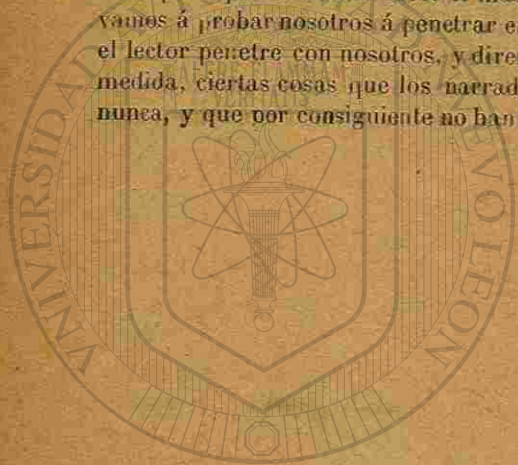
Lo que se veía era el interior de un claustro.

Era el interior de aquella casa triste y severa que se llamaba el convento de las bernardinias de la Adoracion Perpetua. Aquel palco donde uno se hallaba, era el locutorio. Aquella voz, la primera que habia hablado, era la voz de la tornera que siempre estaba sentada, inmóvil y silenciosa, á la parte allá de la pared, junto á la abertura cuadrada, defendida por la verja de hierro y por la placa de mil agujeros como por una doble visera.

La oscuridad en que se hallaba sumergido el palco enverjado provenia de que el locutorio, que tenia una

ventana por el lado del mundo, no tenía ninguna por el lado del convento. Los ojos profanos no debían ver nada de aquel lugar sagrado.

Y sin embargo, algo había más allá de aquella sombra, había una luz; había una vida en aquella muerte. Bien que aquel convento fuese el más murado de todos, vamos á probar nosotros á penetrar en él, y á hacer que el lector penetre con nosotros, y diremos, sin olvidar la medida, ciertas cosas que los narradores no han visto nunca, y que por consiguiente no han dicho jamás.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

LA OBEDIENCIA DE MARTÍN VERGA

Este convento, que en 1824 existía ya desde muchos años en la pequeña calle de Picpus, era una comunidad de bernardinas de la obediencia de Martín Verga.

Por consiguiente estas bernardinas se referían, no á Clairveaux, como los bernardinos, sino á Cîteaux, como los benedictinos. En otros términos, estaban sujetas, no á la regla de San Bernardo, sino á la de San Benito.

Todo el que ha hojeado algunos volúmenes en folio, sabe que Martín Verga fundó, en 1425, una congregación de bernardinas-benedictinas, teniendo á Salamanca por capital de la Orden y á Alcalá por sucursal.

Esta congregación tuvo ramificaciones en todos los países católicos de Europa.

Tales injertos de una orden en otra no la tienen de inusitado en la Iglesia latina. Para no hablar sino sólo de esta Orden de San Benito de la cual tratamos aquí, diremos que

á ella se refieren, sin contar la obediencia de Martin Verga, cuatro congregaciones: dos en Italia, el Monte-Cassino y Santa Justina de Padua; dos en Francia, Cluny y San Mauro; y nueve órdenes, Valombrosa, Grammont, los celestinos, los camaldulenses, los cartujos, los humillados, los olivatinos, los silvestrinos, y, por último, los cistercienses: pues esta misma Orden del Cister, tronco de tantas otras, no es sino un vástago para san Benito. El Cister proviene de san Roberto, abad de Molesme, diócesis de Langres, en 1098. Ahora bien, en 529 fué cuando el diablo, retirado al desierto de Subiaco (era viejo. ¿Se había hecho ermitaño?), fué arrojado del antiguo templo de Apolo, donde habitaba, por san Benito, de edad de diez y siete años.

Después de la regla de las carmelitas, las cuales van descalzas, llevan un pedazo de mimbres al cuello y no se sientan nunca, la regla más dura es la de las bernardinas-benedictinas de Martin Verga. Están vestidas de negro, con una toca que, según la prescripción expresa de san Benito, sube hasta la barba. Una falda de sarga, de mangas anchas, un gran velo de lana, la toca que sube hasta la barba, cortada en cuadro sobre el pecho, la banda que cae hasta los ojos; tal es su hábito. Todo es negro, excepto la banda que es blanca. Las novicias llevan el mismo hábito, todo blanco. Las profesas tienen además un rosario pendiente al lado.

Las bernardinas-benedictinas de Martin Verga practican la Adoración Perpetua, como las benedictinas llamadas Damas del Santísimo Sacramento, las cuales, á principios de este siglo, tenían en París dos casas, una en el Temple, y la otra en la calle Nueva de Santa Genoveva. Por lo demás, las bernardinas-benedictinas del Petit-Picpus, de las cuales hablamos, eran una Orden absolutamente distinta de la de las Damas del Santísimo Sacramento, enclaustradas en la calle Nueva de Santa Genoveva y en el Temple. Había numerosas diferencias en la regla; y también as había en

el hábito. Las bernardinas-benedictinas del Petit-Picpus llevaban la toca negra, mientras que las benedictinas del Santísimo Sacramento de la calle Nueva de Santa Genoveva, la usaban blanca, y tenían además sobre el pecho un Santísimo Sacramento como de tres pulgadas de alto, de plata ó de cobre sobredorado. Las religiosas del Petit-Picpus no llevaban este Santísimo Sacramento. La Adoración Perpetua, común á la casa del Petit-Picpus y á la casa del Temple, deja sin embargo una perfecta diferencia entre estas dos órdenes. Sólo hay semejanza para esta práctica entre las Damas del Santísimo Sacramento y las bernardinas de Martin Verga, á la manera que había similitud para el estudio y para la glorificación de todos los misterios relativos á la infancia, á la vida, pasión y muerte de Jesucristo, y á la Virgen, entre dos órdenes que sin embargo estaban muy separadas, y aún á veces enemigas: el Oratorio de Italia, establecido en Florencia por Felipe de Veri, y el Oratorio de Francia, establecido en París por Pedro de Bérulle. El Oratorio de París reclamaba para sí la preeminencia, porque Felipe de Neri no era más que santo, mientras que Bérulle era cardenal.

Volvamos, pues, á la dura regla española de Martin Verga.

Las bernardinas-benedictinas de esta obediencia comen de vigilia todo el año, ayunan la cuaresma y otros muchos días que las están designados, se levantan en su primer sueño desde la una de la noche hasta las tres para leer el breviario y cantar mailines, se acuestan entre sábanas de sarga, en todas las estaciones y sobre paja, no se bañan nunca, no tienen lumbre jamás, se disciplinan todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan sino en las recreaciones, las cuales son de muy corta duración, y llevan camisas de sayal durante seis meses, desde el 14 de Setiembre, que es la exaltación de la Santa Cruz, hasta la

Pascua. Estos seis meses son una moderacion; la regla dice todo el año; pero la camisa de sayal, insoportable durante los calores del estío, producía fiebres y espasmos nerviosos; habiéndose juzgado necesario restringir su uso. Aún con ese alivio, el 14 de Setiembre, cuando las religiosas se ponen aquella camisa, padecen tres ó cuatro dias de fiebre. Obediencia, pobreza, castidad, clausura: tales son sus votos, bastante agravados aún por la regla.

La priora es elegida, para tres años, por las madres, á las cuales se da el nombre de *madres vocales*, porque tienen voz y voto en capitulo. Una priora no puede ser reelegida sino dos veces, lo que reduce á nueve años el reinado más largo que es posible disfrute la prelada.

Nunca ven al sacerdote celebrante, el cual está siempre oculto para ellas por un paño de sarga tendido á nueve piés de altura. Durante el sermón, cuando el predicador está en la capilla, se bajan el velo sobre la cara; siempre deben hablar bajo, andar con los ojos fijos en el suelo y la cabeza inclinada. Un solo hombre puede entrar en el convento, el arzobispo diocesano.

Otro hay, sin embargo, que también entra, el jardinero; pero este es siempre un anciano, y con el objeto de que se halle perpetuamente solo en el jardín, y que las religiosas sean advertidas para evitarle, se le cuelga una esquila á la rodilla.

Hállanse sometidas á la priora, con una sumision absoluta y pasiva. Es la sujecion canónica en toda su abnegacion. Como á la voz de Cristo, *ut voci Christi*, al menor gesto, á la primera señal, *ad nutum, ad primum signum*, en seguida, con gozo, con perseverancia, con cierta obediencia ciega, *promptè, hilariter, perseveranter, et cæcâ quâdam obedientiâ*, como la lima en manos del operario, *quasi limam in manibus fabri*, no pudiendo leer ni escribir nada sino autorizándose ántes con un permiso expreso, *legere*

vel scribere non addiscerit sine expressâ superioris licentiâ.

Cada una de ellas, por su turno, hace lo que llaman *la reparacion*. La reparacion es la oracion por todos los pecados, por todas las culpas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometea en la tierra. Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, ó desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la religiosa que hace *la reparacion* permanece de rodillas sobre las losas, ante el Santísimo Sacramento, con las manos puestas, y la cuerda al cuello. Cuando la fatiga se hace insoportable, se prosterna de bruces, el rostro contra el suelo, y los brazos en cruz; este es todo su alivio de tan grande penitencia. En tal actitud, ruega por todos los pecadores y todos 'os culpables del universo. Esto es grande hasta lo sublime.

Como este acto se verifica junto á un poste, sobre el cual arde un cirio, dicese indistintamente, *hacer la reparacion ó estar en el poste*. Las religiosas, por humildad, prefieren esta última expresion, la cual encierra una idea de suplicio y de abatimiento.

Hacer la reparacion, es una funcion en la cual se halla absorbida toda el alma. La hermana que está en el poste no se volviera aún cuando cayera un rayo junto á ella.

Ademas, siempre hay una religiosa arrodillada ante el Santísimo Sacramento. Esta estacion dura una hora. Se relevan como los soldados en faccion. Tal es la Adoracion Perpetua.

Las prioras y las madres llevan generalmente ciertos nombres que se distinguen por una gravedad particular, y que recuerdan, no á los santos ni á los mártires, sino momentos y circunstancias de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concepcion, la madre Pre-

sentacion, la madre Pasion. Sin embargo, tambien suelen llevar nombres de santas.

Cuando se dejan ver, nunca se las distingue más que la boca.

Todas ellas tienen los dientes amarillos. Jamas ha entrado en el convento un cepillo de dientes. Cepillarse los dientes es una cosa que se halla en lo alto de una escala misteriosa por bajo de la cual se lee sin duda: ¡ Perderás tu alma!

De ningun objeto dicen ellas nunca *mi* ni *mis*, *mio* ni *mios* ó *mias*. Nada poseen suyo, y nada deben poseer. De todo dicen *nuestro*; por ejemplo: nuestro velo, nuestro rosario; si hablaran de su camisa, dirian *nuestra camisa*. Á veces se aficionan á algun pequeño objeto cualquiera, como un libro ó de horas, una reliquia, una medalla bendita. Desde el momento en que se aperciben de que principian á tener interes por aquel objeto, están obligadas á darlo. Se acuerdan del dicho de santa Teresa, á quien una gran dama, en el momento de entrar en su Orden, dijo: Permitame usted, madre mía, que envíe por una santa Biblia á la cual tengo mucho apego. — ¡ Ah! tiene usted apego á alguna cosa de este mundo! la contestó la santa, *pues entónces no entre en nuestra religion.*

Á todas las está prohibido el encerrarse, y el tener un cuarto, una *morada* propia. Siempre viven con la puerta de la celda abierta. Cuando se acercan entre sí, una de ellas dice: ¡ *Alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar!* Y la otra responde: *Por siempre.* La misma ceremonia hacen cuando una llama á la puerta de la otra. Apénas han tocado la puerta, cuando ya se oye dentro una voz suave que dice precipitadamente: ¡ Por siempre! Como todas las prácticas, esta concluye por hacerse maquinal e i fuerza de la costumbre; y la una dice á veces *por siempre* ántes que la otra haya tenido tiempo de de-

cir, lo que por otra parte es bastante largo: ¡ *Alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar!*

Entre las Salesas, ó religiosas de la Visitacion de San Francisco de Sáles, la que entra dice: *Ave Maria*, y la que recibe en su celda contesta: *Gratiâ plena*. Tales son sus buenos dias que, en efecto, están « llenos de gracia. »

En cada hora del dia, la campana de la iglesia del convento hace oír tres campanadas suplementarias. Á esta señal, priora, madres vocales, profesas, conversas, novicias y postulantes interrumpen lo que están diciendo, lo que están haciendo ó lo que están pensando, y todas exclaman á la vez, si son las cinco, por ejemplo: — ¡ *Á las cinco y á toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar!* Si son las ocho: — *Á las ocho y á toda hora, etc.*, y así sucesivamente, segun la hora que dé el reloj.

Esta costumbre, que tiene por objeto el suspender é interrumpir el pensamiento para encaminarle siempre hácia Dios, existe en muchas comunidades; sólo que la fórmula suele variar. Así, en el Niño Jesus, se dice: — ¡ *Á la hora que es y á toda hora, que el amor de Jesus inflame mi corazon!*

Las benedictinas-bernardinias de Martin Verga, enclaustradas hace cincuenta años en el Petit-Picpus, cantan los oficios en una salmodia grave, de canto llano puro, y siempre en alta voz durante todo el oficio. Doquiera que hay un asterisco en el misal, hacen una pausa y dicen en voz baja: *Jesus-Maria-José*. Para el oficio de difuntos, toman el tono tan bajo, que apénas la voz de mujer puede descender hasta ese extremo; resultando de ello un efecto impresionable y trágico.

Las del Petit-Picpus habian hecho construir una vasta bóveda, para sepultura de la comunidad, debajo de su altar mayor. Pero *el gobierno*, como ellas dicen, no permitió que aquella bóveda recibiese los fétetros. Por consiguiente, cuando morian, las hacian salir del convento, lo

que las afligia y las consternaba como una infracción.

Por vía de consuelo, consuelo mediocre por cierto, habían obtenido el ser enterradas á una hora especial y en un rincón particular del antiguo cementerio de Vaugirard, que fué fundado en un terreno perteneciente, en otro tiempo á la comunidad.

Estas religiosas oyen la misa mayor, cantan las vísperas y todos los demas oficios divinos los juéves con la misma solemnidad que los domingos. Además, observan escrupulosamente todas las pequeñas fiestas, desconocidas de los profanos, que la Iglesia prodigaba en otros tiempos en Francia, y que aún prodiga en España y en Italia.

Sus estaciones en la capilla son interminables. Por lo que hace al número y á la duración de sus oraciones, no podemos dar mejor idea de esto que citando las sencillas palabras de una de ellas: *Las oraciones de las postulantes son horrorosas, las oraciones de las novicias peores aún, y todavía son peores que estas las oraciones de las profesas.*

El capítulo se reúne una vez por semana; la priora le preside, y las madres vocales asisten. Cada hermana viene, por su turno, á arrodillarse en las losas, y á confesar en alta voz, en presencia de todas, las culpas y pecados que ha cometido en la semana. Después de cada confesion, las madres vocales se consultan, é infligen en alta voz las penitencias.

Además de esta confesion en voz alta, para la cual se reservan todos los pecados algo graves, tienen también, para los pecados veniales, lo que ellas llaman *la culpa*.

Hacer su culpa, es prosternarse boca abajo, mientras los oficios, delante de la priora, hasta que esta, á quien nunca se da otro nombre que el de *nuestra madre*, avisa á la paciente, por medio de un golpecito que da en la tabla de su sillón, que ya puede levantarse. Se suele hacer la culpa por la cosa más insignificante; un vaso roto, un velo ras-

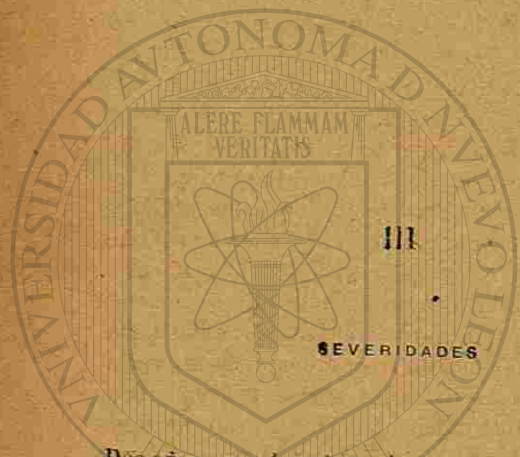
gado, un retraso involuntario de algunos segundos para asistir á un oficio, una nota falsa en el canto, etc., esto basta para hacer la culpa. La culpa es enteramente espontánea; la misma *culpable* (esta palabra se halla aquí etimológicamente en su *propi*: lugar) es la que se juzga y la que se inflige la penitencia. Los domingos y días de fiestas, cuatro monjas sochantres salmodian los oficios ante un facistol de cuatro atriles. Cierto día, una madre sochantre entonó un salmo que empezaba por la palabra *Ecce*, y en vez de *Ecce*, la cantora, distraída, dijo en alta voz estas tres notas: *ut, si, sol*; esta distraccion la costó una culpa que duró todo el oficio. Lo que hizo enorme esta culpa fué que el capítulo se echó á reír.

Cuando una religiosa, aún cuando sea la priora, es llamada al locutorio, se baja el velo de manera que, como hemos dicho ántes, sólo deja ver la boca.

Únicamente la priora es la que puede comunicar con los extraños. Las demas no pueden ver sino á su familia inmediata, y eso muy rara vez. Si por casualidad se presenta una persona de fuera, para ver á una religiosa á quien ella ha conocido ó amado en el mundo, se necesita para lograrlo toda una negociacion. Si es mujer, la autorizacion puede ser á veces concedida; la religiosa viene, y habla con ella al traves de las tablas-ventanas, las cuales no se abren sino para una madre ó una hermana de la monja. Excusado es decir que un permiso de esta naturaleza es siempre rehusado á los hombres.

Tal es la regla de San Benito, agravada aún por Martín Verga.

Estas religiosas no están alegres, rosadas y frescas como de ordinario lo están las jóvenes de las otras órdenes. Están pálidas y graves. Desde 1825 á 1830, tres de ellas se pusieron locas.



Dos años, por lo ménos, hay que pasar en el grado ó condición de postulante, generalmente son cuatro años; el noviciado dura otros cuatro años también. Es raro que los votos definitivos puedan pronunciarse ántes de los veintitres ó veinticuatro años. Las bernardinias-benedictinas de Martín Verga no admiten viudas en su Orden.

En el interior de sus celdas se entregan á una multitud de maceraciones desconocidas, y de las cuales no deben hablar jamas.

El día en que una novicia hace su profesion, la visten con sus más lujosos trajes y adornos, y la cubren la cabeza con una hermosa corona de rosas blancas, despues de haberla alisado y ensortijado el pelo: en seguida se prosterna; tienden sobre ella un gran velo negro y cantan el oficio de difuntos. Entónces las religiosas se dividen en

dos filas, una de las cuales pasa junto á ella diciendo con voz lastimera: *Nuestra hermana ha muerto*, y la otra fila responde con voz placentera: *¡Vive en Jesucristo!*

En la época en que tuvo lugar esta historia, hallábase adjunta al convento una institucion de señoritas nobles, ricas la mayor parte de ellas, entre las cuales se distinguian á la sazón las señoritas de Sainte-Aulaire y de Belissen y una inglesa que llevaba el ilustre nombre católico de Talbot. Educadas por las religiosas entre cuatro paredes, aquellas jóvenes crecían y se formaban nutridas con el horror al siglo y al mundo. Una de ellas nos decia un día: *Sólo al ver el empedrado de las calles me hacia estremecer de pies á cabeza*. Estaban vestidas de azul, con una papalina blanca y un Espiritu Santo de plata ó de cobre sobredorado pendiente del cuello. En ciertos dias de fiesta solemne, particularmente el día de Santa Marta, se las concedia, como un alto favor y una dicha suprema, el vestirse de monjas y hacer los oficios y las prácticas de San Benito durante todo el dia. En los primeros tiempos, las religiosas las prestaban sus hábitos negros; pero esto pareció profano, y la priora lo prohibió. Este préstamo no fué permitido sino á las novicias. Es muy digno de notarse que estas especies de representaciones, toleradas sin duda y favorecidas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para anticipar á aquellas niñas el gozo de llevar el santo hábito, eran realmente una dicha y una verdadera recreacion para las colegialas. Se divertian sencillamente de aquel modo. *Era cosa nueva, aquello las cambiaba*. Cándidas razones de la infancia que por otra parte no siempre logran convencernos ni hacernos comprender, á nosotros los mundanos, esa felicidad de llevar un hisopo en la mano y de permanecer de diez horas enteras cantando á cuatro ante un facistol.

Las discipulas de la institucion se conformaban con to-

das las prácticas del convento, excepto las austeridades. No faltaban mujeres que, entradas ya en el mundo, y despues de llevar muchos años de casadas, no habian logrado aún perder la costumbre de decir precipitadamente cada vez que llamaban á su puerta : *¡Por siempre!* Lo mismo que las religiosas, las colegialas no veian nunca á sus parientes sino en el locutorio. Ni áun sus mismas madres obtenian permiso para abrazarlas. Hasta tal extremo rayaba allí la severidad sobre este punto. Una jóven recibió cierto dia la visita de su madre, que iba acompañada de una hermanita de tres años. La jóven lloraba, porque habria querido besar á su hermanita. *¡Imposible!* Entonces suplicó que á lo ménos permitieran que la niña pasara su manita por entre la reja, para que pudiera besársela, lo cual la fué rehusado casi con escándalo.

IV

RECREOS

No por eso las jovencitas dejaron de llenar aquella grave mansion de deliciosos recuerdos.

En ciertas horas, la infancia brillaba en el claustro. Habia llegado el momento del recreo. Una puerta giraba sobre sus goznes ; y los pájaros decian : Bien, ¡ya están ahí las niñas! Una irrupcion de juventud inundaba aquel jardin cortado en forma de cruz como un sudario. Carras radiantes, blancas frentes, ojos ingenuos, llenos de luz espléndida, toda especie de auroras, se esparcian en aquellas tinieblas. Despues del estudio, de la meditacion, del rezo, de los oficios, de las salmodias, del lúgubre tañer de las campanas, hé aquí que de repente estallaba este alegre ruido de las niñas, más dulce y suave que un ruido de abejas. Abriáse la colmena de la alegría, y cada una traía su miel. Jugaban, se llamaban, se agrupaban,

corrian; hermosos dientecitos blancos charlaban en los rincones; velos negros vigilaban de lejos las risas; sombras medio escondidas acechaban los rayos de aquellos soles; pero ¡qué importa! no por eso dejaban de reír y de irradiar. Aquellas cuatro paredes lúgubres tenían sus instantes de deslumbramiento. Vagamente blanqueadas por el reflejo de tanta alegría, asistían ellas á aquel dulce torbellino de enjambres. Era como una lluvia de rosas que atravesaba por encima de aquel eterno luto. Las niñas retozaban y jugueteaban á la vista de las religiosas; la mirada de la impecabilidad no estorba á la inocencia. Gracias á aquellas niñas, había allí una hora alegre entre tantas horas austeras. Las pequeñas saltaban, las grandes bailaban. En aquel claustro, se hallaba el juego mezclado con el cielo. Nada tan encantador y tan augusto como el espectáculo que ofrecían todas aquellas almas candorosas y regocijadas. Homero habría venido á reír allí con Perrault; en aquel jardín negro había juventud, salud, ruido, gritos, aturdimiento, placer, dicha, para desarregar y alegrar el semblante de todas las abuelas, las de la epopeya como las del cuento, las del trono como las de la cabaña, desde Hécube hasta la Mère-Grand.

En aquella casa, más que en ninguna otra tal vez, se han dicho de esas palabras y esas frases infantiles que tienen tanta gracia y que hacen reír con una risa delirante. Entre aquellas cuatro paredes fúnebres fué donde una niña de cinco años exclamó un día: — ¡Madre! una grande acaba de decirme que ya no me faltan más que nueve años y diez meses para salir de aquí. ¡Qué dichal!

Allí fué también donde tuvo lugar este diálogo memorable:

UNA MADRE VOCAL. — ¿Por qué llora usted, niña?

LA NIÑA (seis años) sollozando. — Dije á Alix que yo sé la historia de Francia. Ella me dijo que no la sé, y la sé.

ALIX, la grande (nueve años). — No. No la sabe.

LA MADRE. — ¿Pues cómo es eso, hija mía?

ALIX. — Ella me dijo que abriera el libro por donde yo quisiera, que la hiciese una pregunta que hay en el libro, y que ella respondería.

— ¿Y bien?

— No respondió.

— Vamos á ver eso. ¿Qué es lo que usted la preguntó?

— Abri el libro á ciegas, como ella quería, y la hice la primera pregunta que encontré.

— ¿Y qué pregunta era esa?

— Era: ¿Qué sucedió despues?

Allí fué donde se hizo esta observacion profunda sobre una cotorra algo golosa que pertenecía á una señora pensionista:

— ¡Qué mona es! se come el dulce de su rebanada y deja el pan, como una persona!

Sobre una de las baldosas de este claustro fué donde hallaron la siguiente confesion, escrita aneipadamente, á fin de no olvidarla, por una pecadora de siete años:

» — Acúsome, padre, de haber sido avaricia.

» — Acúsome, padre, de haber sido adúltera.

» — Acúsome, padre, de haber dirigido mis miradas hácia *les monsieurs*.

Sobre uno de los bancos de césped de aquel jardín fué improvisado por una boca color de rosa, de seis años, este cuento escuchado por ojos azules de cuatro y cinco años.

« — Eran tres gallitos, y estos tres gallitos tenían un país donde había muchas flores. Ellos cogieron las flores, y se las metieron en el bolsillo. Despues de esto, cogieron las hojas y las pusieron con sus juguetes. Y había un lobo en el país, y allí había mucho bosque; y el lobo estaba en el bosque; y se comió á los gallitos. »

Y también este otro poema:

« — Una vez, dieron un garrotazo.
 » Y fué Polichinela quien se lo dió al gato.
 » Esto no le hizo bien, porque le hizo mal.
 » Entónces una señora agarró á Polichinela y le metió en la cárcel. »

Allí fué donde una niña abandonada por sus padres al nacer, que había sido recogida y la educaban en el convento por caridad, dijo esta palabra tierna y dolorosa. Como oyese á las otras hablar de sus madres, parlotó ella en su rincón:

— *Quando yo nací, no estaba allí mi madre!*

Había en el convento una tornera colosal, á quien veían siempre andar de prisa por los corredores, con su manojo de llaves, y cuyo nombre era sor Agata. Las *grandes* más *grandes*, — de más de diez años, — la llamaban *Agatócles*.

El refectorio, grande pieza cuadrilonga que sólo recibía luz por un claustro con archivoltas que daban al piso del jardín, era oscuro y húmedo, y estaba, como decían las niñas, — lleno de bichos. Todos los lugares circunvecinos le suministraban su contingente de insectos. Cada uno de los cuatro rincones había recibido, en el lenguaje festivo de las colegialas, un nombre particular y expresivo. Había el rincón de las Arañas, el rincón de las Orugas, el rincón de las Cucarachas y el rincón de los Grillos. El rincón de los Grillos estaba junto á la cocina y era muy estimado; porque allí hacía ménos frío. Del refectorio, pasaron los nombres á las pensionistas, sirviendo para distinguir entre ellas, como en el antiguo colegio Mazarino, cuatro naciones. Toda discípula pertenecía, pues, á alguna de esas cuatro naciones, según el rincón del refectorio en el cual solía sentarse en las horas de las comidas. Haciendo un día el señor arzobispo su visita pastoral, vió entrar en la clase por donde pasaba una linda niña muy encarnada, con una admirable cabellera

rubia, y preguntó á otra colegiala, hermosa morena de frescas y rosadas mejillas, que iba junto á el:

— ¿Qué niña es esa?

— Es una araña, monseñor.

— ¡Vaya! ¿y esa otra?

— Es un grillo.

— ¿Y aquella?

— Una oruga.

— ¿De véras, y usted, qué es?

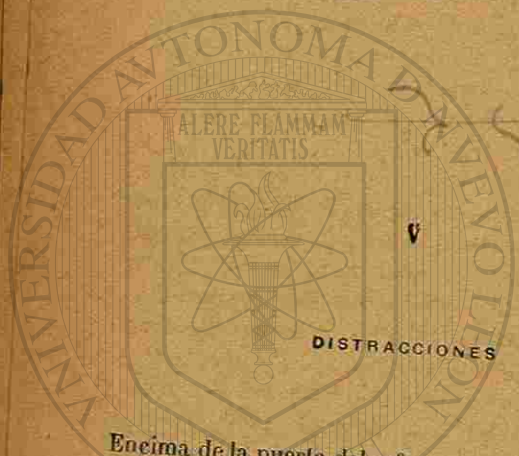
— Yo, monseñor, soy una cucaracha.

Cada casa de este género tiene sus particularidades. Á principios de este siglo, Ecoen era uno de esos sitios graciosos y severos donde crece, en una sombra casi augusta, la infancia de las niñas. Para tomar puesto en la procesion del Santísimo Sacramento, distinguíanse en Ecoen las vírgenes y las floristas. También había « las paliós » y las incensarios », así llamadas porque las unas llevaban los cordones del palió, mientras que las otras iban incensando al Santísimo Sacramento. Las flores tocaban de derecho á las floristas. Cuatro « vírgenes » marchaban delante abriendo la carrera. Al amanecer de aquel gran día, no era raro oír preguntar en el dormitorio:

— ¿Quiénes son vírgenes?

La señora Campan citaba el dicho de una « pequeña » de siete años á una « grande » de diez y seis, que marchaba á la cabeza de la procesion, mientras que ella, la « pequeña, » quedaba á la cola: ¡Tú eres vírgen; pero yo no lo soy!

En las orseras
3 1/2 de la
tarde - 10 de Sep.
1918



Encima de la puerta del refectorio se hallaba escrita en gruesos caracteres negros esta oracion, que llamaban *el Padre nuestro blanco*, y que tenía la virtud de llevar á las gentes via recta al paraíso:

« Pequeño padre nuestro blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche, al ir á acostarme, *hallé* tres ángeles acostados en mi lecho, uno á los pies, dos á la cabecera, y la buena Virgen María en medio, quien me dijo que me *acostase*, que nada *dudise*. Dios bueno es mi padre, la buena Virgen es mi madre, los tres apóstoles son mis hermanos, las tres vírgenes son mis hermanas. Mi cuerpo está envuelto en la camisa en que Dios nació; la cruz Santa Margarita en mi pecho está escrita; la señora Virgen va por los campos, á Dios llorando, *encontró* al señor san Juan. ¿Señor san Juan, de dónde verís? Vengo

del *Ave Salus*. ¿No habéis visto si Dios está allí? Está en el árbol de la Cruz, con los piés colgando, las manos clavadas, y un sombrerito de espino blanco en la cabeza. El que la diga tres veces por la noche, tres veces por la mañana, ganará al fin el paraíso. »

En 1827, había ya desaparecido de la pared esta oracion característica bajo una triple capa de jalbegue. En estos momentos mismos se está acabando de borrar en la memoria de algunas jovencitas de entónces, ya hoy ancianas.

Un gran crucifijo colgado á la pared completaba la decoracion de este refectorio cuya única puerta, segun creemos haber dicho ya, daba al jardín. Dos mesas estrechas, flanqueadas cada una por dos bancos de madera, formaban dos líneas paralelas del uno al otro extremo del refectorio. Las paredes eran blancas, las mesas negras; estos dos colores de luto son la única variedad que existe en los conventos. Las comidas eran miserables, y aun el alimento de las niñas era bastante severo. Un solo plato, carne y legumbres mezcladas, ó pescado salado; tal era el lujo. Este breve ordinario, reservado á las colegialas solamente, era sin embargo una excepcion. Las niñas comian y callaban, bajo la vigilancia de la madre semanera, quien, de vez en cuando, si á una mosca se la ocurría volar ó zumar contra la regla, abria y cerraba con estrépito un libro de madera. Este silencio estaba sazonado con las vidas de los santos, leídas en alta voz en un púlpito de escasa elevacion, con atril, que estaba situado al pié del crucifijo. La lectora de semana era siempre una colegiala de las grandes. De trecho en trecho había, sobre la mesa desnuda, unos barreños vidriados donde las discípulas lavaban ellas mismas su vaso y su cubierto, y á veces tambien echaban allí algunos restos ó desperdicios, como carne dura, ó pescado corrompido; por lo cual solian ser cas-

tigadas. Llamaban á aquellos barreños las *ruedas de agua*.

La alumna que rompía el silencio hacía una « cruz de lengua. » ¿ En dónde ? en el suelo. La obligaban á lamer las losas. El polvo, este fin de todas las alegrías, era el encargado de castigar á aquellas pobres hojitas de rosa, acusadas del crimen de gorjeo.

Había en el convento un libro que nunca se ha impreso sino á *único ejemplar*, y cuya lectura está prohibida. Este libro es la regla de San Benito. Arcano en que ninguna vista profana debe penetrar jamás. *Nemo regulas, seu constitutiones nostras, externis communicabit.*

Cierta día lograron las colegialas apoderarse á hurtadillas de este libro, y se pusieron á leerle con la mayor avidez; lectura interrumpida con frecuencia por el terror de verse sorprendidas, que las obligaba á menudo á cerrar el libro precipitadamente. De tan grande peligro como en esto corrieron, no sacaron sino placer mediocre. Algunas páginas ininteligibles, acerca de los pecados que cometen los muchachos, fué lo « más interesante » que en el libro hallaron.

Jugaban en una de las calles del jardín, orlada de algunos árboles frutales, bastante mezquinos. Á pesar de la extrema vigilancia y la severidad de los castigos, cuando el viento había sacudido los árboles, lograban á veces coger furtivamente del suelo una manzana verde, un albaricoque medio podrido, ó una pera habitada. Ahora dejaré hablar á una carta que tengo á la vista, carta escrita hace veinticinco años por una antigua pensionista, hoy la señora duquesa de —, una de las primeras elegantes de París. Cito textualmente: « Oculta una su pera ó su » manzana como puede. Cuando se sube á colocar el velo » sobre la cama, miéntras que nos llaman para cenar, las » metemos debajo de la almohada, y por la noche nos

» las comemos en la cama, y cuando no se puede otra cosa, se las come una en el lugar excusado. »

Este era uno de los más vivos deleites de las colegialas.

Con ocasion de otra visita pastoral que hi o el señor arzobispo al convento, una de las jóvenes citas, la señorita Bouchard, que tenía algo de la familia Montmorency, apostó con sus amiguitas á que se atrevería á pedir un día de asueto, lo cual era una enormidad inusitada en aquella comunidad tan austera. La apuesta fué aceptada, pero sin que ninguna de las que habían apostado con dicha alumna creyera que esta se atrevería á semejante cosa. Llegado el momento crítico, al pasar el arzobispo delante de las colegialas, la señorita Bouchard, con el indescripible asombro de sus compañeras, salió de las filas, y dijo: Monseñor, un día de asueto. La señorita Bouchard era alta y fresca, con la más linda carita de rosa que es posible imaginar. M. de Quelen se sonrió y dijo: *¡ Cómo, mi querida niña, un día de asueto ! Tres días, si ustedes quieren. Concedo tres días.* La priora nada podía contra esta decisión superior; el arzobispo había hablado, y no había más que decir. Grande escándalo para el convento, grande alegría para las discípulas. Júzguese el efecto.

Aquel claustro áspero y regañon no se hablaba sin embargo tan amurallado, que no penetraran en él la vida de las pasiones que bullen en el exterior, el drama mundano, y aun la novela. Para probarlo, nos limitaremos á consignar aquí brevemente un hecho real é incontestable, que por otra parte no tiene en sí mismo ninguna relacion con la historia que estamos refiriendo; y sólo mencionamos este hecho para completar en la mente del lector la fisonomía del convento.

En esta misma época á la cual nos referimos, había en el convento una persona misteriosa que no era monja, y á quien sin embargo trataban con grande respeto, como

cida en la casa bajo el nombre de *madama Albertina*. Nada se sabía de ella, sino que estaba loca, y que en el mundo pasaba por muerta. Bajo esta lúgubre historia existían, según se susurraba, ciertos arreglos de fortuna necesarios para un gran casamiento.

Aquella mujer, que apenas contaba unos treinta años, morena, bastante hermosa, tenía una mirada vaga y como distraída, con sus grandes ojos negros. ¿Veía acaso? Lo ponían en duda. Mas bien que andar, iba como deslizándose ó arrastrando los piés; y no hablaba nunca; apenas si podían asegurarse de que respiraba. Sus fosas nasales estaban escoriadas y lívidas como después del postrer suspiro de la agonía. Tocar á sus manos, era tocar el hielo. Notábase en ella la gracia extraña de un espectro. Donde entraba, al instante hacía frío. Un día que una monja la vió junto á sí, dijo á otra compañera suya: Pasa por muerta. — Tal vez lo está, contestó la otra monja.

Circulaban mil versiones diferentes acerca de *madama Albertina*, que era la eterna curiosidad de las colegialas. En la capilla había una tribuna á la cual daban el nombre de *el Ojo-de-Buey*. En esta tribuna, que no tenía sino un vano circular, un *ojo-de-buey*, es en donde *madama Albertina* asistía á los oficios. Habitualmente se hallaba allí sola, porque desde aquella tribuna, colocada en el primer piso, se podía ver al predicador ó al celebrante; lo que estaba prohibido á las religiosas. Un día ocupó el púlpito un joven sacerdote de alto rango, el señor duque de Rohan, par de Francia, oficial de los mosqueteros rojos en 1815 cuando era príncipe de León, muerto después cardenal y arzobispo de Besançon en 1830. Era aquella la primera vez que el señor de Rohan predicaba en el convento del *Petit-Picpus*. *Madama Albertina* asistía ordinariamente á los sermones y á los oficios con una calma perfecta y en la más completa inmovilidad. Aquel día, desde el momen-

to en que ella vió al señor de Rohan, cuasi se incorporó, y dijo en alta voz, en medio del gran silencio que reinaba en la capilla: ¡*Toma! Augusto!* Toda la comunidad, estupefacta, volvió la cabeza, el predicador levantó los ojos, pero *madama Albertina* había vuelto á caer en su inmovilidad. Un soplo del mundo exterior, un resplandor de vida había pasado un momento sobre aquella criatura extinguida y helada, y después todo se había desvanecido, y la loca se había convertido de nuevo en cadáver.

Sin embargo, aquellas dos palabras dieron pábulo á la conversacion de todas cuantas personas podían hablar en el convento. Cuántas cosas no decía aquel ¡*toma! Augusto!* ¡cuántas revelaciones! El señor de Rohan se llamaba en efecto Augusto. Era pues evidente que *madama Albertina* venía de la más alta sociedad, puesto que conocía al señor de Rohan, que aún ella misma pertenecía á un rango elevado, puesto que hablaba con tanta familiaridad de un señor tan encumbrado, y que tal vez tuviera con él alguna relacion, quizás de parentesco, y en todo caso, muy estrecha, puesto que conocía su « nombre de pila ».

Dos duquesas muy severas, las señoras de Choiseul y de Serent, visitaban á menudo la comunidad, donde podían penetrar sin duda en virtud del privilegio *Magnates mulieres*, y eran el terror de las colegialas. Cuando aquellas viejas pasaban, las pobres muchachas temblaban todas y bajaban los ojos.

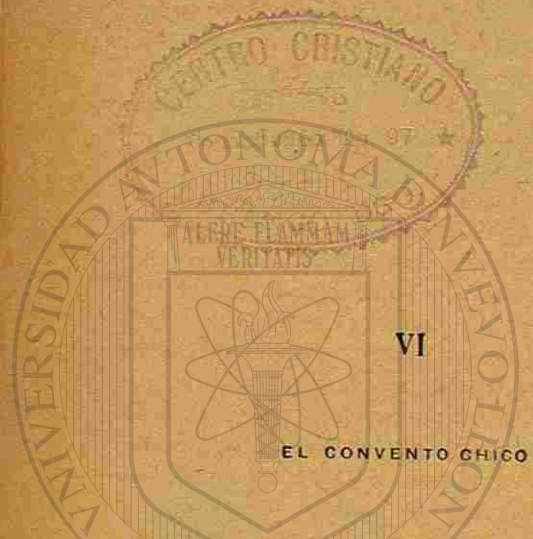
Por lo demás, sin que él lo notara, el señor de Rohan era objeto de atención por parte de las pensionistas. En aquella época acababa de ser nombrado gran vicario del arzobispo de París, hasta tanto que le llegaba el turno de la mitra; y una de las cosas que acostumbraba hacer con bastante frecuencia, era el ir á cantar los oficios á la capilla de las religiosas del *Petit-Picpus*. Ninguna de las jóvenes reclusas podía verle á causa de la cortina de sarga,

pero tenía una voz aguda y suave, que ellas habían llegado á reconocer y á distinguir. Había sido mosquetero; y además decíase de él que era muy galante, con un hermoso pelo castaño muy bien arreglado, á la romana, un ancho y magnífico cinturón de moaré, y su sotana negra del corte más elegante del mundo. Todas aquellas imaginaciones de diez y seis años se ocupaban mucho del magnífico vicario-duque.

Ningún rumor de fuera penetraba nunca en el convento. Sin embargo, hubo un año en que el sonido de una flauta logró llegar hasta el interior de aquellas habitaciones mudas y austeras. Fue esto, en verdad, un acontecimiento, y las pensionistas de aquel tiempo le tienen aún muy presente.

Era una flauta que álguien tocaba en la vecindad. Siempre hacía oír aquella flauta la misma tocata: una canción muy lejos hoy ya de nosotros: *Mi Zetulbé, ven á reinar en mi alma*, y el flautista solía repetirla dos ó tres veces al día. Horas enteras pasaban las jóvenes escuchando; las madres vocales estaban trastoradas, los cerebros trabajaban y llovían los castigos. Tal situación duró algunos meses. Todas las colegialas estaban más ó menos enamoradas del músico desconocido. Cada una soñaba para sí el papel de Zetulbé. El sonido de la flauta venía del lado de la calle Droit-Mur; habrían ellas dado todo cuanto poseían, todo lo habrían comprometido, todo lo habrían intentado, por ver, siquiera fuese un segundo, por entrever, por vislumbrar « al jóven » que tan deliciosamente tocaba la flauta, y que, sin saberlo él, tocaba también al mismo tiempo todas aquellas almas. Hubo algunas que se evadieron por una puerta de servicio y subieron al tercer piso sobre la calle Droit-Mur, á fin de probar á verle por entre las mismas ventanas de los vecinos. Imposible. Una de ellas fué hasta á pasar el brazo por en-

cima de la cabeza al traves de la verja, y agitó desde allí su pañuelo blanco. Aún hubo dos más atrevidas, quienes hallaron medio de trepar á lo alto de un tejado, corriendo un gran riesgo, pero con éxito completo, pues al fin lograron ver desde allí « al jóven ». Era un viejo emigrado noble, ciego y arruinado, que, para matar el tiempo, se entretenía en tocar la flauta en su granero



En este recinto del Petit-Picpus habia tres edificios enteramente distintos: el Convento Grande, que habitaban las religiosas, el Colegio, donde residian las discipulas, y por último, lo que llamaban el Convento Chico. Era este un cuerpo de habitacioⁿ, con jardin, donde se albergaban en comun toda especie de religiosas viejas de diferentes órdenes, restos de los claustros destruidos por la revolucion; una reunion extraña, de todas las mezcotanzas y de todos los baturrillos, negros, grises y blancos, de todas las comunidades y de todas las variedades posibles; lo que pudiera llamarse, si semejante asociacion de palabras fuera permitida, una especie de convento-arlequin.

Desde la época del imperio se habia permitido, á todas aquellas pobres mujeres dispersas y sin domicilio, que vinieran á abrigarse allí bajo el amparo de las benedicti-

nas-bernardinias. El gobierno las daba una corta pension; y las religiosas del Petit-Picpus las habian recibido con fraternal benevolencia. Era aquella una mezcla abigarrada y rara. Cada cual seguia su regla. Algunas veces se permitia á las alumnas del colegio, por via de grande recreacion, el hacerlas una visita; resultando de aquí, para la memoria de aquellas jóvenes, el recuerdo que aún guardan muchas de ellas, de la madre santa Basilia, de la madre santa Escolástica, de la madre Jacob y otras.

Una de estas refugiadas se hallaba allí como transportada á su propia casa. Era una religiosa de Santa Áurea, la única que sobrevivía de su Orden. El antiguo convento de las damas de Santa Áurea ocupaba, desde principios del siglo diez y ocho, precisamente esta misma casa del Petit-Picpus, que más adelante perteneció á las benedictinas de Martin Verga. Esta santa mujer, demasiado pobre para vestir el magnífico hábito de su orden, que era una túnica blanca con escapulario encarnado, habia vestido con ella piadosamente á un maniquí que enseñaba con especial complacencia, y que, á su muerte, legó á la casa donde la dieron hospitalidad. En 1824, no quedaba de aquella orden sino una sola religiosa; hoy ya no queda más que una muñeca.

Además de aquellas dignas madres, algunas otras señoras ancianas, del siglo, habian obtenido de la priora, como madama Albertina, permiso para vivir retiradas en el Convento Chico. Del número de estas eran madama de Beaufort d'Hautpoul y la señora marquesa Dufresne. Otra habia á quien no conocieron nunca en el convento bajo otro nombre que el de madama Estrepitosa, con el cual la bautizaron las alumnas, á causa del ruido formidable que hacia para sonarse.

Por los años de 1820 ó 1821, madama de Genlis, que redactaba en aquella época una pequeña revista periódica

intitulada *El Intrépido*, pidió permiso para entrar como pensionista en una celda del Petit-Picpus. El señor duque de Orleans la recomendó al efecto. Rumor en la colmena; las madres vocales se pusieron todas á temblar; madama de Genlis habia escrito novelas; pero declaró que ella era la primera en detestarlas, y ya habia llegado á su periodo de devocion hurana é insociable. Con la ayuda de Dios, y del príncipe tambien, entró al fin. Pero se marchó, al cabo de unos seis ú ocho meses, dando por razon que el jardín carecia de sombra. Las religiosas se alegraron mucho de verla salir de la casa. Aunque muy anciana, tocaba todavía el arpa, y bastante bien.

Al irse, dejó su marca en la celda. Madama de Genlis era supersticiosa y latinista. Dos palabras que dan de ella una semblanza bastante exacta. Pocos años há, veíanse aún encolados en la parte interior de un armario pequeño que habia en su celda, donde ella guardaba su dinero y sus joyas, estos cinco versos latinos escritos por su mano con tinta encarnada en papel amarillo, y que, en su opinion, tenían la virtud de ahuyentar á los ladrones:

Imparibus meritis pendet tua corpora ramis;
 Dismas et Gesmas, media est divina Potestas;
 Aita petit Dismas, infelix, infima, Gesmas;
 Nos et res nostras conservet summa potestas.
 Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.

Estos versos, en latin del siglo sexto, suscitan la cuestion de saber si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como se cree comunmente, Dimas y Gestas, ó Dismas y Gesmas. Esta ortografía habria podido contrariar las pretensiones que tenia, en el siglo anterior, el vizeconde de Gestas que se decia descendiente del mal ladron. Por lo demas, la virtud útil que se atribuye á estos versos constituye artículo de fe en la Orden de las hospitalarias.

La Iglesia de la casa, construida de manera que se separaba,

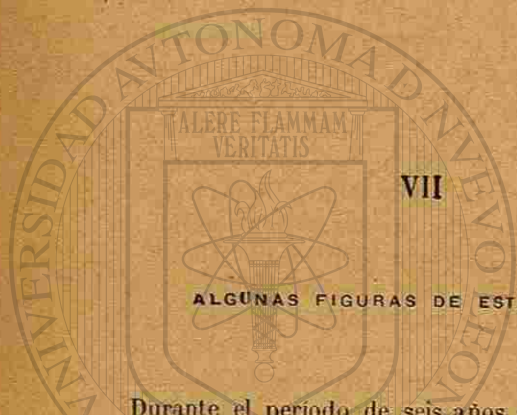
como un verdadero corte, el Convento Grande del Colegio, era, segun se comprende naturalmente, comun al Colegio, al Convento Grande y al Convento Chico. El público era tambien admitido en la capilla por una especie de entrada de lazareto dispuesta en la calle; pero todo estaba arreglado en términos que ninguna de las moradoras del claustro podia ver un rostro de afuera. Suponed una iglesia cuyo coro hubiera sido cogido por una mano gigantesca, y plegado en términos que forme, no ya como sucede en las iglesias ordinarias, una prolongacion detras del altar mayor, sino una especie de sala ó de caverna oscura á la derecha del celebrante; susponed esta sala cerrada por la cortina de siete piés de la cual hemos hablado ya; reunid en la sombra de esta cortina, en sillones de madera, las religiosas de coro á la izquierda, las colegialas á la derecha, las conversas y las novicias en el fondo, y os habréis formado alguna idea de las religiosas del Petit-Picpus, asistiendo al servicio divino. Esta caverna, que llamaban el coro, comunicaba con el claustro por un pasillo. La iglesia recibia la luz del jardín. Quando las religiosas asistian á los oficios en que suregla las ordenaba el silencio, sólo podia ser advertido el público de su presencia por el ruido que hacian las tablas de los asientos, al levantarlas ó al bajarlas.

La vice-priora era una vieja religiosa española, casi ciega, la madre Cíneres.

Las más encopetadas entre las *vocales* eran la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrúdis, primera maestra de novicias; la madre Santo Ángel, segunda maestra; la madre Anunciacion, sacristana; la madre San Agustín, enfermera, la única que era mala en todo el convento, y después, la madre Santa Mechtilde (señorita Gauvin), muy jóven, con una voz admirable; la madre de los Ángeles (señorita Drouet), que había estado ántes en el convento de las Hijas-de-Dios y en el convento del Tesoro, entre Gisors y Magny; la madre Santa Jo é (señorita de Cogolludo), la madre Santa Adelaida (señorita d'Auverney), la madre Misericordia (señorita de Cifuéntes, que no pudo resistir á las austeridades), la madre Compasion (señorita de la Miltière, recibida á la edad de sesenta años, á pesar de lo prescrito en la regla, pero muy rica); la madre Providencia (señorita de Laudinière); la madre Presentacion (señorita de Sigüenza), que fué priora en 1847; y por último, la madre Santa Celigna (hermana del escultor Ceraacchi), que se puso loca, y la madre Santa Chantal (señorita de Suzon), que sufrió la misma suerte.

También estaba allí, y figuraba entre las más hermosas, una linda moza de veintitres años, natural de la isla de Borbon, y descendiente del caballero Roze, que en el mundo se había llamado la señorita Roze, y en el convento recibió el nombre de la madre Asuncion.

La madre Santa-Mechtilde, encargada del canto y del coro, tenía naturalmente especial gusto en emplear en sus funciones á las alumnas del colegio. Generalmente solía tomar una escala completa, es decir, siete de diez años á diez y seis inclusive, un surtido de voces y de estaturas, y las hacía cantar de pié, alineadas de costado



Durante el periodo de seis años comprendido entre 1819 y 1825, fué priora del Petit-Picpus la señorita de Blemeur, cuyo nombre de religion era la madre Inocente. Pertenece á la familia de la Margarita de Blemeur, autora de las *Vidas de los santos de la Orden de San Benito*, y había sido reelecta. Era una mujer como de sesenta años, gruesa, de escasa talla, y que « cantaba como un jarro cascado, » dice la carta que hemos citado ya, lo que no impedía sin embargo que fuese una excelente señora, la única alegre que había en toda la comunidad, y por lo mismo, adorada de todas.

Sor Inocente tenía algo de su antepasada Margarita, la Dacier de la Orden. Era literata, erudita, sabia, competente, curiosamente historiadora, embutida de latín, rellena de griego, forrada de hebreo, más bien benedictino que benedictina.

por orden de edades, desde la más pequeña hasta la mayor; ofreciendo á la vista una especie de caramillo formado con ninfas, ó una flauta de Pan, viva y compuesta de ángeles.

Las hermanas conversas á quienes más querian las colegialas eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, que estaba mentecata, y sor San Miguel, que las hacía reir porque tenía la nariz muy larga.

Todas estas mujeres eran amables para con todas aquellas niñas. Las religiosas solo eran severas consigo mismas. En ninguna parte se hacía lumbre, sino en el Colegio, cuyos alimentos, comparados con los del convento, eran exquisitos. Además de esto, se prodigaban á las alumnas mil cuidados. Sólo que cuando una niña pasaba junto á una religiosa y dirigía á esta la palabra, la religiosa no contestaba jamas.

Esta regla del silencio habia dado allí ocasion á una extraña singularidad: que mientras se retiraba la palabra en todo el convento á las criaturas humanas, se concedía el uso de ella á los objetos inanimados, tales como las campanas de la iglesia y el cascabel del jardinero. Un esquilon muy sonoro colocado junto á la tornera y que se oía en toda la casa, indicaba, por medio de diferentes toques, que eran como una especie de telégrafo acústico, todos los actos de la vida material que habia que ejecutar, y llamaba al locutorio, si era necesario, á tal ó á cual moradora de la casa. Cada persona y cada cosa tenía su toque diferente. La priora tenía uno y uno; la vice-priora uno y dos. Seis-cinco anunciaba la clase, de modo que las alumnas no solian decir nunca ir á la clase, sino ir á seis-cinco. Cuatro-cuatro era la llamada de madama de Genlis. Se la oía con bastante frecuencia. *Es el diablo á cuatro* decian las que no brillaban mucho por su caridad para con aquella anciana pensionista. Diez y nueve

campanadas anunciaban un grande acontecimiento, — la apertura de la gran *puerta de clausura*, horrible plancha de hierro erizada de cerrojos, que no giraba sobre sus goznes sino para el arzobispo.

Exceptuando á él, y al jardinero, hemos dicho que ningun hombre entraba nunca en el convento. Las colegialas veian otros dos: el uno era el capellan, el abate Banés, viejo y feo, á quien podian contemplar en el coro, por entre una v.rja; y el otro era el profesor de dibujo, M. Ansiaux, á quien la carta de la cual hemos tomado ya algunas líneas llama *M. Anciot*, y le califica de *viejo horroroso y jorobado*.

Segun se ve, todos los hombres eran como escogidos. Tal era aquella curiosa mansion.



Después de haber bosquejado la figura moral, no estará demás que indiquemos en pocas palabras la configuración material de aquella casa. Ya el lector tiene alguna idea de ella.

El convento del Petit-Piepus-Saint-Antoine ocupaba casi enteramente el vasto trapecio que resultaba de las intersecciones de la calle Polonceau, de la calle Droit-Mur, de la callecita Piepus, y de la callejuela condenada que en los antiguos planos lleva el nombre de calle Aumarais. Estas cuatro calles circunvalaban aquel trapecio como lo haría un foso. El convento se componía de diferentes cuerpos de edificio y de un jardín. El bastimento principal, tomado en su conjunto, era un agregado de construcciones híbridas que, consideradas á vista de pájaro, figuraban

bastante exactamente una horca colocada en el suelo. El brazo mayor de la horca ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur, comprendido entre la callecita de Piepus y la calle Polonceau; el brazo menor era una alta, gris y severa fachada con verja que miraba á la pequeña calle de Piepus; la puerta cochera n.º 62 marcaba su extremidad. Hacia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza blanqueaban una puerta vieja, cimbrada, de escasa elevación, donde las arañas tejían tranquilas sus telas, que no se abría sino los domingos, durante una ó dos horas, y en las raras ocasiones en que salía del convento el féretro de una religiosa. Aquella era la entrada pública de la iglesia. El codo de la horca era una sala cuadrada que hacía servicios de repostería, y que las religiosas llamaban *la despensa*. En el brazo mayor estaban las celdas de las madres y de las hermanas, y el noviciado. En el brazo menor las cocinas, el refectorio, con el claustro y la iglesia. Entre la puerta número 62 y la esquina de la callejuela cerrada Aumarais, se hallaba el Colegio, que no se veía desde fuera. El resto del trapecio formaba el jardín que estaba mucho más bajo que el nivel de la calle Polonceau; por lo cual las paredes eran mucho más altas por dentro que en el exterior. El jardín, ligeramente combado, tenía en el centro, en la cima de un terrontero, un hermoso abeto, puntiagudo y cónico, del cual partían, como los rayos de una estrella, cuatro grandes calles de árboles, y, dispuestas de dos en dos en los empalmes de las grandes, ocho calles pequeñas, de modo que, si el jardín hubiera sido circular, el plano geométrico de estas avenidas se habría asemejado á una cruz colocada sobre una rueda. Las calles de árboles tenían desiguales longitudes, yendo á terminar todas en las paredes del jardín cuya irregularidad era extrema. Dichas calles estaban orilladas de groseros. En el fondo, una calle de grandes álamos iba

desde las ruinas del convento viejo, que estaba en la esquina de la calle Droit-Mur, á la casa del Convento Chico, que se hallaba en la esquina de la callejuela Aumarais. Delante del Convento Chico estaba lo que llamaban el jardín pequeño. Añádase á este conjunto un patio, toda especie de ángulos variados que formaban los cuerpos de edificio interiores, como paredes de cárcel, y por toda perspectiva y por toda vecindad la larga línea negra de tejados que guarnecía el otro lado de la calle Polonceau; y se podrá formar una idea completa de lo que era, cuarenta y cinco años há, la casa de las bernardinas del Petit-Picpus. Esta santa casa habia sido edificada precisamente en el solar de un juego de pelota famoso en los siglos catorce al diez y seis, y al cual llamaban el *Trinquete de los once mil diablos*.

Por lo demás, todas aquellas calles eran de las más antiguas de París. Estos nombres, Droit-Mur y Aumarais, son muy viejos; y las calles que los llevan son mucho más viejas que ellos. La callejuela Aumarais se ha llamado callejuela Mangout; la calle Droit-Mur se llamó la calle de los Églantiers, pues Dios abría la flores ántes que el hombre tallase las piedras.

IX

UN SIGLO BAJO UN GRÍŃON

Puesto que nos ocupamos en los detalles de lo que en otro tiempo fué el convento del Petit-Picpus y hemos osado abrir una ventana para ver aquel discreto asilo, permitáanos aún el lector una pequeña digresion, extraña al fondo de este libro, pero característica y útil, por cuanto hace ella comprender que aún en el claustro nunca faltan figuras originales.

En el Convento Chico habia una centenaria procedente de la abadía de Fontevrault. Ántes de la revolucion habia ella pertenecido á la alta sociedad, ó, á lo ménos, habia vivido entre ella ó en sus cercanías. Solía hablar mucho de M. de Miromesnil, guardaséellos en tiempos de Luis XVI, y de una presidenta Duplat á quien ella conocía mucho. Su mayor placer y su más exquisita vanidad consistían en sacar á colacion estos dos nombres á propósito de cualquier cosa.

Decía mil maravillas de la abadía de Fontevrault, que era como una ciudad, y que había calles en el monasterio.

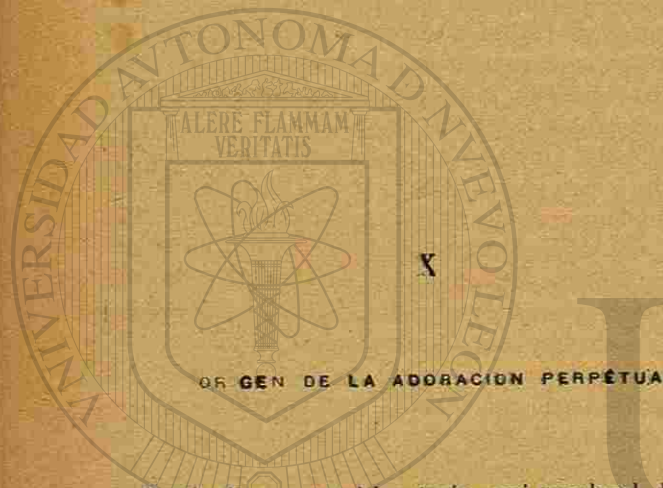
Hablaba con su acento picardo, que divertía mucho á las colegialas. Todos los años renovaba solemnemente sus votos, y, en el instante de hacer su juramento, decía al sacerdote: Monseñor san Francisco se lo confió á monseñor san Julian, monseñor san Julian se lo confió á monseñor san Eusebio, monseñor san Eusebio se lo confió á monseñor san Procopio, etc., etc.; así, yo se lo confío á usted, padre. — Y las colegialas se reían, no bajo la capa sino bajo el velo; graciosas risitas ahogadas que hacían fruncir el entrecejo á las madres vocales.

En otra ocasión, la centenaria refería sus historias. Decía que, *en su juventud, los bernardinós no cedían en nada á los mosqueteros*. Era un siglo quien hablaba, pero era el siglo diez y ocho. Describía la costumbre champañesa y borgoñona de los cuatro vinos ántes de la revolución. Cuando un gran personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, un duque, un par, pasaba por una ciudad de la Borgoña ó de la Champaña, la municipalidad salía á recibirle y á arengarle, y le presentaba cuatro tazas de plata en cada una de las cuales habían echado diferente vino. En el primer cubilete se leía esta inscripción: *vino de mono*, en el segundo: *vino de león*, en el tercero: *vino de carnero*, y en el cuarto: *vino de marrano*. Estas cuatro leyendas expresaban los cuatro grados que desciende el borracho: la primera embriaguez, la que alegra, la segunda, la que irrita; la tercera, la que atonta; la cuarta, en fin, la que embrutece.

Encerraba ella bajo llave en un armario cierto objeto misterioso por el cual mostraba el mayor interés. La regla de Fontevrault no se lo prohibía. Á nadie quería ella nunca enseñar aquel objeto. Acostumbraba á encerrarse, lo cual la era permitido por su regla, y así escondida, es co-

mo se ponía ella á contemplar á solas aquella maravilla, cada vez que la memoria excitaba en ella el deseo de contemplarla. Si por casualidad oía pasos en el corredor, volvía á cerrar su armario tan precipitadamente como era posible hacerlo á sus viejísimas manos. Cuando la hablaban de esto, ella que tanto gustaba de hablar, guardaba sin embargo el mayor silencio. A. te este silencio fracasaron las más curiosas, y las más tenaces se estrellaron contra su ruda obstinación. Así que, era aquello materia de comentarios para todas las personas que se hallasen desocupadas ó aburridas en el convento. ¿Qué podría ser, pues, aquella cosa tan preciosa y tan secreta que constituía el tesoro de la centenaria? ¿Sin duda algún libro? ¿algún rosario especial, único en su clase? ¿alguna reliquia probada? Todo el mundo se perdía en conjeturas. Á la muerte de la pobre vieja, corrieron al armario, tal vez con más prisa de lo que habría sido conveniente, y le abrieron; encontrando en seguida el objeto misterioso envuelto en tres paños de hilo blanco, como una patena bendita. Era un plato de Faenza representando unos amores que volaban perseguidos por varios mancebos de botica armados de enormes jeringas. Unos y otros, perseguidores y perseguidos, abundan en gestos y en posturas cómicas. Uno de los lindos amorcillos se hallaba ya enteramente ensartado. Resiste y se defiende como puede, agitando sus alas y probando á volar aún, pero el diabólico aprendiz de boticario reía con una risa satánica. Moralidad: el amor vencido por el cólico. Aquel plato, que sin duda era bastante curioso, y tal vez tuvo el honor de dar una idea á Molière, existía aún en Setiembre de 1845; nallábase de venta en una tienda de bric-á-brac del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena anciana no quería recibir nunca ninguna visita de fuera, *á causa*, decía ella *de que el locutorio es demasiado triste*.



Por lo demas, aquel locutorio, casi sepulcral, del cual hemos procurado dar una ligera idea, es un hecho enteramente local, que no se reproduce con la misma severidad en otros conventos. Particularmente en el de la calle del Temple, que, á la verdad, era de otra orden, los tabloncillos negros estaban reemplazados por cortinas color de café, y la pieza del locutorio era una sala entarimada cuyas ventanillas estaban adornadas con jabellores de muselina blanca y cuyas paredes admitian to la especie de cuadros, el retrato de una benedictina con el rostro descubierto, ramos de flores pintados y hasta una cabeza de Turco.

En el jardín del convento de la calle del Temple es donde se hallaba aquel célebre castaño de Indias que pasaba por el más corpulento y el más hermoso de Francia, y

que, entre las buenas gentes del siglo diez y ocho, tenia la fama de ser *el padre de todos los castaños del reino*.

Este convento del Temple, segun hemos dicho ya, se hallaba ocupado por benedictinas de la Adoracion Perpetua, benedictinas muy distintas de las que pertenecian á la Orden cisterciense. Esta otra Orden de la Adoracion Perpetua no es muy antigua, remontándose apenas á unos doscientos años. En 1649, fué dos veces profanado el Santísimo Sacramento, en el breve espacio de algunos dias, en dos iglesias de París, en San Sulpicio y en San Juan en Grève, sacrilegio espantoso y raro, que llenó de turbacion á toda la ciudad. El señor prior-gran-vicario de San-Germain de los Prados ordenó una solemne procesion de todo su clero, oficiando el nuncio del papa. Pero la expiacion no pareció suficiente á dos piadosas señoras, madama Courtin, marquesa de Boucs, y la condesa de Châteauevieux. Este ultraje hecho al « augustísimo sacramento del altar, » aunque pasajero, no salia de aquellas dos santas almas, y las pareció que no podia ser reparado sino por una « Adoracion Perpetua » en algun monasterio de siervas del Señor. Ambas señoras, la una en 1632, y la otra en 1633, hicieron donacion de sumas notables á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa benedictina, para fundar, con tan piadoso objeto, un monasterio de la Orden de San-Benito; el primer permiso para esta fundacion fué dado á la madre Catalina de Bar por M. de Metz, abad de San German, « con la carga de que ninguna jóven podria ser recibida, sin traer una pension de trescientas libras, ó sea, un capital de seis mil libras. » Despues del abad de San German, el rey concedió letras-patentes, siendo todo, carta abacial y cédulas reales, ratificado en 1654, en el tribunal mayor de cuentas y en el parlamento.

Tal es el origen y la consagracion legal del establecimiento de las benedictinas de la Adoracion Perpetua del

Santísimo Sacramento en París. Su primer convento fué edificado de nueva planta, en la calle Cassette, con el dñer de las señoras de Boucs y de Châteaueuix.

Segun se ve, esta Órden no se confundia con las benedictinas Hamadas de Citeaux (las cistercienses). Dependia del abad de San German de los Prados, á la manera que las damas del Sacré-Cœur (Sagrado Corazon) dependen del general de los jesuitas, y las hermanas de Caridad del general de los lazaristas.

Tambien era enteramente distinta de las bernardinas del Petit-Picpus, cuyo interior acabamos de mostrar. En 1627, el papa Alejandro VII autorizó, por un breve especial, á las bernardinas del Petit-Picpus para que practicasen la Adoracion Perptéua como las benedictinas del Santísimo Sacramento. Mas no por eso dejaban de ser distintas estas dos Órdenes.

XI

FIN DEL PETIT-PICPUS

Desde principios de la Restauracion, el convento del Petit-Picpus caminaba ya hácia su ruina, participando á su vez de la muerte general de la Órden, la cual, despues del siglo diez y ocho, va desapareciendo como todas las órdenes religiosas. La contemplacion, lo mismo que la oracion, son necesidades de la humanidad; pero como todo cuanto ha tocado la Revolucion, se transformará, haciéndose favorable, en vez de hostil al progreso social.

La casa del Petit-Picpus se iba despoblando á toda prisa. En 1840, el Convento Chico habia desaparecido, y tambien el Colegio. Ya no habia ni las monjas ancianas ni las alumnas jovencitas; unas se habian muerto, las otras se habian marchado. *Volaverunt.*

La regla de la Adoracion Perptéua es tan extremadamente rigida, que causa un verdadero terror; las vocacio-

nes retroceden, la Orden no se puede ya reclutar. En 1845, todavía se obtenían acá y acullá algunas hermanas conversas; pero religiosas de coro, ninguna. Hace cuarenta años, había cerca de cien religiosas: hace quince años, ya no eran sino veintiocho. ¿Cuántas hay hoy? En 1847, la priora era joven, señal evidente de que el círculo de elegibles era muy reducido. No llegaba á los cuarenta años. En la proporción en que disminuye el número, aumenta la fatiga; el servicio de cada una se hace más penoso; desde entónces veíase ya acercarse el momento en que no quedarían sino una docena de espaldas encorvadas y doloridas para soportar la pesada regla de San Benito. La carga es terrible, y la misma para pocas que para muchas religiosas. Pesaba, pues, y las aniquilaba. Así solían morir á menudo. En el tiempo en que el autor de este libro habitaba aún en París, fallecieron dos, una de veinticinco años y la otra de veintitres. Esta puede decir como Jul a Alpínula: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres*. Por causa de esta decadencia, se vió precisado el convento á renunciar á la educación de las jóvenes.

No hemos podido pasar ante esta casa extraordinaria, desconocida, oscura, sin entrar en ella, y sin hacer entrar á los espíritus que nos acompañan y que nos oyen referir, al vez para utilidad de algunos de ellos, la melancólica historia de Juan Valjean. Hemos penetrado en esa comunidad enteramente llena de aquellas prácticas antiguas que hoy parecen tan nuevas. Es el jardín cerrado, *Hortus conclusus*. Hemos hablado detalladamente, pero con respeto, de esa singular mansión, á lo menos, tanto cuanto es posible conciliar el respeto y los detalles. No todo comprendemos, pero nada insultamos. Estamos á igual distancia del hosanna de José de Maistre que concluye por santificar al verdugo y de la fisga de Voltaire que va hasta á ridiculizar el crucifijo.

Illogicismo de Voltaire, sea dicho de paso; pues Voltaire hubiese defendido á Jesús como defendía á Calas; y, áun á los ojos de aquellos mismos que niegan las encarnaciones sobrehumanas, ¿qué representa el crucifijo? El sabio, el justo asesinado.

En el siglo diez y nueve, la idea religiosa sufre una crisis. Se desaprenden ciertas cosas, y se hace bien, con tal que, al desaprender aquello, se aprenda esto. Nada de vacío en el corazón humano. Hácense ciertas demoliciones, y es bueno que se hagan, pero con la condición de que á ellas se sigan nuevas reconstrucciones.

Entre tanto, estudiemos las cosas que ya no existen. Es necesario conocerlas, aunque no sea más que para evitarlas. Las falsificaciones del pasado toman falsos nombres, y ufanas se llaman el porvenir. Esta alma en pena, este aparecido, este espectro que se llama el pasado, es propenso á falsificar su pasaporte. Tratemos, pues, de conocer bien la trampa. Desconfiemos. El pasado tiene un rostro, la superstición, y una máscara, la hipocresía. Denunciemos el rostro y arranquemos la máscara.

Por lo que hace á los conventos, ofrecen una cuestión compleja. Cuestión de civilización, que los condena; cuestión de libertad, que los protege.



LIBRO SÉPTIMO

PARÉNTESIS

UANL
I

EL CONVENTO, IDEA ABSTRACTA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este libro es un drama cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

Partiendo de este principio, y habiendo encontrado un convento en nuestro camino, hemos debido penetrar en él. ¿Por qué? Porque el convento, que es propio del Oriente como del Occidente, de la antigüedad como de los tiempos modernos, del paganismo, del boudhismo, del mahometismo, como del cristianismo, es uno de los aparatos de óptica aplicados por el hombre al infinito.

No es este el lugar de desenvolver ciertas ideas más allá de la medida que conviene á un libro de esta naturaleza; sin embargo, sin dejar de mantener absolutamente nuestras reservas, nuestras restricciones, y aún nuestras indignaciones, — debemos decirlo, — siempre que hallamos en el hombre al infinito, bien ó mal comprendido, nos sentimos llenos de un profundo respeto. Hay en la sinagoga, en la mezquita, en la pagoda, en el wigwam, un lado horrible que execramos, y un lado sublime que adoramos. ! Qué contemplacion para el espíritu y qué dulce enseño, qué dilirio sin fondo! la reverberacion de Dios en la pared humana.

II

EL CONVENTO, HECHO HISTÓRICO

Bajo el punto de vista de la historia, de la razon y de la verdad, el monaquismo está condenado.

Cuando en una nacion abundan los monasterios, son otros tantos nudos que obstruyen la circulacion, establecimientos que estorban, centros de pereza allí donde se necesitan centros de trabajo. Las comunidades monásticas son á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga es al cuerpo humano. Su prosperidad y su robustez son el empobrecimiento del país. El régimen monacal, bueno al principio de las civilizaciones, útil para producir la reduccion de la brutalidad por la espiritualidad, es malo para la virilidad de los pueblos. Ademas, cuando se relaja, y entra en su pe-

ríodo de desarreglo, como co linúa dando el ejemplo, se hace malo por todas las razones que le constituían saludable en su período de pureza.

Los claustros concluyeron ya su época. Útiles á la primera educacion de la civilizacion moderna, han sido molestos y embarazosos para su crecimiento, y son nocivos para su completo desarrollo. Como institucion, como un modo de formacion para el hombre, los monasterios, buenos en el siglo diez, discutibles en el décimoquinto, son ya detestables en el siglo diez y nueve. La lepra monacal ha llegado casi hasta á corroer y descarnar el esqueleto de dos admirables naciones, la Italia y la España, luz la una, y la otra esplendor de la Europa durante muchos siglos, y, en la época en que nos hallamos, esos dos pueblos ilustres no comienzan á reponerse sino gracias á la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, particularmente el antiguo convento de mujeres, tal cual aparece aún á principios del presente siglo en Italia, en Austria, en España, es una de las más sombrías concreciones de la edad média. El claustro, ese claustro, es el punto de interseccion de los terrores. El claustro católico propiamente dicho, está todo él lleno de la negra irradiacion, del siniestro resplandor de la muerte.

Sobre todo, el convento español es fúnebre. Allí se elevan en la oscuridad, bajo unas bóvedas llenas de bruma, bajo cúpulas vagas á fuerza de sombra, babélicos altares macizos, altos como catedrales; pendientes de cadenas vense en las tinieblas inmensos crucifijos blancos; grandes Cristos de marfil muéstranse desnudos sobre el ébano; más bien que ensangrentados, chorreando sangre; pavorosos y magníficos, con los codos enseñando los huesos, las rótulas mostrando los tegumentos, las llagas dejando ver las carnes, coronados de espinas de plata, en-

clavados con clavos de oro, rubíes representando gotas de sangre en la frente, y diamantes figurando lágrimas en las mejillas y en los ojos. Aquellos diamantes y aquellos rubíes parecen mojados, y hacen llorar abajo, en la sombra, á unas criaturas cubiertas con velo negro que tienen los ijares martirizados por el cilicio y por las disciplinas con puntas de hierro, los pechos aplastados por zarzos de mimbre, las rodillas desolladas por la oracion en esa actitud; mujeres que se creen esposas; espectros que se creen serafines. ¿Aquellas mujeres piensan por ventura? no. ¿Tienen una voluntad? no. ¿Tienen amor? no. ¿Tienen vida? no. Sus nervios se han convertido en huesos; sus huesos se han transformado en piedras. Su velo es la noche tejida. Su aliento bajo aquel velo se parece á no sé qué trágica respiracion de la muerte. La abadesa, una larva, las santifica y las aterra. La inmaculada está allí, huraña é insociable. Tales son los viejos monasterios de España. Guardas de la devocion terrible, antros de vírgenes, mansiones feroces.

La España católica era más romana que la misma Roma. El convento español era por excelencia el convento católico. Traslucíase allí el Oriente. El arzobispo, kislaraga del cielo, echaba los cerrojos y espiaba aquel serrallo de almas reservadas á Dios. La monja era la odalisca, y el sacerdote el eunuco. Las más fervientes eran escogidas en sueños, y poseian á Cristo. Por la noche, el hermoso jóven desnudo descendia de la cruz, y era el éxtasis de la celda. Altas murallas guardaban contra toda distraccion viviente á la sultana mística que tenía al crucificado por sultan. Una sola mirada del exterior era una infidelidad. El *in pace* reemplazaba al saco de cuero. Lo que en Oriente se arrojaba al mar, se arrojaba á la tierra en Occidente. En ambas partes habia mujeres torciéndose los brazos; para unas la onda, para otras la fosa;

allí las ahogadas, aquí las enterradas. Paralelismo monstruoso.

Los defensores del pasado, no pudiendo negar tales cosas, han tomado hoy el partido de sonreírse al escucharlas. Hase puesto á la moda una manera cómoda y extraña de suprimir las revelaciones de la historia, de infirmar los comentarios de la filosofía, y elidir todos los hechos embarazosos y todas las cuestiones sombrías. *Materia de declamaciones*, dicen los hábiles. Declamaciones, repiten los necios. Juan-Jacobo, declamador; Diderot, declamador; yo no sé quién ha encontrado últimamente que Tácito era un declamador, que Nerón era una víctima, y que decididamente era menester compadecerse « de ese pobre Holofernes ».

Sin embargo, los hechos son muy difíciles de desconcertar, y muestran siempre una grande obstinacion. El autor de este libro ha visto, con sus propios ojos, á ocho leguas de Brusélas, donde todo el mundo puede aún ver, pues que están á la mano, señales evidentes de lo que era esa vida en la edad média, en la abadia de Villers, *la fosa del olvido*, en medio del prado que fué patio del claustro, y, á orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo la tierra, mitad bajo el agua. Estos eran los *in pace*. Cada uno de los calabozos conserva un resto de puerta de hierro, una letrina, y una claraboya enrejada, que, por la parte de fuera, está á dos piés sobre el nivel de río, y por dentro, á seis piés por bajo del suelo. Cuatro piés de agua corren exteriormente á lo largo de la pared del calabozo, cuyo suelo está siempre mojado. Esta tierra mojada servia de lecho al habitante del *in pace*. En uno de estos calabozos, hay todavía un trozo de argolla (*carcan*) empotrado en la pared; en giro se ve una especie de caja cuadrada hecha con cuatro losas de granito, demasiado corta para acostarse en ella, demasiade

baja para incorporarse de pié. Allí introducían un sér viviente, cubriéndole enteramente con una tapa de piedra. Esto existe, y se puede ver aún y palpar. Esos *in pace*, esos calabozos, esos goznes de hierro, esas argollas, esa alta claraboya al nivel de la cual corre el río, esa caja de piedra cerrada con su tapadera de granito como una tumba egipcia, con la diferencia de que aquí el muerto era un viviente, ese suelo que es un verdadero lodazal, ese hoyo que servía de letrina, esas paredes re-udando agua, qué declamadores!

de hábito, la profesion, es decir el entierro de almas vivientes. Añádanse aún los suplicios individuales á las degradaciones nacionales, y, quienquiera que seáis, no podréis menos de estremeceros ante la capucha y el velo, esos dos sudarios de invencion humana.

Y sin embargo, en ciertos países, en ciertos lugares, en despecho de la filosofia, en despecho del progreso, el espíritu claustral persiste aún en pleno siglo diez y nueve, y una singular y extravagante recrudescencia ascética asombra en este momento al mundo civilizado. La pertinacia que las instituciones envejecidas muestran en perpetuarse se parece á la obstinación del rancio perfume que reclamara nuestra cabellera, á la pretension del pescado corrompido que se empeñara en que le comieran, á la persecucion del traje de niño que quisiera vestir al hombre, y á la ternura de los cadáveres que viniesen á abrazar á los vivos.

¡Ingratos! dice el traje. Yo os protegí en el mal tiempo. ¿Por qué ahora ya me habéis de rechazar? Yo vengo ó vine, del mar, dice el pescado. Yo fui rosa, dice el perfume. Yo os he amado, dice el cadáver. Yo os he civilizado, dice el convento.

Esto sólo tiene una respuesta: Antaño.

Soñar con la prolongacion indefinida de las cosas muertas y con el gobierno de los hombres por embalsamamiento, restaurar los dogmas en mal estado, redorar las urnas de las reliquias, revocar los claustros, rebendecir los relicarios, restaurar las supersticiones, reconfortar los fanatismos, renovar el mango al hisopo y el pomo á la espada, reconstituir el monaquismo, creer en la salvacion de la sociedad por la multiplicacion de los parásitos, imponer el pasado al presente, parece una cosa bastante extraña. Y sin embargo, hay teóricos para tales teorías. Estos teóricos, quienes por otra parte no carecen de ingenio, emplean un procedimiento muy sencillo; aplican sobre el pasado una



Tal cual ha existido en España, tal cual existe en el Thibet, el monaquismo es para la civilizacion una especie de tísis, que embarga y corta la vida á los individuos, y también á la sociedad, contribuyendo poderosamente, de un modo directo ó indirecto, á despoblar el país en que él extiende sus estragos. Enclaustracion, castracion. En Europa ha sido funesta plaga. Añádase á esto la violencia que de ordinario suele hacerse á las conciencias, las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en el claustro, la primogenitura, el mayorazgo relegando, al monaquismo todo el sobrante de la familia, las ferocidades de que acabamos de hablar, los *in pace*, las bocas cerradas, los cerebros murados, tantas inteligencias agostadas y encerradas en los calabozos de los votos eternos, la toma

capa de barniz que ellos llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto á nuestros ascendientes, autoridad antigua, santa tradicion, legitimidad, religion; y gritan por todas partes: ¡Ya lo ven ustedes! es preciso que los hombres de bien respeten todo esto. — Los antiguos conocian ya esta misma lógica. Los arúspices la practicaban. Frotaban con creta una ternera negra, y decian: Es blanca. *Bos cretatus*.

Por lo que hace á nosotros, respetamos en gran parte y perdonamos en todas al pasado, con tal que él consienta ya en declararse muerto. Si aún se obstina en vivir, le atacaremos y trataremos de matarle cuanto antes.

Supersticiones, mojigatez, santurronería, hipocresía, preocupaciones, todas estas fantasmas, estas larvas, con ser larvas y todo, son sin embargo tenaces á la vida; tienen dientes y uñas en su negro ideal; y es preciso comprimir las cuerpo á cuerpo, á brazo partido, y hacerlas la guerra, pero guerra sin tregua ni respiro; pues una de las fatalidades de la humanidad es el verse condenada al eterno combate contra las fantasmas. Es cosa difícil el asir á la sombra por el cuello y dar con ella en tierra.

Un convento en Francia, en la segunda mitad del siglo diez y nueve, es un colegio de buhos haciendo frente á la luz. Un claustro, es flagrante delito de ascetismo en medio de la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848. Roma ostentándose en París, es un anacronismo. En tiempos ordinarios, para disolver un anacronismo y hacerle de vanecer, no hay más que obligarle á deletrear el milésimo del año. Pero no nos hallamos en tiempos ordinarios.

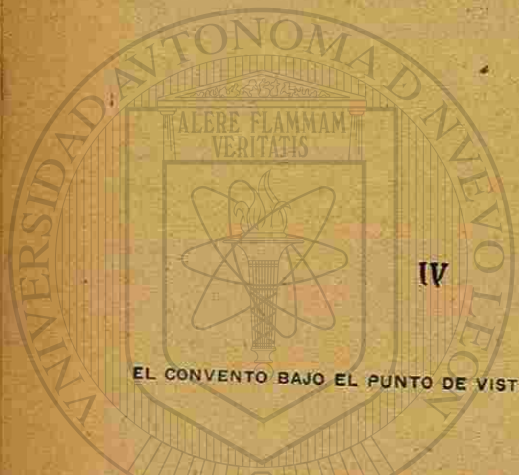
Combatimos.

Combatimos, sí, pero distinguimos. Es propio de la verdad el no ser nunca excesiva. ¿Necesita ella acaso exagerar? Hay lo que conviene destruir, y hay lo que buenamente conviene esclarecer y considerar. ¡Cuán grande es la fuerza

del exámen benévolo y grave! No llevemos la llama allí donde basta con la luz.

Por consiguiente, una vez dado el siglo diez y nueve, como dato inconcuso y decisivo, somos contrarios, en tésis general, y en todos los pueblos, en Asia como en Europa, en la India como en Turquía, al ascetismo claustral. Quien dice convento dice pantano. Su podredumbre es evidente, su estagnacion malsana, su fermentacion enferma á los pueblos y los enerva; su multiplicacion los convierte en una verdadera plaga de Egipto. No podemos pensar sin cierto terror en esos países donde los fakires, los bonzos, los santones, los caloyers, los marabouts, los talapuinos y los dervises pululan hasta el extremo de producir la comezon verminosa.

Dicho esto, la cuestion religiosa subsiste. Esta cuestion tiene ciertas fases misteriosas, casi formidables. Séanos, pues, permitido considerarla fijamente.



Varios hombres se reúnen y habitan en comun. ¿ En virtud de qué derecho? en virtud del derecho de asociación.

Se encierran en su casa. ¿ En virtud de qué derecho? en virtud del derecho que tiene todo hombre de abrir ó cerrar su puerta.

No salen. ¿ En virtud de qué derecho? en virtud del derecho de ir y de venir, el cual implica el derecho de quedarse en casa.

Pero allí, encerrados en su casa, ¿ qué es lo que hacen?

Hablan en voz baja; bajan también los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, á las ciudades, á la sensualidad, á los placeres, á la vanidad, al orgullo, á los intereses. Vistense de lienzo grueso ó de gruesa lana. Ninguno de ellos posee nada en propiedad. Al entrar allí, el que era rico se con-

vierte en pobre. Lo que posee, se lo da á todos. El que era lo que se llama un noble, un hidalgo, un señor, es igual al que era un simple campesino. La celda es idéntica para todos. Todos sufren igual tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen sobre la misma paja, mueren sobre la misma ceniza. La misma cuerda en la cintura, el mismo saco á la espalda. Si la regla prescribe que lleven los piés desnudos, todos van descalzos. Entre ellos puede haber un príncipe, pero este príncipe es la misma sombra que los otros. Allí no se reconocen títulos. Hasta los nombres de familia desaparecen. Todos se hallan sometidos á la igualdad de los nombres de pila. Han disuelto la familia carnal, y constituido en el claustro la familia espiritual. Sus únicos parientes son todos los hombres. Socorren á los pobres, asisten á los enfermos. Eligen á aquellos á quienes despues prestan ciega obediencia. Llámanse unos á otros: hermano.

Me detenéis aquí sin duda y exclamáis: — ¡ Pero ese es el convento ideal!

Basta que sea el convento posible, para que deba yo tenerle en cuenta.

De aquí procede que, en el libro anterior, he hablado de un convento con acento respetuoso. Descartada la edad média, descartada el Asia, reservada la cuestion histórica y política, bajo el punto de vista filosófico puro, fuera de las necesidades de la política militante, con la condicion de que el monasterio sea absolutamente voluntario y no encierre sino verdaderos consentimientos, yo consideraré siempre á la comunidad claustral con cierta gravedad atenta, y bajo ciertos aspectos, con deferencia. Donde hay una comunidad, hay una sociedad comunal, un concejo, un municipio, y donde está todo esto, está el derecho. El monasterio es el producto de la fórmula: Igualdad, Fraternidad. ¡ Oh! cuán grande es la libertad! y qué espléndida transfigura-

ción! la libertad basta para transformar al monasterio en república.

Continuemos, pues.

Esos hombres, y esas mujeres, que están encerrados entre cuatro paredes, se visten de sayal, son iguales, se apellidan hermanos, está bien; ¿pero hacen todavía otra cosa?

Si.

¿Qué más hacen?

Miran hacia la oscuridad, se arrodillan, y cruzan las manos.

Y esto, ¿qué significa?

V

LA GRACION

Están orando.

¿A quién?

A Dios.

¿Orar, rogar á Dios, qué quiere decir esta palabra?

¿Hay un infinito fuera de nosotros? Este infinito, es uno, immanente, permanente, necesariamente sustancial, puesto que es infinito, y que si le faltara la materia, quedaría allí limitado; necesariamente inteligente, puesto que es infinito, y que si le faltara la inteligencia, quedaría allí limitado. ¿Este infinito, despierta en nosotros la idea de esencia, mientras que nosotros no nos podemos atribuir á nosotros mismos sino la idea de existencia? En otros términos, ¿no es el el absoluto cuyo relativo somos nosotros?

Al mismo tiempo que hay un infinito fuera de nosotros, ¿no hay también un infinito en nosotros mismos? ¿Estos

dos infinitos (¡ qué plural tan espantoso!) no se sobreponen el uno al otro? ¿El segundo infinito, no es, por decirlo así, subyacente al primero? no es él su espejo, su reflejo, su eco, abismo concéntrico en otro abismo? ¿Este segundo infinito, es él también inteligente? Piensa? Ama? Quiere? Si los dos infinitos son inteligentes, cada uno de ellos tiene un principio que quiere, y hay un yo en el infinito de arriba, como hay un yo en el infinito de abajo. El yo de abajo es el alma; el yo de arriba es Dios.

Poner en relación, por medio del pensamiento, al infinito de abajo con el infinito de arriba, es lo que se llama orar.

No retiremos nada al espíritu humano; suprimir, es malo. Vale más reformar y transformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hacia lo Desconocido; el pensamiento, el delirio, la oración. Lo Desconocido es un Océano. ¿Qué cosa es la conciencia? Es la brújula de lo Desconocido. Pensamiento, delirio, oración, son grandes irradiaciones misteriosas. Respetémoslas. ¿Adónde van estas irradiaciones majestuosas del alma? á la sombra; es decir, á la luz.

La grandeza de la democracia consiste en no negar ni renegar nada de la humanidad. Junto al derecho del Hombre, ó á lo menos al lado, está el derecho del Alma.

Confundir los fanatismos y venerar al infinito, tal es la ley. No nos limitemos á prosternarnos bajo el árbol Creación, y á contemplar sus inmensos ramajes llenos de astros. Tenemos un deber: trabajar en pro del alma humana, defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprendible y desechar lo absurdo, no admitir, de lo inexplicable, sino lo necesario, sanear la creencia, eliminar las supersticiones de la religión; depurar en fin la idea de Dios.

VI

BONDAD ABSOLUTA DE LA ORACION

Por lo que hace á los modos de orar, todos son buenos, con tal que sean sinceros. Volved el libro de oraciones del reves, y estad en el infinito.

Bien sabemos que hay una filosofía que niega el infinito. También hay otra filosofía, clasificada patológicamente, que niega el sol; esta filosofía se llama ceguedad.

Erigir un sentido que nos falta en criterio de verdad, es un magestoso aplomo de ciego.

Lo más curioso de todo esto, son los aires de arrogancia, de superioridad y de compasión que, con respecto á la filosofía que ve á Dios, afecta esa otra filosofía que marcha á tientas. Creerfase oír á un topo exclamar: ¡Los compadezco, con su sol!

No desconocemos que existen ilustres y poderosos ateos. Pero estos, en el fondo, vueltos á la senda de la verdad

por su misma potencia intelectual, no están muy seguros de ser ateos; así que, con estos, no es más que un mero asunto de definición, y en todo caso, si no creen en Dios, siendo como son grandes inteligencias, prueban en esto mismo la existencia del Sér Supremo.

Saludemos en ellos á los filósofos, sin dejar por eso de calificar inexorablemente su filosofía.

Y continuemos.

Lo que hallamos también admirable es la facilidad en pagarse de palabras. Cierta escuela metafísica del Norte, un tanto nebulosa, ha creído hacer una revolución en el entendimiento humano, reemplazando la palabra Fuerza por la palabra Voluntad.

Decir: la planta quiere, en vez de decir: la planta crece, sería, en efecto, una cosa fecunda, si se añadiera: el universo quiere. ¿Por qué? Porque entonces resultaría esto: la planta quiere, luego tiene un yo; el universo quiere, luego tiene un Dios.

Por lo que hace á nosotros, quienes sin embargo, al revés de esa escuela, nada desechamos *à priori*, una voluntad en la planta, aceptada por dicha escuela, nos parece más difícil de admitir que una voluntad en el universo, negada por ella.

Negar la voluntad del infinito, es decir, Dios, no es posible hacerlo sino con la condición de negar el infinito. Así lo hemos demostrado.

La negación del infinito conduce directamente al Nihilismo. Todo viene á ser entonces « una concepción del espíritu. »

Con el nihilismo no hay discusión posible. Pues el nihilista lógico duda que su interlocutor exista, y no está muy seguro de existir él mismo.

Bajo su punto de vista, es posible que él mismo no sea para sí mismo sino « una concepción de su espíritu. »

Sólo que no se apercibe de que todo lo que él ha negado, lo admite en conjunto, al pronunciar esta palabra: Espíritu.

En suma, ninguna vía puede abrir al pensamiento una filosofía que todo lo quiere terminar en el monosílabo No.

Para este No, hay una sola respuesta: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia.

La nada no existe. No hay cero. Todo es algo. Nada es nada.

El hombre vive de afirmación, más bien que de pan.

Ver y mostrar, áun esto no es suficiente. La filosofía debe ser una energía; debe encaminar sus esfuerzos de tal manera, que tenga por efecto el mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir á Marco Aurelio; en otros términos, hacer que resulte, del hombre de la felicidad, el hombre de la sabiduría. Transformar el Eden en Liceo. La ciencia debe ser un cordial. Gozar, ¿qué objeto tan triste, y qué ambición tan mezquina! Los brutos también gozan. Pensar, hé aquí el verdadero triunfo del alma. Extender, ofrecer el pensamiento á la sed de los hombres, darles á todos en elixir la noción de Dios, procurar que en ellos se hermanen la conciencia y la ciencia, hacerlos justos por medio de esa confrontación misteriosa; tal es la función de la verdadera filosofía. La moral es una expansión de verdades. Contemplar conduce á obrar. El absoluto debe ser práctico. Es menester que el ideal sea respirable, potable y comible para el espíritu humano. El ideal es el que tiene derecho á decir: *Tomad, esta es mi carne, esta es mi sangre.* La sabiduría es una comunión sagrada. Con esta condición es como ella deja de ser un estéril amor de la ciencia, para convertirse en el modo uno y soberano de reunión y de asociación humana, y de filosofía, elevarse á religión.

La filosofía no debe ser una especie de proyectura construida sobre el misterio para mirarle á sus anchas, sin otro resultado que el de ser cómoda á la curiosidad.

En cuanto á nosotros, aplazando el desenvolver nuestro pensamiento para otra ocasion, nos limitaremos por ahora á decir que no comprendemos ni al hombre, como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas que son los dos motores : creer y amar.

El progreso es el fin, el ideal es el tipo.

¿Qué es el ideal? Es Dios.

Ideal, absoluto, perfeccion, infinito; palabras idénticas.

VII

PRECAUCIONES QUE DEBEN DE TOMARSE AL CENSURAR

La historia y la filosofía tienen eternos deberes que a mismo tiempo son deberes sencillos; combatir á Caifas obispo, á Dracon juez, á Trimalcion legislador, á Tiberio emperador; todo esto es claro, directo y neto, sin que ofrezca la menor oscuridad. Pero el derecho de vivir aparte, aún con sus inconvenientes y sus abusos, exige ser comprobado y considerado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, esos asilos de error, pero de inocencia, de extravío, pero de buena voluntad, de ignorancia, pero de abnegacion, de suplicio, pero de martirio; es preciso casi siempre decir si y no.

Un convento, es una contradiccion. Como fin la salvacion; como medio, el sacrificio. El convento, es el supremo egoísmo dando por resultante la suprema abnegacion.

Abdicar para reinar, parece ser la divisa del monaquismo.

En el claustro, se sufre para gozar. Allí se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en noche tenebrosa la luz celeste. En el claustro, se acepta el infierno por vía de anticipo de herencia en el paraíso.

La toma de hábito ó de velo es un suicidio que se cobra en eternidad.

No nos parece que en un asunto de esta especie sean admisibles las burlas. Todo es aquí formal y grave, el bien como el mal.

El hombre justo enfrenta el entreciejo, pero jamás sonríe con maligna sonrisa. Comprendemos la ira, no la malignidad.

VIII

FE. LEY

Algunas palabras más.

Nosotros vituperamos á la Iglesia cuando está saturada de intriga, menos preciamos lo espiritual que se muestra áspero con lo temporal; pero veneramos en todas partes al hombre pensador.

Saludamos al que se arrodilla

Una fe; esto es absolutamente necesario para el hombre. ¡Desgraciado el que nada cree!

El que está absorto, el que medita, no está desocupado. Hay tarea visible y tarea invisible.

Contemplar, es trabajar; pensar, es obrar. Los brazos cruzados trabajan, las manos cruzadas operan. La mirada al cielo es una obra.

Thales permaneció cuatro años inmóvil, y fundó la filosofía.

Para nosotros, los cenobitas no son ociosos, ni los solitarios son holgazanes.

Pensar en la sombra es una cosa seria.

Sin debilitar en nada lo que acabamos de decir, creemos que una perpétua memoria de la tumba conviene á los vivos. Sobre este punto, el sacerdote y el filósofo estan de acuerdo. *Es preciso morir.* El abad de la Trapa da la réplica á Horacio.

Mezclar con su vida cierta presencia del sepulcro, es la ley del sabio; y tambien es la ley del asceta. Bajo este respecto, se hallan convergentes el asceta y el sabio.

Existe el crecimiento material, que nosotros no desdenamos. Pero tambien existe el engrandecimiento moral que nosotros deseamos y anhelamos sobre todo.

Los espíritus irreflexivos y ligeros dicen :

— Para qué necesitan esas figuras inmóviles al lado del misterio? de qué sirven? qué es lo que hacen?

¡Ah! en presencia de la oscuridad que nos circunda y que nos espera; ignorando lo que hará de nosotros la dispersion inmensa, respondemos : Tal vez no hay obra más sublime que la que hacen esas almas. Y añadimos : Tal vez no hay trabajo más útil que el suyo.

Bien se necesita que haya quien reze siempre por los que no rezan jamas.

En nuestro concepto, toda la cuestion estriba en la cantidad de pensamiento que entra en la oracion.

Leibnitz orando, esto es grande; Voltaire adorando, esto es bello. *Deo erexit Voltaire.*

Nosotros estamos por la religion contra las religiones. Somos de los que creen en la miseria de las oraciones y en la sublimidad de la oracion, del rezo, de la plegaria.

Por lo demas, en este minuto que estamos atravesando, minuto que felizmente no dejará su señal característica al siglo diez y nueve; en esta hora en que tantos homb es

tienen la frente baja y el alma poco elevada; entre tantos vivientes cuya moral consiste sólo en gozar, ocupados de las cosas pequeñas y deformes de la materia, todo el que se recoge y se destierra nos parece venerable. El monasterio es un renunciamiento. El sacrificio que se hace en vano, no por eso deja él de ser sacrificio. Tomar por deber un error severo, tiene tambien su grandeza.

Considerado en sí mismo, y de una manera ideal, para girar en torno de la verdad hasta agotar con imparcialidad todos sus aspectos, el monasterio, y sobre todo, el convento de religiosas, pues en nuestra sociedad, la que más sufre es la mujer, y en ese destierro del claustro tambien se refugia la protesta contra el órden, ó más bien, contra el desórden social exterior, el convento de mujeres, decimos, tiene incontestablemente cierta majestad.

Esa existencia claustral tan austera y tan triste, de la cual acabamos de trazar algunos lineamientos, no puede llamarse vida, porque no hay vida sin libertad; tampoco es la tumba, pues no es la plenitud de ella; es la extraña mansion desde donde se percibe, como desde la cresta de una alta montaña, en un lado el abismo en que nos hallamos, y en el otro el abismo en que nos hallaremos; es una frontera estrecha y nebulosa que separa dos mundos, alumbrada y oscurecida por ambos á la vez, donde el rayo amortiguado de la vida se mezcla con el rayo yovago de la muerte; es la penumbra del sepulcro.

En cuanto á nosotros, que no creemos lo que creen esas mujeres, pero que, como ellas, vivimos por la fe, nunca hemos podido considerar sin una especie de terror religioso y tierno, sin cierta compasion mezclada de envidia, esas criaturas llenas de abnegacion, temblorosas, y confiadas, esas almas humildes y augustas que tienen valor para vivir al borde mismo del misterio, esperando, entre el mundo que está cerrado y el cielo que no está abierto,

vueltas hacia la claridad que no se ve, disfrutando sólo la dicha de pensar que ellas saben dónde está, aspirando en la inmensidad y en lo desconocido, fijos los ojos en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, estupefactas, sin tino, estremecidas, medio solivadas á ciertas horas por los profundos halitus de la eternidad.



LIBRO OCTAVO

LOS CEMENTERIOS

TOMAN LO QUE SE LES DA

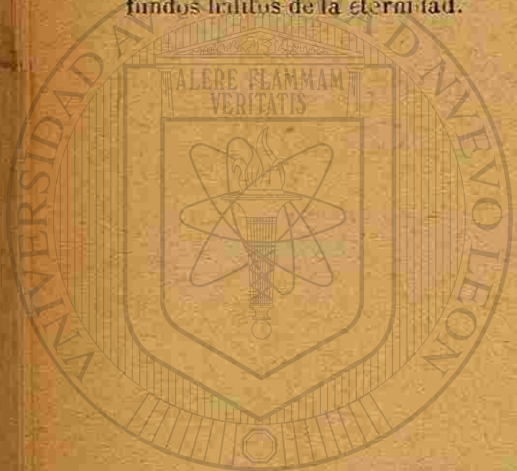
1

DONDE SE TRATA DE LA MANERA DE ENTRAR EN EL CONVENTO

En esta casa fué donde Juan Valjean habia, segun la expresion de Fauchelevent, « caido del cielo. »

Saltó, como hemos visto, la pared del jardin que formaba esquina en la calle Polonceau. Aquel himno de ángeles que oyó en medio de la noche, eran las religiosas cantando Maitines; aquella sala que entrevió en la oscuridad, era la capilla; aquel fantasma que distinguió tendido en el suelo, era la monja que hacia la reparacion; aquel cascabel cuyo ruido le sorprendió de un modo tan ex-

vueltas hacia la claridad que no se ve, disfrutando sólo la dicha de pensar que ellas saben dónde está, aspirando en la inmensidad y en lo desconocido, fijos los ojos en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, estupefactas, sin tino, estremecidas, medio solivadas á ciertas horas por los profundos halitus de la eternidad.



LIBRO OCTAVO

LOS CEMENTERIOS

TOMAN LO QUE SE LES DA

1

DONDE SE TRATA DE LA MANERA DE ENTRAR EN EL CONVENTO

En esta casa fué donde Juan Valjean habia, según la expresión de Fauchelevent, « caído del cielo. »

Saltó, como hemos visto, la pared del jardín que formaba esquina en la calle Polonceau. Aquel himno de ángeles que oyó en medio de la noche, eran las religiosas cantando Maitines; aquella sala que entrevió en la oscuridad, era la capilla; aquel fantasma que distinguió tendido en el suelo, era la monja que hacía la reparación; aquel cascabel cuyo ruido le sorprendió de un modo tan ex-

traño, era el cascabel del jardinero, que pendía de la rodilla del tío Fauchelevant.

Después de haber acostado á Coseta, Juan Valjean y Fauchelevant, según hemos dicho ya, se pusieron á cenar un pedazo de queso y un vaso de vino, ante la llama de una buena lumbre; en seguida, habiendo ocupado Coseta la única cama que había en la barraca, se recostaron ellos cada uno sobre un haz de paja. Antes de cerrar los ojos, dijo Juan Valjean: — Preciso es que yo quede aquí ya para en adelante. — Esta palabra estuvo dando vueltas toda la noche por el cerebro de Fauchelevant.

Á decir verdad, ni uno ni otro durmieron un segundo.

Viéndose descubierto, y con Javert sobre su pista, Juan Valjean comprendía que él y Coseta eran perdidos si volvían á entrar en París. Pues que el nuevo huracán que acababa de darle tan fuerte sacudida le había arrojado á aquel claustro, Juan Valjean no abrigaba en este instante otra idea que la de permanecer allí. Ahora bien, para un desgraciado que se encuentra en su situación, aquel convento era á la vez el lugar más peligroso y el más seguro; el más peligroso, porque no pudiendo penetrar allí ningún hombre, si á él le descubrían, sería un delito flagrante que conduciría directamente á Juan Valjean desde el convento á la cárcel; el más seguro, porque si conseguía hacerse aceptar allí y fijar su morada, ¿quién había de venir á buscarle á tal sitio? Habitar un lugar imposible, era para él la salvación.

Fauchelevant á su vez se taladraba el cerebro; comenzando por declararse que él nada comprendía de cuanto estaba viendo. ¿Cómo es que se hallaba allí el señor Magdalena, á pesar de aquellas enormes murallas que guardaban el convento contra todo acceso humano? murallas de claustro no se saltan tan fácilmente. ¿Cómo es que se hallaba allí con una niña? Una pared elevada y perpendicular nos

escala con un niño en brazos: ¡imposible! ¿Qué niña sería aquella? de dónde venían ambos? Desde que se hallaba en el convento, Fauchelevant no había vuelto á oír hablar siquiera de M., y por consiguiente nada sabía de cuanto había pasado en su pueblo, ni de las trágicas aventuras del tío Magdalena. El semblante de este era en tónces el ménos á propósito para dar alientos á ningún curioso preguntón; y además, Fauchelevant decía para sí: No se deben dirigir preguntas á un santo. El señor Magdalena había conservado para él todo sumágico prestigio. Sólo que, de algunas palabras escapadas á Juan Valjean, creyó el jardinero poder concluir que el señor Magdalena, á causa de la rudeza de los tiempos, habría hecho quiebra probablemente, y se veía perseguido por sus acreedores; ó bien que se hallaba complicado en algún asunto político que le obligaba á ocultarse; lo que no desagradaba del todo á Fauchelevant, quien, como muchos de nuestros labradores del Norte, conservaba un antiguo fondo bonapartista. Queriendo esconderse, el señor Magdalena había escogido el convento por asilo, y era muy natural que deseara permanecer allí. Pero lo inexplicable para él, á lo que volvía siempre en sus razonamientos Fauchelevant, y en lo que se rompía la cabeza, era la manera cómo el señor Magdalena había logrado penetrar hasta aquel sitio, y con aquella criatura. Fauchelevant los veía, los palpaba, les hablaba, y aún no se atrevía á creer que aquello fuese una realidad, y no un sueño. Lo incomprensible acababa de hacer su entrada en la choza de Fauchelevant. Fauchelevant caminaba á tientas en sus conjeturas, y ya nada veía él claro sino esto: El señor Magdalena me ha salvado la vida. Esta certidumbre única bastaba para él y le determinó á obrar; diciendo para su colete: Ahora es mi turno; y añadiendo en su conciencia: El señor Magdalena no deliberó tanto cuando se resolvió á meterse debajo del carro para sa-

carne á mí á salvo. Decidió, pues, que él salvaria al señor Magdalena.

No obstante, hizose várias preguntas y otras tantas respuestas: — Despues de lo que él ha hecho por mí, si fuera un ladrón, ¿ le salvaria yo? lo mismo. Y si fuera un asesino, ¿ le salvaria? tambien. Puesto que es un santo, ¿ le salvaré? no admite duda.

Pero hacerle permanecer en el convento, ¡ qué problema! ante esta tentativa, casi quimérica, Fauchelevent no retrocedió: aquel pobre labriego picardo, sin otra escala que su reconocimiento, su adhesión, su buena voluntad, y algo de esa vieja astucia, de esa sutileza campesina puesta ahora al servicio de una intención generosa, emprendió escalar las imposibilidades del claustro y los rudos escarpes de la regla de San Benito. El tío Fauchelevent era un viejo que toda su vida habia sido egoísta, y que en sus últimos días, enfermo, cojo, sin tener nada ni á nadie que le interesara en el mundo, halló grato y dulce para él el mostrarse reconocido; y viéndose en presencia de una obra buena, de una acción virtuosa, se lanzó á ella como un hombre que, en el momento de morir, se encontrase á la mano con un vaso de vino generoso del cual no hubiera él gustado jamás, y le bebiera con avidez. Podemos añadir que el aire que respiraba, hacia ya algunos años, en aquel convento, habia destruida en él la personalidad, concluyendo por hacerle necesaria una buena acción, cualquiera que ella fuese.

Adoptó pues la resolución de entregarse en cuerpo y alma y consagrarse con entera abnegación al servicio del señor Magdalena.

Acabamos de apellidarle *pobre labriego picardo*. La calificación es justa, pero incompleta. En el punto al cual hemos llegado en esta historia, creemos útil un poco de fisiología del tío Fauchelevent. Era este un labriego, pero tam-

bien habia sido tabelion, ó fiel de fechos, lo que añadía á su sutileza algun ardid sofisticado, y á su rústica sencillez, una viva penetración. Habiendo fracasado en sus negocios, por diversas causas, de tabelion se habia convertido en carretero y en simple operario. Pero en despecho de los tacos, votos y juramentos y de los latigazos, necesarios á los caballos, segun parece, algo del fiel de fechos habia quedado en él todavía. Poseía cierto talento natural; no decia nunca juimos ni jaremos; tenia su poquito de conversacion, no del todo mal sostenida, lo que no deja de ser raro en un lugar; y los demas labriegos solian decir de él: habla casi lo mismo con señor de sombrero. Fauchelevent pertenecía en efecto á esa especie que el vocabulario impertinente y liviano del siglo anterior calificaba de: entre la villa y el campo, *medio-señor*, *medio-patan*, y que las metáforas lanzadas desde el castillo feudal sobre la cabaña, rotulaban en el anaquel de los pecheros: *alvo paturdo*, *algo señorita*; *pimentay sal*. Fauchelevent, aunque muy maltrato y muy gastado ya por la suerte, especie de pobre alma vieja que enseña la cuerda, era sin embargo un hombre de primer movimiento, y muy espontáneo; cualidad preciosa que impide el ser malo jamás. Sus defectos y sus vicios, pues los habia tenido, sólo eran superficiales; en suma, su fisonomía era de esas que previenen en su favor, á juicio de toda mirada observadora. Aquel semblante viejo no tenia ninguna de esas tristes arrugas que en la parte superior de la frente significan maldad ó bestialidad.

Al amanecer, despues de haber estado soñando toda la noche, el tío Fauchelevent abrió los ojos y vió al señor Magdalena que, sentado sobre su haz de paja, estaba mirando á Coseta dormida. Fauchelevent se sentó tambien sobre su cama de circunstancias y dijo:

— ¿ Ahora que está usted aquí, cómo va á arreglarse para entrar?

Esta pregunta resumía ella sola toda la situación, y despertó á Juan Valjean de su ensueño.

Los dos hombres tuvieron consejo.

— En primer lugar, dijo Fauchelevant, es preciso que comiencen ustedes por no poner los piés fuera de este cuarto, ni la niña ni usted. Un paso en el jardín, nos comprometería y nos perdería completamente.

— Es claro.

— Señor Magdalena, añadió Fauchelevant, usted ha llegado en un momento muy bueno, quiero decir muy malo; pues una de esas señoras está muy enferma. Esto hará que no miren mucho hácia nuestro lado. Parece que está para morir. Ya la rezan las oraciones de cuarenta horas. Toda la comunidad está en vilo. Eso las ocupa bastante. La que está á punto de dejarlas es una santa. En verdad que aquí todos somos santos; no hay más diferencia sino que ellas dicen: Nuestra celda, y yo digo: Mi azada. Ahora van á hacer la oracion de los agonizantes, y despues la oracion de difuntos. Por hoy, estaremos aquí tranquilos; pero de mañana, no respondo.

— Sin embargo, observó Juan Valjean, esta barraca está en la rinconada de la pared, oculta por una especie de ruina, y por los árboles, en términos que no se la distingue desde el convento.

— Y yo debo añadir, dijo el jardinero, que jamas se acercan á ella las monjas.

— ¿Y bien? repuso Juan Valjean.

El punto interrogante que acentuaba este: y bien, significaba: me parece que bien se puede uno guardar aquí. Á ese punto de interrogacion contestó Fauchelevant:

— Pero es que hay niñas.

— ¿Qué niñas? preguntó Juan Valjean.

Al mismo tiempo que Fauchelevant abría la boca para

explicar la palabra que acababa de pronunciar, se oyó una campanada.

— La religiosa ha muerto, dijo. Hé ahí que doblan.

É hizo una seña á Juan Valjean para que escuchara.

Oyóse una segunda campanada.

— ¿Oye usted, señor Magdalena? están doblando. La campana continuará sonando así de minuto en minuto, por espacio de veinticuatro horas, hasta que salga el cadáver de la iglesia. Ya usted ve, les gusta jugar. En las horas de recreacion, basta que una pelota salte por aquí rodando para que ellas se vengán detras, y, á pesar de todas las prohibiciones, recorren y revuelven todo esto. Son diablejos esos querubines.

— ¿Quién? preguntó Juan Valjean.

— Las chiquitas. Ande usted, que no tardarian ellas en destubrirle; y gritarian: ¡Ay! un hombre! pero lo que es hoy, descuide usted, no hay peligro. No habrá recreacion. Todo el día lo pasarán rezando. Oiga usted la campana. Como decia yo hace poco, una campanada cada minuto. Son los dobles.

— Comprendo, tío Fauchelevant. Hay pensionistas.

Y Juan Valjean dijo aparte entre sí:

— Sería excelente ocasion para educar á Coseta.

Fauchelevant exclamó:

— ¡Pardiez! ¡si hay aquí niñas! ¡Y qué chillarian al rededor de usted! ¡y qué huirían asustadas! Porque, en esta casa, ser hombre es tener la peste. Ya está usted viendo que me cuelgan un cascabel á la pata como si yo fuera una fiera.

Juan Valjean cavilaba cada vez más profundamente. — Este convento nos salvaría, — murmuraba él en su interior. En seguida levantó la voz y dijo:

— Sí, lo difícil, es el poder quedar aquí.

— No, repuso Fauchelevant, es el poder salir.

Juan Valjean sintió agolpársele la sangre al corazón.

— ¡Salir!

— Si, señor Magdalena, para volver á entrar, es preciso que usted salga.

Y despues de haber dejado pasar otra campanada, Fauchelevent prosiguió:

— No es posible que se deje usted hallar aquí de esta manera. ¿De dónde viene usted? para mi, usted viene caido del cielo, porque yo le conozco muy bien; pero lo que es para las monjas, necesitan ellas que se entre por la puerta.

De repente se oyó un toque bastante complicado, y de otra campana diferente.

— ¡Ah! dijo Fauchelevent, esta es la llamada á las madres vocales. Van al capitulo. Cuando alguna muere, siempre celebran capitulo. Ha muerto al amanecer. Es la hora en que se suele morir ordinariamente. ¿Pero es que no podria usted salir por donde entró? Vamos á ver, no es por hacerle á usted ninguna pregunta, pero, ¿por dónde ha entrado usted?

Juan Valjean se puso pálido; la sola idea de volver á bajar á aquella calle formidable le hacia temblar. Salid de una selva poblada de tigres, y una vez fuera de ella, figuraos un consejo de amigo que os invita á volver á entrar. Juan Valjean imaginaba ver aún rebullirse y hormigear toda la policia en aquel barrio, agentes en observacion, vigías en acecho por todas partes, horribles puños amenazando su cuello, quizás el mismo Javert en la esquina de la encrucijada.

— ¡Imposible! dijo. Tio Fauchelevent, suponga usted que ha caido del cielo.

— Pero si yo lo creo asi, lo creo, respondió el jardinero. No necesita usted decirme lo. Dios le habrá tomado á usted por la mano para mirarle de cerca, y despues le habrá soltado. Sólo que él queria sin duda ponerle á usted en

un convento de hombres; y se equivocó. Vamos, otro toque. Este es para avisar al portero que vaya á prevenir al médico de difuntos para que venga á ver que hay una muerta en la casa. Todas esas son las ceremonias de morir. Esas buenas señoras no gustan mucho de semejante visita. Un médico no cree en nada. Él llega, levanta el velo, y á veces tambien levanta otra cosa. ¡Qué de prisa han hecho avisar esta vez al médico! ¿Pues qué habrá? Su niña de usted duerme siempre. ¿Cómo se llama?

— Coseta.

— ¿Es, como quien dice, su hija de usted? ¿usted seria su abuelo?

— Si.

— Lo que es por ella, el salir de aquí, será cosa fácil. Yo tengo mi puerta de servicio, que da al patio. Llamo, el portero abre; llevo mi canasta á la espalda, la niña va dentro, y salgo. El tio Fauchelevent sale con su canasta, es muy sencillo. Usted encargará á la niña que se esté bien quietecita, y que no respire siquiera. La cubriré con mi toldo. Despues la depositaré todo el tiempo que se necesite en casa de una buena vieja frutera, amiga mia, que vive en la calle del Chemin-Vert, que es sorda, y donde hay una camita. La gritaré al oído, á la frutera, que es una sobriñita mia, y que me la guarde hasta mañana. Despues volverá la niña á entrar, con usted. Pues yo los hare entrar á ustedes en seguida. Será preciso que así sea. Pero y usted, ¿cómo va á arreglarse para salir?

Juan Valjean meneó la cabeza.

— Que nadie me vea, es todo lo que necesito, y lo que deseo, tio Fauchelevent. Invente usted un medio de hacerme salir, como á Coseta, en una canasta, y bajo un toldo.

Fauchelevent se rascaba con el corte de la mano iz-

quierda por bajo de la oreja, en señal de una dificultad grave.

Á este tiempo hizóse oír un nuevo toque.

— Ese es el médico de los muertos, que ya se va, dijo Fauchelevant. Ha mirado, y ha dicho: Está muerta, bueno. Una vez que el médico ha visado el pasaporte para el paraíso, las pompas fúnebres envían una caja. Si es una madre, son las madres las que la entierran; si es una hermana, entónces son las hermanas á quienes toca enterrarla, es decir, amortajarla y depositarla en la caja que han traído fos de las pompas fúnebres. En seguida, voy yo á clavarla. Esto forma parte de mi jardinería. Aquí un jardinero es también algo sepulturero. Se la conduce á una capilla baja de la iglesia que comunica á la calle, y donde ningún otro hombre puede entrar jamás, si no es el médico de los muertos. Yo no cuento entre los hombres á los enterradores ni á mí. En aquella capilla es donde yo clavo el féretro. Los sepultureros vienen á tomarlo, y ¡latigazo, cochero! así es como se va al cielo. Traen una caja donde no hay nada; se la llevan despues con algo dentro. Á esto está reducido un entierro. *De profundis.*

Un rayo de sol horizontal rozaba el semblante de Coseta medio adormecida, que entreabría vagamente la boca, y parecía un ángel bebiendo luz. Juan Valjean se había puesto de nuevo á mirarla. Ya no escuchaba á Fauchelevant.

El no ser escuchado, no es una razón para callar. El buen anciano jardinero continuaba tranquilamente sus repeticiones machaconas.

— La fosa la abren en el cementerio Vaugirard. Según dicen, parece que van á suprimir ese cementerio de Vaugirard. Es un antiguo cementerio que está fuera de los reglamentos, que no tiene ya uniforme, y le van á dar el retiro. Es lástima, porque es cómodo. Yo tengo allí un amigo, el tío Mestienne, sepulturero. Las religiosas de aquí tienen

un privilegio, que es el de ser conducidas á aquel cementerio al anochecer. Hay un acuerdo de la prefectura expresamente para ellas. Pero, ¡cuántos acontecimientos desde ayer nada más! la madre Crucifixion ha muerto, y el tío Magdalena...

— Está enterrado, dijo Juan Valjean sonriendo tristemente.

Fauchelevant hizo rebotar la palabra.

— ¡Caramba! si usted estuviera aquí del todo, eso sí sería un verdadero entierro.

Oyóse á este tiempo un cuarto toque. Fauchelevant descolgó con presteza del clavo la rodillera de cascabel y la ató á su rodilla.

— Esta vez es á mí. La madre priora me hace llamar. Bueno, me pico con el clavillo de mi hebilla, por ir de prisa. Señor Magdalena, no se mueva usted, y espéreme aquí. Hay algo nuevo. Si tiene usted hambre, ahí está el vino, el pan y el queso.

Y salió de la casilla diciendo: ¡Ya van, ya van!

Juan Valjean lo vió ir, atravesando el jardín tan de prisa como selo permitía su pierna torcida, y sin dejar de mirar de lado hácia el melonar.

Diez minutos no habían transcurrido, cuando el tío Fauchelevant, cuyo cascabel ponía en fuga á su paso á todas las religiosas, daba un golpecito en una puerta, y una voz suave y dulce respondía: *Por siempre. Por siempre*, es decir: *Entrad.*

Aquella puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio. Este locutorio se hallaba contiguo á la sala del capítulo. La priora, sentada en la única silla del locutorio, esperaba á Fauchelevant.



FAUCHELEVENT EN PRESENCIA DE LA DIFICULTAD

En las ocasiones críticas, sobre todo para ciertos caracteres y en ciertas profesiones, y principalmente entre los sacerdotes y los religiosos, es muy común el mostrarse agitado y grave al mismo tiempo. En el momento en que entró Fauchelevent, hallábase impresa esta doble forma de la preocupación en la fisonomía de la priora, que era aquella excelente y sabia señorita de Blemeur, ó sea, la madre Inocente, tan alegre de ordinario.

El jardinero hizo un saludo tímido y medroso, permaneciendo en el umbral de la puerta. La priora, que pasaba entre los dedos las cuentas de su rosario, levantó los ojos y dijo:

— ¡Ah! es usted, tío Fauvent.

En el convento habían adoptado esta abreviatura de su nombre.

Fauchelevent repitió el saludo.

— Tío Fauvent, yo soy quien le he hecho llamar á usted.

— Aquí me tiene usted, reverenda madre.

— Tengo que hablarle.

— Y yo, á mi vez, dijo Fauchelevent con una osadía de la cual tenía el miedo interiormente, tengo algo que decir á la muy reverenda madre.

La priora le miró.

— ¡Ah! tiene usted alguna comunicacion que hacerme.

— Una súplica.

— Pues bien, hable usted.

El bueno del tío Fauchelevent, en su calidad de ex fiel de fechos, pertenecía á la categoría de los lugareños que no carecen de aplomo. Cierta ignorancia hábil es una fuerza; no desconfía uno de ella, y sólo despues es cuando se percibe del engaño. Desde algo más de dos años que habitaba en el convento, Fauchelevent habia mostrado constantemente el mayor acierto para con la comunidad, saliendo bien de todas sus empresas. Siempre solitario, y entregado todo él á las faenas de su jardinería, no tenía otra cosa que hacer sino ser curioso. Á distancia, como él se hallaba, de todas aquellas mujeres tapadas que iban y venian, no veía ante sí sino una agüacion de sombras. Á fuerza de atención y de penetracion, habia conseguido al fin revestir de carne y hueso á todas aquellas fantasmas, y aquellas muertas vivian para él. Era como un sordo cuya vista se alarga y como un ciego cuyo oido se afina. Habíase dedicado á distinguir la significacion de cada toque, y habia logrado conocerlos, en términos que aquel claustro enigmático y taciturno nada tenía que fuese oculto para él; aquel esfinge le vociferaba todos sus secretos al oido. Sabiéndolo, todo lo ocultaba Fauchelevent. En esto consistía su arte. Todo el convento le tenía por estúpido, lo que en religion es un gran mérito. Las madres

vocales hacian caso de Fauchelevent. Curioso, pero mudo, inspiraba grande confianza. Ademas, era de una extrema regularidad en su conducta, y no salia de casa sino estrictamente para las necesidades demostradas del jardin y de la huerta. Esta discrecion en sus entradas y salidas le recomendaba en él más alto grado. No por eso habia dejado él de hacer charlar á dos hombres; en el convento, al portero, quien le habia impuesto en las particularidades del locutorio, y en el cementerio al sepulturero, por quien sabia las singularidades de la tumba; de este modo, reunia él, con respecto á aquellas religiosas, una doble luz, la una sobre la vida, la otra sobre la muerte. Pero de nada abusaba. La congregacion se interesaba por él. Viejo, cojo, bastante corto de vista, y probablemente algo sordo; ; cuántas cualidades le recomendaban ! Dificilmente le habrian podido reemplazar.

Con la seguridad del que sabe que le aprecian, el buen hombre entabló con la reverenda priora una arenga campesina bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus achaques, del sobrepeso de los años, que para lo sucesivo le hacian á él ya cuenta duplicada, de las crecientes exigencias del trabajo, de la grande extension del jardin, de las noches que tenia necesidad de pasar á cielo raso, como por ejemplo, la anterior, en que habia tenido que cubrir con esteras el melonar, á causa de la luna, y concluyó por venir á parar á lo siguiente: que él tenia un hermano, — (la priora hizo un movimiento) — un hermano que no era nada joven, — (segundo movimiento de la priora, pero movimiento, esta vez, de confianza y tranquilidad) — que, si se le permitia, este hermano podria venir á habitar con él y á ayudarle, que era muy buen jardinero, que podia prestar muy buenos servicios á la comunidad, mejores sin duda que los que él mismo la prestaba; — que, de lo contrario, si no se

admitia á su hermano, como él, que es el mayor, se sentia ya cascado é insuficiente para las tareas propias de su oficio, se veria obligado, bien á pesar suyo, á marcharse; — y que su hermano tenia una niña que traeria consigo, la cual se educaria en los buenos principios de la ley de Dios que en la casa adquieren las niñas, y que tal vez, ¿ quien sabe? podria ser algun dia una religiosa.

Cuando hubo él concluido de hablar, la priora interrumpió el movimiento de las cuentas del rosario entre sus dedos, y le dijo:

— ¿ Podria usted, de aqui á la noche, procurarse una fuerte barra de hierro ?

— ¿ Con qué objeto ?

— Para que sirva de palanca.

— Sí, reverenda madre, contestó Fauchelevent.

Sin añadir una palabra más, la priora se levantó, y entró en la pieza inmediata, que era la sala del capítulo y donde las madres se hallaban probablemente reunidas. Fauchelevent quedó solo.



LA MADRE INOCENT

Después de haber transcurrido como un cuarto de hora, la priora volvió á entrar y á sentarse de nuevo en la silla del locutorio.

Los dos interlocutores parecían preocupados. Vamos á estenografiar lo mejor que nos sea posible el diálogo que se entabló entre ellos:

- ¿Tío Fauvent?
- ¿Reverenda madre?
- ¿Usted conoce la capilla?
- Tengo allí mi jaulita para oír misa y los oficios.
- ¿Y ha entrado usted en el coro para sus trabajos?
- Dos ó tres veces.
- Se trata de levantar una losa.
- ¿Pesada?
- La losa que está en el suelo al lado del altar.
- ¿La piedra que cierra el sepulcro?

- Sí.
- Esa es una operación para la que se necesitarán dos hombres.
- La madre Ascension, que es fuerte como un hombre, le ayudará á usted.
- Una mujer nunca es un hombre.
- No tenemos más que una mujer para que le ayude á usted á levantar la baldosa. Cada uno hace lo que puede. Porque don Mabillon da cuatrocientas diez y siete epístolas de san Bernardo y Merlonus Horstius no da más que trescientas sesenta y siete, yo no desdengo á Merlonus Horstius.
- Ni yo tampoco.
- El mérito está en trabajar cada uno según sus fuerzas. Un claustro no es un astillero.
- Y una mujer no es un hombre. ¡Mi hermana sí que es fuerte!
- Y además, tendrán ustedes una palanca.
- Es la única especie de llaves que va bien á esa especie de puertas.
- La piedra tiene una argolla.
- Por ella pasará la palanca.
- Y está dispuesta la losa de manera que gira como sobre un eje.
- Está bien, reverenda madre. Abriré la bóveda.
- Y las cuatro madres sochantres le ayudarán á usted también.
- ¿Y cuando esté abierta la bóveda?
- Será menester volverla á cerrar.
- ¿Y nada más que eso?
- No.
- Deme usted sus órdenes, muy reverenda madre.
- Fauvent, tenemos confianza en usted.
- Yo estoy aquí para hacerlo todo.
- Y para callarlo todo también.

- Si, reverenda madre.
- Cuando la bóveda esté abierta...
- La volveré á cerrar.
- Pero ántes...
- ¿Qué, reverenda madre?
- Será menester bajar allí algo.

Siguióse un silencio profundo. La priora, despues de una contraccion del labio inferior, que parecia hacerla vacilar, le interrumpió diciendo:

- ¿Tío Fauvent?
- ¿Reverenda madre?
- Usted sabe que esta mañana ha muerto una madre.
- No.
- ¿Con que no ha oido usted la campana?
- En el fondo del jardin no se oye nada.
- ¿De véras?
- Apénas oigo el toque de mi llamada.
- Falleció al amanecer.
- Y despues, esta mañana, no corria el viento hácia aquel lado.
- Es la madre Crucifixion. Una bienaventurada.

La priora calló, removi6 un momento los labios, como para una oracion mental, y despues continuó:

— Tres años há, sólo por haber visto orar á la madre Crucifixion, una jansenista, madama de Béthune, se hizo ortodoxa.

- ¡Oh! si, ya oigo ahora doblar, reverenda madre.
- Las madres la han conducido á la sala de difuntas que da á la iglesia.
- Ya sé dónde es.
- Ningun otro hombre que usted puede ni debe entrar en aquella sala. Cuidado con esto. ¿Tendria que ver que entrase un hombre en la sala de difuntas?
- ¡No hay peligro!

- ¿Eh?
- Que ¡no hay peligro!
- ¿Qué es lo que usted dice?
- Digo que no hay peligro.
- Que no hay peligro ¿en qué?
- Reverenda madre, yo no digo que no haya peligro en algo, sino que digo solamente: no hay peligro.
- Yo no le comprendo á usted. ¿Por qué dice usted que no hay peligro?
- Para decir lo mismo que usted, reverenda madre.
- Pero si yo no he dicho que no hay peligro, al contrario!
- Usted no lo ha dicho, pero lo he dicho yo para decir lo mismo que usted.

En este momento dieron las nueve.

— Á las nueve de la mañana y á toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar, dijo la priora.

— Amen, contestó Fauchelevant.

La hora dió oportunamente, para cortar la discusion del No hay peligro. Es probable que sin la intervencion del reloj, la priora y Fauchelevant no habrian desenredado jamas aquella madeja.

Fauchelevant se limpió el sudor de la frente.

La priora volvió á hacer otro murmullo interior, probablemente sagrado, y despues levantó la voz.

— En vida, la madre Crucifixion hacia conversiones; despues de su muerte, hará milagros.

— ¡Si que los hará! respondió Fauchelevant encajando el paso, y haciendo esfuerzos para no volver á tropezar en lo sucesivo.

— Tío Fauvent, la comunidad ha sido bendecida en la madre Crucifixion. Sin duda no es dado á todos el morir como el cardenal de Berulle diciendo la santa misa, y exhalar su alma hácia Dios pronunciando estas palabras:

Hanc igitur oblationem. Pero, sin alcanzar tanta dicha, la madre Crucifixion ha tenido una muerte preciosísima. Conservó todo su conocimiento hasta el último instante. Nos estaba hablando, y pocos momentos después, hablaba ya con los ángeles. Nos ha dado sus últimas órdenes. Si usted tuviera un poco más de fe, y si hubiera podido hallarse en su celda, ella le habría curado á usted la pierna, sólo con tocarla. Sonreía. Veíase claramente que iba á resucitar en Dios. En esa muerte se ha dejado entrever el paraíso.

Fauchelevant creyó que era una oración lo que terminaba con esas palabras la madre priora, y contestó :

— Amen.

— Tío Fauvent, es preciso hacer lo que quieren los muertos.

La priora hizo pasar algunas cuentas de su rosario. Mientras ella rezaba para sí, Fauchelevant guardaba el mayor silencio. La prelada continuó :

— Yo he consultado sobre esta cuestión á varios eclesiásticos que trabajan en la viña de Nuestro Señor y se ocupan en el ejercicio de la vida clerical, recogiendo un fruto admirable.

— Reverenda madre, aquí se oyen doblar las campanas mucho mejor que en el jardín.

— Por otra parte, es más que una muerta, es una santa.

— Como usted, reverenda madre.

— Se acostaba en su féretro desde veinte años há, con licencia expresa de nuestro santo Padre Pío VII.

— El que coronó al emp.... Buena parte. Para un hombre hábil como Fauchelevant, el recuerdo era malhadado y peligroso. Afortunadamente, la priora, absorbida toda ella en su pensamiento, no le oyó, y prosiguió diciendo :

— ¿Tío Fauvent?

— ¿Reverenda madre?

— San Diodoro, arzobispo de Cappadocia, quiso que

escribieran sobre su sepultura esta única palabra : *Acorus*, que significa « gusano de la tierra ; » lo cual se ejecutó, como el santo lo había prescrito. ¿No es verdad?

— Sí, reverenda madre.

— El bienaventurado Mezzocane, abad de Aquila, quiso ser enterrado debajo de la horca : y así se hizo.

— Es cierto.

— San Terencio, obispo de Port en la desembocadura del Tiber en el mar, pidió que grabaran sobre su losa sepulcral el signo que ponían sobre la fosa de los parricidas, con la esperanza de que cuantos por allí pasaran escupirían sobre él. Y así se ejecutó. Es preciso obedecer á los muertos.

— Así sea.

— El cuerpo de Bernardo Guidonis, nacido en Francia cerca de Roche-Abeille, fué conducido, como él lo había ordenado y á pesar del rey de Castilla, á la iglesia de los Dominicanos de Limoges, bien que Bernardo Guidonis fue obispo de Tuy en España. ¿Podrá nadie decir lo contrario?

— ¡Oh! en cuanto á eso, no, reverenda madre.

— Es un hecho atestiguado por Plantavit de la Fosse.

Algunas cuentas del rosario pasaron aún silenciosamente. La priora continuó :

— Tío Fauvent, la madre Crucifixion será sepultada en el féretro en que ha dormido por espacio de veinte años.

— Es justo.

— Es una continuación de sueño.

— ¿Conque así tendré que clavarla en ese féretro?

— Sí.

— ¿Y dejaremos la caja de las pompas?

— Precisamente.

— Yo estoy á las órdenes de la reverendísima comunidad.

— Las cuatro madres sochantres le ayudarán á usted.

— ¿Á clavar el féretro? No tengo necesidad de ellas.

— No, para bajarle.

— ¿Adónde?

— Á la bóveda.

— ¿Qué bóveda?

— Bajo el altar.

Fauchelevant se mostró sobresaltado.

— ¡La bóveda bajo el altar!

— Bajo el altar.

— Pero...

— Tendrá usted una barra de hierro.

— Sí, pero...

— Levantará usted la losa con la barra, por medio de la argolla.

— Pero...

— Es preciso obedecer á los muertos. Que la entierren en la bóveda bajo el altar de la capilla, que no la lleven a suelo profano, que la dejen muerta en el mismo sitio en que ha orado viva : tales han sido los votos supremos de la madre Crucifixión. Así nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha ordenado.

— ¡Pero si eso está prohibido!

— Prohibido por los hombres, ordenado por Dios.

— ¿Y si llegara á descubrirse?

— Tenemos confianza en usted.

— Oh, yo, soy una piedra de estas paredes.

— El capítulo se ha reunido. Las madres vocales, á quienes acabo de consultar en este momento, y que están en deliberación, han decidido que la madre Crucifixión sea enterrada, conforme á sus últimas voluntades, en su propio féretro y bajo el altar. ¡Considere usted, tío Fauvent, si va á haber milagros aquí! ¡qué gloria en Dios para la comunidad! Los milagros salen de los sepulcros.

— Pero, reverenda madre, y si el agente de la comisión de salubridad...

— En materias de sepultura, san Benito II resistió á Constantino Pogonat.

— Sin embargo, el comisario de policía...

— Chonodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias bajo el imperio de Constancio, reconoció expresamente el derecho de los religiosos á ser enterrados en religión ; es decir, bajo el altar.

Pero el inspector de la prefectura...

— El mundo nada significa en presencia de la cruz. Martin, undécimo general de los Cartujos, dió esta divisa á su Órden : *Stat crux dum volvitur orbis*.

— Amen, dijo Fauchelevant, imperturbable en esta manera de salir del apuro cada vez que oía algún latín.

Al que ha estado callado mucho tiempo, cualquier auditorio le es suficiente. El día en que el retórico Gymnásticas salió de la cárcel, como tuviese dentro del cuerpo una infinidad de dilemas y de silogismos elaborados y reconocidos en la prisión, se detuvo frente al primer árbol que encontró, la emprendió con él, dirigiéndole una arenga en sentido argumentante, y haciendo los mayores esfuerzos para convencerle. La pía, contenida habitualmente por la barrera del silencio, y teniendo un depósito en reserva, que rebosaba, se levantó y exclamó con un torrente de locuacidad parecido á la esclusa que acaban de soltar :

— Yo tengo á mi derecha á Benito y á mi izquierda á Bernardo. ¿Quién es Bernardo? el primer abad de Clairvaux. Fontaines, en Borgoña, es un país bendito por haberle visto nacer. Llamábase su padre Tévelin y su madre Alethe. Empezó en Cîteaux para concluir en Clairvaux ; fué ordenado abad por el obispo de Chalons-sur-Saône, Guillermo de Champeaux ; tuvo setecientos novicios y fundó ciento sesenta monasterios ; derrotó á Abelardo en el concilio de Sens, en 1140, y á Pedro de Bruys y á Enrique su discípulo, y á otra especie de extraviados que se daban el nombre de

Apostólicos; confundió á Arnaldo de Brescia, aterró al monje Raoul, el matador de Judíos, dominó en 1148 el concilio de Reims, hizo condenar á Gilberto de la Porée, obispo de Poitiers, y también á Éon de la Estrella, desvaneció las disidencias que había entre algunos príncipes cristianos, esclareció la mente y la conciencia del rey Luis el Joven, aconsejó al papa Eugenio III, arregló el Temple, predicó la Cruzada, hizo doscientos cincuenta milagros durante su vida, y hasta treinta y nueve en un solo día. Quién es Benito? el patriarca del Monte-Cassino; el segundo fundador de la Santidad Claustal, el Basilio del Occidente. Su Orden ha producido cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuatro emperadores, doce emperatrices, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y cuenta de existencia mil cuatrocientos años. Por un lado san Bernardo; ¡y por otro el agente de la salubridad! Por un lado san Benito; y por otro el inspector de policía! El Estado, la policía, la compañía de pompas fúnebres, los reglamentos, la administración; ¿por ventura conocemos nosotras esas cosas? ¡Ningun transeunte se indignaría de ver cómo nos tratan! ¡No tenemos siquiera el derecho de dar nuestras cenizas á Jesucristo! Vuestra salubridad es una invención revolucionaria. Dios subordinado al comisario de policía; tal es el siglo. ¡Silencio, Fauvent!

Bajo el inesperado golpe de tan tremenda rociada, el pobre Fauchelevent se hallaba todo azorado y confuso. La priora continuó:

— El derecho del monasterio á la sepultura no admite la menor duda para nadie. Sólo los fanáticos y los prevaricadores pueden negarle. Vivimos en tiempos de confusión terrible. Se ignora todo lo que se debiera saber, y se sabe todo lo que se debiera ignorar. Hoy no se ve otra cosa que

la más crasa ignorancia con la más inaudita impiedad. Gentes hay en esta época que no se distinguen entre el grandísimo san Bernardo y el Bernardo llamado de los Pobres Católicos, cierto buen eclesiástico que vivía en el siglo trece. Otros blasfeman hasta hacer un paralelo entre el cadalso de Luis XVI y la cruz de Jesucristo. Luis XVI no era más que un rey. ¡Tengamos pues mucha cuenta con Dios! Ya no hay idea de lo justo ni de lo injusto. Se sabe el nombre de Voltaire y se ignora el de César de Bus. Y sin embargo, César de Bus es un bienaventurado y Voltaire es un réprobo. El último arzobispo, el cardenal de Périgord, no sabía siquiera que Carlos de Gondren sucedió á Berulle, y Francisco Bourgoín á Gondren, y Juan Francisco Senault á Bourgoín, y el Padre de Santa-Marta á Juan Francisco Senault. Se conoce el nombre del Padre Coton, no porque él fué uno de los tres que contribuyeron á la fundación del Oratorio, sino por haber sido materia de blasfemia para el rey hugonote Enrique IV. Si san Francisco de Sales parece amable á ciertas gentes del siglo, es sólo porque hacía trampas en el juego. ¡Y despues se ataca á la religion! ¿Por qué? porque ha habido malos sacerdotes, porque Sagittaire, obispo de Gap era hermano de Salone, obispo de Embrun, y ambos siguieron á Monmol, ¿y qué importa? Por ventura, ¿impide eso que Martin de Tours haya sido un santo, que dió la mitad de su capa á un pobre? Hoy se persigue á los santos; se cierran los ojos á las verdades. La luz reinante no es otra que las tinieblas. Las fieras más feroces son las fieras que marchan á ciegas. Nadie piensa en el infierno de un modo serio. ¡Oh! pueblo malvado! De orden del Rey, significa de orden de la Revolucion. No se sabe lo que se debe, ni á los vivos, ni á los muertos. Está prohibido el morir santamente. El sepulcro es un negocio civil. Esto horroriza. San Leon II escribió dos cartas expresamente, una á Pedro Notaire y la otra al rey

de los Visigodos, para combatir y rechazar, en las cuestiones que atañen á los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Châlons, hizo rostro firme en esta materia á Othon, duque de Borgoña. La antigua magistratura se hallaba sobre esto en perfecto acuerdo. En otros tiempos, teníamos nosotras voto en capítulo, áun para las cosas del siglo. El abad de Cîteaux, general de la Orden, era consejero nato en el parlamento de Borgoña. Hacemos de nuestros muertos lo que queremos. ¿Es que el cuerpo del mismo san Benito no está en Francia, en la abadía de Fleury, llamada de San-Benito-sur-Loire, bien que él muriese en Italia, en el Monte-Casino, un sábado 21 del mes de Marzo del año 543? Todo esto es incontestable. Yo aborrezco á los cantores, detesto á los priores, execro á los herejes, pero tendría más horror aún contra quien me sostuviera la contrario. No hay más que leer á Arnoul Wion, á Gabriel Bucelin, á Trithème, á Maurolicus y á don Lucas de Achery.

La priora respiró, y en seguida se volvió hácia Fauchelevent :

— ¿Tío Fauvent, está dicho?

— Está dicho, reverenda madre.

— ¿Podemos contar con usted?

— Obedeceré.

— Está bien.

— Yo estoy enteramente consagrado al convento.

— Es cosa convenida. Cerrará usted la caja. Las hermanas la conducirán á la capilla. Se dirá el oficio de difuntos. Despues se volverá á entrar en el claustro. Entre las once y las doce de la noche, vendrá usted con su barra de hierro. Todo se hará con la mayor reserva. No habrá en la capilla sino las cuatro madres sochantres, la madre Ascension y usted.

— Y la hermana que estará en el poste.

— Esa no volverá la cabeza.

— Pero oirá.

— No escuchará. Ademas lo que el claustro sabe, el mundo lo ignora.

Siguióse á esto aún una pausa. La priora continuó :

— Se quitará usted el cascabel. Es inútil que la hermana del poste se aperciba de que usted está allí.

— ¿Reverenda madre?

— ¿Qué dice usted, tío Fauvent?

— ¿El médico de los muertos ha hecho su visita?

— La hará hoy á las cuatro. Se ha dado el toque de llamada para el médico de difuntos. ¿Pero es que no oye usted ningun toque?

— No pongo atencion sino al de mi llamada.

— Eso está muy bien hecho, tío Fauvent.

— Reverenda madre, será menester una palanca á lo ménos de seis piés.

— ¿Dónde la tomará usted?

— Donde hay verjas, nunca faltan barras de hierro. Yo tengo mi gran depósito de hierro viejo en el fondo del jardin.

— Unos tres cuartos de hora ántes de las doce de la noche; cuidado que no lo eche usted en olvido.

— ¿Reverenda madre?

— ¿Qué?

— Si alguna vez ocurre que tenga usted que confiar la reja de esa especie, mi hermano sí que es fuerte. ¡Un turco!

— Hágalo usted lo más pronto posible.

— No soy yo muy atrevido para ir de prisa. Estoy achacoso; por eso necesitaría un auxiliar. Cojeo.

— Cojear no es una falta, y puede ser una bendicion. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio y restableció á Benito VIII, tiene dos sobrenombres: el Santo y el Cojo.

— Es muy bueno eso de tener dos sobretodos, dijo entre dientes Fauchelevent, quien, en realidad, tenía el oído algo duro.

— Tío Fauvent, pienso que debemos tomar una hora entera. Y aún no será demasiado. Procure usted hallarse junto al altar mayor, con su barra de hierro, á las once en punto. El oficio comienza á las doce de la noche. Es preciso que todo haya concluido un buen cuarto de hora ántes.

— Yo lo haré todo para probar mi zelo á la comunidad. Es cosa convenida. Clavaré el féretro. Á las once en punto, estaré en la capilla. Las madres sochantres se hallarán allí; y también la madre Ascension estará. Dos hombres, sería mucho mejor. ¡En fin, no importa! traeré mi palanca. Abriremos la bóveda, descenderemos el féretro, y en seguida volveremos á cerrarla. Despues de lo cual, ya no quedará huella de nada. El gobierno no sospechará nada absolutamente de lo que pasa. ¿Reverenda madre, todo queda así arreglado?

— No.

— ¿Pues qué hay todavía?

— Queda la caja vacía.

En esto hicieron una pausa. Fauchelevent cavilaba. La priora reflexionaba.

— ¿Tío Fauvent, que se hará con la caja de las pompas fúnebres?

— Se la hunde bajo tierra.

— ¿Vacía?

Otro momento de silencio. Fauchelevent hizo con la mano izquierda esa especie de ademán que de ordinario sirve para descartar ó resolver una cuestión peliaguda.

— Reverenda madre, yo soy quien clavaré la caja en la sala baja de la iglesia, puesto que nadie podrá entrar allí sino yo, y la cubriré con el paño mortuario.

— Sí, pero los conductores, al colocarla en el carro fú-

nebre, y al bajarla despues á la fosa, sentirán bien que nada hay dentro.

— ¡ Ah! di...! exclamó Fauchelevent.

La priora comenzó á hacer la señal de la cruz, y miró fijamente el jardinero. *Ablo* se le quedó atravesado en la garganta.

En seguida se apresuró á improvisar un expediente para hacer olvidar el juramento.

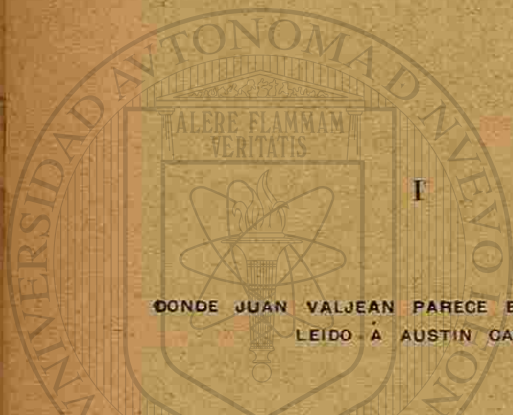
— Reverenda madre, echaré tierra en la caja, con lo cual parecerá que lleva dentro un cuerpo.

— Tiene usted razon. La tierra y las personas son una cosa misma. ¿Así, usted arreglará la caja vacía?

— Ese es ya negocio que corre de mi cuenta.

El semblante de la priora, turbado y oscuro hasta entonces, recobró su habitual serenidad; é hizo la senal del superior que despide al inferior. Fauchelevent se dirigió hácia la puerta. Al tiempo en que iba á salir por ella, la priora, levantó suavemente la voz:

— Tío Fauvent, le dijo, estoy contenta de usted: mañana despues del entierro, tráigame usted á su hermano, y dígame que me traiga su niña.



Zancadas de cojo son como ojeadas de tuerto; ni unas ni otras llegan al objeto con gran presteza. Además, Fauchelevent se hallaba perplejo. Cerca de un cuarto de hora invirtió para volverse á la barraca del jardín. Coseta estaba ya despierta. Juan Valjean la había sentado junto á la lumbre. En el momento en que entró Fauchelevent, Juan Valjean la enseñaba la canasta del jardinero, que estaba colgada á la pared, y la decía :

— Escúchame bien, mi Coseta. Será preciso que nos vayamos de esta casa, pero volveremos después á ella, y estaremos aquí perfectamente. El buen hombre de esta choza te llevará á cuestras dentro de esa canasta. Tú me esperarás en casa de una señora, adonde yo iré por ti. Sobre todo, si no quieres que la Thénardier se vuelva á apoderar de ti, es menester que obedezcas, y que no pronuncies ni una sola palabra.

Coseta hizo un signo de cabeza, con semblante grave. Al ruido que hizo Fauchelevent empujando la puerta, se volvió Juan Valjean.

— ¿ Y bien ?

Todo está arreglado, y nada lo está, dijo Fauchelevent. Tengo ya el permiso para hacerle á usted entrar ; pero antes que usted entre, es necesario hacerle salir de aquí. En esto consiste el atolladero del carro. Por lo que es de la niña, es casa fácil.

— ¿ Usted se la llevará ?

— ¿ Y callará ella ?

— De eso, yo respondo.

— ¿ Pero y usted, tío Magdalena ?

Y después de algunos momentos de silencio, mezclado con ansiedad, Fauchelevent exclamó :

— ¡ Salga usted, pues, por dónde entró !

Juan Valjean se limitó á contestarle, como la primera vez : — Imposible.

Hablándose más á sí mismo que á Juan Valjean, Fauchelevent refunfuñó :

— Hay otra cosa aún que me atormenta. He dicho que pondría tierra. Pero ahora pienso que la tierra allí dentro, en vez de un cuerpo, no se le parecerá nada, no : á eso bien, se moverá, se trasladará de un lado á otro. Los hombres lo barruntarán. Ya usted comprende, tío Magdalena, el gobierno llegaría á saberlo.

Juan Valjean le observó entre ambos ojos, y creyó que estaba delirando.

Fauchelevent añadió :

— ¿ Cómo di... ántes va usted á salir ? ¡ Es que se necesita que todo eso quede hecho mañana ! Mañana es cuando tengo yo que traerle á usted. La priora le espera.

Y entónces explico á Juan Valjean que esa gracia era una recompensa por cierto servicio que él, Fauchelevent,

prestaba á la comunidad. Que entraba en sus atribuciones el tomar parte en los entierros, tocándole á él la tarea de clavar el féretro y ayudar al sepulturero en el cementerio. Que la religiosa muerta aquella mañana habia pedido que la encerraran en el féretro que la servia de cama y la enterrasen en la bóveda bajo el altar mayor de la capilla. Que esto estaba prohibido por los reglamentos de policía, pero que se trataba de una de esas difuntas á quienes nada se rehusa. Que la priora y las madres vocales se proponian ejecutar las voluntades de la difunta. Que tanto peor para el gobierno. Que él, Fauchelevent, clavaria el féretro en la sala de difuntas, levantaria la piedra en la capilla, y descenderia la muerta á la bóveda. Y que, para mostrarle su agradecimiento, la priora admitia en la casa, en calidad de jardinero, á su hermano, para que le ayude, y que tambien admitia á su sobrinita, como colegiala. Que su hermano, era el señor Magdalena, y su sobrina, era Coseta. Que la priora le habia dicho que trajera á su hermano en la noche siguiente, despues del supuesto entierro del cementerio. Pero que él no podia traer de fuera al señor Magdalena, si el señor Magdalena no estaba fuera. Que esta era la principal dificultad; y por último, que aún habia otra dificultad: la caja vacía.

— ¿Qué caja vacía es esa? preguntó Juan Valjean.

Fauchelevent contestó:

- La caja de la administracion.
- ¿Qué caja y qué administracion?
- Cuando muere una religiosa, viene el médico de la municipalidad y dice: hay una religiosa muerta. El go- bier no envía entónces una caja. Al dia siguiente, envía él tambien un carro fúnebre y sepultureros para que reco- jan la caja con el cuerpo y la lleven al cementerio. Los sepultureros vendrán y levantarán la caja; pero notarán desde luégo que no hay nada dentro.

— Pues ponga usted allí algo.

— ¿Un muerto? no tengo.

— No.

— ¿Pues qué?

— Un vivo.

— ¿Qué vivo?

— Yo, dijo Juan Valjean.

Fauchelevent, que se habia sentado, se levantó como si hubiera estallado un petardo debajo de su silla.

— ¡Usted!

— ¿Y por qué no?

Juan Valjean tuvo una de esas raras sonrisas que dejaba el ver á veces como un resplandor en un cielo de invierno.

— Usted recordará, Fauchelevent, que cuando me dijo: la madre Crucifixion ha muerto, añadí yo: y el tío Magdalena está enterrado. Será esto justamente.

— Ah, bueno, usted se rie, no está hablando con formalidad.

— Con mucha formalidad. ¿Es preciso salir de aquí?

— Sin duda.

— Yo le he dicho á usted que viera tambien de proporcionar para mí una canasta y un toldo.

— ¿Y bien?

— La canasta será de pino, y el toldo será una bayeta negra.

— Desde luégo, no es sino bayeta blanca; pues á las religiosas las entierran de blanco.

— Sea en buen hora bayeta blanca.

— Usted no es un hombre como los demas, tío Magdalena.

Ver tales imaginaciones, que no son otra cosa que las salvajes y temerarias invenciones del presidio, salir de las cosas apacibles que le rodeaban y mezclarse en lo que él llamaba el pequeño va-y-ven del convento, era para

Fauchelevant un estupor comparable al de un transeunte que viese una gaviota pescando en el arroyo de la calle Saint-Denis.

Juan Valjean prosiguió :

— Trátase de salir de aquí sin ser visto. Ese es un medio excelente. Pero, antetodo, infórmeme usted bien. ¿Cómo se practica eso, dónde está esa caja?

— ¿La que se halla vacía?

— Sí.

— Abajo, en lo que llaman la sala de difuntas. Está colocada sobre dos caballetes y bajo el paño mortuario.

— ¿Cuál es el largo de la caja?

— Seis piés.

— ¿Qué es eso de la sala de difuntas?

— Es una pieza, en el piso bajo, que tiene su ventana con reja que da al jardín, la cual se cierra por de fuera, con una sola hoja de madera, y dos puertas; una que va al convento, y la otra que va á la iglesia.

— ¿Qué iglesia?

— La iglesia de la calle, la iglesia de todo el mundo.

— ¿Tiene usted las llaves de esas dos puertas?

— No. Tengo sí la llave de la puerta que comunica con el convento; el conserje es quien tiene la llave de la puerta que comunica con la iglesia.

— ¿Cuándo suele abrir el conserje esa puerta?

— Únicamente para dejar entrar á los enterradores que vienen á recoger la caja. Una vez que esta sale, vuelve á cerrarse aquella puerta.

— ¿Quién es quien clava la caja?

— Yo.

— ¿Y quién la cubre con el paño mortuario?

— Yo también.

— ¿Y está usted solo para todo eso?

— Ningun otro hombre, excepto el médico de la poli-

cía, puede entrar en la sala de difuntas. Aún se halla así escrito y prevenido en la misma pared.

— ¿Podría usted, esta noche, cuando todo el mundo esté durmiendo en el convento, ocultarme en esa sala?

— No. Pero puedo ocultarle á usted en un pequeño retrete oscuro que da á la sala de difuntas, donde yo guardo mis utensilios de entierro, y cuya llave poseo.

— ¿ Á qué hora vendrá mañana el carro fúnebre á recoger el féretro?

— Á eso de las tres de la tarde. El entierro se hace en el cementerio de Vaugirard, un poco ántes de anochecer. No es muy breve todo eso.

— Permaneceré escondido en su retrete de utensilios toda la noche y toda la mañana, ¿Y qué comeré? Tendré hambre.

— Yo le llevaré á usted algo.

— Usted podría ir á clavarme en la caja á las dos.

Fauchelevant retrocedió, se estalló las articulaciones de los dedos, y añadió :

— ¡ Pero si eso es imposible!

— ¡ Vaya! ¿ tomar un martillo y clavar unos clavos en una tabla?

Lo que parecía inaudito á Fauchelevant, repetimos que era muy sencillo para Juan Valjean. Juan Valjean habia atravesado aún peores desfiladeros y escollos. Todo el que ha estado preso conoce el arte de encogerse y acomodarse al diámetro de las evasiones. El prisionero está sujeto á la fuga como el enfermo á la crisis que le salva ó que le pierde. Una evasión es una curación. ¿ Qué es lo que el enfermo no acepta con la esperanza de sanar? Hacerse clavar y conducir en una caja como un fardo, vivir mucho tiempo encerrado en una caja, hallar aire donde no le hay, economizar su respiración horas enteras, saber ahogarse sin morir, todo esto constituía uno de los talentos sombríos de Juan Valjean.

Por lo demas, un féretro en el cual se halla enterrado

un sér viviente, esto que sólo parece ser expediente de galeote, es también expediente de emperador. Si hemos de dar crédito al monje Austin Castillejo, tal fué el medic que Carlos-Quinto, queriendo volver á ver por la vez postrera á la Plombes, empleó para hacerla entrar en el monasterio de Yuste, y para hacerla salir despues.

Fauchelevnet, un poco vuelto en sí mismo, exclamó :

— ¿ Pero cómo hará usted para respirar ?

— Yo respiraré.

— ¡ En aquella caja ! Sólo de pensarlo, me parece á mí ya que me estoy ahogando.

— Usted tiene sin duda una barrena, hará usted con ella algunos agujeritos, diseminados acá y allá al rededor de la boca, y clavará la tabla de encima sin ajustarla.

— ¡ Bueno ! ¿ y si le ocurre á usted toser ó estornudar ?

— El que se evade, ni tose ni estornuda.

Y Juan Valjean añadió :

— Tio Fauchelevnet, es preciso decidirse : ó que le cojan á uno aquí, ó aceptar la salida en el carro fúnebre.

Todo el mundo ha observado el gusto que tienen los gatos por pararse y matar el tiempo entre los dos batientes de una puerta entrecabierta. Quién es el que no ha dicho á un gato : ¡ Vamos, entra ! Hay hombres que en un incidente entrecabierto en su presencia, tienen así una tendencia á quedar indecisos entre dos resoluciones, á riesgo de hacerse aplastar y aniquilar por el destino cerrando bruscamente la puerta. Los demasiado prudentes, con ser gatos y todo, y aún porque son gatos, corren á veces mayores riesgos que los audaces. Fauchelevnet era una de estas naturalezas vacilantes. Sin embargo, la grande serenidad de Juan Valjean triunfó de sus perplejidades á pesar suyo. Al fin refunfuñó :

— La verdad es que no existe más medio que ese.

Y Juan Valjean repuso :

— Lo único que me inquieta, es lo que pasará en el cementerio.

— Eso cabalmente es lo que á mí no me ofrece la menor dificultad, exclamó Fauchelevnet. Si usted está seguro de salir bien de la caja, yo respondo de sacarle á usted de la fosa. El sepulturero es un borracho, amigo mio, el tio Mestienne. Un viejo de antigua cepa. El sepulturero deposita los muertos en la fosa, y yo deposito alsepulturero en mi bolsillo. Lo que allí pasará, se lo voy á decir á usted. Se llegará un poco ántes de anochecer, tres cuartos de hora ántes de cerrar las verjas del cementerio. El carro fúnebre rodará hasta la fosa. Yo le seguiré, puesto que es de mí incumbencia. Llevaré en mi bolsillo un martillo, un escoplo y unas tenazas. El carro se detiene al llegar, los enterradores pasan un cordel al rededor de la caja y le bajan á usted. El cura dice las oraciones, hace la señal de la cruz, echa el agua bendita, y despues se va. Yo quedo allí solo con el tio Mestienne. Ya he dicho á usted que es amigo mio. Una de dos, ó estará él beodo, ó no lo estará. Si no está beodo, le diré : Ven á beber un trago mientras que la esquina está aún abierta. Me le llevo, le hago tomar una mona, cosa que no será larga, pues el tio Mestienne no tarda en perder el seso, porque se encuentra él ya siempre algo amoscado, hago que se eche bajo la mesa, le tomo su tarjeta para volver á entrar en el cementerio, y me voy sin él. Ya entónces no tiene usted que entenderse con nadie más que conmigo. Si está ya desde luégo borracho, le diré : Márchate. Yo voy á hacer tu tarea. Él se va ; y yo le saco á usted del agujero.

Juan Valjean le alargó la mano, á la cual se precipitó Fauchelevnet con la tierna efusion propia de un pobre campesino.

— Es asunto convenido, tio Fauchelevnet. Todo irá bien.

— Con tal que nada se desarregle, dijo para sí Fauchelevnet. ¡ Y si esto tuviera aún un terrible desenlace !



A otro día, al ponerse el sol, los raros transeúntes del boulevard del Maine se quitaban el sombrero al pasar un carro fúnebre de antiguo modelo, adornado con calaveras, tibias y lágrimas. En aquel carro iba un féretro cubierto con un paño blanco sobre el cual se extendía una gran cruz negra, que se asemejaba á una muerta con los brazos colgando. Seguía un coche de luto donde se veía un sacerdote con sobrepelliz y un monaguillo con un casquete encarnado. Dos enterradores, con uniforme gris guarnecido de negro, marchaban á derecha é izquierda del carro fúnebre. Detrás de todo iba cojeando un anciano, en traje de obrero. El cortejo se dirigía hácia el cementerio Vaugirard.

Del bolsillo del anciano veíase salir un martillo, la hoja de un escoplo en frío y la doble antena de un par de tenazas.

El cementerio Vaugirard formaba excepcion entre los

cementerios de París. Tenía él sus costumbres y usos particulares, á la manera que también tenía su puerta cochera y su puerta falsa, que los ancianos del barrio se obstinaban en llamar la puerta de los de á caballo y la puerta de los de á pié. Las bernardinas-benedictinas del Petit-Picpus habían obtenido, según hemos dicho ya, el privilegio de ser allí enterradas en un rincón aparte, y de noche, por haber pertenecido aquel terreno en otro tiempo á su comunidad. Por consiguiente, como los sepultureros tenían de esta manera en aquel cementerio un servicio del anochecer en verano y de anochecido en invierno, estaban allí sometidos á una disciplina particular. En aquella época, las puertas de los cementerios de París se cerraban al ponerse el sol, y siendo esta una medida municipal, el cementerio Vaugirard estaba sujeto á ella como todos los otros. La puerta de los de á caballo y la de los de á pié, ó sea, la puerta principal y el postigo, eran dos verjas contiguas, con un pabellón al lado construido por el arquitecto Perronnet y habitado por el portero del cementerio. Estas verjas giraban pues inexorablemente sobre sus goznes en el instante en que el sol desaparecía tras de la cúpula de los Inválidos. Si á esa hora se hallaba algún sepulturero en el cementerio, sólo le quedaba un recurso para salir de allí, su carta ó tarjeta de sepulturero que recibía de la administración de las pompas fúnebres. En la hoja de la ventana del conserje habían colocado una especie de buzón. El sepulturero depositaba su tarjeta en aquella caja, el conserje la oía caer, tiraba del cordón, y el postigo se abría. Si el sepulturero no llevaba consigo su tarjeta, declinaba su nombre, y el conserje, á veces acostado y aun dormido, se levantaba, iba á reconocer al sepulturero, y abría la puerta con la llave; el sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.

Con sus originalidades fuera de la regla, aquel ceme-

rio incomo 'aba á la simetría administrativa. Poco despues de 1830 quedó al fin suprimido. El cementerio del Monte Parnaso, por otro nombre cementerio del Este le ha sucedido, y ha heredado aquella famosa taberna de medianía con el cementerio Vaugirard, que tenia por muestrasobre la puerta un membrillo pintado sobre una tabla y formaba esquina, por un lado, con las mesas de los bebedores, y por otro con las tumbas, llevando esta inscripcion en la muestra : *Aubon Coing*.

El cementerio Vaugirard era lo que pudiera llamarse un cementerio marchito. Ya iba cayendo en desuso. El moho le invadia y las flores le abandonaban. Las clases medias y acomodadas no querian que las enterrasen en Vaugirard, porque aquello tenia trazas de pobre. El Père-Lachaise, ¡ ya era otra cosa! ser enterrado en el Père-Lachaise, es como tener muebles de caoba. Tambien en esto se reconoce la elegancia. El cementerio Vaugirard era un cercado venerable, plantado en el género de antiguo jardin frances. Rectas calles de árboles, bojés, tuyas, acebos, viejas tumbas bajo los tejos más vetustos aún, yerba muy crecida. Por la noche era trágico. Aquellas líneas tenían un aspecto muy sombrío y muy lúgubre.

Aún no se habia puesto el sol cuando el carro mortuorio del paño blanco y la cruz negra entró en la avenida del cementerio Vaugirard. El hombre cojo que le seguia no era otro que Fauchelevant.

El enterramiento de la madre Crucifixion en la bóveda bajo el altar, la salida de Coseta, la introduccion de Juan Valjean en la sala de difuntas, todo se habia ejecutado sin el menor obstáculo ni tropiezo.

Digámoslo de paso, la inhumacion de la monja bajo el altar del convento es, en nuestro juicio, una culpa enteramente venial. Una de esas faltas que se asemejan á un deber. Las religiosas le habian llevado á cabo, no sólo sin la

menor turbacion, sino con la aprobacion y aún el aplauso de su conciencia. En el claustro, lo que se llama « el gobierno » no es sino una inmixtion en la autoridad, inmixtion siempre discutible. Ante todo, la regla; en cuanto al código, eso ya se verá. Hombres, haced cuántas leyes se os antojen, pero guardadlas para vosotros. El peaje á César nunca es sino un sobrante del peaje á Dios. Un príncipe no es nada, comparado con un príncipio.

Detras del carro fúnebre iba Fauchelevant cojeando, muy contento. Sus dos complots gemelos, uno con las religiosas, y el otro con el señor Magdalena, uno en pro del convento, y el otro en contra, habian marchado muy bien de frente. La serenidad de Juan Valjean era una de esas poderosas tranquilidades que se comunican. Fauchelevant no dudaba ya del éxito de sus empresas. Lo que aún quedaba por hacer no era nada. En los dos últimos años, habia él emborrachado diez veces al sepulturero, el tío Mestienne, que era un buen hombre molletudo y rechoncho. Reíase del tío Mestienne, de quien estaba seguro de poder hacer lo que quisiera. Cubriale él con su voluntad y con su antojo. La cabeza de Mestienne se adaptaba á la gorra de Fauchelevant. La seguridad del viejo jardinero era completa.

En el momento en que el fúnebre cortejo entró en la avenida que conduce al cementerio, Fauchelevant, satisfecho de sí mismo y dichoso, miró al carro mortuorio y se frotó sus manazas diciendo entre sí á media voz :

— ¡ Vaya una farsa !

De improviso se detuvo el carro; habian llegado á la verja. Era menester exhibir el permiso de inhumacion. El hombre de las pompas fúnebres se abocó con el portero del cementerio. Durante este coloquio, que produce siempre una parada de un par de minutos, cierto individuo, un desconocido, vino á colocarse detras del carro fúnebre, al lado de Fauchelevant. Era una especie de obrero, que

llevaba una enaqueta de anchos bolsillos, y una azada bajo el brazo.

Al ver á este desconocido, Fauchelevent se apresuró á preguntarle :

— ¿ Quién es usted ?

El hombre respondió :

— El sepulturero.

Si fuera posible sobrevivir á un balazo de cañon recibido en mitad de pecho, se pondría la cara que puso entonces Fauchelevent.

— ¡ El sepulturero !

— Sí.

— ¡ Usted !

— Yo.

— ¡ Pero si el sepulturero es el tío Mestienne !

— Lo era.

— ¿ Cómo, que lo era ?

— Porque ya no lo es : ha muerto.

Fauchelevent lo habria esperado todo, ménos esto, que un sepulturero pudiera morir. Y sin embargo era cierto ; hasta los sepultureros mueren. Á fuerza de abrir la fosa para los demas, acaban por abrir la suya.

Fauchelevent se quedó estupefacto, y con la boca abierta. Apénas pudo decir con voz balbuciente :

— ¡ Pero eso no es posible !

— Es positivo.

— Pero, repuso aún el viejo débilmente, el sepulturero es el tío Mestienne.

— Despues de Napoleon, Luis XVIII. Despues de Mestienne, Gribier. Buen aldeano, yo me llamo Gribier.

Pálido y desconcertado, Fauchelevent se puso á considerar á este Gribier.

Era un hombre alto, delgado, livido, enteramente fúne-

bre. Tenía trazas de un antiguo aprendiz de médico, convertido en sepulturero.

Fauchelevent soltó entonces una carcajada.

— ¡ Ah ! qué cosas más raras suceden en el mundo ! ¿ con que el tío Mestienne ha muerto ? ¡ El abuelito Mestienne murió al fin, pero vive el abuelito Lenoir ! ¿ Usted sabe sin duda quién es el abuelito Lenoir ? Es el jarro del tinto á seis que está allí sobre el plomo. ¡ El jarro de Surène, volo al chápиро ! ¡ del verdadero Surène de Paris ! ¡ Ah ! con que se ha muerto el viejo Mestienne ! Lo siento mucho ; pues era un buen sugeto. Pero usted tambien es un buen sugeto. ¿ Verdad, camarada ? vamos á beber un trago juntos, en seguida.

El hombre respondió : — Yo he seguido estudios. Llegué al cuarto año. No bebo nunca.

El carro fúnebre habia vuelto á continuar su marcha, é iba rodando por la gran calle de árboles que estaba en medio del cementerio.

Fauchelevent se habia retrasado en el paso. Cojeaba ahora más de ansiedad que de enfermedad.

El sepulturero iba delante de él.

Otra vez volvió á examinar detenidamente Fauchelevent á aquel inesperado Gribier.

Era uno de esos hombres que, aunque jóvenes, tienen trazas de viejos, y que, con ser flacuchos, son sin embargo muy fuertes.

— ¡ Camarada ! gritó Fauchelevent.

El hombre se volvió.

— Yo soy el sepulturero del convento.

— Mi colega, dijo el hombre.

Fauchelevent, iliterato, pero muy sagaz, comprendió que tenía que habérselas con una especie de contrincante terrible, con un hábil parlanchin.

Y se puso á decirle entre dientes :

— ¿Cómo que decididamente, murió el tío Mestienne?
El hombre respondió :

— De una vez y para siempre. Dios consultó su cuaderno de plazos y vencimientos, halló que tocaba el turno al tío Mestienne, y el tío Mestienne dejó esta vida caduca por la eterna.

Fauchelevant repitió maquinalmente :

— Dios consultó...

— Dios, repuso el hombre con cierto aire de autoridad. Para los filósofos, el Padre Eterno; para los jacobinos, el Ser Supremo.

— ¿Es que no haremos nosotros conocimiento? dijo entre dientes Fauchelevant.

— Ya le tenemos hecho. Usted es labriego, y yo soy parisiense.

— Las gentes no se conocen hasta que no han bebido juntas. Vaciar el vaso, es vaciar el corazón. Usted va á venir á beber conmigo. Eso no se rehúsa nunca.

— Ante todo el trabajo.

Fauchelevant dijo para sí : Estoy perdido.

Ya sólo faltaban algunos pasos para llegar á la pequeña avenida que conducía al rincón de las religiosas.

El sepulturero continuó diciendo :

— Buen labrador, yo tengo siete criaturitas que mantener ; y como es preciso que ellas coman, preciso es también que yo no beba.

Y añadió, con la satisfacción de un hombre de pro que redondea un período, ó una frase :

— Su hambre es enemiga de mi sed.

El carro fúnebre dió vuelta á una espesura de cipreses, salió de la gran calle, giró por otra pequeña, entró en las tierras y se engolfó en un herbazal. Esto indicaba ya la proximidad de la sepultura. Fauchelevant retardaba sus pasos, pero no podía retardar los del carro mortuario.

Afortunadamente la tierra movediza y mojada por las lluvias de invierno atascaba las ruedas y hacía pesada y lenta la marcha.

Fauchelevant se acercó al sepulturero y le dijo en voz baja :

— ¡ Hay allí un vinito de Argenteuil tan bueno !

— Además, repuso el hombre, yo no estaba destinado á ser lo que usted ve, un sepulturero. Mi padre era portero en el Prytáneo, y me dedicó á la literatura. Pero ha tenido muchas desgracias. Hizo pérdidas en la Bolsa, que le arruinaron, y yo tuve que renunciar al estado de autor. Sin embargo, todavía soy escritor público, puesto que redacto memoriales y cartas para soldados y para enamorados.

— ¿ Pues entonces no es usted sepulturero ? replicó Fauchelevant, asiéndose á esta rama, bien débil por cierto.

— Lo uno no quita lo otro. Acumulo.

Fauchelevant no comprendió esta última palabra.

— Vamos á beber, dijo.

Aquí se hace indispensable una observación. Fauchelevant, por más angustiado que estuviese, ofrecía siempre de beber, pero no se explicaba sobre un punto esencial : ¿ quién pagaría ? Ordinariamente, Fauchelevant ofrecía, y el tío Mestienne era quien pagaba. Una invitación á beber resultaba evidentemente de la nueva situación creada por el nuevo sepulturero, y esta invitación, era menester hacerla, pero el viejo jardinero dejaba siempre, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de Rabelais en la sombra. En cuanto á él, Fauchelevant, por más conmovido y apurado que estuviese, no se cuidaba del pago.

El sepulturero prosiguió, con una sonrisa que indicaba superioridad :

— Es preciso comer. Yo he aceptado la sucesión del tío Mestienne. Cuando uno ha hecho casi enteramente sus estudios, ya es filósofo. Al trabajo de la mano, he añadido y o

el trabajo del brazo. Tengo mi puestecito de memorialista en el mercado de la calle de Sèvres. ¿Usted debe conocerle? es el mercado de los Paráguas. Todas las cocineras de la Croix-Rouge se dirigen á mi. Yo las zurzo sus declaraciones á los cocheros y galopines. Por la mañana escribo billetitos amorosos, y por la noche abro sepulturas. Tal es la vida, mi buen campesino.

El carro avanzaba. Fauchelevent, en el colmo de la inquietud, dirigia sus miradas á todas partes en torno suyo. Gruesas gotas de sudor se desprendian de su frente.

— No obstante, prosiguió el sepulturero, es imposible servir á dos amos á la vez. Es menester que yo escoja entre la pluma ó la azada. La azada me echa á perder las manos.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo descendió del coche enlutado, y despues de él el sacerdote.

Una de las pequeñas ruedas delanteras del carro subía un poco sobre un monton de tierra, más allá del cual se veía una fosa abierta.

— ¡Vaya una farsa! repitió Fauchelevent consternado.

VI

ENTRE CUATRO TABLAS

¿Quién iba dentro de la caja? Ya se sabe. Juan Valjean. Juan Valjean se habia arreglado en término de poder vivir allí dentro, en aquella mansion de la muerte; y casi respiraba.

Es ciertamente una cosa singular y extraña, el ver hasta qué punto la seguridad de la propia conciencia infunde al hombre todas las demas seguridades. La combinacion premeditada por Juan Valjean marchaba adelante perfectamente, desde la vispera. Como Fauchelevent, tambien él contaba con el tío Mestienne, y no dudaba del desenlace final de aquel proyecto. Nunca se vió, en tan crítica situacion, una calma y una serenidad más completas.

Las cuatro tablas del féretro comunicaban cierta especie de paz horrible. Diríase que algo de este reposo de los muertos entraba en la tranquilidad de Juan Valjean.

Desde el fondo de aquel féretro, había él podido seguir y seguía paso á paso todas las fases del drama formidable que estaba representando con la muerte.

Poco despues que Fauchelevent hubo concluido de clavar la tabla de encima, Juan Valjean habia notado que le conducian al carro fúnebre, y en seguida, observó que iba este rodando hácia el cementerio. Por los menores sacudimientos que le hacian sufrir, conocia el que pasaban desde el empedrado á la tierra trillada, es decir, que se salia de las calles y se entraba en los boulevards. Por un ruido sordo, habia adivinado cuándo atravesaban el puente de Austerlitz. Á la primera parada, habia comprendido que entraban en el cementerio; á la segunda, habiase dicho: Ya estamos junto á la fosa.

Sintió que unas manos se apoderaron bruscamente de la caja, y en seguida, notó un frotamiento áspero sobre las tablas, dióse cuenta de que aquello era la cuerda con la cual ceñian el féretro para descenderle á la excavacion.

Despues de esto sufrió una especie de vértigo.

Probablemente fué que los enterradores habian dejado balancear la caja con irregularidad, y hecho bajar la cabeza ántes que los piés. Á los pocos instantes volvió plenamente en sí, sintiéndose ya horizontal é inmóvil. Acababa de tocar el fondo de la fosa.

Entónces sintió cierto frio.

Por encima de él se elevó una voz, glacial y solemne; y oyó pasar, tan despacio que podia recogerlas, una á una, ciertas palabras y frases latinas que él no comprendia:

— *Qui dormiunt in terra pulvere, evigilabunt, alii in vitam æternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.*

Una voz de niño dijo:

— *De profundis.*

La voz grave recomenzó:

— *Requiem æternam dona ei, Domine.*

La voz de niño respondió:

— *Et lux perpetua luceat ei.*

Oyó sobre la tabla que le recubria una cōsa que le pareció ser como el suave golpeo de algunas gotas de lluvia, y que probablemente era el agua bendita del hisopo.

Entónces dijo para sí: Esto va á concluir ya. Tengamos un poco de paciencia. El cura va á marcharse. Fauchelevent se llevará á Mestienne á la taberna, y me dejarán aquí. Despues volverá Fauchelevent solo, y yo saldré. Todo será ya cuestiōn de una hora larga.

La voz grave volvió á oirse diciendo:

— *Requiescat in pace.*

Y la voz de niño respondió:

— *Amen.*

Aplicando bien el oido, observó Juan Valjean el movimiento como de unos pasos que se alejaban de la sepultura.

— Hé ahí que ya se marchan, dijo para sí, y quedare solo.

De improviso oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció la caída del rayo.

Era una palada de tierra que caía sobre el féretro.

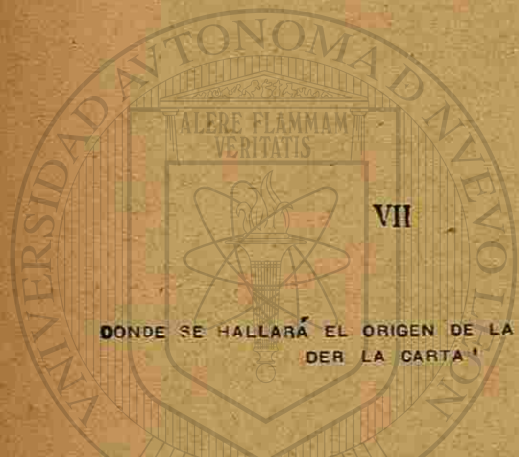
Una segunda palada cayó en seguida.

Entónces notó con espanto que uno de los agujeros que le permitian respirar allí dentro acababa de quedar tapado.

Cayó despues sobre él una tercera palada de tierra.

É inmediatamente una cuarta.

Hay cosas más terribles que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.



Hé aquí lo que pasaba más arriba de donde yacía ya la caja que encerraba á Juan Valjean.

Una vez que el carro fúnebre se alejó de aquel sitio, y que el sacerdote y su monaguillo volvieron á subir al coche dirigiéndose este hácia fuera del cementerio, Fauchelevent, que no apartaba los ojos del sepulturero, le vió inclinarse y empuñar la pala, que estaba clavada perpendicularmente sobre el monton de tierra.

Entónces Fauchelevent tomó una resolución suprema. Instalóse entre la fosa y el sepulturero, se cruzó de brazos, y dijo :

— ¡Yo seré quien pague!

El sepulturero le miró como asombrado, y le replicó :

• *Perdre la carte es « perder la chabeta. »*

— ¿ Qué es lo que está usted diciendo, camarada ?

— ¡ Que yo seré quien pague !

— ¿ Lo qué ?

— El vino.

— ¿ Qué vino ?

— El Argenteuil.

— ¿ Dónde está ese Argenteuil ?

— Allí, en el *Bon Coing*.

— ¡ Anda vete con mil diablos ! le dijo el sepulturero. Y arrojó una palada de tierra sobre el féretro.

Al ruido sordo y profundo que hizo la tierra cayendo sobre la caja, Fauchelevent se sintió vacilar sobre sus talones y á punto de caer el mismo dentro de la fosa. Entónces principió á gritar, con una voz en la cual comenzaba á mezclarse ya el ahogamiento del estertor :

— ¡ Camarada, ántes que cierren el *Bon Coing* !

El sepulturero volvió á tomar tierra con su pala.

Fauchelevent continuó :

— Yo pago.

Y cogió por el brazo al sepulturero.

— Óigame usted, camarada. Yo soy el sepulturero del convento y vengo para ayudarle á usted. Esta es una tarea que puede muy bien hacerse por la noche. Empecemos, pues, por ir á beber un trago.

Y al mismo tiempo que decía todo esto, y que porfiaba y se obstinaba en sus desesperadas instancias, no podía menos de hacerse esta lúgubre reflexion : — Y á un cuando yo logre hacerle beber, ¿ es que se emborrachará

— Buen labriego, dijo al fin el sepulturero, puesto que usted se empeña absolutamente, consiento en ello. Beberemos ; pero será despues de concluida mi tarea ; ántes, de ninguna manera.

Y se puso á blandir su pala.

Fauchelevent le retuvo.

— ¡ Es Argenteuil á scis !

— ¡ Ah ! pero, dijo el sepulturero, usted es una especie de campanero, con sus repeticiones. Din don, din don, no sabe usted decir más que eso. Vaya usted á tirar de la cuerda á las campanas.

Y lanzó la segunda palada.

Fauchelevant llegaba á ese momento crítico en que va uno no sabe lo que dice.

— Pero venga usted á beber, exclamó, ¡ pueste que yo soy quien he de pagar !

— Cuando hayamos acostado al niño, dijo el sepulturero.

Y arrojó la tercera palada.

En seguida, clavó la pala en la tierra y añadió :

— Vea usted, esta noche va á hacer frío, y la muerta gritaría tras de nosotros si la dejáramos ahí plantada, sin arroparla.

En este momento, mientras que cargaba su pala, el sepulturero se inclinó, dejando abierto, al ejecutar aquel movimiento, el ancho bolsillo de su chaqueton.

La vista extraviada de Fauchelevant cayó maquinalmente en aquel bolsillo, y se fijó en él.

Todavía el sol no se había ocultado del todo bajo el horizonte ; habiendo aún bastante luz para que se pudiera distinguir cierta cosa blanca, un objeto que brillaba en el fondo de aquel bolsillo abierto.

Toda la suma de claridad que puede reunir la vista de un labriego picardo atravesó entónces por la pupila de Fauchelevant. Acababa de ocurrírsele una idea adecuada á tan críticas circunstancias.

Sin que se apercibiera de ello el sepulturero, entretenido como estaba y entregado todo él á sus paladas de tierra, metió por detras la mano en el bolsillo, y sacó de él la cosa blanca que brillaba en el fondo.

El sepulturero envió á la fosa la cuarta palada de tierra.

En el momento en que se volvía para tomar la quinta, Fauchelevant le miró con la mayor serenidad y le dijo :

— ¿ Á propósito, novato, es que está usted provisto de su tarja ?

El sepulturero interrumpió la operacion.

— ¿ Qué tarja ?

— El sol va á ponerse, es decir, que va á acostarse ya.

— Bueno, pues que se ponga su gorro de dormir.

— Van á cerrar pronto la verja del cementerio.

— ¿ Está bien, y qué más ?

— ¿ Tiene usted su tarja ?

— ¡ Ah, mi tarja ! es verdad, dijo el sepulturero

Y diciendo y haciendo, se llevó la mano á los bolsillos.

Registró bien uno de ellos, y despues el otro. Pasó en seguida y con presteza á las faltriqueras del pantalon, explorando una en pos de otra, de allí al chaleco, sacando afuera los forros para cerciorarse mejor de que nada habia en ellos.

— Nada, dijo, está visto, no tengo aqui mi tarja. Sin duda la he olvidado.

— Quince francos de multa, dijo Fauchelevant.

El sepulturero se puso verde. El verde es la palidez de las gentes lívidas.

— ¡ Oh ! D'os mio de mi alma ! exclamó, ¡ voto al chá-piro verde ! Quince francos de multa !

— Tres monedas de á cien sueldos, dijo Fauchelevant.

El sepulturero dejó caer la pala sobre el monton de tierra. Habia llegado á Fauchelevant su turno.

— Ea, vamos, pobre recluta, le dijo Fauchelevant, no hay que desesperar. No se trata de suicidarse ahora y aprovechar de la fosa. Quince francos, son quince francos, y ademas, podrá ser que no tenga usted que pagarlos. Yo soy viejo, y usted es jóven. Yo conozco todas las arimañas, trapisondas y traecamundanas, y voy á darle á usted un consejo

de amigo. Desde luego, hay aquí una cosa clara, y es que el sol se enturbia, y que va á oscurecer pronto, va á ponerse ya, puesto que está tocando á la cúpula de los Invalidos; dentro de cinco minutos cerrarán el cementerio.

— Es verdad, respondió el sepulturero.

— Con cinco minutos, no tiene usted tiempo suficiente para llenar la fosa, que es honda como el diablo, y para llegar á la verja oportunamente, es decir, ántes que la hayan cerrado.

— Es justo.

— En este caso, quince francos de multa.

— ¡Quince francos!

— Pero tendrá usted tiempo... — ¿Dónde vive usted?

— Á dos pasos de la barrera. Á un cuarto de hora de aquí. En la calle de Vaugirard, n.º 87.

— Ahora tiene usted aún tiempo de salir en seguida á escape.

— Es exacto.

— Una vez que esté usted fuera de la verja, se marcha al galope hácia su casa, toma su tarja, se vuelve con ella al cementerio, y el portero le abre inmediatamente. Trayendo la tarja, nada tiene que pagar. Y entonces entienda usted su muerto. Yo, entre tanto, lo esperaré á usted aquí guardándole, para que no se escape.

— Le debo á usted la vida, camarada.

— Tome usted soleta, más que de prisa, le dijo Fauchelevent.

El sepulturero, desatinado de reconocimiento, le dió un apretón de manos, y echó á correr.

Desde el momento en que Gribier desapareció en la espesura, Fauchelevent se puso á escuchar hasta que distinguió claramente y se convenció de que los pasos del sepulturero se habían alejado y perdido en la distancia

que le separaba ya de aquel sitio. En seguida se inclinó hácia la fosa y dijo á média voz:

¡Tío Magdalena!

Pero no recibió respuesta alguna.

El viejo jardinero tuvo entonces un estremecimiento. Se dejó rodar más bien que bajar dentro de la fosa, y se precipitó sobre la cabecera del féretro, gritando:

— ¿Está usted ahí?

Silencio en la caja.

Sin respirar ya, á fuerza de temblor y sobresaltó, Fauchelevent echó mano á su escoplo y á su martillo, é hizo desmenuzarse en un instante la tabla de encima. La cara de Juan Valjean apareció entonces en el crepúsculo, pálida, y cerrados los ojos.

Con el pelo erizado de espanto, Fauchelevent se levantó, y despues volvió á caer de espaldas contra la pared de la sepultura, casi exánime y á punto de desplomarse abatido sobre la caja. En esta actitud se puso á mirar á Juan Valjean.

Juan Valjean yacía inmóvil y enteramente descolorido.

Fauchelevent murmuró en voz baja, tan baja como un soplo.

— Está muerto.

É incorporándose despues, cruzando los brazos con tanta violencia que sus dos puños cerrados vinieron á dar contra sus espaldas, exclamó:

— ¡Hé ahí de qué manera le salvo!

Entonces el pobre viejo se puso á sollozar, hablando consigo mismo, pues es un error el creer que el soliloquio ó monólogo no está en la naturaleza. Las fuertes agitaciones hablan con frecuencia en alta voz.

— El tío Mestienne es quien tiene la culpa. ¡Por qué se moriría aquel majadero! ¡qué necesidad tenía él, siendo enterrador, de que le enterraran cuando ménos lo espe-

raba uno! y se fué sin avisar, el tonto! ¡él es quien ha hecho morir al señor Magdalena! ¡Tío Magdalena! está en la caja. Ya le han traído, como él mismo quiso que le trajeran; ya está sepultado; todo ha concluido. — Pero, Dios mío, también estas cosas... ¿es que acaso tiene nada de esto buen sentido? ¡Ay Jesus de mi alma, está muerto! ¡Conque, y su chiquita, qué es lo que voy yo á hacer de ella? qué va á decir ahora la frutera? ¡Que un hombre como este muera de este modo, Dios mío, me parece imposible! ¡Cuando pienso cómo se metió debajo de mi carreta! Tío Magdalena! tío Magdalena! Pardiez, se ha abogado, bien lo decía yo. No quiso créerme. ¡Y bien, vaya una bonita bribo nada que hemos hecho! ¡Ha muerto, este buen hombre, el mejor de cuantos había entre todas las buenas gentes que Dios ha criado en el mundo! ¡Y su niña! ¡Ah! lo que es yo, no vuelvo ya á entrar allí jamás. Aquí me quedaré. ¡Haber jugado una mala partida como esta! No valía la pena de juntarnos dos viejos para ser dos viejos locos. Pero, ante todo ¿cómo se arregló el para entrar en el convento? Aquello fué ya el principio. Nunca se deben hacer tales cosas. ¡Tío Magdalena! tío Magdalena! tío Magdalena! Magdalena! señor Magdalena! señor alcalde! No me oye. ¿Cómo es posible salir ahora de este apuro?...

Y se mesaba los cabellos en la mayor consternación. De pronto oyóse á lo lejos, entre los árboles, un rechinar agudo. Era que cerraban la verja del cementerio.

Fauchelevant volvió á inclinarse sobre Juan Valjean, y de improviso sufrió una especie de rebote, con toda la reculada que es posible hacer dentro de una fosa. Juan Valjean tenía los ojos abiertos, y le estaba mirando.

Ver una muerte es espantoso, ver una resurrección lo es casi en el mismo grado. Fauchelevant quedó como petrificado, pálido, amedrentado y trastornado por todos esos excesos de emociones, no sabiendo si tenía que ha-

bérselas con un vivo ó con un muerto, y mirando de hito en hito á Juan Valjean que no cesaba de mirarle á él.

— Estaba durmiéndome, dijo Juan Valjean, Y se sentó.

Fauchelevant cayó de rodillas.

— ¡Santos cielos! ¡qué miedo me ha hecho usted!

Y despues se levantó y gritó:

— ¡Gracias, tío Magdalena!

Juan Valjean sólo estaba desmayado. El aire fresco le hizo despertar de su letargo.

La alegría es el reflujó del terror. Fauchelevant tenía casi tanto que hacer como Juan Valjean para volver en sí.

— ¡Conque no estaba usted muerto! ¡Oh! ¡qué ingenioso es usted! Tanto le he llamado que al fin ha venido. Cuando le vi con los ojos cerrados, dije: ¡Bueno! está abogado. Me habria vuelto loco furioso, un verdadero loco de atar, á quien hubieran encerrado en Bicêtre. ¿Qué quiere usted que hubiese yo hecho si usted hubiera muerto? ¿y su chicuela de usted! es la frutera la que nada habria podido comprender de lo que pasaba. Se le encaja la niña sobre sus costillas, y luego salimos con que el abuelo ha muerto! ¡Qué historia! ¡Por todos los santos del paraíso vaya una historia! Pero ¡ah! está usted vivo: esto es ya lo que corona bien la fiesta.

— Tengo frío, dijo Juan Valjean.

Esta palabra condujo completamente á Fauchelevant á la senda de las realidades, lo cual urgía ya bastante. Aún vueltos en sí, aquellos dos hombres tenían, sin darse cuenta de ello, el espíritu enteramente conturbado, notándose en ellos algo extraño que no era otra cosa que el siniestro delirio propio de aquel sitio y de aquella hora.

— ¡Salgamos de aquí cuanto ántes! exclamó Fauchelevant.

Echó mano al bolsillo y sacó de él una calabaza de que iba provisto.

— ¡Pero ante todo, un trago! dijo.

La calabaza acabó lo que el aire respirable y fresco había comenzado. Juan Valjean bebió un sorbo de aguardiente, con lo cual entró ya en plena posesión de sí mismo.

Saló de la caja, y ayudó á Fauchelevant á clavar de nuevo la tapa.

Tres minutos despues, se hallaban ya fuera de la sepultura.

Por lo demas, Fauchelevant estaba tranquilo. Sabía él que podía contar con el tiempo más que suficiente. El cementerio estaba cerrado. La vuelta del sepulturero Gribier no era de temer aún. Aquel « pobre recluta » estaba en su casa, muy ocupado en buscar la tarja, sin que hubiera peligro de que la hallara en su morada, puesto que estaba en el bolsillo de Fauchelevant. Sin tarja, no podía volver á entrar en el cementerio.

Fauchelevant tomó la pala y Juan Valjean la azada y entrambos hicieron el enterramiento de la caja vacía.

Luégo que la fosa quedó bien terraplenada, Fauchelevant dijo á Juan Valjean :

— Vámonos. Yo llevaré la pala; lleve usted la azada.

La noche iba oscureciéndose cada vez más.

Juan Valjean experimentó alguna dificultad para removerse y para andar. En el reducido espacio de aquella caja se había envarado y entumecido, adquiriendo algo de la rigidez del cadáver. La anquilosis de la muerte le había invadido entre aquellas cuatro tablas. Fué pues necesario en cierto modo que se deshela del sepulcro.

— Usted está entumido, dijo Fauchelevant. Es lástima que yo sea patizambo, porque picaríamos soleta de firme.

— ¡Qué! respondió Juan Valjean, en andando cuatro pasos, mis piernas entrarán ya en marcha enseguida.

Se dirigieron por las mismas calles de árboles por donde había pasado el carro mortuario. Llegados ante la verja cerrada y el pabellon del portero, Fauchelevant, que llevaba en la mano la tarja del sepulturero, la depositó en el buzón, el portero tiró del cordón, abrióse la puerta, y salieron.

— ¡Que bien va todo esto! dijo Fauchelevant, ¡qué buena idea ha tenido usted, tío Magdalena!

Pasaron por la barrera Vaugirard del modo más sencillo del mundo. En las cercanías de un cementerio, pala y azada son dos pasaportes.

La calle de Vaugirard estaba desierta.

— Tío Magdalena, dijo Fauchelevant sin dejar de andar y levantando los ojos hácia los portales de las casas, usted que tiene mejor vista que yo, indíqueme cuál es el número 87.

— Aquí está justamente, contestó Juan Valjean.

— No hay nadie en la calle, añadió Fauchelevant. Déme usted la azada, y espéreme aquí dos minutos.

Fauchelevant entró en la casa del número 87, subió á lo más alto de ella, guiado por el instinto que siempre conduce al pobre al granero, y llamó en la oscuridad á la puerta de una guardilla. Respondióle una voz :

— Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevant empujó la puerta. La habitacion del sepulturero era, como todas estas moradas de la desgracia, un miserable desvan desmueblado, y obstruido sin embargo, en el mayor desórden. Una caja de embalaje, — tal vez un féretro, — hacia allí las veces de cómoda, un tarro de manteca servía de tinaja, un jergon desempeñaba el papel de cama, y el duro suelo era á la vez la mesa y las sillas de aquel zaquizami habitado. En un rincón, y sobre un trapo que no era otra cosa que un viejo

arambel de alfombra, hallábanse amontonados una mujer y una multitud de niños. Todo este pobre interior mostraba á la sazón señales de un trastorno completo. Diríase que habia habido allí un temblor de tierra. Las tapaderas habian sido volcadas, los harapos esparcidos acá y allá, el cántaro estaba roto, la madre habia llorado, los chicos habian sufrido probablemente una zorra cada uno; trazas visibles de una pesquisa encarnizada y bien regañada. Era evidente que el sepulturero habia buscado desatinadamente su tarja, haciendo responsable de esta pérdida á todo el mundo en el desvan, desde el cántaro hasta á su mujer. Daba señales de la más violenta desesperacion.

Pero Fauchelevent tenía demasiada prisa por llegar al desenlace final de la aventura, para que él se detuviera á fijar su atencion en aquella triste fase de sus triunfos.

Entró precipitadamente y dijo:

— Aquí le traigo á usted su azada y su pala.

Gribier le miró estupefacto.

— ¿Es usted, buen labriego?

— Y mañana por la mañana, en casa del conserje del cementerio, encontrará usted su tarja.

Y colocó la pala y la azada en el suelo.

— ¿Qué quiere decir esto? preguntó Gribier.

— Esto quiere decir que habia usted dejado caer su tarja del bolsillo; que yo la encontré en el suelo cuando usted se habia ya venido; que enterré el muerto en seguida, terraplenando bien la sepultura, haciendo por consiguiente todo cuanto usted habria hecho; que el portero le devolverá á usted su carta, y que no tendrá que pagar los quince francos. Hé aquí lo que quiere decir esto, pobre recluta.

— ¡Gracias, buen aldeano! exclamó Gribier deslumbrado. La próxima vez, seré yo quien pagaré el vino.

VIII

INTERROGATORIO ATINADO

Una hora despues, sienda ya noche oscura, dos hombres y una niña se presentaban en la casa n.º 62 de la callecita de Picpus. El más anciano de es os hombres levató la al-daba y llamó.

Eran Fauchelevent, Juan Valjean y Coseta.

Los dos ancianos habian ido á buscar á Coseta, á casa de la frutera de la calle del Chemin-Vert, donde Fauchelevent la habia depositado la vispera. Coseta habia pasado aquellas veinticuatro horas sin comprender nada de lo que veia, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto más, cuanto que no habia llorado. Tampoco habia comido ni dormido. La buena de la verdulera la habia dirigido cien preguntas, sin que pudiera obtener de ella otra respuesta que una mirada triste y taciturna, siempre la misma. Nada habia dejado transpirar Coseta de todo cuanto habia visto y oido en

aquellos dos días. Bien se le alcanzaba á ella sin embargo que se estaba atravesando una crisis. Sentía profundamente que era preciso « tener juicio ». Quién no ha experimentado el soberano y mágico poder de estas tres palabras pronunciadas con cierto acento al oído de una criaturita despavorida : *¡No digas nada!* El miedo es mudo. Y por otra parte, nadie guarda tan bien el secreto como un niño.

Sólo que, cuando despues de aquellas veinticuatro horas, tan lúgubres para ella también, había vuelto á ver á Juan Valjean, había lanzado tan tremendo grito de gozo, que cualquiera persona pensativa que le hubiese oído habría adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Como Fauchelevant era del convento, conocía las consignas de entrada. Todas las puertas se abrieron sin la menor dificultad.

Así quedó por fin resuelto el doble y temeroso problema : Salir y entrar.

El portero, que tenía sus instrucciones, abrió la puertecita de servicio que comunicaba desde el patio al jardín y que, veinte años há, se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, dando frente á la puerta principal. El portero los introdujo á todos tres por aquella puerta, y desde allí, pasaron al locutorio interior reservado, donde Fauchelevant había recibido, el día ántes, las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los estaba ya esperando. Junto á ella se hallaba de pié una madre vocal con el velo caído. Una discreta bujía alumbraba, y aún casi pudiera decirse que hacía como que alumbraba el locutorio.

La priora pasó revista á Juan Valjean. Para mirar bien, nada hay como los ojos bajos.

En seguida empezó el interrogatorio.

— ¿Usted es el hermano?

— Sí, reverenda madre, contestó Fauchelevant.

— ¿Cuál es su nombre?

Fauchelevant respondió :

— Ultimio Fauchelevant

Había tenido el en efecto un hermano, llamado Ultimio, que había muerto.

— ¿De qué país es?

Fauchelevant contestó :

— De Picquigny, cerca de Amiens.

— ¿Qué edad tiene?

Fauchelevant respondió :

— Cincuenta años.

— ¿Su profesion?

Fauchelevant contestó :

— Jardinero.

— ¿Es usted buen cristiano?

Fauchelevant respondió :

— Todos lo somos en la familia.

— ¿Es de usted esa niña?

Fauchelevant contestó :

— Sí, reverenda madre.

— ¿Es usted su padre?

Fauchelevant respondió :

— Su abuelo.

La madre vocal dijo á la priora, á media voz :

— Responde muy bien.

Juan Valjean no había pronunciado ni una sola palabra.

La priora miró á Coseta con atención, y dijo en voz baja á la madre vocal :

— Será fea.

Las dos madres conferenciaron durante algunos minutos, en voz bastante baja, en un rincón del locutorio, despues de lo cual, volvióse la priora y dijo :

— Tío Fauvent, tendrá usted otra rodillera con cascabel. Se necesitan ahora dos.

En efecto, á la mañana siguiente, oíanse ya dos cascabeles en el jardín, y las religiosas no podían resistir á la tentación de curiosidad que las obligaba á levantar una punta de su velo. Allá en el fondo bajo los árboles, veíanse dos hombres escardando, uno al lado del otro; Fauvent y un compañero. Acontecimiento enorme. Llegó á infringirse la ley del silencio hasta el extremo de decirse unas á otras: Es un asistente del jardinero.

Las madres vocales añadían: Es un hermano del tío Fauvent.

Juan Valjean, en efecto, se hallaba ya regularmente instalado, con su rodillera de cuero y su esquila, siendo ya todo un personaje oficial en la casa. Llamábase Último Fauchelevant.

La más fuerte causa determinante de la admisión había sido esta observación de la priora con respecto á Coseta: *Será fea.*

Una vez pronunciado este pronóstico, la priora tomó inmediatamente bajo su amistosa protección á Coseta, concediéndola entrada en el colegio, como alumna de caridad.

Nada hay en esto que no sea muy lógico.

Por más que el espejo esté desterrado del convento, las mujeres tienen siempre una conciencia para su cara; ahora bien, las muchachas que se encuentran bonitas se dejan muy difícilmente hacer religiosas; hallándose por lo tanto, y muy generalmente, la vocación en razón inversa de la belleza, se espera más de las feas que de las bonitas. De aquí una viva afición á las fealdades.

Toda esta aventura engrandeció al buen viejo Fauchelevant, proporcionándole un triple triunfo; para con Juan Valjean, á quien salvó y dió asilo; para con el sepulturero Gribier, quien decía entre sí: Me ha librado de la multa; y

para con el convento, el cual, gracias á él, guardando bajo el altar el féretro de la madre Crucifixion, eludió al César y satisfizo á Dios. Hubo una caja con cadáver en el Petit-Picpus y otra caja sin cadáver en el cementerio de Vaugirard; sin duda que el orden público fué profundamente perturbado, pero sin que él se apercibiera de ello. Por lo que hace al convento, quedó altamente reconocido al tío Fauvent, quien desde aquel día era ya, en el concepto de todas las religiosas, el mejor sirviente del mundo y el más hábil y estimable de todos los jardineros. En la primera visita del señor arzobispo, la priora refirió el caso á Su Eminencia, en parte acusándose, y en parte también vanagloriándose de ello. El arzobispo, al salir del convento, habló de esto con grandes elogios, y en voz baja, al señor de Latil, confesor del Príncipe (Monsieur), que después fué arzobispo de Reims y cardenal. La admiración por Fauchelevant se extendió mucho llegando hasta á Roma. Á la vista hemos tenido una carta dirigida por el papa reinante á la sazón, Leon XII, á un pariente suyo, monsignor en la nunciatura de París, y á quien llamaban, como á él, Della Genga, en la cual se leen estas líneas: « Parece que hay » en un convento de París un excelente jardinero, que es » un santo varón, llamado Fauvan. » De todos estos triunfos, nada llegó á oídos de Fauchelevant en su barraca; y él continuó escardando, ingertando y cubriendo sus melones, sin venir al cabo nunca de su excelencia ni de su santidad. No tenía él más conciencia de su gloria que la que tiene un buey de Durham ó de Surrey cuyo retrato aparece al público en los grabados de *Illustrated London News*, con esta inscripción: *Buey que ha ganado el premio en el concurso del ganado vacuno.*

Pasando á ser colegiala del convento, Coseta tuvo que vestir el hábito propio de las alumnas de la casa. Juan Valjean obtuvo que le devolvieran las ropas que se quitaba, y que no eran otras que aquel mismo traje de luto con que él la hizo vestir cuando abandonó la posada de Thénardier. Todavía no estaba muy usado. Juan Valjean encerró estos atavíos, juntamente con las medecitas de lana y los zapatos de la niña, bien impregnado todo de alcanfor y de todos los aromas de que abundan los conventos, en un baulillo que él logró procurarse. Colocó esta maleta sobre una silla junto á su cama, y siempre llevaba la llave consigo. — ¿Padre, le preguntó un día Coseta, qué caja es esa que huele tan bien?

Aparte de la gloria que acabamos de referir, y que él ignoró siempre, el tío Fauchelevent fué recompensado de su buena accion; en primer lugar, porque la satisfaccion que experimentaba en el fondo de su alma le hacia feliz; en segundo, porque se disminuyeron las tareas de su trabajo, dividiéndolas con tan excelente auxiliar, ó coadjutor, como en su formal lenguaje le apellidaban las madres. Por último, como él gustaba mucho del tabaco, halló en la presencia del señor Magdalena la ventaja de tomar tres veces más tabaco del que ántes tomaba, y de una manera infinitamente más voluptuosa, á causa de que el señor Magdalena era quien se lo pagaba.

Las religiosas no adoptaron el nombre de Ultimio, prefiriendo llamar á Juan Valjean *el otro Fauvent*.

Si la mirada de aquellas santas mujeres hubiera participado algo de la mirada de Javert, habrían podido observar al fin y al cabo que, cuando era menester salir fuera del convento, á alguna diligencia propia de la conservacion y de las tareas del jardin, siempre era Fauchelevent el mayor, el viejo, el patizambo, el achacoso á quien tocaba ir á tales mandados, y jamas al otro; pero bien fuese por



Coseta en el convento prosiguió en su silencio

Naturalmente Coseta se creía hija de Juan Valjean. Por lo demas, como ella nada sabía, nada podia decir tampoco; y en todo caso, es seguro que nada habria dicho nunca. Lo hemos hecho notar hace poco, nada acostumbra tan bien á los niños al silencio como la desgracia. Coseta habia sufrido tanto, que tenia temor de todo; temia hablar, y áun respirar. ¡ Eran tantas las veces que una sola palabra habia sido para ella un cúmulo de disgustos y de sufrimientos! Apenas empezaba á tranquilizarse desde que se hallaba con Juan Valjean. Muy pronto se habituó al convento. Lo único que echaba de ménos era Catalina, pero se guardaba ella muy bien de decirlo. Una vez sin embargo se aventuró á decir á Juan Valjean: «Padre, si yo hubiere sabido esto, me la habria traído.»

que los ojos levantados siempre hácia Dios no sepan espiar, ó bien que se hallaran ellas ocupadas con preferencia en espiarse unas á otras, el hecho es que ac prestaron á esto la menor atencion.

Por lo demas, Juan Valjean hizo perfectamente exman- tenerse así oculto y no moverse en ninguna direccion; porque Javert permaneció observando aquel barrio por espacio de más de un mes.

Aquel convento era para Juan Valjean como una isla cercada de remolinos, es decir, de abismos. Todo el mundo se encerraba ya para él en aquellas cuatro paredes. Desde allí veía el cielo suficientemente para estar tranquilo y se- reno, y á Coseta lo bastante para ser dichoso.

Una vida dulce y apacible recomenzó para él.

Habitaba con el viejo Fauchelevent la barraca situada en el fondo del jardín. Aquella casucha construida de cascote, que existía aún en 1845, se componía, como hemos dicho, de tres piezas, las cuales estaban todas desmanteladas, sin tener más que las paredes. La principal había sido cedida, á la fuerza, pues Juan Valjean lo resistió inútilmente, por el tío Fauchelevent al señor Magdalena. Además de los dos clavos destinados á colgar la rodillera y la canasta, las pa- redes de aquella pieza tenían por adorno un papel-moneda realista del año 93 pegado en uno de los lienzos, sobre la chimenea, y cuyo facsimile exacto es el siguiente:

• Hé aquí la traducción:

ESERCITO CATÓLICO Y REAL

De orden del Rey

Bono negociable de DIEZ LIBRAS
para suministros al ejército
reembolsable en la paz



Este asignado vendeano había sido pegado en la pa- red por el jardinero predecesor de Fauchelevent, un an- tigo *chouan* que había muerto cuando aquel fue llamado á reemplazarle.

Juan Valjean trabajaba todos los días en el jardín, y era allí muy útil. Como había sido podador en otro tiempo, se avenía muy bien con su nuevo oficio de jardi- nero. Recordará el lector sin duda que él poseía toda es- pecie de recetas y de secretos de cultivo, de los cuales, como es natural, procuró ahora sacar partido. Casi todos los árboles de la huerta eran bravíos; los ingertó, obte- niendo de ellos excelentes frutas.

Coseta tenía permiso para ir todos los días á pasar una hora en su compañía. Como las religiosas estaban siem- pre tristes y él era tan bueno, la niña le comparaba y le ado- raba. A la hora convenida, se apresuraba á dirigirse hácia la barraca. Cuando ella entraba en aquella casucha, la lle- naba de gozo y de gloria. Juan Valjean sentía dilatársele el corazón, notando que su dicha se aumentaba con la dicha que él procuraba á Coseta. La alegría que inspiramos tiene la deliciosa propiedad de que, lejos de debilitarse como todo reflejo, se nos vuelve aún más radiosa que ántes. En las horas de recreo. Juan Valjean la miraba de lejos ju- gar y correr, y distinguía su risa de la risa de las otras.

Pues ahora Coseta reía.

Y aún hasta cierto punto había cambiado también en tan poco tiempo la cara de la niña. El ceño sombrío había desaparecido. La risa es el sol, que ahuyenta el invierno del rostro humano.

Concluidas las horas de recreo, cuando Coseta volvía á entrar en el colegio, Juan Valjean se ponía á mirar á las ventanas de su clase; y por la noche, solía levantarse para mirar hácia las ventanas de su dormitorio.

Por lo demás, Dios tiene sus vías y sus medios, y el convento también contribuyó, como Coseta, á mantener y á completar en Juan Valjean la obra del obispo. Es indudable que la virtud, por uno de sus lados, suele tocar al orgullo. Existe en este terreno un puente construido por el diablo. Tal vez se hallaba Juan Valjean, sin él pensarlo, bastante cerca de este lado y de este puente, cuando la Providencia le arrojó al convento del Petit-Picpus; mientras que no se había comparado sino con el obispo, babíase hallado indigno y había sido humilde; pero de algún tiempo á esta parte, comenzaba á compararse con los hombres, y el orgullo renacía. ¿ Quién sabe? tal vez habría concluido por volver poco á poco á su antiguo odio.

El convento le detuvo en esta fatal pendiente.

Era aquella la segunda morada de cautiverio que él veía. En su juventud, en lo que había sido para él principio de la vida, y más adelante, recientemente aún había visto otra mansión horrenda, espantosa, y cuyas severidades le habían parecido siempre ser la iniquidad de la justicia y el crimen de la ley. Hoy, después del presidio, veía el claustro; y al pensar que había formado parte del presidio, y que ahora era, por decirlo así, espectador del claustro, los confrontaba con ansiedad en su pensamiento.

Á veces solía apoyarse en su azadon, y descendía lentamente por las espirales sin fin y sin fondo

del desvario sombrío en que vagaba su imaginación.

Acordábase de sus antiguos compañeros; de cuán miserable era su existencia; pues se levantaban desde el amanecer y trabajaban hasta las últimas horas de la noche, dejándoles apenas tiempo necesario para el sueño; dormían en camas de campaña, en las cuales no les era permitido tener sino colchones de dos pulgadas de espesor, en unas habitaciones donde no se hacía lumbre sino en los meses más rudos del año; hallábanse vestidos de horribles chaquetas encarnadas: en la época de los grandes calores, permitíaseles, por favor, un pantalon de lienzo, y un abrigo de lana en la espalda durante los grandes frios; no bebían vino ni comían carne sino cuando iban « á la fatiga. » Vivían, no teniendo ya nombres, designados solamente por números y en cierto modo convertidos en guarismos, con los ojos bajos, la voz baja, el pelo rapado, bajo la ley del palo, y en la mayor ignominia.

Y en seguida volvíase su mente y recaía sobre estos otros seres que tenía ahora ante sus ojos.

También estas creaturas vivían con el pelo cortado, la vista baja, la voz baja, no en la ignominia, pero sí en medio de las burlas y el escarnio del mundo, no con las espaldas molidas á palos, pero con los ijares martirizados por la disciplina. Para ellas también se habían desvanecido sus nombres en el siglo, no existiendo ya sino bajo las más austeras apelaciones. Jamás comían carne, ni tampoco bebían vino: frecuentemente permanecían sin tomar alimento hasta á la noche; hallábanse vestidas, no de una chaqueta encarnada, sino de un sudario negro, de lana, pesado en estío, ligero en invierno, sin poder añadirle ni quitarle nada; sin tener siquiera, según la estación, el recurso del vestido de hilo ni del abrigo de lana: llevando además durante seis meses del año camisas de estameña que las ocasionaban la fiebre. Habitaban, no en salas donde hicie-

ran lumbre solamente en los frios rigurosos, sino en celdas donde no se encendía jamás fuego ninguno; se acostaban, no en colchones de dos pulgadas de espesor, sino sobre la paja. Por último, ni siquiera se las dejaba disfrutar del sueño; todas las noches, después de un día de continua fatiga, era preciso, en medio de la postración del primer reposo, en el instante mismo en que principiaban á dormir, y á calentarse apenas, despertar, levantarse é ir inmediatamente á rezar en una capilla helada y sombría, con ambas rodillas sobre la dura piedra.

En ciertos días, era menester que cada una de estas criaturas, por su turno riguroso permaneciese, durante doce horas seguidas, arrodillada sobre las baldosas ó prosternada, el rostro contra el suelo y los brazos en cruz.

Aquellos eran hombres, estas otras eran mujeres.

¿Qué habían hecho aquellos hombres? Habían robado, estafado, violado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas. ¿Qué habían hecho estas mujeres? No habían hecho nada.

Por un lado, el latrocinio, el fraude, el dolo, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todas las especies de sacrilegio, todas las variedades del atentado y del crimen; por otro lado, una sola cosa, la inocencia.

La inocencia perfecta, casi arrebatada en una especie de raptó, en una misteriosa asunción, adherida aún á la tierra por los lazos de la virtud, unida ya al cielo por los de la santidad.

Allí, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja. Aquí, la confesión de las culpas hecha en alta voz. ¿Qué crímenes! y qué culpas!

En un lugar, miasmas pútridos, en el otro un perfume inefable. Allí, una peste moral, guardada á vista, acorralada por los cañones, y devorando lentamente á sus apesadados; aquí un casto abrazo de todas las almas en el

mismo centro. Allá, las tinieblas; acá, la sombra; pero una sombra llena de claridades, y claridades inundadas de un esplendor que deslumbra.

Dos mansiones de esclavitud; pero en la primera, el rescate posible, un límite legal siempre entrevisto, y además la evasión. En la segunda, la perpetuidad; y por toda esperanza, en la lejana extremidad del porvenir, esa vislumbre de libertad que los hombres llaman la muerte.

En la primera, no se hallan encadenados sino con cadenas; en la segunda, hállanse encadenados por la fe.

¿Qué es lo que se desprendía de aquella primera mansion? Una maldición formidable, inmensa, el rechinar de dientes, el rencor, la maldad desesparada, un grito derabia contra la asociación humana, un sarcasmo al cielo.

¿Qué emanaba de la segunda? La bendición y el amor.

Y en estos dos sitios, tan semejantes y tan diversos, esas dos especies de seres tan diferentes, cumplían la misma obra, la expiación.

Juan Valjean comprendía bien la expiación de los primeros; la expiación personal, la expiación por sí mismo. Pero no comprendía la de estos otros, la de estas criaturas sin reproche y sin mancha, y se preguntaba con cierto estremecimiento: ¿Expiación, de qué? ¿qué expiación?

Una voz le respondía allá en el fondo de su conciencia; la más divina de las generosidades humanas, la expiación por los demás.

Toda teoría personal queda aquí reservada; no somos más que meros narradores; colocándonos bajo el punto de vista de Juan Valjean, no hacemos otra cosa que traducir sus impresiones.

Tenía él ante sus ojos la cumbre sublime de abnegación, la más alta cima de la virtud que es posible al canzar; la inocencia que perdona á los hombres sus faltas y que las expia en lugar de ellos; y por ellos la servidumbre su-

frida, el tormento aceptado, el suplicio reclamado por las almas que no han pecado, para dispensar de él á las almas que han delinquido; el amor de la humanidad abismándose en el amor de Dios, pero permaneciendo allí distinto y suplicante; seres débiles é interesantes, que reunen en sí la miseria de los que son castigados y la sonrisa de los que son recompensados.

Y se acordaba éntonces de que habia osado quejarse!

Frecuentemente solia levantarse á média noche para ponerse á escuchar el canto reconocido de aquellas criaturas inocentes y agobiadas de severidades, y sentia helársele la sangre en las venas al pensar que aquellos que se hallaban castigados justamente no levantaban su voz al cielo sino para blasfemar, y que él, miserable, habia mostrado el puño á Dios.

Cosa sorprendente y admirable y que le hacia cavilar profundamente, como un aviso dado en voz baja por la misma Providencia: la escalada, las clausuras rotas, la aventura aceptada hasta la muerte, la difícil y penosa ascension, todos aquellos esfuerzos que él habia hecho para salir del otro lugar de expiacion, los habia hecho para entrar en este. ¿Era esto acaso un simbolo de su destino?

Aquella casa era tambien una prision, y se asemejaba lúgubramente á la otra morada de la cual se habia él escapado; y sin embargo, nunca habia tenido la idea de cosa igual.

Volvia á ver allí verjas, cerrojos, barras de hierro, ¿para guardar á quién? Á unos ángeles.

Aquellas altas paredes que él habia visto al rededor de los tigres, veíalas ahora de nuevo al rededor de las ovejas.

Era este un lugar de expiacion, y no de castigo; y sin embargo, era aún más austero, más triste, más inclemente y terrible que el otro. Estas virgenes se hallaban tratadas con mayor dureza que los galeotes. Un viento frio y rudo, aquel viento que habia helado su juventud, atravesaba la

fosa bastionada y enrejada de los buitres; un cierzo más aspero y más doloroso aún soplabá en la jaula de las palomas.

¿Por qué?

Cuando pensaba en estas cosas, todo cuanto en él existia se abismaba y confundia ante ese misterio de sublimidad.

En estas meditaciones se desvanecia el orgullo. Hizo toda especie de rodeos y de vueltas sobre sí mismo; se encontró mezquino y lloró muchas veces.

Todo lo que habia entrado en su vida durante los seis meses últimos, le iba encaminan lo hácia las santas prescripciones del obispo; Coseta por el amor, el convento por la humildad.

Á veces, por la tarde, en el crepúsculo á la hora en que el jardin se hallaba desierto, veíale arrodillado en medio de la calle de árboles que flanqueaba la capilla, ante la misma ventana por donde habia mirado la noche de su llegada, vuelto hácia el sitio donde él sabia que la hermana que hacia la reparacion se hallaba prosternada en sus fervorosas oraciones. Tambien él dirigia ple garias al cielo, de rodillas frente á aquella hermana.

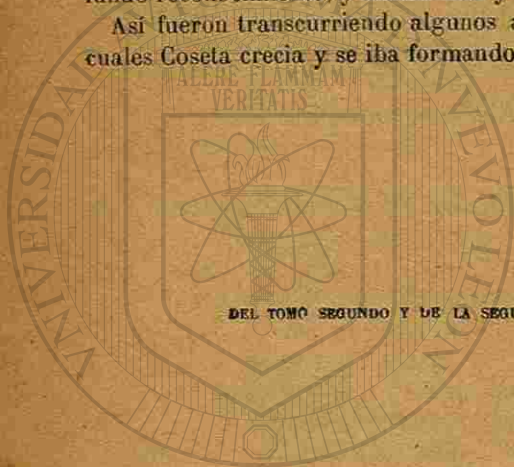
Diriase que no se atrevia á arrodillarse directamente en presencia de Dios.

Aquel jardin apacible, aquellas flores embalsamadas, aquellas niñas saltando y gritando alegremente, aquellas mujeres graves y sencillas, aquel claustro silencioso, todo cuanto le rodeaba, le iba penetrando lentamente; y poco á poco su alma se componia de silencio como aquel claustro, de perfume como aquellas flores, de paz como aquel jardin, de sencillez como aquellas mujeres, de alegría como aquellas niñas. En seguida recordaba que, en los dos momentos más criticos de su vida, dos casas de Dios eran las que le habian acogido sucesivamente; la primera, cuando todas las puertas se cerraban para él y se veía rechazado en todas partes por la sociedad humana; la se-

gunca, en el momento en que la sociedad humana volvía á emprender su persecucion y á abrirle de nuevo las puertas del presidio; y que sin la primera habria él recaído en el crimen, y sin la segunda en el suplicio.

Todo su corazon se fundia y se dilataba en el más profundo reconocimiento, y amaba más y más cada vez.

Así fueron transcurriendo algunos años, durante los cuales Coseta crecia y se iba formando.



DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA SEGUNDA PARTE

INDICE

DEL TOMO SEGUNDA

SEGUNDA PARTE

COSETA

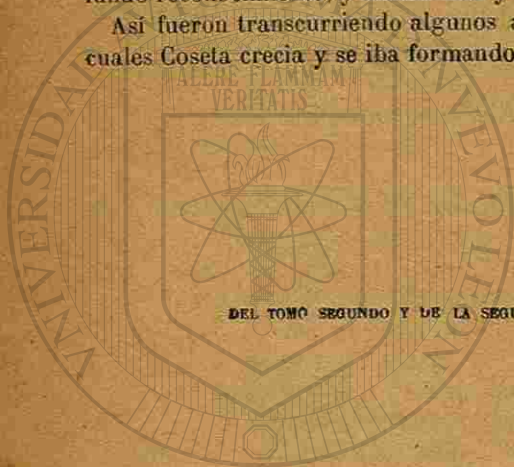
LIBRO PRIMERO. — WATERLOO.

I. Lo que se encuentra viniendo de Nivelles.	3
II. Hugomont.	6
III. El 18 de Junio de 1815.	15
IV. A.	19
V. El <i>quid obscurum</i> de las batallas.	23
VI. Las cuatro de la tarde.	26
VII. Napoleon de buen humor.	31
VIII. El emperador dirige una pregunta al guía Lacosta.	38
IX. Lo inesperado.	42
X. La meseta de Mont-Saint-Jean.	47
XI. Mal guía para Napoleon, buen guía para Bülow.	54
XII. La guardia.	57
XIII. La catástrofe.	60
XIV. El último cuadro.	64
XV. Cambronne.	66
XVI. <i>Quot libras in duce?</i>	70

gunca, en el momento en que la sociedad humana volvía á emprender su persecucion y á abrirle de nuevo las puertas del presidio; y que sin la primera habria él recaido en el crimen, y sin la segunda en el suplicio.

Todo su corazon se fundia y se dilataba en el más profundo reconocimiento, y amaba más y más cada vez.

Así fueron transcurriendo algunos años, durante los cuales Coseta crecia y se iba formando.



DEL TOMO SEGUNDO Y DE LA SEGUNDA PARTE

INDICE

DEL TOMO SEGUNDA

SEGUNDA PARTE

COSETA

LIBRO PRIMERO. — WATERLOO.

I. Lo que se encuentra viniendo de Nivelles.	3
II. Hugomont.	6
III. El 18 de Junio de 1815.	15
IV. A.	19
V. El <i>quid obscurum</i> de las batallas.	23
VI. Las cuatro de la tarde.	26
VII. Napoleon de buen humor.	31
VIII. El emperador dirige una pregunta al guía Lacosta.	38
IX. Lo inesperado.	42
X. La meseta de Mont-Saint-Jean.	47
XI. Mal guía para Napoleon, buen guía para Bülow.	54
XII. La guardia.	57
XIII. La catástrofe.	60
XIV. El último cuadro.	64
XV. Cambronne.	66
XVI. <i>Quot libras in duce?</i>	70

XVII. ¿Deberemos hallar bueno á Waterloo?	77
XVIII. Recrudescencia del derecho divino.	80
XIX. El campo de batalla por la noche.	84

LIBRO SEGUNDO. — EL NAVIO ORION.

I. El número 24,601 es ahora el 9,430.	93
II. Dónde se leerán dos versos que tal vez son del diablo.	98
III. Preciso era que la cadena de la manilla hubiera sufrido cierto trabajo preparatorio para que así se rompiera de un martillazo	105

LIBRO TERCERO. — CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA HECHA Á LA MUERTA.

I. La cuestion del agua en Montfermeil.	117
II. Dos retratos completos.	123
III. Vino para los hombres y agua para las bestias.	130
IV. Una muñeca entra en escena.	134
V. La niña sola.	137
VI. Que tal vez prueba la inteligencia de Boufatuille.	145
VII. Coseta sola en la oscuridad con el desconocido.	152
VIII. Disgusto de recibir en su casa á un pobre que tal vez es un rico.	157
IX. Thénardier pone manos á la obra.	181
X. El que busca lo mejor, puede hallar lo peor.	192
XI. El número, 9,430 reaparece, y Coseta le gana á la lotería.	199

LIBRO CUARTO. — LA CASUCHA GORBEAU

I. Maese Gorbeau.	263
II. Nido para buho y calandria.	212
III. Dos desgracias se juntan y forman la dicha.	245
IV. Las observaciones de la inquilina principal.	221
V. Una moneda de cinco francos que cae en el suelo hace ruido.	224

LIBRO QUINTO. — Á CAZA NEGRA JAURÍA MUDA.

I. Los Ziczacs de la estrategia.	229
II. Es una fortuna que el puente de Austerlitz permita carruajes.	234
III. Véase el plano de Paris de 1727.	237
IV. El tanteo de la evasión.	242
V. Que sería imposible con el ahumbrado de gas.	246
VI. Principio de un enigma.	252
VII. El enigma continúa.	256
VIII. El enigma redobla.	260
IX. El hombre del cascabel.	263
X. Donde se explica cómo Javert perdió la pista.	269

LIBRO SEXTO. — EL PETIT-PIEPU.

I. Calle de Piepus, número 62.	281
II. La obediencia de Martin Verga.	287
III. Severidades.	296
IV. Recreos.	299
V. Distracciones.	304
VI. El Convento-Chico.	312
VII. Algunas figuras de esta sombra.	316
VIII. <i>Post corda lapides</i>	320
IX. Un siglo bajo un grifón.	323
X. Origen de la Adoracion Perpétua.	326
XI. Fin del Petit-Piepus.	329

LIBRO SÉPTIMO. — PARÉNTESIS

I. El convento, idea abstracta.	333
II. El convento, hecho histórico.	335
III. Con qué condicion puede respetarse el pasado.	340
IV. El convento bajo el punto de vista de los principios.	344
V. La oracion.	347
VI. Bondad absoluta de la oracion.	349
VII. Precanciones que deben de tomarse al censurar.	353
VIII. Fe, ley.	355

LIBRO OCTAVO. — LOS CEMENTERIOS TOMAN LO QUE SE
LES DA.

I. Donde se trata de la manera de entrar en el convento.	359
II. Fauchelevent en presencia de la dificultad.	370
III. La madre Inocente.	374
IV. Donde Juan Valjean parece enteramente haber leído á Anstín Castillejo.	383
V. No basta ser borracho para ser inmortal.	396
VI. Entre cuatro tablas.	405
VII. Donde se hallará el origen de la frase no perder la carta.	408
VIII. Interrogatorio atinado.	419
IX. Clausura.	424



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



GARNIER
FRERES
PARIS

The image shows a dark red leather book cover with intricate blind-tooled floral and scrollwork patterns. In the center, there is an illustration of a book with the text 'GARNIER FRERES PARIS' on its cover. The book is tilted slightly to the right. The cover is framed by a double-line border. The spine of the book is visible on the left side, showing some wear and the edges of the pages.